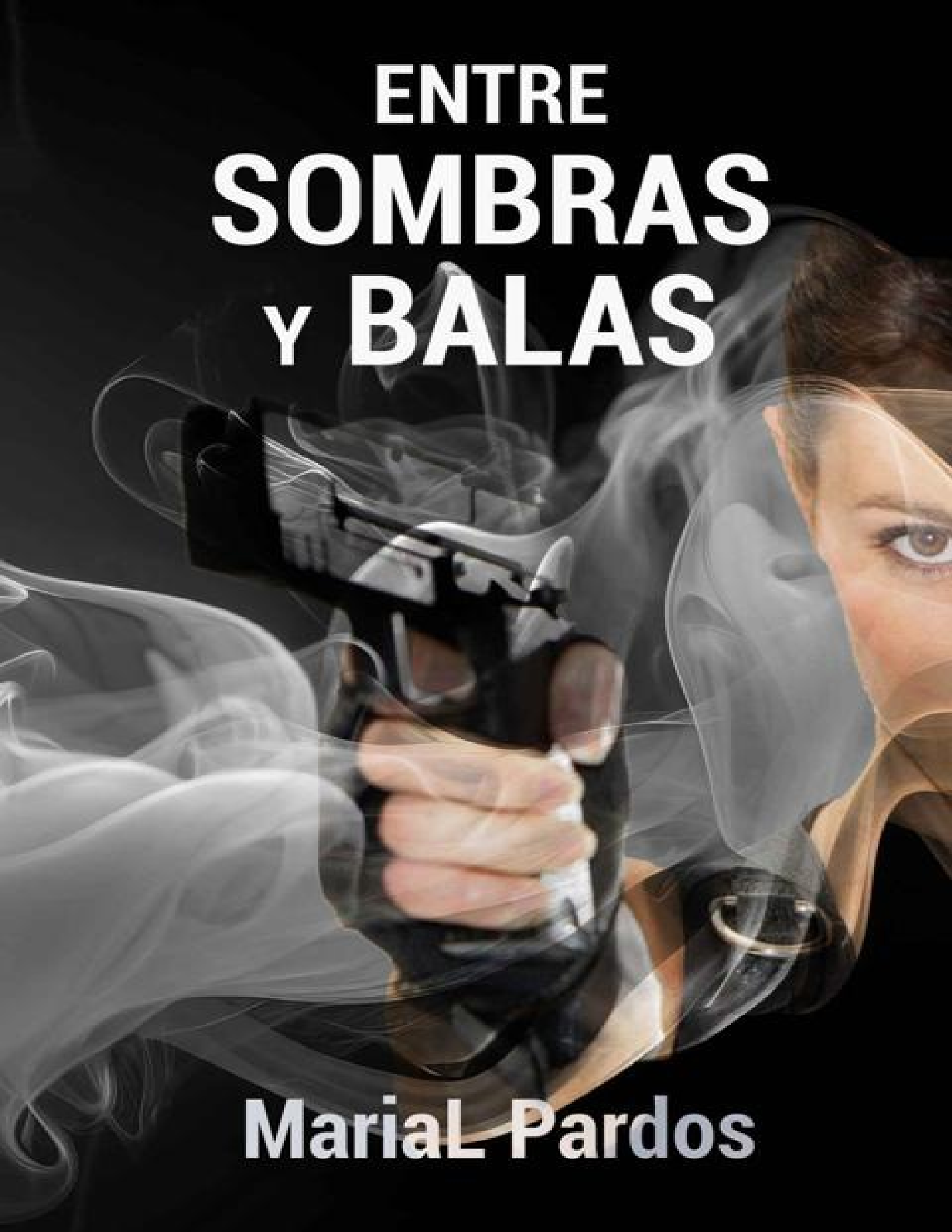


ENTRE SOMBRAS Y BALAS

Marial Pardos



Entre sombras y balas

MariaL Pardo

Derechos de autor © 2023 MariaL Pardos

Entre sombras y balas

©MariaL Pardos 2023 Todos los derechos reservados.

ASIN: B0CP45WSQ4

Sello: Independently published

Foto portada: Engin_Akyurt (Pixabay)

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor. Los nombres, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en esta historia son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Esta novela es para Marga González Benavides. No nos conocemos, pero «nos conocemos».
Y, por supuesto, para Aisha y Pepe.

Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo de Marga González Benavides](#)

[La historia la escriben los supervivientes](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Agradecimientos, ¡y muchos!](#)

[Sobre la autora](#)

[Instinto de manada](#)

[Libros de este autor](#)

Prólogo de Marga González Benavides

«La muerte planeaba a nuestro alrededor como niebla espesa, metiéndose en todos los recovecos, buscando la forma de llevarse el mayor número de trofeos posible».

Entre sombras y balas. MariaL Pardos

La aventura que vais a iniciar tiene un fondo social latente y actual con su buena dosis de thriller y humor. Porque al final MariaL Pardos nos devuelve a la manada con Entre sombras y balas. Y si hay Instinto de manada, hay acción de la buena.

Libros sobre desigualdad social, vulnerabilidad y los efectos y consecuencias de ello, hay muchos a lo largo de la historia, desde Cumbres borrascosas de Emily Bronte o Los Santos inocentes de Miguel Delibes, hasta La casa de los espíritus de Isabel Allende. La desigualdad social es un tema que perdura en el tiempo y que, en este caso, forma parte de la trama.

Esta es una novela tejida con la historia de dos mujeres nacidas en entornos dispares, cuyo destino las llevará a cruzarse y a comprenderse mutuamente.

El crimen organizado y el terrorismo a la carta solo son tentáculos de intereses mayores, pero en el lado opuesto hay más luz de la que se percibe a simple vista, porque hay personas dispuestas a plantar cara.

Leeremos escenas que nos pondrán los pelos de punta por su crueldad y sordidez, pero recordad que la realidad supera a la ficción y, aunque hay pasajes duros, más dura es la vida.

Habrà personas que creerán que prostituirse es una decisión que se toma para conseguir dinero fácil. A mi modo de ver, es lo más humillante para una persona, en especial, si esa decisión no ha partido de ella, sino que se ha visto obligada por las circunstancias, por el entorno o por una sociedad inmisericorde. Pocos de sus protagonistas acaban bien, pero tampoco tienen a una aliada como Carol, dispuesta a saltarse las reglas para hacer justicia. Pero es que la ley y la justicia se encuentran en realidades paralelas y, a veces, hay que decantarse por una o por otra.

A pesar de todo lo dicho os vais a divertir porque la autora tiene un don especial para alternar lo sórdido con el humor, lo malo con lo bueno y conseguir una dinámica llena de acción y giros inesperados.

Marga González Benavides

La historia la escriben los supervivientes

Kat

Debería avergonzarme de la forma en que viví mi vida, pero para avergonzarse hace falta tener vergüenza y yo, por simple cuestión de supervivencia, la perdí por el camino.

Cuando naces en el lado equivocado de la sociedad tienes dos opciones: te rindes y vives la vida de mierda de tus vecinos o plantas cara, asumiendo las consecuencias.

Me han llamado puta muchas veces, unas para describirme y otras para insultarme, y no me molestaba. Eran más dañinas las miradas despectivas del tiempo en que no podía defenderme, las ojeadas lascivas que me dejaban un rastro de baba en la piel, imposible de limpiar ni aun bajo la ducha, porque se trataba de un estado anímico, nada físico. Dolían más los sentimientos de traición y desamparo, de abandono y desidia.

Mis padres nunca me llamaron Ekaterina, sino Cat, americanizando mi nombre para enmascarar nuestra procedencia, ya que la ignorancia nos llevó a alquilar piso en un barrio en el que los rusos eran mal vistos y temidos. Al mudarnos a otro vecindario, lleno de compatriotas, siguieron llamándome Cat por costumbre, hasta que mi padre murió y pasé a ser Cathy para mi padrastro.

Empezó a llamarme así porque era pequeña, pero luego crecí y el diminutivo empezó a tener connotaciones distintas. Lo pronunciaba alargando la sílaba final con una sonrisa taimada. Cualquiera, hasta mi madre, podía ver que se le hacía la boca agua y sus ojos se posaban con insistencia en mis piernas, en mi incipiente pecho y en mi culo, a medida que cumplía años y mi cuerpo se formaba.

Mi madre era una pobre mujer asustada, incapaz de salir adelante sin un hombre a su lado. Aguantaba sus palizas con el estoicismo con las que había aguantado las de mi padre. Jamás levantaba la voz, e incluso evitaba mirarme, y pronto supe la razón: Iván, su actual esposo tenía planes para mí.

Iván era uno más entre la «élite» del barrio, formado por vagos que aborrecían trabajar y se quejaban constantemente de su perra vida. Ladrones, extorsionadores y proxenetas campaban a sus anchas entre personas decentes que solo querían vivir en paz de su trabajo y con sus familias. Ni qué decir tiene que cuando estos últimos tenían oportunidad, se iban a otro sitio.

Al poco de cumplir yo los trece, Iván llegó un día ebrio de vodka y de lujuria y me acorraló en el pasillo. Entendí que se había abierto la veda y le di un rodillazo en la entrepierna, al que me respondió con una bofetada. Le empujé y se tambaleó, a punto de caer. Tuve suerte de que estuviese borracho porque de otra forma nunca hubiese podido escapar.

Salí de la casa y del barrio y nunca más volví, aunque el destino parecía empeñado en alcanzarme.

Nací sin opciones, a nadie debería extrañarle que me las ganase a cualquier precio, al más alto, porque a nadie le importaba una mierda. Escribiría mi propia historia, porque la que importaba la contaban los supervivientes y pensaba ser una de ellos.

Capítulo 1

Carol

Aquella mañana iba fina de humor, había vuelto a discutir con mi supervisor y jefe por lo de siempre: llevaba más de un año en Federal Plaza y aún no me habían asignado a ningún departamento ni tenía un compañero permanente. Seguía trabajando con los equipos de castigados o de abiertamente inútiles, que se ocupaban de picotear aquí y allá.

Por si fuera poco, esa mañana me había tocado de compañera una agente que era la diversión personificada: se dedicaba a conducir de un lado a otro, perdiendo tanto tiempo como pudiera, esperando que transcurrieran las horas para largarse a casa. Hubiese tenido más acción en una sesión de yoga.

La agente Fogel era un «encanto» de persona: tenía más años que el sol y unos labios tan finos como una cuchillada en un cartón, que coordinaban a la perfección con su nariz aguileña y las arrugas que surfeaban los extremos de sus ojos claros y despiadados, propios de un halcón de los que engordan en cautividad y odian a sus dueños.

Estaba segura de que si un día conseguía hacerla sonreír se rompería en mil pedazos. El listón estaba alto porque, cada vez que subíamos al coche para ir a algún sitio, ponía el volumen de la radio a niveles que a un otorrino le hubieran resultado preocupantes. Su intención era que me mantuviese callada y a mí eso me costaba horrores. Soy habladora y me gusta socializar.

Solía llevarme bien con el resto de compañeros, con los que salía de vez en cuando a tomar copas, pero con ella... Baste decir que mientras se tomaba el café bien caliente, no le quitaba ojo de encima, segura de que en algún momento cagaría carámbanos.

¿Y qué pasa cuando quieres que no te pongan con alguien? Pues lo inevitable. Así que, por aquella regla estúpida no escrita, me tocaba más veces de compañera de lo que la cordura de cualquiera podría soportar. Encima, como yo era la novata, se permitía repetirme las normas sin descanso. A veces pensaba que la que tenía problemas de memoria era ella y esa era su forma de recordarlas. «Yo delante, tú me cubres. Si el testigo no colabora, me dejas hablar a mí. No digas nada, aprende». ¡Qué la zurcieran!

Así era cada vez que salíamos a investigar algo. Y esa era la parte de la juerga padre, todo hay que decirlo. Con su manía de tomarse las cosas con tranquilidad, cuando llegábamos a interrogar a un testigo o a un sospechoso, a este le hubiese dado tiempo de formar una familia y de jubilarse rodeado de nietos.

A mí me atacaba los nervios y eso que hablo de cuando solo llevaba en Federal Plaza un mes. Con semejante nivel de frustración, a nadie debe extrañar que al final de mi turno me fuera a un gimnasio a sacudir a un saco de boxeo hasta el agotamiento.

Se trataba de un desahogo y de una forma de compensar mi falta de corpulencia. No era fuerte, pero era ágil y si lograba encajar un puñetazo a mi oponente, podía darse por jodido.

Investigábamos en ese momento unos asaltos que salieron a relucir a través de otro caso y que tenían lugar en un hotel de mala muerte. Las víctimas no lo denunciaban por su carácter comprometedor. Sin embargo, tras el hallazgo de los cadáveres de dos blanqueadores de dinero de la droga en el establecimiento, algún detalle les hizo sospechar de otras irregularidades. La policía había pedido ayuda al FBI porque carecían de efectivos en ese momento, una excusa que traducida significaba algo así como «tomad la patata caliente y que vuestra oficina se coma el

marrón». Como la oficina no se iba a comer nada, mandaban a las pringadas de turno, por si había que culpar a alguien de la falta de progresos.

La dinámica que usaban los atracadores era simple: un hombre se citaba con menores de edad en la habitación, sin saber que ese día solo mojaría sus mejillas de lágrimas, después de que el cómplice de la menor lo pillara en todo el ajo y le sacara unas fotos comprometedoras. El tipo cedía al chantaje y los dos estafadores se largaban de rositas con las tarjetas de crédito del desgraciado, su pasta, su reloj y su documentación. Si se le ocurría denunciar, las fotos irían a parar a la policía y a su familia.

A ver, que soy representante de la ley y tal, pero a mí me parecía justicia poética, porque las supuestas víctimas eran repugnantes pederastas, aunque ya me cuidaría de decirlo.

—... de mí.

—¿Perdona?

Mi compañera me echó encima su mirada gélida de halcón.

—Que te pongas detrás de mí —repitió.

—Que sí, mujer...

Mi respuesta no fue de su agrado, algo que a mí me importaba bastante poco. Hiciera lo que hiciese estaría mal a sus ojos, así que me sacudí las solapas de la chaqueta, a juego con el tieso pantalón, cuya costura se empeñaba en molestar en los recovecos más inoportunos, y me dispuse a entrar en «acción».

Aquí un pequeño inciso porque la acción, para mi compañera circunstancial de fatigas, consistía en llamar a una puerta y preguntar por un sospechoso. ¡El no va más del riesgo que Fogel estaba dispuesta a asumir en pro de la justicia!

—¿Y si pedimos refuerzos? —propuse con toda la ironía que pude cuando ya habíamos aparcado en la acera, frente a la casa a la que teníamos que llamar.

Otro inciso: mi compañera apagaba la radio justo antes de aparcar, como si el ruido fuese a interferir en su maniobra, así que ya podía escucharme.

Me miró como se mira a un idiota y le devolví una réplica bastante elocuente sobre su exceso de precauciones, porque lanzó un bufido a través de su nariz de halcón, a juego con sus ojos. Luego pasó de mí, se aseguró de que llevaba el arma en la funda y salió del coche.

Lo que ocurrió a continuación lo resumiré porque es un muermazo absoluto, aunque mi compañera lo plasmaría en un informe como si nos hubiésemos jugado la vida durante cada segundo de aquella visita. El ocupante de la vivienda era conserje en el hotel investigado y presunto cómplice de extorsión. Lo de presunto es por corrección política, porque era tan culpable como yo de zamparme una caja de bombones si se ponía a tiro. El tío era un desgraciado al que nos llevamos a las oficinas llorando a moco tendido, y esto es literal, ya que le pasé un paquete de pañuelos de papel y los agotó durante el breve trayecto.

Como novata tampoco pude intervenir en el interrogatorio, que quedó a cargo de dos veteranos, entre los que no se encontraba mi compañera. Su turno había terminado, así que cedió el testigo, fichó y salió del edificio como alma que lleva el diablo.

Yo me quedé mirando por el monitor de control. Mi turno también había terminado, pero quería saber más.

Al final, el tío confesó que le pagaban por proporcionar la llave de ciertas habitaciones a una chica joven, a la que describió con todo lujo de detalles. No le sacaron más porque no sabía nada más. Cobraba y listo, hasta la próxima.

Me presenté voluntaria para continuar con la investigación, olvidando comentarle al responsable que mi turno hacía rato que había terminado. El conserje volvería a su trabajo como

si nada y mantendríamos vigilada la entrada del hotel, hasta que nos llamara para advertirnos que las delincuentes se encontraban a punto de cometer otra extorsión.

¡Yupí, trabajo de vigilancia! Sí, hay mucho sarcasmo en esa exclamación ¿y qué? Si no os gusta, ¡que os zurzan!

A veces, me olvidaba del entusiasmo con el que había escogido Nueva York para estrenarme en el FBI. Imaginaba que estaría todo el día envuelta en investigaciones complejas, enseñando las credenciales a diestro y siniestro, deteniendo a malvados a punta de pistola o envuelta en tiroteos peligrosos. La realidad es que echaba de menos la academia, allí tenía ocasión de sacar el arma y de simular persecuciones y detenciones. Era, con diferencia, mucho más ameno que ser agente de verdad.

Por suerte, el tiempo de vigilancia duró poco y mi compañero en esa labor, que no era tan condescendiente como Fogel, me dejó actuar sin darme instrucciones previas. Abrió la puerta de la habitación de una patada y yo entré primero, con mi Glock reglamentaria de nueve milímetros por delante.

Aquí voy a hacer otro inciso: la Glock y yo teníamos una relación solo regular, era demasiado grande para mi mano y su tacto no me agradaba. Ya sé, ya sé... Manías... El caso es que mi primera arma fue una Sig Sauer, con la que me sentía segura y que llevaba siempre en una cartuchera oculta a la espalda. Me la jugaba, pero ¿no dicen que la seguridad ante todo? Hay quién lleva una camiseta vieja que le da suerte o los que se ponen los calcetines con los que ganaron un partido en el instituto, y sin lavar. Lo mío era menos grave, creo yo.

La escena que encontramos al abrir la puerta parecía sacada de una foto: un cincuentón en calzoncillos, con las manos alzadas, se encontraba sentado a los pies de la cama, mientras una chica joven le apuntaba con su revolver sin amartillar. La otra chica, con la camisa abierta, enseñando su sujetador, registraba los bolsillos de la ropa del hombre y pegó un salto por el susto.

Nos identificamos en voz alta y las muchachas levantaron las manos con docilidad, la primera con el arma aún en la mano. Mientras me acercaba a quitársela, ocurrió lo impensable: el hombre, víctima del atraco, se levantó de un salto y salió corriendo por la puerta que acabábamos de atravesar, empujando con el hombro a mi compañero.

Entonces todo se descontroló, como si hubiesen dado al *play*, animando la escena. La chica que registraba la ropa del tipo salió corriendo también, la agarré de una manga, pero se me escurrió. Mi compañero estaba tan paralizado como la chica armada, así que le dejé que lidiase con ella y corrí en pos de la fugitiva.

La muy cabrona era joven y ágil. Corrió escaleras abajo, saltando los escalones de cinco en cinco y rebotando como un muelle. Se escabulló por la puerta de emergencia que daba a un callejón y la alcancé antes de que se metiera por la trasera de un restaurante cercano.

Me tiré encima de ella y ambas nos golpeamos con la madera de la jamba en la cabeza. Ella se quedó atontada; yo tenía la cabeza mucho más dura, aunque sabía que luego me saldría un buen chichón.

—No hacía nada, ¡déjame en paz!

Me levanté y ella también. Con la mano libre la registré en busca de cualquier arma u objeto punzante, que no encontré.

—Parece que se os ha ido la mano con alguno de esos tipos a los que desplumáis.

Me fijé en que su aspecto joven estaba resaltado por las coletas que lucía, aunque no le daba la mayoría de edad ni de coña. Parecía una cría, y no muy limpia. Le saqué los objetos de los bolsillos con cuidado. En uno de ellos llevaba una tarjeta del albergue de varias calles más allá.

La esposé y la observé con mayor detenimiento. Su pelo estaba limpio, aunque descuidado. Necesitaba un corte y un champú decente. Tenía una piel preciosa, pero reseca, y bajo sus uñas persistían restos de suciedad, propios de los que no pueden acceder a una ducha de forma regular. Aun así, era muy guapa.

—Esos tíos son unos cerdos. Les robamos dinero, nada más.

—Hay algún muerto, eso es algo más que un atraco.

Me puse frente a ella y guardé la Glock en su funda. Estaba claro que no resultaba una amenaza.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—¿Y a ti qué te importa?

Sus ojos eran desafiantes, aunque percibí una fragilidad en ella que pretendía esconder tras esa fachada de «soy más fuerte que el vinagre». Me precio de ser muy perceptiva y juzgo a las personas por lo que me transmiten. Ella destilaba desesperación.

Aquí el inciso de turno: en realidad, calar a las personas no se me daba tan bien como creía, pero eso lo iremos viendo.

—Ekaterina —contestó ella, al cabo de unos segundos, desviando la vista.

Podía haber dicho cualquier otro nombre, pero me dio la impresión de que no mentía. No me dijo apellido y no le pregunté tampoco, a esas alturas tenía decidido que no iría a parar a una sala de interrogatorios. Tenía razón al decir que aquellos tíos a los que atracaban eran unos cerdos pederastas y ellas se aprovechaban de eso para sobrevivir sin tener que vender su cuerpo.

Sí, era rápida juzgando y a veces me equivocaba, pero en ese callejón estábamos solas y yo era la que tenía que decidir.

—¿Se os ha ido la mano en alguna de esas citas, Ekaterina?

Ella negó con la cabeza.

—Les sacamos dinero para unos días y ya está.

Le quité las esposas, las guardé en el soporte de mi cinturón y suspiré, sabiendo que iba a hacer algo muy estúpido y quizá equivocado. Me echarían si alguien se enteraba.

—¿Tu compañera podrá delatarte?

La chica alzó el rostro y me miró directamente a los ojos. Era tan parecida físicamente a mí que algo se me removió dentro. Con su edad yo tenía a mi familia arropándome, dándome cariño. No era la familia perfecta, pero eran los míos, los que siempre cuidaban de mí. A aquella chica los suyos le habían fallado y tenía que buscarse la vida como sabía.

—Nos conocemos del refugio —negó ella.

—Pues lárgate de aquí y desaparece.

Ekaterina volvió a sondear mis ojos, sopesando si hablaba en serio o me estaba riendo de ella, por lo que saqué una tarjeta del bolsillo y se la puse en la mano.

—Recorre a Servicios Sociales y dales mi tarjeta, te avalaré —le dije—. Hasta que seas mayor de edad.

No nos engañemos, ambas sabíamos que eso no iba a pasar. Con su edad la hubiesen internado en un centro y si no estaba en uno era porque había probado la experiencia o porque le apetecía más bien poco quedar bajo la tutela de desconocidos. Ya no podrían darle una educación adecuada, ni oportunidades para valerse en la vida de forma legal.

—O llámame si necesitas algo. Es mi número personal.

Ella asintió y ninguna nos creímos el gesto, se metió la tarjeta en un bolsillo trasero de sus vaqueros y dio media vuelta.

—Gracias, Carol —murmuró, antes de salir corriendo.

Esas cosas serían las que jamás podría explicar a ninguno de mis cuadriculados compañeros. Las personas no eran cifras ni se podían resumir en una línea. No descartaba equivocarme, para eso somos humanos, pero esa chica era inocente, al menos de lo que querían cargarles y se lo cargarían porque alguien tenía que pagar.

Su compañera tuvo menos suerte. Fue a parar de cabeza a un correccional con cargos, por lo que saldría en su mayoría de edad para ir a engrosar las filas de cualquier centro penitenciario. Caso cerrado. Carpetazo.

A veces, ese pensamiento lineal me angustiaba sobremanera. Blanco o negro, nada de matices grises que aligerasen las condenas en base a vidas destrozadas y sin oportunidades.

Mi actuación en ese caso tampoco fue como para tirar cohetes; había tomado una decisión en base a un palpito, sin poseer prueba alguna que exonerase a Ekaterina de los crímenes.

La detención de la sospechosa le valió a mi compañero una felicitación y a mí una reprimenda por haber perdido a la mía, así que volví a mi dinámica de «equipo» con Fogel, llegando tarde a todos sitios y paseando por la ciudad como con Miss Daisy^[1], pero sin las conversaciones didácticas. En cambio, estaba informada de las últimas noticias, gracias a la amabilidad de mi compañera en su empeño por poner la radio a todo lo que daba de sí el volumen.

Un mes más tarde ya estaba preparada para alguno de los numerosos concursos sobre actualidad. Lástima no haberme presentado a uno de ellos porque sería rica, mi camino jamás se hubiera vuelto a cruzar con el de Ekaterina y me hubiera ahorrado muchos disgustos.

Capítulo 2

Carol

Y un año más tarde seguía varada en el mismo sitio, picoteando de aquí y de allá, emparejada con algún veterano sin compañero, aunque casi siempre con la dulce «Lady Halcón».

Como en ese momento estábamos de vigilancia, o lo que es lo mismo: en el interior del coche, tocándonos las narices a dos manos durante horas, busqué mi forma de entretenerme, repasando los ejercicios de la academia.

Mi compañera, haciendo honor al apodo que le había puesto, miraba con fijeza la puerta de entrada al complejo de apartamentos, como si fuera a salirle novio en cualquier momento y no quisiera dejar pasar la oportunidad. Siguiendo en su línea, la radio estaba a tope de volumen y yo me había puesto los auriculares del teléfono, en un intento de que mis oídos salieran bien parados de la prueba a la que los sometía. Consultaba en el móvil mi correo de la agencia y los comunicados internos, así como los rostros de los más buscados en orden ascendente.

Lo de mirar fotos era para agudizar mi capacidad de reconocimiento, memorizando líneas de expresión y chorradas varias, una técnica que en la academia odiábamos y que a mí me estaba salvando la vida en ese momento en que necesitaba abstraerme.

Y pensaréis: ¿pero no estabas de vigilancia? Pues sí, esperábamos coger en plena faena a un tipo que supuestamente vivía en esos apartamentos y al que buscábamos por fraude.

Qué guay, diréis. Pues no. El tipo se ponía un uniforme militar, que era un delito federal (sí, he puesto los ojos en blanco ¿y?) para cobrar la pensión de su hermano, que había sido veterano de algún sitio en guerra hasta que se voló la cabeza de un disparo y a la familia se le olvidó comunicarlo. Ese era nuestro peligroso objetivo: cazar a un tío que un día de esos tendría que salir a cobrar la pensión de su hermano.

Y os preguntaréis: ¿a eso se dedicaba el FBI?

Pues sí, damas y caballeros del público, todo diversión, sin un momento de respiro.

A ratos me daba por pensar que mi jefe me odiaba, pero lo desechaba enseguida, apenas habíamos cruzado dos palabras y ninguna mirada a los ojos. Él se dedicó a mirarme las tetas, a la vez que me estrechaba la mano como bienvenida, luego ya ni se molestó en fijarse, había agentes con las cosas mejor puestas y más abundantes y, por tanto, merecedoras de atención extra.

A ver, no nos equivoquemos, vivíamos en el siglo XXI, aunque algunos habían evolucionado lo justo para no cagarse encima mientras caminaban. Las instituciones, lo sabía de primera mano, eran machistas. Feudos dirigidos por neandertales bien cargados de testosterona y reacios a que las mujeres ocupasen puestos que debían ser para hombres con un par de huevos, a poder ser realzados por un pantalón ajustado, para disipar dudas.

En fin, seguir con esos derroteros solo conseguía ponerme de un humor de perros y pasaba de hacerme mala sangre. A lo que iba es que ahí estábamos «Lady Halcón» y yo, planchando el culo en los asientos del coche, así que yo me dedicaba a memorizar rasgos de los más buscados por la agencia para pasar el rato.

Si imagináis que levanté la vista, reconocí a uno de ellos y me ascendieron a las primeras categorías de la agencia, no podéis ir más errados. Esas cosas les pasaban a los que habían nacido con una flor en el culo; yo había nacido con un cardo.

Pero era cierto, como habéis supuesto, que reconocí a alguien entrando al complejo de

apartamentos. Podía estar equivocada y no se me ocurriría causar alarma por un rápido vistazo. Sería la forma más rápida de ganarme una buena reprimenda, además de una nota negativa en la casilla de «Lady Halcón», que parecía apreciarme tanto como yo a ella.

—Oye, voy a buscar un lavabo —grité, para hacerme oír por encima del locutor que dirigía el informativo de las dos de la tarde en una de las cadenas más populares.

«Lady Halcón» elevó una ceja. «Siempre tan expresiva», pensé para mis adentros.

Me eché una carrerita hasta la entrada de los apartamentos y le pedí al conserje que me dejase usar los baños de la piscina comunal, subrayando mi petición con las credenciales, para darle mayor énfasis y para que no se negase.

Con otra carrera me planté en el centro del patio en el que se hallaba la piscina y desde el que se veían las seis entradas a los edificios. Mi objetivo entró en la cuarta puerta, señalada con un número 4 por si no me había quedado con el dato. No pude atisbar su rostro con claridad, pero ya me había autoconvencido de que acababa de dar con una de las caras que habíamos usado en la academia para practicar.

Precisamente el suyo era uno de los rostros de control. Se hallaba muy abajo en la lista de los más buscados, pero ahí estaba, entre muchas otras caras de ciudadanos anónimos y pasaba desapercibida porque todos buscábamos el premio gordo, algún rostro de los diez primeros en la lista.

Madeline Adams era tan mortal como una mantis religiosa después de aparearse. Se había cargado a cuatro maridos antes de que el quinto se percatase de que tramaba algo y lograse sobrevivir a cinco cuchilladas en puntos no vitales. El hombre tuvo suerte y ella tuvo que esfumarse.

Llevaba varios años desaparecida y yo acababa de reconocerla. O eso pensaba.

Debería omitir que mi rápida incursión en el recinto pasó desapercibida para todos, excepto para el tío que teníamos que vigilar y que volvió a meterse en el número seis, con tanta rapidez que apenas conseguí verle la espalda. Llevaba el uniforme, por lo que imaginé que lo había sorprendido en el momento de ir a cobrar la pensión del hermano y para mí que me había visto enseñarle la placa al conserje.

Usé el baño ya que estaba allí. Total, ya me había cargado la vigilancia y si el suplantador era espabilado se largaría bien lejos, aunque ya me cuidaría de comentar nada al respecto o me costaría una nota negativa en mi expediente.

Volví al coche y pasé el resto del turno deseando terminarlo más que mi compañera, que no dejaba de ojear el reloj, calculando el tiempo que quedaba para ir a comerse una cena temprana, poner la tele a todo trapo, haciendo las delicias de sus vecinos, y zamparse un litro de helado entre anuncio y anuncio.

Y pensaréis: ¡qué mala eres, Carol! Pues sí. «Lady Halcón» mataba su patente ansiedad retorciendo los dedos de manera tan brusca que dolía verla, pero cualquiera le decía que se hiciera mirar el trastorno. Yo, desde luego, no lo mencionaría, no era de mi incumbencia y ya me tenía bastante cariño. Muchas más horas encerrada en el coche soportando sus TOC y mi eventual compañera no necesitaría un psicólogo, la mataría yo misma lentamente y con gran despliegue de crueldad.

Ese día no me quedé remoloneando por las oficinas a ver por dónde picoteaba, salí antes que «Lady Halcón» y eso era poner el listón muy alto. En el siguiente nivel de rapidez para ser exactos, dada su trayectoria y experiencia en escapar del trabajo.

Los cinco días que siguieron a ese solo acudí a mi minúsculo apartamento a ducharme y cambiarme de ropa. Hice una maratón especial de vigilancia delante del edificio en mis horas

libres para observar a Madeline, porque estaba segura de que era ella.

La seguí, la esperé, la acompañé a la compra, al trabajo y a dar su paseo diario de media hora. Y, mientras ella dormía, yo daba cabezadas en mi coche.

Aún dudaba de si debía contarle en la oficina cuando me pilló. Una pillada en toda regla.

Días atrás, nuestras miradas se habían cruzado y en el supermercado al que la seguí esa tarde, me quedé más tiempo del debido delante de la fruta cuando se detuvo al otro lado.

—¡Hola! —le dije, esbozando una sonrisa.

Inclinó la cabeza en gesto de reconocimiento sin pronunciar palabra, aunque observándome con curiosidad.

—Ay, perdona, me has pillado mirándote, ¡qué vergüenza! —continuó. De perdidos, al río —. Somos casi vecinas y llevo varios días fijándome en tu color de pelo: ¡me encanta! No sabía cómo abordarte para saber a qué peluquería vas.

Ya me veía tiñéndome el pelo para conservar la farsa, porque había decidido callarme su identidad hasta que viese la forma de marcarme un tanto en la oficina. La detención de una fugitiva buscada durante años obligaría a mi jefe a asignarme a algún departamento de una vez, sí o sí. De lo contrario, la única otra forma que se me ocurría de llamar su atención era haciéndome un aumento de pecho y de culo.

—Perdona otra vez, soy una maleducada. —Di la vuelta a la isla de las frutas y le tendí la mano—. Carol.

—Alma —se presentó, estrechándome la mano en un apretón fuerte, casi viril.

—¡Qué nombre tan bonito, me encanta!

—Así se llamaba mi madre —mintió.

—El mío es por mi abuela —mentí yo, para no quedarme atrás—. No es original, ya lo sé.

Ella se encogió de hombros en plan neutro. Muy sosa para mi gusto, aunque algo debía tener para gustar a los hombres con los que se había casado.

—Nuestros nombres no nos definen.

—¿Ves? Ya sabía yo que me caerías bien, Alma.

La enlacé del brazo y le señalé la cesta que colgaba del suyo.

—¿Cena para uno? —le pregunté con indiscreción.

—De momento.

—Si no tienes planes, iba a salir a tomar algo esta noche, una cena ligera y un poco de vino, ¿te apuntas?

—Te lo agradezco, pero...

Puse cara de decepción y por si no se había notado, añadí:

—Soy nueva en la ciudad, aún no he hecho amigos.

Ella suspiró, y buena falta que le hacía, la acababa de poner en un compromiso después de confesar que no tenía planes.

—No me gusta mucho salir, pero si quieres puedes venir a cenar conmigo —dijo.

—¿De verdad?

La solté y di un par de saltitos de emoción. Madeline no era tonta y yo debía ser la vecinita pesada y algo lela que no se enteraba de cuándo molestaba.

Dejé mi cesta de la compra en el suelo y volví a agarrarme a su brazo como si fuésemos amigas de toda la vida. Continuamos comprando y charlando de naderías. Eso yo, claro, ella era reservada y apenas me escuchaba. Seguro que estaba pensando en la manera de deshacerse de mí, pero yo era persistente como el COVID. Había llegado para quedarme.

Madeline era una mujer hermosa de cuarenta y cinco años. Se cuidaba y había alterado por

completo su apariencia, aunque los rasgos seguían siendo los mismos, por eso la reconocí.

Llevaba una media melena teñida de caoba, con mechas algo más claras que le daban un aspecto bruñido. Había adelgazado y vestía trajes de dos piezas con camisas de colores. Alternaba entre pantalón y falda para ir a trabajar a la biblioteca local, usaba gafas de montura metálica pasadas de moda y se maquillaba con descuido, o eso parecería a cualquier profano. Lo cierto es que era concienzuda al aplicarse sombras en los sitios adecuados para conseguir unos rasgos más redondeados y unos ojos tristes, perfilando el contorno con poca gracia, alterando su almendrado natural.

Solo una mujer buscada podía querer esa apariencia anodina que ella pretendía. Yo hubiese matado por su perfil de nariz respingona y hoyuelo en la barbilla, pero esto que quede aquí, jamás confesaré haberlo pensado. Una tiene su orgullo.

Me invitó a su apartamento e hizo la cena para las dos mientras yo ayudaba poco y parloteaba mucho. Mi atención estaba puesta en el entorno. Su casa era tan insulsa como si no viviera nadie en ella. No había objetos personales a la vista, carecía de fotos o de fruslerías que cualquiera traía de un viaje. Por no tener, no tenía ni una mala vela aromática. Incluso las llaves las guardaba en un cajón de la entrada, como si le molestase tener algo en la superficie de los muebles, por otra parte, libres de polvo.

En la puerta del frigorífico solo había un imán con tres números de teléfono de compañías de taxis locales, además de uno de emergencias que todo ciudadano se sabe de memoria.

La meticulosidad con que desechaba las sobras de las verduras, disponía las raciones y limpiaba los cubiertos para ponerlos en la mesa, me indicó que estaba preparada en todo momento para largarse sin dejar ni huella en todo el apartamento.

Me fui al baño a lavarme las manos y encontré más de lo mismo: nada. No había cremas faciales, maquillaje ni cepillo de dientes o del pelo.

Debía llevar años viviendo así. Solo de esa manera podía resultar tan meticulosa para recogerlo todo, todos los días. Si en algún momento se me pasó por la cabeza fiarme de ella, cualquier intención se quedó ahí. Era fría, calculadora y no dejaría que la cogiesen fácilmente.

—Mi ilusión de una rápida detención se esfumó, igual que se esfumaría ella si no andaba lista.

Comimos verduras salteadas y carne a la plancha. Charlamos de naderías, en realidad, soliloqué con fingido entusiasmo. Y en un momento dado le enseñé mi pistola, cuyo bulto a mi espalda ella ya había observado y la tenía tensa.

—Mi padre, que es un poco paranoico —le dije, poniendo mi Sig Sauer con la funda de cinturón sobre la mesa, a su alcance—. Según él, Nueva York está lleno de delincuencia y se quedaría más tranquilo si aprendía a disparar.

—Tu padre parece una persona sensata.

—Lo es. Aunque no creas que me acostumbro a llevar este trasto encima, se me clava en todos sitios y me impide ponerme ropa ajustada, así que cuando salgo a tomar algo la llevo en el bolso. Por cierto, me han dicho que hay un bar a dos manzanas que está muy bien, ¿te apetece ir?

—Mañana trabajo.

—Yo también, pero podemos permitirnos salir un par de horas, no tenemos que dar explicaciones a nadie.

El papel me obligaba a insistir. La vecina rubia no se hubiera rendido tan fácilmente después de hacerse invitar a cenar.

—No te ofendas, pero no me gusta mucho salir.

—Anda, amiguiiiii porfiiii.

Logré que sonriera de forma impostada y algo más: sacarla de su zona de confort. Su

cerebro buscaba una excusa plausible, casi podía ver los engranajes rodando en su interior. No solo le había descolocado la vida en un segundo al colarme en su casa, le estaba haciendo estrujarse el cerebro en busca de excusas que no había preparado de antemano.

—Otro día —aceptó, por lo que deduje que la improvisación no estaba entre sus habilidades.

Me despedí de ella con dos besos en las mejillas y le prometí que volvería pronto a verla. A mí se me daba bien improvisar. No obstante, más me valía inventar algo convincente para explicar mi acercamiento espontáneo a una sospechosa o me echarían de la agencia con cajas destempladas.

Por suerte, el equipo que vigilaba la entrada al complejo de apartamentos había visto salir al estafador con una maleta y dirigirse a una estación, en la que tomó un tren al norte. Me libré del plantón diario con «Lady Halcón» y del riesgo de que la mantis me descubriera por casualidad.

Aún estaba pensando en cómo abordar el asunto con mi jefe cuando terminé mi turno, cogí mi viejo coche rojo, que cada día era más viejo y menos rojo, y antes de trazar un plan determinado, me encontraba otra vez en la puerta de los apartamentos. Era como un perro que ha olido un hueso y no puede dejar de buscarlo.

—¡Hola, guapiiii! —la saludé al más puro estilo *pijitonti*, metida de nuevo en mi papel de rubia estúpida—. Hace un día genial y tú tienes piscina, así que llevo toda la mañana pensando en tomarla por asalto. ¿Qué me dices? ¿Unos mojitos en las tumbonas y un chapuzón para refrescarnos?

Abrí la ventana que daba al patio comunal e hice un gesto grandilocuente en dirección a la piscina.

—Es que... Iba a salir ahora.

—¡Oh, qué pena! ¿Ves? Eso me pasa por no haberte pedido ayer el número de móvil. —Se lo quité de las manos y, después de comprobar que estaba desbloqueado, tecleé mi número y me hice una llamada perdida—. Asunto resuelto. La próxima vez te llamaré para no fastidiarte los planes.

—Puedo decirle al portero que eres una amiga y que te vas a bañar... —propuso.

—¡Qué va! Sola no me apetece.

De repente, vi a un tío salir del agua. Me daba la espalda y la tenía, junto con lo que queda en la parte baja, como para clavarle las uñas. Se recostó en una tumbona y pude ver que la delantera no desmerecía, lo malo era que me sonaba mucho y me pregunté si no sería otro agente con el que me había cruzado en las oficinas.

Tanteé a ver qué sabía mi agobiada anfitriona.

—Oye, ¿y ese vecino?

Ella echó un vistazo y se apartó de la ventana, negando.

—No conozco a los vecinos.

—Pues eso tiene solución, querida. Vete a lo que tengas que hacer que yo bajo a presentarme y esta noche nos reunimos. Haríais buena pareja.

Corté su previsible protesta alzando una mano. Si no me había mandado ya a la mierda era porque pretendía pasar desapercibida y si me echaba con cajas destempladas, dada mi insistencia en ser su amiga, llamaría la atención.

Otra vez vi su cabeza maquinando a todo lo que daba.

—Antes de que hagas nada, hablemos de límites —dijo.

Capítulo 3

Kat

Podía haber culpado a la agente que acabó con mi forma de ganarme la vida, pero hubiera sido injusta. Ella se la había jugado al dejarme en libertad.

Ya había probado otras formas de conseguir dinero y al final todas entrañaban tanto riesgo de terminar entre rejas que decidí coger el camino que se había abierto ante mí años atrás, y que había desechado porque me ponía a merced de la voluntad de otros.

Mi padrastro había cerrado un trato con su sobrino antes de que me escapase. Yuri era el encargado de un prostíbulo, que rendía cuentas a una familia mafiosa rusa, y le había pagado una miseria para que yo engrosara sus filas. Supongo que, al incumplir el trato, se habría ganado una buena paliza, como poco. Me alegraba.

En realidad, a esa gente no le hacía falta pagar por las chicas, las conseguían en ventas privadas, las esclavizaban, drogaban o pegaban hasta que se abrían de piernas para todo el que quisiera vaciarse en ellas. O desfogarse de otras formas. El asesinato era el límite y algunos tenían tendencia a traspasar cualquier límite impuesto. Esos pagaban una multa.

No es que solo se dedicasen a la prostitución femenina, los chicos iban en otros lotes, a burdeles distintos que preferían llamar saunas y que se dedicaban a lo mismo. En los de mujeres había siempre un par de chavales que le daban a todo porque no había más remedio. Nadie tenía elección en ese negocio.

Antes de que se me pasara el arroz, como llamaban en el mundillo a cumplir los veinte, me puse en contacto con Andrej, rival de Yuri, y me ofrecí a trabajar en su local por la comisión estipulada para las no obligadas: el 15% en casi todos los servicios, excepto en algunos especiales. Pactamos que los especiales los cubrirían las que no cobraban. Prefería que nadie me usara de saco de boxeo o me rompiera el culo por cuatro perras. Mamadas y coitos de los normalitos, para tipos sin complicaciones emocionales visibles, era todo lo que estaba dispuesta a ofrecer.

¡Qué inocencia la mía!

Pero eso tiene rápida cura. En una semana ya se me había pasado la tontería y podía ver la sordidez, la desgracia y la ignorancia de todos los que nos movíamos en ese ambiente.

Me asignaron una habitación con cama redonda, un lujo reservado para las cuatro «nuevas», baño privado y tres horas libres diarias que solo tenían un fin: dormir.

Esas horas eran todo un lujo, ya que las chicas obligadas permanecían en los sillones días enteros, dormitando, cabeceando y acudiendo al baño a aliviarse y retocar sus maquillajes ajados.

Hacíamos las comidas por turnos en una habitación dispuesta con seis sillas en torno a una mesa mugrienta, y daba igual si hacía frío o calor, teníamos que vestir prendas provocativas, escasas y raídas por los lavados.

Los viernes eran especiales: día de cobro para muchos de nuestros clientes, que a veces querían darse un capricho montando un trío, y para las mimadas, las que follábamos por dinero.

El balance de mi primera semana fue de 364 dólares una vez descontada la lavandería, la comida, los condones y la habitación. Al principio conté los hombres con los que me acostaba, pero pasados los primeros días, cuando el sueño y el cansancio empezaron a hacer mella, perdí la cuenta.

Tirando por lo alto, calculé que me llevaba unos diez dólares por polvo y tenía suerte de que muchos de los hombres que pasaban por allí me eligieran entre toda la mercancía que tenían a su alcance.

A diferencia de la mayoría, no me drogaba, ni usaba el alcohol para evadirme. Quería ser consciente de todo, porque bastante duro era tener un hombre distinto cada hora metido en mis entrañas como para gastarme lo que ganaba en mierdas. Para eso mejor pegarse un tiro.

Observé, pensé y me hice notar. Andrej pasaba poco por el burdel, lo confiaba a una mujer que sobrepasaba los veinticinco años y no estaba en el menú, salvo excepciones.

La dinámica del negocio era simple: los hombres accedían a la salita en la que estábamos las chicas y elegían, luego pasaban por caja en el mostrador que regentaba la *madam*. Ella le proporcionaba una llave con un número impreso en un llavero grande, señalaba a la chica elegida y abría la puerta que daba al corredor de los cuartos usados para echar un polvo.

Eso era todo. El hombre se iba, la chica volvía después de haberse lavado y cambiado las sábanas, y la encargada se acodaba en el mostrador. La escena volvía a repetirse cuando el gorila de la entrada abría la puerta para el siguiente cliente.

En horas punta, cuando las fábricas y negocios cerraban, la afluencia era más intensa. A veces se juntaban hasta cinco hombres eligiendo pareja de baile. Entonces, la *madam* se guardaba algunos billetes en el bolsillo y yo me fijaba cada vez que lo hacía. Pedía un precio más alto y la diferencia se la agenciaba.

—Quiero hablar con Andrej —le dije al gorila.

—¿Para qué?

—Para lo que a ti no te importa.

—Pues espera a que pase por aquí.

—Pues ve buscando otro trabajo, tonto del culo. Cuando sepa lo que tengo que decirle, irás a la calle.

Fueron a la calle los dos, gorila y *madam*, y yo me convertí en la favorita de Andrej, aunque no me puso de encargada, que era lo que yo quería. En su lugar, me llevó a trabajar a otro burdel en Atlantic City, mucho más grande y limpio, con todos los permisos en regla y el título rimbombante de señorita de compañía.

La diferencia era notable, cobraba mucho más y follaba mucho menos. Salía a cenar con mis clientes y a tomar copas a los locales y casinos de la ciudad. Vestía bien y descansaba un día a la semana, aunque los tíos eran igual de asquerosos que en el burdel de Nueva York, incluso más, porque querían aprovechar el dinero que habían pagado por mí.

Excepto pegar a las chicas, tenían permitido casi todo y los había que se cobraban hasta el último centavo. Podría describir vejaciones que harían estremecerse al más curtido de los policías, pero no merecía la pena. Si alguna chica salía indemne de semejante experiencia, nunca tendría una vida sentimental normal.

Después de cuatro meses en el negocio, me consideraba una experta. Aprendía con rapidez y no me quejaba. Las quejas producían efectos indeseados, tanto en los hombres que me contrataban como en los que me vendían.

El único altercado que tuve fue con un hombre joven y bien parecido. Creí que lo pasaríamos bien, era espléndido con el dinero e incluso insistió en comprarme un vestido para lucirme en el casino en el que tenía habitación. Fue bastante comedido en la cama y luego bajamos a cenar y a apostar. Lo típico en la ciudad. Quería que le soplara en los dados, que me sentara a su lado mientras perdía dinero en la ruleta y que me quedase de pie tras él cuando le apeteció echar unas partidas de póquer.

Estaba cansada, pero aún quedaba terminar la velada en su habitación, así que hice un esfuerzo para mantenerme despierta, me tomé una copa de champán y subimos. Estaba encima de mí, apoyando su peso en los brazos, colocados a ambos lados de mi cabeza estirados, movía sus caderas sin urgencia y yo gemía, interpretando mi papel de puta, que para eso me pagaba. En un momento dado, abrí los ojos: él tenía su cabeza sobre la mía y su saliva colgaba de su boca, a punto de entrar en la mía.

No sé qué me pasó, me habían hecho cosas mucho peores que escupirme, sin embargo, aquel gesto en él, después de haber pasado una velada tan agradable, me pareció el colmo de los insultos. Me incorporé y le di un empujón para sacarlo de mi interior, él me pegó una bofetada y yo le contesté con una patada en los huevos.

En realidad, había tenido incidentes más graves, en los que salieron armas a relucir en manos de hombres peligrosos. La cicatriz de mi muslo lo confirmaba, pero en algún momento me había creído que ese contrato era algo distinto, una cita, quizá. Tenía mi corazoncito y algo se rompió un poco más en él por ilusa.

Andrej me dio una paliza y estuve casi dos semanas sin trabajar. Cuando volví, ya se me había pasado la tontería.

Durante ese tiempo medité: no podía pasarme la vida así. Tenía diecisiete años recién cumplidos y ya había sufrido un aborto, además de haberme contagiado con alguna enfermedad de transmisión sexual, por suerte sin consecuencias.

Aquel ritmo terminaba con la salud de cualquiera. Mis compañeras no pasaban de los veinte años y parecían bastante más mayores, por mucho que se cuidasen. De vez en cuando, una se largaba y era sustituida enseguida por otra de menor edad. Éramos trozos de carne cara. Por fuera teníamos buen aspecto; por dentro estábamos podridas y rotas.

Nunca intercambiábamos experiencias entre nosotras, no merecía la pena, era una historia repetida y con un final bastante predecible: estábamos un escalón por debajo de la cúspide en lo que al mundo de la prostitución se refería; a medida que cumpliésemos años bajaríamos un peldaño y luego otro y otro hasta terminar en la mierda donde empezamos.

Si no espabilábamos, nuestra vida solo habría servido para enriquecer en mayor medida a nuestros explotadores.

Tenía pocas armas para escapar, pero en algún momento lo conseguiría. Para eso solo debía fijarme bien, aprender y aprovechar las oportunidades.

Capítulo 4

Carol

¿En qué momento se complicó todo? Ni idea.

El vecino buenorro de la mantis era otro «rarito». Tímido lo definiría cualquiera que no fuese yo. Con su atractivo físico, la timidez era un estado que debería haber superado en la pubertad y si no lo había hecho resultaba sospechoso.

Dijo que se llamaba David y yo fingí creerme lo que hasta a él le costaba, por el titubeo en su contestación, que no tenía que ver con la timidez sino con la mentira. Ni se llamaba David ni se dedicaba al teletrabajo, según mi sexto sentido, infalible en lo que a hombres guapos se refería.

Hace rato que no hago un inciso y ya va siendo hora: tenía debilidad por los hombres guapos, era un hecho. Los que me parecían guapos, debo aclarar, que no eran los que salían en las revistas. Los de carne y hueso me resultaban infinitamente más interesantes, a no ser que fueran tontos del culo, que los había a puñados. En cuanto a ese sexto sentido para juzgar a las personas, digamos que mi radar sufría interferencias con los hombres atractivos. Pero ya iremos comentando el tema para no extendernos más de la cuenta.

Aquella tarde me gané a pulso mi recién adquirida fama de acosadora. No dejé que el vecino cañón se marchase sin prometer que una noche de esas se pasaría a tomar algo al apartamento de mi amiga. ¿Que por qué lo puse en semejante apuro? Porque quería forzar la mano de la mantis.

Me jugaba algo a que pretendía desaparecer de nuevo y ahí entraban mis compañeros, porque claro, esto ya no podía manejarlo sola. Necesitaba organizarme.

Pensaba acercarme a la oficina cuando vi llegar a Madeline. Tendría que haberme ido, pero quería ver su reacción ante la próxima presentación del vecino buenorro. David, decía que se llamaba David, me repetí para que no se me escapara delante de él, si teníamos ocasión de volver a vernos.

Me autoinvité a tomar una cerveza con mi recién adquirida amiga, que no pareció tan remisa como esperaba y nos sentamos a hablar en su anónimo saloncito. Como ya había imaginado, jugueteaba con su lata y con una servilleta que había puesto bajo ella para no dejar cercos en la madera. De paso, de vez en cuando, limpiaba la superficie del envase con ella.

Era toda una maniática en lo de las huellas y los restos de ADN y no pensé ni por un momento en poder hacerme con su lata para llevármela al laboratorio. Se hubiese enterado.

Los límites que me había puesto se los había sacado de la manga, apelando a mi condición femenina, pero yo tenía mis propias ideas. Una vecina tonta y con ínfulas de casamentera no se hubiera rendido ante un escollo cualquiera.

—Pues es un bombón y muy tímido, te gustará.

—Ahora mismo no quiero conocer a ningún hombre.

—Este no es un hombre, es un pasatiempo. Si no te gusta, pues no vuelves a quedar con él y ya está. Me lo quedo yo.

Ella inspiró profundamente y derramó una lagrimita de cocodrilo que me encantó. ¡Jo, qué arte tenía la tía!

—Mira, no quería decirlo a nadie, estoy usando un nombre falso porque si mi marido me

encuentra me matará.

—¡Ay, cariño! —Le puse una mano en el antebrazo fingiendo empatía—. ¡Cuánto lo siento! Si me hubieras dicho...

—Casi me mata con la última paliza. Créeme si te digo que después de varios meses, aún no me apetece conocer a ningún hombre. No me fío.

—Te entiendo, pero no todos los hombres son como tu marido. Además, no tienes por qué conocer al vecino para liarte con él, podéis ser solo amigos. Creo que te vendrá bien.

Sonrió con la calidez de una noche invernal en el Polo Norte, aunque dejó de resistirse, por lo que me puse a hacer planes en voz alta, fabulando sobre la amistad entre los tres y todas las chorradas que se me ocurrieron en el momento.

Le di motivos para intentar matarme y desaprovechó la oportunidad. Lástima, porque una agresión a un agente era motivo más que suficiente para llevármela esposada. Y ya me inventaría las pertinentes explicaciones.

De vuelta a las oficinas, llamé a la puerta del despacho del jefe de división. Quería consultar con él un tema que se me había ocurrido por el camino, sin especificar la situación concreta. Había metido la pata al dejarme sorprender por la mantis y entrar en contacto con ella, y pretendía salvar mi culo de la quema.

Según uno de los que estaba trabajando a esas horas, el jefe de división ya se había ido.

—¿Y en delitos informáticos habrá alguien? —le pregunté y él se encogió de hombros.

Consulté en el directorio la planta en la que se encontraban y subí en el ascensor. Alguien habría por allí que pudiera responderme a una pregunta o ayudarme a llevar a cabo mi plan recién concebido.

Como sabía que me iba a caer una buena encima si admitía haber omitido el paradero de una fugitiva y que encima me había metido en su vida a sabiendas, lo haría de otra forma. De una retorcida, pero efectiva y para eso necesitaba la ayuda de los cerebritos informáticos.

El jefe de planta estaba tan ausente como el mío y eso me convenía. Los que se quedaban a deshoras eran los entregados al trabajo o los que llevaban un retraso considerable con el suyo. En todo caso, alguno me respondería.

Me acerqué a la mesa de uno que parecía muy enfrascado en sus tres pantallas. Me mareé al ver la cantidad de dígitos y letras que pasaban a toda velocidad de arriba abajo. Yo me manejaba en el día a día, pero eso era otro nivel.

—Oye, ¿puedo interrumpirte un segundo?

—¿Traes algún refresco?

Me quedé perpleja. Esperaba una negativa o alguna indagación sobre lo que necesitaba.

—¿Un refresco es el precio por tu tiempo?

—Ajá.

Ni me había mirado, por lo que imaginé que no conseguiría su atención, a no ser que pagara su precio en azúcar. Me fui a la máquina próxima a los ascensores y saqué un refresco de naranja. Luego lo pensé mejor y cogí otro para mí.

Dejé la lata bien fría en una zona de su mesa alejada de los teclados y ratones, porque sabía por experiencia la nefasta relación entre la electrónica con los líquidos, y carraspeé.

—¿Ahora ya puedo?

Él echó su silla atrás, cogió la lata de un manotazo, la abrió y engulló el contenido de dos grandes tragos. Eructó como si se hubiese tragado el aire de un globo aerostático y me miró, sin disculparse. Bueno, tímido este no era.

—Pregunta —dijo.

—Supongamos que no soy muy ducha en redes sociales...

—Doy por hecho que no lo eres.

«Qué majo», pensé con fastidio.

—Si yo quiero subir una foto a una de esas redes, ¿en cuál crees que tendría mayor visibilidad?

—Con una cuenta recién estrenada, ya puedes olvidarte —dijo con calma—. Si lo que buscas es que sea una fotografía muy vista, tendrías que usar la de alguien popular o usar una repercutada. Como doy por supuesto que tampoco sabes qué es, te lo voy a explicar.

Me lo explicó para tontos y aun así solo entendí la mitad.

—Comprar una cuenta no es una opción, soy funcionaria igual que tú, no está la cosa tan boyante.

—A ver, ¿es para uso personal o para trabajo?

—Difícil respuesta. Digamos que es para uso personal, pero que quiero que una de las fotos que suba llame la atención del FBI.

—Que la detecte un programa de reconocimiento.

—Eso mismo.

El informático, un hombre de aspecto juvenil, demasiado para sus treinta y pocos años, apoyó la espalda en su asiento y los codos en los reposabrazos. Unió las yemas de los dedos y miró a lo alto, como si esperase inspiración divina.

—¿Sabes quién podría ayudarte con eso?

—¿Tú? —pregunté, esperanzada.

Él lanzó una carcajada. Se había olvidado de sus pantallas y me observaba con atención.

—Encubiertos. Tienen una sección para crear vidas a partir de la nada y entre sus habilidades cuentan con la de organizar las redes sociales para que parezca que llevan años usándose.

—Ya, pero eso tiene que pasar por conductos oficiales. Necesitaría permiso y es precisamente lo que no tengo.

Su encogimiento de hombros tenía que haber sido una respuesta, no obstante, la quería clara.

—Mira, te lo voy a contar y tú me aconsejas, si te parece...

Lo necesitaba de mi lado y hacerle partícipe conllevaba riesgos, podía irse de la lengua y meterme en un buen lío, o podía ayudarme. Esperaba que fuera lo último.

Cuando terminé, me tendió la mano sin levantarse de la silla, que se adaptaba tan bien a él como si fuese una prolongación de su persona. Como soy dada a fijarme en detalles tan irrelevantes, había observado que los informáticos o tenían traseros descomunales o carecían por completo de ellos. Sin término medio.

—Devlin —dijo, y ante mi ceja alzada en signo interrogante, añadió—: solo Devlin y quizá, si llegas a caerme bien, Dev. Y no pienses en flirtear conmigo; te admito una lata de refresco porque mi esposa, a la que adoro, me lo tiene prohibido, pero no la cambiaría por nadie, ni siquiera por un camión de refrescos.

—Me parece estupendo. Soy Carol Haynes, agente desde hace unos meses y nativa de por allá arriba, donde hace frío para regalar.

—¿Maine?

—No nos pasemos, Massachusetts. Para mí es suficiente frío. En cuanto a esta presentación, ¿es porque me vas a ayudar?

Él sonrió de medio lado y asintió a su vez.

—Me deberás una —me advirtió.

Y a mí me alivió que no quisiera una cita romántica, porque convenía separar lo privado del trabajo, que luego se daban malos entendidos, capaces de cargarse cualquier carrera.

—Por cierto, quedarás como una idiota —añadió.

—Eso ya lo he pensado yo misma. Puedo decir que soy amiga del vecino y nos conocimos a través de él. Dar aviso ahora de su identidad me supondría mayor bronca por haber tomado contacto con ella a sabiendas.

Se encogió de hombros.

—En dos días puedo hacerte una cuenta y ponerla a rodar. Tendrás que pasarme alguna foto tuya para ir intercalando y no poner solo paisajes nevados y de naturaleza. Te meteré en grupos dedicados a subir cuentas y eso te dará visibilidad instantánea, además de que cuando publiques la fotografía adecuada, saltarán las alarmas de las principales agencias federales.

Alcé los puños en alto y me puse a bailotear sin poder evitarlo. Entre paso y paso, le lancé un beso.

—¡Gracias, gracias, gracias!

Se le escapó una risita y yo me marché, aliviada por haber conseguido una coartada. Detendrían a la fugitiva y yo quedaría como una pánfila que no sabía escoger amistades, pero serviría para que mi expediente siguiera inmaculado.

Devlin me había advertido que preparase la foto conflictiva y yo no pensaba demorarme para conseguirla.

Para ello, precipité todo el asunto del vecino mentiroso, presentándome en su apartamento la noche siguiente, cargada con una botella de ron, limas, menta fresca, hielo picado y cervezas.

Parecía un poco adormilado cuando abrió la puerta. Le enseñé mi alijo y le dije que le esperaba en el apartamento de mi amiga en diez minutos, tiempo suficiente para hacer unos mojitos y poner la cerveza a enfriar.

Madeline por fin mostró una expresión: estaba enfadada conmigo por las intempestivas horas y porque había invitado al vecino sin su consentimiento. Me pasé su cabreo por las narices, diciéndole que era una exagerada. ¡Que la zurciesen!

Esa noche iba a robarle la foto que no podría conseguir a solas con ella sí o sí, aunque tuviera que emborracharlos a los dos.

Saqué el móvil antes de que se presentase el vecino y fingí contestar algún mensaje inoportuno, con un resoplido de fastidio.

—Mi madre, que a estas horas le da por preguntarme por mi vida —me excusé.

El recelo de mi anfitriona obligada se fue evaporando a base de mojitos y yo conseguí varias fotos. Salían los dos, puesto que me había empeñado en que se sentasen juntos. La excusa era emparejarlos, ¿no? Además, me importaba poco que congeniasen, era asunto suyo y yo no iba a quedarme a hacer un trío. Me bastaba con la foto que la delataría.

Me tomé una copa más antes de retirarme, simulando una ebriedad que estaba lejos de alcanzar, y ya en el coche le pasé las fotos a mi ángel de la guarda informático, que publicaría una de inmediato, ya que le transmití la urgencia en dos breves líneas. Si la mantis se largaba, no solo quedaría como una tonta, sino como una tonta burlada.

Esa misma madrugada, mientras dormía a pierna suelta en mi cama, se desató el infierno y el demonio vino a despertarme.

Capítulo 5

Carol

Quedé con Devlin en que subiría alguna de las fotos en cuanto la cuenta estuviese a pleno funcionamiento, aunque no imaginaba semejante rapidez de reacción.

Por primera vez en mi vida, y no sería la última, me sentí como el delincuente. Los golpes en mi puerta precedieron al inmediato uso del ariete que destrozó la cerradura, hizo saltar la madera y me dio un susto de muerte.

Me sorprendieron con mi *look* de dormir, consistente en mi vieja camiseta raída y nada *fashion*, todo hay que decirlo. Tres tíos enormes con cascos y toda la impedimenta de los equipos de asalto me apuntaban con sus armas y me quedé tan helada que ni siquiera se me ocurrió taparme, segura de que, si un mechón de pelo se me movía, sería lo último que moviese en mi vida.

Para animar la fiesta, se coló entre los fieros guerreros un agente al que tenía visto por las oficinas, que les conminó a bajar las armas. Se trataba de un veterano con andares y gestos de suficiencia, que pasaba de los cuarenta y llevaba un corte de pelo juvenil que le quedaba como el culo.

—Emerson, fugitivos —se presentó, enseñando su placa y, volviéndose apenas a la recién llegada a mi dormitorio, que parecía ya uno de la universidad en noche de sábado, añadió—: Kruger, antiterrorismo.

¿Antiterrorismo? Madeline era solo un terror para sus maridos, que yo supiera. A ver si iba a tener una vida oculta, además de la homicida y yo ni me había enterado.

Kruger era una agente de pelo corto, prematuramente blanco, y bajita de estatura, que pasó entre las moles de los equipos de asalto sin enseñar su placa y haciendo gestos apremiantes para que abandonaran mi dormitorio. Estuve a punto de decirle que los dejara quedarse; vista la concurrencia, podíamos haber organizado una fiesta de empresa o algo por el estilo.

—Carol Haynes, ¿verdad? —me preguntó.

—Eso dicen mi partida de nacimiento y mi madre. —El sobresalto se me estaba pasando al imaginar lo ocurrido.

—¿Estás sola?

Ladeé la cabeza sin dignarme en contestar. Habían registrado mi mini apartamento, por lo que la pregunta sobraba, a no ser que mis sueños se hubieran hecho realidad y hubiese un tío bueno preparándome un tentempié sorpresa en la cocina.

—¿Y los amigos con los que te reuniste anoche? —indagó él, pasando su mirada por mis piernas desnudas sin disimulo.

Me levanté, rodeándome la sábana a la cintura. Fin del espectáculo gratuito, campeón.

—Déjalo, tenemos que llevárnosla —intervino la mujer y luego, dirigiéndose a mí—. Vístete, el jefe te espera.

—Necesitaré intimidad para cambiarme de bragas.

—Sal, Emerson —ordenó Kruger.

Ella iba a quedarse conmigo, por lo que no me pareció conveniente cambiarme de ropa interior en su presencia, aunque me metí unas braguitas limpias en el bolso. En algún momento tendría ocasión de cambiarme, ya que pedir tiempo para una ducha era ganarme una negativa

segura.

Abrí la caja fuerte portátil y saqué mi placa y mi arma, que la mujer confiscó de inmediato. Lo único que lamenté era no haber podido coger mi Sig Sauer, oculta en otra caja en el cuarto de baño.

Me pasé todo el camino cavilando sobre la entrevista que me esperaba. Habían mandado a buscarme a un equipo de asalto y a dos agentes de departamentos dispares, así que pintaba fatal.

Mis augurios, sin embargo, se quedaron cortos. Eran las cuatro de la madrugada y en la sala de reuniones me esperaba mi supervisor y jefe, además de otros dos de propina, el de la división de fugitivos y el de antiterrorismo. Tragué una saliva espesa sin decidirme a pasar, segura de que me lincharían entre todos.

Kruger fue muy amable y me invitó con un empujón en la espalda y cerrando la puerta detrás de mí. ¡Qué maja!

Esta vez mi jefe no me miró las tetas, tenía los ojos entrecerrados y observaba los míos, al igual que los otros dos. En otras circunstancias, hubiera estado encantada de semejante atención, pero en ese momento poco me faltó para mearme encima. Mi metedura de pata había sido tan grave como para convocarlos en Federal Plaza a esas horas, así que lo más leve que podía esperar era un despedido fulminante.

—No quiero saber a qué te has dedicado en tus horas libres, Haynes, puedo hacerme cierta idea. Lo que me interesa es saber hasta dónde estás dispuesta a llegar —dijo mi jefe.

Por un momento me quedé descolocada, ¿no me iban a tirar una bronca, a quitarme la placa y a echarme del edificio de una patada en el culo?

—Es demasiado joven y no tiene experiencia —dijo el de antiterrorismo en voz baja.

—Estoy de acuerdo, que sirva de puente para introducir a un agente con tablas —asintió el de fugitivos.

—Quiero oír lo que tiene que decir —les interrumpió mi jefe, que también lo era de ellos, puesto que estaba algún escalón por encima en jerarquía, según me enteré poco después.

Se levantó y giró uno de los tablones cercanos a la pared, usados para las investigaciones. Pegados a la superficie se veían varias fotografías, aunque la mayor, que se encontraba en el centro, era una de las que yo había sacado a Madeline y al vecino buenorro. Se trataba de la captura de pantalla de una red social.

—La encontré por casualidad durante una vigilancia... —empecé, tenía que contarle todo y ese era el momento.

—¿La? —interrumpió el de antiterrorismo.

—Madeline Adams. En Quántico estudiamos sus facciones y las de otros sospechosos para aprender a discriminar...

Me interrumpí al sorprender las miradas que se lanzaron entre ellos. Tuve la impresión de que lo que tenía que decir sobre Madeline les importaba una mierda.

—¿Qué pasa? —pregunté, algo mosqueada.

El jefe se acercó al tablón con un rotulador rojo en la mano y trazó un círculo alrededor del rostro del vecino buenorro.

—Este es el que nos ha llamado la atención —dijo.

—No va a funcionar, Patrick —comentó el de antiterrorismo de nuevo, dirigiéndose a mi jefe con clara familiaridad.

—Tampoco hay tiempo para iniciar otras acciones, así que vamos a calmarnos y a enfocar el asunto como merece —contestó el jefe, tomando asiento e invitándome a imitarle—. Cuéntanos de forma resumida lo que ha pasado, Haynes.

Iba a empezar cuando entró un hombre llevando varios cafés en una bandeja, pero el jefe me conminó a que empezara, no había tiempo que perder y solté lo que había ocurrido desde el momento en que reconocí a Madeline Adams.

Intercambiaron nuevas miradas cuando les conté la estratagema usada para no cargármela, pero omití el nombre del informático que me había ayudado a crear la cuenta, cuya foto había causado la alarma.

—Mihkel Gólubev —dijo el jefe cuando terminé, señalando la fotografía del tablón—. Cómplice de su hermano, Anton, y ambos responsables de dos atentados en suelo estadounidense, con dieciséis muertos como resultado.

¡¡Qué me dices!! ¡¡Anda ya!! ¡¡No jodas!!

Me guardé las exclamaciones que resonaban en mi cerebro en bucle. ¿El vecino buenorro era un terrorista? Recordé que sus facciones me habían sonado, pero estaba segura de que no se encontraba en ninguna lista de los más buscados y así lo dije.

—Porque es el hermano «bueno». —El de antiterrorismo entrecomilló la palabra usando las cejas, como si estuviese contando un chiste subido de tono—. Este es químico y el autor de los artefactos. El otro, Anton, es el cerebro, el que lo engañó para crearlos y el que los puso. Desde entonces están peleados, según la información que tenemos, y cada uno se fue por su lado.

¿Qué decir a eso? ¡No era yo nadie encontrando fugitivos! De dos en dos. Inocente de mí, pensé que me darían una palmadita en la espalda y me dirían: «¡Bien hecho!»

—En realidad, Mihkel no nos interesa. Carece de las razones radicales y personales que mueven a su hermano, fue una pieza para él y por eso se pelearon.

—Entonces, ¿qué es lo que quieren de mí?

Me fastidiaba un poco no obtener reconocimiento por haber encontrado a la mantis y, después de saber lo del terrorista, me jodía bastante que nadie se molestase en alabar mis dotes detectivescas e iniciativa.

—Queremos que sigas relacionándote con los dos y que te las arregles para irte con Mihkel cuando huya, que será pronto.

—Estarás bajo mis órdenes. El equipo de la agente Kruger os seguirá en cada momento y tú te atenderás a sus directrices —añadió el de antiterrorismo—. Se acabó eso de improvisar sobre la marcha, como has hecho hasta ahora.

Ya. Si no improvisaba, la reciente relación entre la mantis, el vecino y yo era insostenible. La farsa tenía fecha de caducidad, porque no me aguantarían mucho más tiempo. Ella estaba a punto de abandonar el nido, la había llevado al límite y sabía que su historia del marido maltratador no me había calado.

En cuanto al vecino...

A ver, que no soy una rompecorazones, pero me había quedado claro la noche de las copas que prefería mi compañía a la de la mantis. Seguramente se debía a paridad de edades, puesto que la otra era mucho más atractiva pero también nos sacaba más de diez años, que se dice pronto.

No tengo nada en contra de la experiencia, no obstante, los gustos del vecino, David, Mihkel o como coño se llamase, se asemejaban más a los míos. Su timidez, al igual que su nombre, eran impostados. Con un par de copas se soltó lo suficiente como para proponerme salir los dos, sin carabina.

Como ya había conseguido las fotos de la vecina, él ya no me servía, así que le di largas en ese momento. Ahora, en cambio, tendría que propiciar el acercamiento.

Debería estar saltando de alegría, por fin me había metido de cabeza en una investigación

seria y dejado atrás los plantones continuos en compañía de mi sorda favorita: mi querida «Lady Halcón». Pero me daba en la nariz que mi etapa en antiterrorismo iba a ser complicada. Se habían visto obligados a aceptarme y estaban literalmente en mis manos. Eso no era del agrado de nadie.

—Por cierto, Devlin, del área informática, se encargará de las comunicaciones, ya que parece que habéis conectado.

El jefe de antiterrorismo se permitió una sonrisita de hiena que venía a decir: «todavía tienes que aprender mucho para colarnos algún gol».

Gilipollas.

Capítulo 6

Carol

—Hola guapiiiiiiiiiiii —saludé a la mantis, que no pareció muy contenta con mi visita, pero que me permitió el paso a su apartamento con un gesto.

—Oye, agradezco tu intención de querer...

No le permití continuar, ahora ya no era un juego, estaba trabajando y me iba a aguantar en su vida sí o sí.

—No seas tonta, anoche lo pasamos muy bien. ¡Tenemos que repetir! —Le cogí la cara entre las manos como si estuviese entusiasmada—. Cuéntame, pillina, ¿cómo terminó la velada después de que me marchara? ¿Hubo tema?

—David se fue también —contestó, desasiéndose de mi agarre con aire algo ofendido—. Te dije que no quiero hombres en mi vida y no he cambiado de opinión.

—Vale, vale, no te pongas así, Alma. Podemos ser solo amigos que salen de copas juntos. No es para tanto.

—De acuerdo, ya hablaremos de esto. Voy a llegar tarde al trabajo —dijo, señalándome la puerta.

—He cogido un par de días libres en mi trabajo provisional, ¿te importa si me quedo en la piscina?

—En la piscina —recalcó, para que no hubiera equivocasiones. No iba a dejarme la llave de su casa, por si se me había pasado por la cabeza.

—En la piscina... —asentí—. Si David no está muy ocupado igual puedo engañarle para que me acompañe.

Madeline se fue con cierta reticencia. Sospechaba de mi insistencia en quedarme y en otro momento hubiera acertado. Hubiera aprovechado su ausencia para intentar colarme en su casa y conseguir algún rastro de ADN, alguna huella que hubiera escapado a su escrupulosa limpieza o el escondite donde guardaba lo necesario para una salida presurosa, porque estaba segura de que debía tener el equipaje listo en algún rincón.

Ahora solo me interesaba David, Mihkel o como coño se llamase de verdad. Kruger me había devuelto el arma y las credenciales y me había advertido que debía ingeniármelas para pasar tiempo con él durante las próximas horas. Cuando saltase la liebre, debía pegarme a su culo. Así me lo dijo, la tía fina. Yo también pensaba en esos términos, pero solo los usaba en voz alta con alguien con quien tuviera confianza o para fastidiar.

Por cierto, nadie me había explicado cómo se asegurarían de que supiera que su anonimato se había ido al cuerno ni cómo pretendían que consiguiera «pegarme a su culo», habiendo sido yo la causante de que tuviese que largarse con prisas. ¡Y luego decían que no debía improvisar!

Comprendí enseguida, por el guiño que me dirigió Devlin al cruzarnos en la oficina, que colocar la noticia en lugar destacado del móvil o el ordenador de Mihkel, corría de su cuenta.

Llamé al timbre del vecino y no contestó. Sabía que estaba en casa, había visto la cortina de su ventana ondular cuando Madeline y yo salimos. Cogí un guijarro de adorno del jardín y lo tiré al cristal de su ventana. Como no se asomó, tiré otro y otro más, hasta que vio que no me rendiría y la abrió.

—¡Baja! —le grité.

—Estoy trabajando.

—Teletrabajas, seguro que nadie controla si estás o no.

—De acuerdo, dame un minuto.

—Bájame un café, no he desayunado.

Hizo un gesto de exasperación, pero yo sabía que bajaría pronto y que traería un par de cafés, como así fue.

Nos sentamos en la misma tumbona y hablamos sobre nuestros supuestos trabajos, sobre una próxima salida en la que les enseñaría un restaurante que les iba a encantar, si conseguíamos convencer a mi retraída amiga y sobre chorradas mil.

Si antes no me parecía sincero, ahora que conocía su secreto cualquier palabra que salía de su boca era analizada y archivada en mi cerebro. Era una pena que su futuro estuviese en una cárcel federal, donde algún suertudo aprovecharía ese cuerpo fenomenal que Dios le había dado, porque seguía estando bueno, por muy delincuente que fuera.

Siguiendo en mi papel de metomentodo, le hice muchas preguntas, que supo esquivar con bastante destreza, y él me hizo más que yo evadí con toda intención. Tenía que asentar mi versión de fugitiva de la ley y era hora de empezar a plantar esa semilla.

Aproveché para flirtear un poco con él, sin pasarme. El asunto requería que su interés por mí no decayera demasiado y que yo simulase sentir cierta atracción, algo que podía convertirse en realidad si no espabilaba, porque ya he comentado varias veces que el tío estaba como para mojar pan. ¡Lástima el detalle de las bombas que estropeaba el conjunto!

Entonces entró en juego ese destino del que todo el mundo reniega y en el que todos creemos.

¡Y es que cuando las cosas deciden torcerse, lo hacen a toda velocidad y a conciencia! Sin duda, consecuencia de no haber planeado una estrategia con tiempo. Me habían dicho que dejara de improvisar y luego me habían lanzado a los leones sin un látigo. Pues lo siento, compañeros, pero a falta de otra protección, mi Sig Sauer venía conmigo, le gustara a la agencia o no, la que tenía que meterme entre una asesina y un terrorista era yo.

Devlin tenía que haberse encargado ya de poner al alcance del vecino, objeto de escrutinio, la publicación en la que salían él y la vecina. La vería nada más abrir su móvil o su ordenador.

Madeline llegó echa un basilisco solo una hora después de haberse ido, me dirigió una mirada asesina y, sin pronunciar palabra, subió a su apartamento.

—Voy a ver qué le pasa a esa, parece molesta —le dije a mi acompañante, tras devolverle la taza.

Él se dirigió a su apartamento, donde le esperaba la sorpresa, cosa que yo aún no sabía. Al igual que no había caído en que, aunque Madeline no tuviera redes sociales, sus compañeras sí y la gente es muy cotilla.

Llamé al timbre y nada más poner el pie dentro de su casa, un yunque, o eso me pareció, se me estrelló en plena cara. Más tarde vi que no se trataba de un yunque, sino de una caja de madera ornamental, que no sé de donde coño salió porque nunca la había visto. No me caí, aunque estaba bastante mareada e intentando contener la hemorragia de la nariz con una mano. Para solucionar el tema de mi increíble equilibrio, Madeline me dio una patada en el trasero y me hizo entrar, caer y comerme la mesa baja del salón en un solo movimiento.

Estas son las cosas que ves en las películas y te gusta que le pasen al malo, aunque no te las crees. Nadie se marca semejante carambola y sale de una pieza. Pues me clavé un par de cristales pequeños en el pecho, que ni siquiera noté en ese momento, preocupada por su nivel de agresividad y por salir viva de ese apartamento, cosa que solo conseguiría matándola yo antes.

—¡Hija de puta! ¿Quién te manda meterte en mi vida? ¡Voy a matarte, cerda entrometida!

No me hizo falta verle la cara, por su tono sabía que no iba de farol y subrayó su intención pateándome las costillas, por si tenía alguna duda sobre la fiabilidad de sus palabras.

Madeline 1 – Agente del FBI entrenada en Quántico 0

Manoteaba en mi bolso que, por algún milagro, seguía colgado de mi hombro, en busca de mi Sig Sauer, cuando sonó un estampido a espaldas de mi cabreada atacante. Se me vino encima, aplastándome y manchándome con la sangre que brotaba de su pecho, atravesado por una bala de un calibre considerable para haberla perforado de lado a lado.

Mihkel, David, o como coño se llamase el vecino buenorro, sostenía el arma aún en alto cuando conseguí quitarme a la borde matahombres de encima con un gruñido.

La sorpresa no debió traslucirse en mi cara, suerte que aún tenía cara en la que pudiera traslucirse algo, porque había imaginado que mis compañeros del FBI habían venido al rescate y me sorprendió ver al vecino, que me lanzó una mirada dolida.

—Joder, ¿cómo se te ocurre subir a internet una foto mía?

Por un momento pensé que la siguiente bala era para mí, pero bajó el arma y se acercó para ayudarme.

Me dolía todo: la cara, los brazos magullados, las costillas machacadas y los riñones pateados. No podía mantenerme erguida y sangraba por la nariz y por la boca. Por suerte, conservaba todos los dientes, la sangre procedía de la lengua, que me había mordido en algún momento. En cuanto a la nariz, si no la tenía rota, poco debía faltarle, además de que dolía horrores.

Pero bueno, no iba a quejarme, aún tenía nariz, tenía cara y seguía con vida, algo que segundos antes había visto complicado.

—Tengo que irme —dijo él, mirando hacia la puerta, después de ayudarme a tomar asiento en uno de los sillones—. La policía estará a punto de llegar y no pueden asociarme a esto.

Lo detuve, cogiéndole por el faldón de la camiseta.

—Ayúdame a salir, a mí tampoco pueden encontrarme aquí.

Aun maltrecha y ensangrentada, debía aprovechar esa ocasión. Me iba a pegar a él, quisiera o no. Y como el que calla otorga, me agarré de su brazo para salir del apartamento.

Así, señoras, señores y público en general, me convertí en una fugitiva apaleada con pedigrí.

Capítulo 7

Kat

En mi mundo la amistad era una utopía.

Nadie daba segundas oportunidades porque si no conseguían matarte a la primera lo lograrían en el siguiente intento, así que bajar la guardia resultaba un suicidio.

Me las tuve que ver con muchas chicas que ambicionaban mi cercanía a Andrej, como si por ello mi vida fuera mejor que la suya. Pero esa diferencia, por mínima que fuera, me iba a servir.

Andrej se codeaba con muchos de los jefes de la familia a la que pertenecía por parentesco lejano, los Novikov. Estos despreciaban su trabajo, que para ellos era degradante. Al fin y al cabo, era un chulo de putas. No obstante, acudían a la ciudad a celebrar sus reuniones y fiestas, y en cada una, incluso en las familiares, reclamaban nuestra presencia.

Según mi experiencia, los rusos no ocultaban sus apetitos en asuntos sexuales. Yo me había ido a la habitación con más de uno, mientras sus esposas estaban en el salón donde transcurría la celebración de carácter familiar, en la que se encontraban parientes y amigos. A sus ojos, y por un sentido que nada tenía que ver con su cultura, sino con sus deseos, las mujeres eran las madres de sus hijos o putas. No había término medio.

Supongo que no siempre era el caso y no se debía generalizar, pero para mí era así desde mi nacimiento. Las mujeres no contaban para nada. Se podía hablar delante de ellas porque no tenían cabeza ni agallas para repetir una conversación delicada, se las podía maltratar porque no se rebelarían, so pena de ganarse una paliza mayor y cualquier deseo de un hombre era una orden inapelable. De ese mundo había huido siendo adolescente y a ese mundo había vuelto, soñando con escapar de nuevo.

Inmersa en él, tratando de sobrevivir, olvidaba a veces que fuera las cosas funcionaban de diferente forma. Aquí había que aprender las reglas y seguirlas, porque una vida valía menos que el plástico con el que envolvían los cadáveres para hacerlos desaparecer. Se trataba de un mundo de sombras densas.

Nuestro círculo de acompañantes de lujo formaba parte de esa zona en sombras y solo pertenecíamos a él las que habíamos decidido hacer de la prostitución nuestro trabajo. Esto no hubiera sido posible con chicas obligadas a prostituirse, era un riesgo que pidieran ayuda y la policía metiera las narices.

Algunos agentes de la ley cobraban bastante por hacer la vista gorda con incidentes en los que corría la sangre, porque a un cliente se le hubiera ido la mano. Era malo para la ciudad y malo para el negocio, así que se tapaba.

Las salidas fuera del hotel en el que vivíamos eran vigiladas muy de cerca por un hombre de Andrej, que nos acompañaba hasta la habitación o la casa del cliente, esperaba nuestra salida para llevarnos de vuelta y solucionaba problemas, si los había.

Yo iba tanteando a mis posibles valedores. Por suerte gustaba a los hombres, en contra de lo esperado. Rubias ya las tenían en casa y a la mayoría les gustaba un poco de exotismo. Yo era el prototipo de mujer de su tierra, sin embargo, tenía una extensa clientela fija de la que estaba orgullosa.

Sí, parece mentira que diga esto, pero tengo mis razones: a los clientes fijos los conocías,

sabías sus gustos y dónde convenía parar. Con los nuevos ibas de sobresalto en sobresalto y de sorpresa mala en peor. Mejor malo conocido, dicen, y tienen razón.

No obstante, yo tenía mis metas y sabía ocultárselo a Andrej, que parecía saber hasta las veces que respirábamos al cabo del día. Las chicas que mejor vivían eran las que habían pasado una temporada con algún hombre que se había encaprichado de ellas. Constituían una especie de realeza entre nosotras.

Además de ser una fuente de ingresos para Andrej y la familia a la que tenía que rendir cuentas, proporcionaba a la agencia de acompañantes cierto halo de prestigio, puesto que quería decir que tenían «mercancía» de calidad. La chica, a su vez, se llevaba un buen pico, vivía ese tiempo a cuerpo de reina, le hacían regalos caros y era respetada entre las otras putas a la vuelta.

Yo quería eso, pero sin la vuelta.

No era imbécil y sabía que esos tratos tenían fecha de caducidad. Cuando el tío se cansaba, buscaba a otra y no se enamoraba de ninguna porque eso era la vida real, no una película con final feliz para la chica.

Tenía una cuenta en la que metía todo mi dinero y mi idea era hacerme con el sobresueldo que el tío pagase por mí, las joyas o los regalos que pudiera sacarle, y hacerme humo bien lejos, en algún lugar donde no escuchara hablar ruso en toda mi vida y donde vivir en paz, sin tener que acostarme con ningún hombre por obligación o por simple cuestión de supervivencia.

—Venus, termina de arreglarte, hay un cliente que te espera en el Marriot.

—¿Quién es?

Andrej se encogió de hombros.

—Uno de los jefes, así que trátalo bien. Lo que quiera y cuando quiera.

Fantástico. Otro desconocido.

—¿Sabes si quiere salir o solo cama?

—Tiene habitación para dos días. Llévate una maleta con un poco de todo. Igual quiere comprarte para más de una noche.

Hacía mucho que esas palabras habían dejado de resultarme humillantes porque explicaban muy bien la situación, lo que no dejaba de ser una atrocidad que fuera así y que me lo pareciera. Comprar a alguien convertía a un ser humano en dueño de otro, con voluntad para usarlo a conveniencia.

Me había convertido en Venus al poco de llegar. No era exótica, pero a los clientes les gustaban los nombres sonoros y con connotaciones extravagantes. No podía sentirme menos relacionada con la diosa, seguía siendo una esclava.

Escogí uno de los pocos vestidos discretos que tenía en el armario, metí en una maleta otros más llamativos, ropa interior y zapatos, y recogí del baño el maletín con los útiles de mi profesión: maquillaje, perfume, secador de pelo, preservativos de sabores, esponjas espermicidas, juguetes sexuales, vaselina, antiséptico, vendas y tiritas. Además, llevaba otras fruslerías que no se necesitaban tan a menudo, pero que a veces hacían falta, bolsas de hielo entre ellas. Aplicadas en un golpe a tiempo, prevenían la hinchazón, el hematoma y el dolor que impedían trabajar durante muchos días.

La mayoría de las noches me dormía pensando en qué metería en la maleta cuando me fuese para siempre. ¿Qué llevaba la gente normal en sus maletas? Ropa cómoda o las prendas favoritas de cada uno, zapatos sin plataforma ni tacones de vértigo, zapatillas desgastadas por el uso, ropa interior confortable, objetos personales, fotografías...

Yo no tenía nada discreto y cómodo y carecía de fotografías. Lo único que echaría de menos sería mis libros y tampoco eso porque podría reemplazarlos. Eran el medio perfecto de

evasión, que me permitían vivir otras vidas en mundos sin sombras. Cualquier género me venía bien, excepto los de temática violenta y los románticos. Los primeros porque conocía la violencia de primera mano y no necesitaba un recordatorio, los segundos porque prefería no llenarme la cabeza de pájaros con el amor y terminar peor de lo que ya estaba.

Parecía fatalista, pero no lo era. Podía haberme dejado vencer mil veces desde que empecé a transitar por este camino y si continuaba en pie era porque aún creía que había algo bueno para mí en algún sitio, a su debido tiempo.

La esperanza era para los que se quedaban sentados aguardando cambios, yo encontraría mi camino. No tenía esperanza, tenía fe en mí misma.

El chófer me acompañó al ascensor y se retiró. Una cosa era aguardar a que terminase un servicio de una hora o dos y otra distinta eran los alquileres por días. Tenía su número en marcación rápida y el teléfono siempre a mano, por si acaso. Un cliente podía soliviantarse y excederse un poco, sin embargo, algunos que iban muy puestos de droga, perdían la noción de todo y se volvían peligrosos de verdad.

Andrej odiaba tener que arreglar ese tipo de asuntos, en los que invertía muchas horas y siempre con el riesgo de ser descubierto librándose de un cadáver. Ni el más untado de los policías podría hacer nada y el escándalo resultaría nefasto para el buen funcionamiento del negocio que regentaba en nombre de la familia. Un traspíe como ese y era hombre muerto, así que nos repetía hasta la saciedad que, si observábamos que el cliente se descontrolaba, teníamos que llamar de inmediato al chófer y guardaespaldas para que nos sacase de allí lo antes posible.

Pero solo en caso de verdadero peligro. Unos golpes, unos desgarros, incluso algún corte, eran asumibles.

¿En qué momento una persona racional puede llegar a sufrir esa clase de abusos en su vida y normalizarlos? No lo sé, la verdad. No creo que nadie se acostumbre a ser apaleado constantemente, sin pensar en escapar o morir en el intento.

El hombre que me abrió la puerta era bajo, regordete y tenía el rostro congestionado; esperaba que no fuera por el exceso de alcohol o drogas. Pasar dos días con un hombre borracho, incapaz de mantener una erección, era toda una tortura. La culpa nunca la tenía la bebida, sino la mujer, hiciera lo que hiciera.

—Viktor te recibirá enseguida, guapa, siéntate ahí. —Me invitó a pasar y me señaló el saloncito de la *suite*.

Suspiré aliviada, el tipo congestionado no era mi cliente.

Dejé mi maleta al lado de la entrada y me senté a esperar.

A veces me sorprendía pensando en qué sería de mis compañeras de instituto. Lo dejé cuando las cosas en casa se pusieron realmente mal y nunca volví a ver a una sola de ellas. Algunas estarían preparando su ingreso en la universidad, otras habrían optado por estudios menos costosos o igual trabajaban ya, aunque lo veía poco probable. Con diecisiete años sus padres, como mucho, les dejarían trabajar los veranos en un supermercado.

Seguro que todas habían tenido algún novio de instituto con el que habían perdido la virginidad, que se habían enamorado y desenamorado y que les palpitaba el corazón al escuchar una canción que les recordase a ese chico especial.

Me hubiera gustado ser así. Seguir estudiando y suspendiendo las matemáticas, aprender a sentir a medida que mi cuerpo cambiaba y las hormonas recorrían mi torrente sanguíneo.

Las envidiaba. Hubiese dado cualquier cosa por poder quejarme de una vida tan monótona y aburrida. Contarles que tal o cual chico había intentado meterme mano en una fiesta y que el que me había besado era mi hombre ideal.

Por eso no leía novelas románticas, no solo porque no creía en esos amores duraderos, especiales, perfectos... Se trataba de que me dolía lo que nunca tendría. No recuperaría mi adolescencia ni sentiría la ilusión por el primer amor.

Desde que había huido de casa, había robado y mentido. Me habían detenido y encerrado en un centro de acogida para menores porque ya era mayor para buscarme padres. Había escapado y me había juntado con malas personas y con otras muy buenas que vivían en la calle, pidiendo unas monedas para comer o acudiendo a los contenedores de los supermercados a por restos.

Todos tenían una historia triste sobre los hombros, por lo que podía considerarme, hasta cierto punto, afortunada.

Me había visto en situaciones bastante malas y la decisión de prostituirme fue para salir de las calles, porque algún día me matarían o terminaría en una cárcel.

En ese momento, con poco más de un año de prostitución a mis espaldas, sentía no haberme quedado en la calle, capeando las dificultades a medida que se presentasen.

Mi alma, durante ese tiempo, había envejecido a razón de un año por día, demasiado para cualquiera, pero no había vuelta atrás. Nunca recuperaría la inocencia.

Era un precio demasiado alto, sin embargo, había llegado muy lejos para rendirme ahora.

Capítulo 8

Carol

Mi compañero de fuga era un desastre.

Desde luego, no parecía nada preparado para largarse si tenía que hacerlo, como era el caso. Por no tener, no tenía ni coche, así que le entregué las llaves de mi viejo Impala desteñido, que en manos de un coleccionista cuidadoso podía haber sido un clásico, en lugar de una chatarra rodante.

Apenas intentó arrancar, soltó la primera de muchas imprecaciones. Era comprensible, mi coche tenía su genio y quería ser mimado. En fin, hablando claro: le gustaba mandar y que le siguiesen el juego. Conmigo no funcionaba porque ya nos conocíamos, pero para cualquier profano intentar conducirlo era una experiencia exasperante.

El carácter del Impala me aseguraba que nadie tan desesperado como para elegir robarlo, llegaría muy lejos, si es que conseguía arrancar, que lo dudaba. De hecho, tuve que darle instrucciones a David/Mihkel/vecino buenorro para que no lo ahogase, que era el camino que llevaba porque, además, presentaba el inconveniente de ser un coche con marchas y no todo el mundo sabía usar el embrague.

A todo esto, es complicado transmitir conocimientos mecánicos de la era predigital con la nariz sangrante a un hombre aturullado y deseoso de salir corriendo. Probadlo si tenéis ocasión y me daréis la razón.

Mi compañero de huida no era hombre de nervios templados, de los que dominaban las situaciones y que tanto atraían a las féminas, entre las que me incluía. Él se veía superado por los acontecimientos, aunque tampoco es que le hubiera dado muchas opciones: se había visto obligado a matar a una mujer fuera de sí para salvarme la vida, a huir con lo puesto y a cargar conmigo y mi aspecto nada discreto después de la paliza. Lo del coche era solo el postre. La guinda la puse al decirle que no podíamos ir a mi apartamento por si me estaban buscando también a mí.

—¿Y a dónde vamos?

Su pregunta me indicó que iba a ser yo la que le sugiriera todos los pasos a dar y eso me alejaba del papel de víctima que el FBI había diseñado para mí.

—¿Llevas dinero encima? —pregunté y sonó como «¿vas iero ecia?», pero me entendió y asintió.

—Siempre tengo efectivo.

—Para en una gasolinera.

No digo cómo sonó porque mi dicción con el labio roto y la nariz taponada dejaba mucho que desear. Me bastaba con que él me hubiera entendido.

Se detuvo en la zona más alejada de los dispensadores de combustible y entró en la tienda con cierto tembleque en las piernas y la lista que acababa de proporcionarle en la cabeza. Tardó en salir más de lo debido, aunque no pensé en ninguna jugada, sino en que estaba tan nervioso que no atinaba a encontrar los productos que le había solicitado.

Mientras él estaba en la compra, me puse en contacto con Kruger, que era la que nos seguiría de cerca y con la que hablaría a través de un auricular minúsculo, cuya batería de larga duración iba en el bolsillito inútil de mis vaqueros.

Ese tipo de comunicación me limitaba mucho, ya que la agente que llevaba la investigación debía encontrarse en un radio no superior a doscientos metros de mí o no podríamos hablar. Devlin me había advertido por teléfono sobre las particularidades del chisme, que resultaba indetectable para cualquier detector, pero tenía sus «cositas». Me dijo también algo sobre que el radio de alcance se ampliaba al estar en el entorno de una señal wi-fi, a la que se vinculaba de forma automática, aunque confieso que solo me enteré de la mitad. La tecnología era una herramienta para mí y me bastaba con que fuera fiable.

—Lleva dinero, aunque no sé cuánto —le dije a Kruger.

—Pues tienes que hacer lo imposible para que lo gaste. Hemos bloqueado su cuenta y no podrá usar la tarjeta.

—Supongo que no será tan idiota.

—Te sorprendería —contestó—. Voy a pasar a tu lado, abre la ventanilla, te pasaré la nueva identidad sin detenerme.

La manivela para bajar la ventanilla puso a prueba mi destreza. Cuando había conseguido hacerla descender dos dedos, me llovieron un carnet de conducir y uno de identificación a nombre de Caroline L. Parker. Los guardé en el bolso a buen recaudo y me dispuse a pelearme de nuevo con la ventanilla, que se negó a volver a su sitio, obligándome a rendirme.

—En cuanto a él, ¿lleva más documentos falsos encima?

—No hace ni media hora que hemos salido corriendo, ¿cómo quieres que lo sepa?

—Entérate, y para la próxima comunicación procura hablar alto y claro, no se te entiende.

La cabrona cortó la comunicación sin dejarme replicar. Tenía que haberme visto salir de casa de la mantis ensangrentada, ¿pensaría que me había tirado un cubo de sangre encima para conseguir una situación más dramática?

A medida que transcurrían los minutos los golpes se enfriaban y sentía dolorido todo el cuerpo. Me dolían hasta los dientes y comprobé si tenía alguno flojo tras el cajazo traidor de mi amigui del alma, Alma.

Me reí por lo bajo y me arrepentí enseguida: el corte del labio, que había dejado de sangrar, empezó otra vez. Pero es que resultaba demencial lo ocurrido en tan corto espacio de tiempo.

Utilicé el último pañuelo de papel limpio que me quedaba para impedir que el nuevo reguero resbalase a mi camiseta, por otra parte, acartonada de las manchas anteriores que empezaban a secarse, y me miré en el espejo del parasol. Mejor si no lo hubiera hecho. Tenía una pinta horrible y llamaba demasiado la atención.

Mihkel, voy a llamarlo así en adelante para no andar con la retahíla todo el rato, llegó con todo lo que le pedí y volvimos a incorporarnos al tráfico, alejándonos de la zona cero. Mientras, busqué en el móvil un motel y me encogí en el asiento para no ser vista por algún conductor observador, al que se le ocurriera alertar a la policía por si me estaban secuestrando.

Ser fugitivo requiere de una mente despejada, algo de lo que Mihkel y yo carecíamos en ese momento, pero él tenía que dar la cara para alquilar la habitación. Incluso en un motel que aceptaba efectivo había que presentarse y enseñar una documentación; en mi estado, yo no podía dejarme ver.

Con mi coche y mi aspecto, si de verdad nos hubieran estado buscando, haría rato que tendríamos puestas las esposas.

En cuanto Mihkel abrió una de las puertas, salí del coche y me metí corriendo en la habitación. Corriendo es otra forma de expresar que me apresuré lo máximo posible, porque correr, lo que se dice correr...

Envié a mi compañero de fuga a por hielo y yo me desnudé y me metí bajo la ducha con el

agua fría. Otra cosa de la que me arrepentí enseguida porque el agua estaba verdaderamente helada. Aun sabiendo que mi cuerpo lo agradecería después, no dejé de cagarme en todo mientras tiritaba, dando saltitos.

Usé una toalla para rodearme el cuerpo y otra para detener el goteo nasal. Cogí la bolsa con la compra, abrí una caja de tampones e introduje uno en cada orificio de la nariz con delicadeza porque dolía como su puta madre. Lagrimeando de dolor, palpé con cuidado el tabique: no tenía nada roto. Por fin una buena noticia.

Me arreglé los cortes con tiritas y me puse una camiseta limpia, adquirida en la misma gasolinera, con una leyenda ocurrente y bastante estúpida que no pienso reproducir para no herir sensibilidades, y las bragas limpias también que había guardado en el bolso cuando la agente Kruger me despertó con prisas la madrugada anterior. Estar hecha un adefesio no era excusa, que una es coqueta.

Por lo que tardó Mihkel en volver con el hielo, imaginé que había estado esperando en la puerta. Una vez pasado el primer susto, quizá estaba peleando con su conciencia sobre largarse, dejándome tirada, o seguir a mi lado, con todas las complicaciones que eso suponía.

Me eché en la cama y él me acercó el hielo envuelto en una toalla, que fui aplicando hasta que notaba la zona fría, alternando en las zonas por orden de prioridad. La cara primero y luego la parte izquierda de mis costillas que me lanzaban ramalazos de dolor.

Mihkel me miraba desde los pies de la cama sin decidirse a decir o hacer algo.

—Anda, siéntate que me estás poniendo nerviosa —le dije, dando un golpecito a mi lado en la cama.

Como parecía que quería hablar y yo no tenía ganas de inventar alguna historia inverosímil, después de haberme tomado los analgésicos que figuraban en la lista de la compra, cogí el mando de la tele y la encendí. Luego me tapé y me acurruqué en la postura menos dolorosa.

—Si me abandonas ahora, me haces una putada —le dije.

Asintió y se sentó en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero, aunque sin descalzarse. Ese gesto podía decir cualquier cosa, aunque por el momento a mí no me quedaban energías para continuar hablando, así que me dormí.

No lo hice de forma inmediata, sino que estuve dándole vueltas a lo ocurrido y me dije que teníamos que intercambiar los papeles para que aquello resultase bien. O yo tendría que ser más sutil para sugerirle los siguientes pasos, pero es que al pobre le sobraba atractivo y le faltaba decisión. A mí me rebosaba. Sin embargo, debía recordar lo que decía mi abuela respecto a querer ir siempre por delante: los que iban en cabeza llegaban primero al abismo. Y mi abuela era un pozo de sabiduría.

Cualquiera dirá que los abuelos son todos unos sabios por edad. Ni punto de comparación con los míos, que quede claro.

Excepto mi hermana, que nació gilipollas y morirá gilipollas, mi familia era fabulosa. Rara, pero fantástica. Mi padre nos abandonó cuando yo era muy pequeña y apenas tengo algún recuerdo de él, aunque según todos, tengo su carácter. Desde luego, no tengo el de mi madre, que calla más de lo que dice y que siempre me ha apoyado, decidiera yo lo que decidiera.

Cuando quise probarme y entrar en el ejército, siguiendo los pasos de mi padre, no se opuso. Las únicas pruebas visibles de su disgusto fueron los quilos que perdió durante los meses que estuve en la academia. Mi abuelo también era de pocas palabras, así que la abuela se encargó de afejar mi conducta:

—Es obligación de una madre preocuparse, Carol, y es un trabajo a tiempo completo.

¿Que no parecía una bronca? Eso es porque no conocéis a mi abuela. Tiene sus formas de

hacerte pensar: usa las palabras con la sutileza de un arquero y la eficacia de un granadero.

Me marché de la academia porque enseguida me di cuenta de que la vida militar no era para mí. Tenía demasiada personalidad y necesitaba un trabajo en el que dispusiera de más libertad de movimientos y mayor capacidad de decisión. El FBI hasta el momento tampoco es que fuese mi ideal de vida, sin embargo, meter las narices donde no me llamaban me gustaba. Véase dónde me encontraba, si no.

Salí de mi letargo bastantes horas después. Era de noche y mi compañero de aventuras estaba frito encima de la cama.

El sueño me había sentado bien, el dolor de las costillas era un sordo latido soportable, el de los riñones apenas lo notaba y la cara estaba decidiendo qué color tomar.

Uno de los tampones se me había salido de la nariz mientras dormía y ante la falta de sangre en la almohada me tranquilicé: mi cuerpo se estaba recuperando, no me desangraría. En el baño retiré el otro dique nasal y esperé a ver qué pasaba. Como no pasó nada, me lavé la cara con agua fría, me la sequé con cuidado y observé el resto de destrozos.

La brecha en el labio era una brecha en el labio, nada que hacer con ella, excepto aguardar a que cicatrizara bien y no me dejara una marca para toda la vida. Mi nariz estaba roja e hinchada y el párpado inferior del ojo derecho, así como el pómulo del mismo lado, habían empatizado con ella. El izquierdo había aguantado como un campeón y, en general, tenía mejor aspecto del que esperaba. Si conseguía caminar como los egipcios, mostrando solo el perfil bueno, hasta podía pasar por una persona.

Me dispuse a despertar a mi compañero de aventuras, era hora de que sintiera que tenía que protegerme o se largaría. Eché una última mirada al espejo y empecé a sollozar.

Capítulo 9

Kat

Viktor Volkov hacía honor a su apellido, que significaba lobo, si mi ruso no estaba demasiado oxidado. Hasta su físico tenía cierto aire amenazador.

Se trataba de un hombre que podía haber sido mi abuelo. Rozaba los sesenta y cuidaba su cuerpo con verdadera devoción. Vestía con trajes a la medida, usaba joyas con gusto y discreción, y hacía gala de una cordialidad engañosa.

De un vistazo lo catalogué como un depredador de los peores, de los que usaban la intimidación psicológica, además de la física, de los que engañaban y saboreaban el resultado con la delectación de un catador de vinos ante un buen caldo.

No podía saber todo eso con un primer vistazo, por supuesto, lo intuí y confiaba en mis intuiciones, que me darían la razón dentro de poco.

Viktor se hallaba instalado frente a un televisor más grande que la pared de mi habitación, atento a las noticias.

—Siéntate y quédate callada hasta que te diga.

Cambió de canal varias veces hasta que localizó otro informativo en el que mostraban la fotografía de una red social con el rostro de una mujer de pelo caoba, que miraba a un lado y de un hombre atractivo que tenía sus ojos puestos en ella. Apenas presté atención a lo que decían sobre la pareja, al contrario que mi cliente, que escuchaba con la espalda erguida y el cuerpo echado hacia adelante en el sillón.

Supuse que su tensión obedecía a algún tipo de relación con la pareja. A mí me interesaba su reacción. Se sabe mucho de una persona viendo cómo se mueve, sus gestos cuando considera que no está siendo escrutado y la tensión en hombros, manos y caderas. Las personas hablaban de muchas formas.

Se levantó, sacó el móvil del bolsillo e hizo una llamada. Se comportaba como si estuviera solo, primera pista sobre lo que podía esperar en esos dos días: yo era igual de insignificante que un mueble.

—¿Has visto las noticias? ¡Pues pon la televisión, imbécil, están hablando de tu hermano!

Al otro lado, alguien le respondió y mi anfitrión torció el gesto con una mueca de desagrado.

—Hablabamos a mi vuelta, pero te adelanto que si esto se convierte en un problema, habrá consecuencias.

Cortó la comunicación y se dirigió al ventanal. Alargó la mano por detrás y me señaló sin mirarme.

—¡Ven aquí! —me ordenó.

Al llegar a su altura me atrapó en un abrazo férreo con uno de sus brazos, rodeando mis hombros y apretándome contra su costado dolorosamente.

—Desnúdate, quiero follarte aquí y ahora.

Me liberó del agarre y yo obedecí. Ni siquiera me había dirigido un vistazo de reojo, pero su tono imperioso no daba lugar a la discusión: quería aquello por lo que había pagado.

Y Mejor omito la descripción del encuentro sexual.

Se trataba de lo ya experimentado tantas veces que ni apreciaba la diferencia. Aunque fue

un error creer que eso quedaría en un polvo apresurado y mucho menos con las señales que había observado previamente.

—¿Has escuchado mi conversación al teléfono? —me preguntó, al borde del orgasmo y apretando mi cabeza contra el cristal de la ventana con una mano, como si quisiera traspasarlo.

—No...

Se inclinó y me mordió el labio inferior con fuerza, acallando cualquier otra mentira.

Eso fue todo. Suficiente.

—Vístete, nos vamos.

Se abrochó el pantalón y observó mi reacción.

Quería ir al baño a lavarme, me sentía sucia con su semen resbalando por mis muslos, pero sabía que no había sido una sugerencia, sino una orden que esperaba ver cumplida de inmediato, por lo que me vestí y esperé.

—Si eres una puta complaciente, saldrás de mi vida con una buena propina y con vida.

Se trataba de la peor amenaza que había oído nunca, y tenía unas cuantas en mi haber, casi una por cliente desde que había empezado a prostituirme. Sin embargo, esa contenía la más vil de las mentiras, porque en el momento en que había entrado en esa habitación mi suerte estaba echada.

Me había olvidado de la desagradable sensación de mi entrepierna húmeda e intentaba mantenerme tranquila, mientras esperaba mi oportunidad para salir corriendo.

Como si pudiera leer mis pensamientos, Viktor me hizo pasar por delante de él, le indicó a su guardaespaldas que cogiera mi maleta y nos metimos en el ascensor que nos llevó al garaje, a su coche y a su casa.

—Oye, me quedo con tu chica unos días más de los previstos, ya te llamaré.

Andrej debía estar encantado y yo lo hubiese estado en otras circunstancias, pero aquel hombre era peligroso y no me quería solo para entretenerle en la cama. La forma de mantenerme en silencio era teniéndome a buen recaudo, como si yo supiera algo que no debía. Me daba igual esa llamada, no conocía al hombre cuya foto salió en la tele ni me importaba y mi única opción era hacérselo comprender o sería lo último que hiciera.

Capítulo 10

Carol

Mihkel resultó ser más espabilado de lo que parecía antes de dormirse, lo cual era un alivio. Se despertó con mis sollozos y acudió al cuarto de baño sin saber si darme un abrazo o una palmada en la espalda y decirme: «ea, ea». Como ninguna de las opciones parecía ir a calmarme, se lo pensó durante medio minuto.

—No te preocupes, lo vamos a arreglar —dijo.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo? La policía debe estar buscándome a mí y a mi coche ahora mismo, es cuestión de tiempo que vengan aquí.

—¿Por qué crees que la policía te buscará?

—Me salté la condicional y cambié de nombre y de estado.

—Alma era una asesina, creo que les importa más la relación que tenías con ella.

Me sorbí los mocos con cuidado y cogí papel higiénico para rematar la labor de sonarme. ¿Alguna vez lo habéis intentado con la nariz dolorida? No lo aconsejo.

—A ti tampoco te convenía aparecer en las redes, según dijiste ayer.

—Tengo alguna cuenta con la justicia.

No quise presionar demasiado ahora que había conseguido alguna reacción.

—Tienes pinta de no haberte saltado la ley en tu vida. ¿Multas impagadas?

—Algo parecido.

Punto. Hasta ahí habíamos llegado. Insistir sería un error.

—No pienso volver a la cárcel porque a esa cabrona de Alma la buscaran los federales.

—¿Tienes dinero? —me preguntó él.

—¿Me prestarías algo? Llevo menos de cien dólares en el bolso. Cogeré un autobús a cualquier sitio, no pienso quedarme por aquí si el FBI anda cerca.

—Sin dinero no podemos desaparecer. Yo tengo algo, pero no suficiente para conseguir otro vehículo y documentación nueva.

—De puta madre, a empezar de nuevo y sin un pavo en el bolso —gruñí y cogí el móvil del bolsillo de mi pantalón, tirado en el suelo horas antes.

—¿Qué haces? —se escandalizó él, quitándomelo de las manos de un zarpazo.

—¿Qué haces tú? —lo recuperé de la misma forma.

—Pueden rastrear tu móvil, pensaba que lo habías tirado.

—¿Y quedarme incomunicada? Tengo alguna amiga que quizá pueda hacerme el favor de prestarme...

Me rodeó los hombros con un brazo y me volvió a quitar el móvil, esta vez con suavidad.

—Subiste la foto con este teléfono. —Su voz era calmada, aunque empezaba a detectar algo de irritación—. No sé la gravedad de tu situación, pero lo más sensato es que nos marchemos enseguida y lo dejemos aquí.

—¿Y el tuyo?

—Me deshice de él en los baños de la gasolinera.

Escuchamos dos coches detenerse en el aparcamiento y ambos nos tensamos.

—Termina de vestirte y sal, te estaré esperando para irnos enseguida, aquí no estamos seguros.

Bueno, había tomado las riendas de la situación, que era lo que yo pretendía. Dejarme llevar me costaba horrores, como ya he dicho, sin embargo, tenía que ceder el testigo y esperar que decidiera con rapidez que solo saldríamos del atolladero con dinero o ayuda.

Con dinero se podía desaparecer, que era el fin de la escapada, y el FBI apostaba por que Mihkel contactase con su hermano para pedirle ayuda. Si se equivocaban, todo ese circo no serviría de nada y eso que yo estaba haciendo una interpretación de Óscar, aunque había pagado un alto precio que podía haber sido mucho más si no llega a intervenir él, pegándole un tiro a la cabrona de mi puta *amigui*.

Si después de semejante actuación el jefe no me ponía en una de las divisiones importantes, tendríamos unas palabras.

Mihkel poseía algún recurso más de lo que aparentaba porque me esperaba en la puerta con una camioneta que tenía que haber robado. Al subir en el asiento del copiloto me señaló la guantera, de la que saqué una gorra, a juego con la suya, y asintió al ver que me la ponía.

—¿El teléfono? —me preguntó.

—Lo he dejado apagado en la habitación.

Volvió a asentir, arrancó y nos fuimos.

—¿Tienes familia a la que puedas recurrir? —me preguntó al cabo de un buen rato.

—Mi madre ya me dejó claro en su momento que no quería saber nada de mí. No tengo más familia que esa y para lo que me sirve, pues como si no tuviese una mierda. ¿Y tú?

—Ya veremos.

—¡Que te zurzan! Ya veremos no es una respuesta. Se tiene familia o no se tiene. Se tienen amistades que puedan ayudarte o no. Decídete.

—Tengo un familiar al que quizá pueda pedir ayuda, pero no quiero hacerlo, a no ser que sea imprescindible.

Nos quedamos en silencio y observé de reojo su rostro tenso a la luz de los faros de los coches con los que nos cruzábamos. Preferí no insistir, de momento, y encendí la radio.

Mihkel la apagó enseguida.

—¿Qué haces? Quiero saber si dicen algo sobre lo que ha pasado en los apartamentos y si hablan de nosotros.

—¿Para qué? Si no nos buscan ahora, nos buscarán más tarde. Adelantamos poco por saberlo.

Me refugié en un silencio hosco y aproveché para mostrarme dramática sorbiendo por la nariz, rebuscando en el bolso y sacando el rollo de papel higiénico birlado del motel para sonarme. Era un truco artero, pero él parecía responder bien a esas muestras de debilidad por mi parte y pensaba sacarles partido.

Comprobar al tacto que mi Sig Sauer seguía en su sitio me daba tranquilidad. Mihkel podía parecer el hermano bueno de la relación, pero seguía siendo cómplice de terrorismo, puesto que él había creado las bombas que su hermano había colocado en los lugares donde sabía que harían daño. La matamaridos ya me había engañado con su apariencia inofensiva; este no lo haría.

Sentí una mano en mi muslo, dándome un apretón ligero.

—Todo saldrá bien, verás... —dijo.

Siguió conduciendo y yo me quedé adormilada en el asiento, con la cabeza apoyada en la ventanilla, esperando que Kruger y su equipo siguieran sin perdernos de vista, porque tenía el palpito de que Mihkel estaba dándole vueltas a lo de su hermano y yo iba a procurar que se decidiera.

Al cabo de un rato, empezó a bostezar, al principio discretamente, luego cada vez con

mayor frecuencia y sin ocultarlo.

—Deja que conduzca yo.

—Estás tomando analgésicos, preferiría que no nos estampásemos en plena madrugada.

—Gracias por la confianza.

Se detuvo en un rincón apartado de la siguiente área de servicio y volvió a bostezar.

—Acomódate, vamos a dormir unas horas.

Pensaba que jamás podría conciliar el sueño en condiciones en el incómodo asiento, pero no solo me dormí, ronqué y soñé. Me desperté varias veces, comprobé que Mihkel dormía plácidamente y seguí durmiendo. No terminaba de fiarme.

El sol despuntando por encima de la montaña que teníamos en frente nos despertó del todo, hacía mucho que había amanecido y el tráfico en la carretera era intenso.

Usamos los lavabos del área de servicio y paramos unos kilómetros más adelante, en una cafetería frecuentada por camioneros para desayunar como auténticas bestias. Ambos llevábamos un día entero sin probar bocado y solo tomamos algún sorbo de agua del grifo en el motel. Estábamos famélicos.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté, después de dar un trago a mi tercer café aguado, tan caliente que hubiera reconfortado a un muerto.

Mihkel observó mi cara, sumida en la penumbra de la visera de la gorra que llevaba calada hasta las cejas.

—Tengo un conocido que es médico en Trenton, si le pidiera el favor, podría echarte un...

—Estoy bien, esto son solo morados que se me pasarán y no me duelen demasiado con los analgésicos —negué.

—Entonces, deberíamos buscar un lugar para escondernos unos días, hasta que la prensa deje de hablar del tema.

Habíamos aparcado la furgoneta fuera de la vista, no obstante, Kruger se encargó de enviar a una patrulla de carreteras a dar una vuelta. Le hice notar su presencia a Mihkel y vi que su expresión cambiaba en décimas de segundo. Dejó dinero para pagar la cuenta del desayuno, me cogió de la mano y salimos por la cocina a la parte de atrás.

Me preguntaba qué coño estaba haciendo, nos habíamos delatado, llamando la atención del personal. Además, en la parte trasera solo estaban los contenedores de basura y campo abierto.

Tiró de mi mano hasta los contenedores, detrás de los cuales había una moto con pinta de no haber pasado una revisión desde la presidencia de Ronald Reagan.

—He visto que un empleado llegaba con ella y no ha vuelto a salir de la parte de atrás —dijo Mihkel—. ¿Te queda algo del *spray* antiséptico?

—¿Para?

En vez de responder, me tendió la mano y yo rebusqué en el bolso. El pequeño bote estaba en el fondo, para variar. Si buscabas algo en un bolso grande, ten por seguro que se encontraba en el último rincón.

—Vigila.

Se agachó al lado de la moto, tanteó unos cables y aplicó el antiséptico. Se formaron unas pequeñas burbujas marrones y Mihkel apartó la mano, tras comprobar el efecto. Entonces recordé que era químico.

—Viene alguien —susurré.

Él se alzó, me cogió por la cintura y me pegó a la pared, abrazándome y besándome el cuello. Era listo: el chaval joven que salió con dos grandes bolsas de basura debió pensar que nos había dado un calentón y por nuestra posición no podía vernos la cara a ninguno, a mí en

especial. Murmuró una disculpa entre la que se atisbaba una risa contenida, tiró la basura y entró en el restaurante.

—Me estás aplastando las costillas —me quejé.

Ya he comentado que mi compañero de fatigas no estaba nada mal y yo no estaba nada bien, porque el calor que me había entrado de repente tenía mucho que ver con su cercanía, más que con la extraña situación.

Kruger quería presionar para adelantar acontecimientos: la policía no llegaría a buscarnos, no obstante, debía actuar como si realmente estuviésemos en peligro o Mihkel sospecharía, por lo que le dejé seguir con lo que quiera que hubiera pensado para sacarnos del aprieto en el que no nos encontrábamos.

Su sonrisa al separarse de mí era de las prometedoras, de las que compartes con alguien después de una cita interesante y con el que quieres tener otra y que venía a decir: «tendremos que continuar esta conversación pronto». Hubiera estado de acuerdo si aquello fuera una cita y si un exceso de cercanía entre ambos no diera al traste con mis planes futuros de seguir siendo agente del FBI, en lugar de ex agente con un novio en chirona.

Se acercó a la moto, empalmó dos cables pelados por acción del antiséptico y el trasto cobró vida, emitiendo un petardeo agónico. Subió y me señaló el asiento a su espalda.

—Venga, ¿es que no te apetece un poco de aventura?

Alcé una ceja, bastante insegura con la idea. Al fin y al cabo, no había nada que temer de la policía.

Por si albergaba alguna duda sobre que algo podía fallar en ese encaje de bolillos, en cuanto salimos de la parte trasera del restaurante con semejante trasto petardeante, los dos patrulleros que nos buscaban se dieron cuenta, corrieron a su coche patrulla y se lanzaron en nuestra persecución.

Me agarré con fuerza a la cintura de Mihkel, sintiendo sus músculos en tensión. La moto no daba más de sí y el coche patrulla nos daba alcance. ¿Dónde coño estaría Kruger?

El tubo de escape de la moto emitió un crujido sordo y noté la vibración bajo mis pies, colocados en los estribos. ¡Aquel trasto parecía querer desmontarse!

Nos acercábamos a un barrio residencial y Mihkel aceleraba el vehículo todo lo que daba de sí para alcanzarlo. Adiviné su propósito: en las calles y callejones podríamos despistar al coche patrulla o estamparnos contra alguna valla, si había poca suerte.

El giro cerrado tomado a toda velocidad casi nos hace perder el equilibrio. Por fortuna, Mihkel parecía tener una seguridad que a mí me fallaba porque grité, pensando que la próxima vez que me despertase sería en un hospital con varios huesos rotos, si no nos abríamos la cabeza, ya que íbamos sin casco.

El coche patrulla tuvo que aminorar y le sacamos varias calles de ventaja. Luego, nos internamos en el callejón entre dos casas y pasamos a la calle paralela para regresar.

Los policías tendrían que dar toda la vuelta a la manzana para seguirnos, pero Mihkel decidió que no merecía la pena arriesgarse y se detuvo delante de una casa que parecía abandonada.

Me conminó a abrir la verja de entrada, solo cerrada por un pestillo, metió la moto y aguardamos en el jardín. El coche patrulla pasó varias veces por delante. Habían reducido la velocidad para mirar en todos los callejones.

Kruger y su compañero pasaron poco después y el lugar volvió a quedar tranquilo. Suspiré, la gilipollas por fin se había dado cuenta de que la policía iba detrás de nosotros.

El episodio me reveló que más me valía espabilar, la próxima vez el apoyo podía llegar

tarde o no llegar.

Capítulo 11

Carol

Después de la experiencia, dejé de confiar en el equipo que tenía que dirigirme y cuidarme. Si no me dirigían y no me cuidaban, ¿para qué los quería?

Tras la aventura en moto, sugerí cambiar de vehículo. Nada de robar otro coche u otra moto. Autobús, el medio de transporte que usaba la mayoría de la gente para cubrir trayectos cortos, de no más de una hora.

A la urbanización llegaban autobuses con varios destinos a horas prefijadas. La mayoría tenían paradas en la población más próxima, llevando a trabajadores y a amas de casa con ganas de aventurarse en el indómito mundo de las compras. La ciudad contaba con pocos aparcamientos y resultaba más sencillo acercarse en un transporte público.

Nos apeamos en el centro y nos sentamos en un banco de la calle, había que organizarse y el camino que llevábamos no iba en la dirección que yo necesitaba.

—Me quedo aquí, ya me buscaré la vida —le dije a mi acompañante con aire decaído.

Tenía que comprobar hasta qué punto íbamos a llegar y hasta dónde habían llegado mis eficientes compañeros, poniendo fuera de su alcance la forma de conseguir dinero. Yo había dejado mi posición clara al decir lo que llevaba encima y con lo que podía contar, ahora necesitaba que Mihkel hiciera lo mismo. Si no habían bloqueado su tarjeta, como Kruger había asegurado, el asunto podía alargarse una eternidad, justo lo que menos me apetecía, por razones evidentes.

Mihkel se acercó a mí y me rodeó los hombros con un brazo. Al menos, eso funcionaba. Se estaba mostrando protector conmigo y parecía querer que continuásemos juntos.

—Tenemos dinero para alquilar una habitación un par de días, ya se nos ocurrirá algo —dijo.

—No. No pienso ir a la cárcel. Dos días en una habitación solo es un parche, tengo que desaparecer.

—Nadie va a tomarse tantas molestias para...

Debía fingir que no sabía por qué lo buscaban a él y me revolví para contestarle:

—¿No puedes ponerte en mi lugar!

—Puedo, y mejor de lo que imaginas.

Dios, por poco alzo los brazos y me pongo a saltar. De verdad, estos asuntos en los que era necesario reprimirse no iban conmigo. Por algo rechazaba las propuestas de jugar al póquer.

—Si me dices que te has cometido algún delito grave, me da un patatús aquí mismo...

—Puede que este no sea el mejor lugar para hablar de eso. Vamos a buscar una habitación en la que podamos hablar.

Me hice la remolona un poco más, lo justo para resultar convincente. Eso esperaba, al menos. Había llegado demasiado lejos para tirar la toalla ahora. Además, no quería hacerlo, era como el perro que ha desenterrado un hueso y pretende saborear hasta el tuétano, aunque tenga que luchar a muerte con otros perros para salvaguardar su reciente adquisición.

Hace mucho rato que no meto un inciso y ya va siendo hora, porque describir la búsqueda de un motel de mala muerte que aceptase efectivo es un desperdicio de tinta y de tiempo. Bien, el inciso: mi peor nota en la academia fue en las asignaturas que requerían de paciencia, por eso los

«plantones» junto a «Lady Halcón» me resultaban tan odiosos. De haber podido apostar, hubiese perdido una pasta, augurando que nunca haría un trabajo como el que llevaba entre manos, que requería paciencia y comedimiento. En Hogwarts^[2] hubiese suspendido adivinación.

Mi compañero parecía tenso, pero mucho más seguro de lo que había demostrado al principio. No eran imaginaciones, me pareció que era un actor de primera. Para empezar, le había disparado a la mantis y ni se detuvo a comprobar si estaba muerta antes de salir corriendo. Luego le entraron los tembleques, que cualquiera hubiera confundido con los efectos del *shock*. Lástima que yo no era cualquiera, sino la otra actriz protagonista de la película en la que nos encontrábamos.

—¿Vas a explicarte? —le conminé... La ausencia de paciencia, ya sabéis.

—Es posible que a mí también me busque la policía.

Odiaba que la gente pensara demasiado lo que tenía que decir, daba la impresión de que edulcoraban el resultado, como si yo fuese demasiado simple para entenderlo con palabras adultas.

—A ver, David, ¿es posible que te busque la policía o estás seguro de que te busca?

Me lanzó una mirada de cachorrillo abandonado, que me hubiese creído de no estar al tanto de sus antecedentes.

—Me buscarán, si no lo están haciendo ya y, por cierto, no me llamo Daniel. Me llamo Mihkel.

—¡Qué de novedades! —exclamé—. Vale, Mihkel, entonces, me estás dando la razón y debemos separarnos. No sé tú, pero yo no quiero terminar como Bonnie y Clyde.

Levantó la vista para clavar sus ojos en los míos. ¡Joder, mira que estaba bueno! Y no voy a hacer ningún inciso para decir que me gustaban los tíos buenos más que chuparme los dedos después de comer pollo frito porque sería una redundancia.

Ante su falta de respuesta, que yo quería tomar como una negativa a que nos separásemos, y al hilo de mis pensamientos, le pregunté:

—¿Tienes dinero para pedir algo de comer? Se me ha antojado pollo frito.

Me moría de ganas de saber qué excusa me iba a poner para que la policía lo buscase, pero tensar la cuerda me sacaría de mi papel y más me valía atenerme a él si quería llegar a meta. Y vaya que si quería. Nadie tiene una alerta activa del FBI sin razón. Los hermanos para colmo, eran terroristas. Uno más que otro, a mi parecer, aunque eso debería decidirlo un tribunal.

Pedimos comida por la línea fija del teléfono del motel y aguardamos sentados en la cama.

—Lo mío es muy grave —dijo, en un momento dado.

—¿Más que saltarse una condicional?

—Mucho más, pero yo no sabía...

Suspiré sin poder evitarlo. Me faltaba paciencia, lo tengo dicho. Él se giró para mirarme.

—¿No quieres escucharlo?

—Claro que quiero. Perdona es que me parece que nos hemos juntado el hambre con las ganas de comer, como diría mi abuela, y no sé si es bueno.

Él se colocó con la espalda apoyada en la cabecera acolchada de la cama y yo me descalcé y me recosté de lado, guardando cierta distancia. Quería observar su expresión cuando me mintiera, porque me daba en la nariz que me iba a contar una media verdad.

—Mi familia es oriunda de Estonia, de una zona del interior. Mis padres, que eran campesinos, nos trajeron, a mi hermano y a mí, a este país para darnos un futuro mejor. Por entonces la Unión Soviética se había ido al cuerno, todo funcionaba mal y parecía que iba a ponerse peor.

—En busca de la tierra prometida —ironicé yo.

Puso mala cara y me mordí la lengua mentalmente. Tendría que guardarme ese tipo de comentarios, que a algunos les sentaban fatal, aunque no sabía por qué: todos éramos descendientes de personas que habían abandonado el viejo mundo en busca de mejorar sus condiciones de vida o que habían sido expulsados a una cárcel sin barrotes por cometer delitos.

En su momento, la emigración había tenido razón de ser, ahora, la realidad norteamericana no tenía que ver con el tan publicitado sueño que se vendió durante la guerra fría.

A ver, no nos entendamos mal, yo no cambiaría mi país por ningún otro, pero las calles empedradas de oro eran un invento antiguo de los que necesitaban mano de obra barata. Si muchos ciudadanos poco afortunados apenas podían salir adelante, no digamos ya los recién llegados a una cultura distinta, una lengua extraña y una nación reacia a la acogida.

—Nuestros padres hicieron un tremendo esfuerzo para costearnos la universidad, pero mi hermano empezó a frecuentar círculos poco recomendables y continuó en ellos después de sus estudios —siguió Mihkel.

—¿A qué te refieres con círculos poco recomendables?

—Grupos subversivos.

Observó mi reacción y recordé que tenía que reaccionar, poniendo cara de pasmo o de miedo. Los medios de comunicación nos saturaban con las precauciones a tomar sobre los grupos extremistas, de los que el país tenía para aburrir. Pero era cierto que se trataba de una amenaza temible, que atacaba los poderes establecidos a través del terror causado a los ciudadanos de a pie.

—¿Extremistas islámicos? —pregunté, haciéndome la tonta.

—Hay muchos tipos de extremistas. Estos no son islámicos.

—No controlo el tema. Explícame de qué clase son.

—Digamos que de una que prefiere causar alarma social.

Bien, esperaba esa evasiva. Mihkel debía pensar que era demasiado idiota para comprender el alcance de las maniobras que se llevaban entre manos las agencias de inteligencia propias y de otros países. Desestabilizar gobiernos, usando a grupos de fanáticos como cabeza de turco era un clásico de la guerra fría, que seguía vigente en la actualidad. Encabezando la lista de los que se comerían el marrón estaban los islamistas y los rusos, otro clásico pertinaz.

—Tu hermano no andaría metido en terrorismo, ¿verdad?

La llegada de la comida le evitó una contestación directa, que era lo que yo buscaba. Tenía que conseguir que confiara en mí tanto como para sonsacarle el paradero de su hermano.

La habitación se llenó de inmediato con el apetitoso olor del pollo frito. Nos sentamos con las piernas cruzadas sobre la cama, uno frente al otro, y procedimos a dar buena cuenta de la comida, acompañándola con dos refrescos fríos de la máquina del pasillo.

Por supuesto, me chupé los dedos al terminar y de forma bastante elocuente. Le estaba provocando sin medias tintas porque me apetecía. El trabajo era el trabajo, pero nada me impedía alcanzar la meta a mi manera y si a los jefes no les parecía bien, que enviaran a «Lady Halcón» a probar suerte.

Después de lavarnos las manos, volvimos a la cama. Mihkel se tumbó cruzado y pidió permiso para usar mi vientre como almohada. Ni qué decir tiene que accedí, aunque perdí algo de interés en la conversación anterior.

—Yo tampoco creía que pudieran tener fines terroristas —continuó él, retomando el hilo—. Según Anton, solo querían llamar la atención causando daños materiales.

—¿Y fue así?

Negó con la cabeza.

—Yo había estudiado química y me pidió que les preparase explosivos para usar en uno de los túneles. Me aseguró que lo harían de madrugada y después de cortar el paso para que nadie resultase herido, solo querían llamar la atención.

No le pregunté, parecía querer contármelo y una interrupción solo lo hubiese desviado, ahora que se había lanzado.

—No cortaron el túnel y hubo víctimas —confesó.

Alargué la mano y le acaricié el pelo, algo que llevaba deseando desde que le había echado el ojo en la piscina que compartía con la mantis.

—Entonces, la policía os descubrió... —sugerí.

—Yo estaba muerto de miedo. Había participado en un acto terrorista sin proponérmelo y quería entregarme, pero Anton me llamó por teléfono y me disuadió. Dijo que a él también le habían engañado y que los dos pagaríamos la culpa de los verdaderos responsables.

—¿Desde entonces llevas escondiéndote?

—¿Qué otra cosa podía hacer?

«Haberle echado tantos huevos como los que tuviste para preparar las bombas y ponerlas en manos de desconocidos», pensé.

—Lo entiendo, la cárcel no arregla nada —dije, en cambio.

Guardamos silencio, pensativos.

Sería una pena que cuando me descubriera el paradero de su hermano, a él le aguardase el mismo destino, pero era lo que merecía. La defensa podía haber alegado desconocimiento y mala fe de un familiar cercano en su momento, y quizá probarlo en un tribunal, ahora carecía de esa baza.

Al cabo de un rato me di cuenta de que se había dormido y le aparté la cabeza para ponerme cómoda y descansar también.

Capítulo 12

Kat

No sabía a qué se dedicaba Viktor ni me importaba. Lo único que me interesaba de él eran sus intenciones que, en lo que a mí respectaban, no podían ser peores. Más me valía ser lista.

Al mundo no le importaría una puta menos y harían desaparecer mi cuerpo para que nadie hiciera preguntas. Sin familia ni amistades que se preocupasen, el olvido estaba garantizado. Aquellos cerdos lo hacían a diario: amigos sospechosos o enemigos declarados se esfumaban en la nada.

Las familias que se dedicaban a los negocios turbios, por llamarlos de alguna forma, resolvían sus propios problemas sin necesidad de intermediarios. Todas las que trabajábamos en los prostíbulos lo sabíamos bien, como cuando desaparecía una sin despedirse. Los traslados eran habituales, pero cuando se producían por algún problema en que estuviera envuelta una de las chicas, nunca más se la volvía a ver.

Muerto el perro, se acabó la rabia.

Ahora yo me encontraba en esa situación y no me había puesto en ella de forma voluntaria. El cabrón de Viktor podía haberme mandado salir antes de hablar por teléfono y si no lo había hecho era porque le daba igual que viviese o muriese.

Ese era el valor real que teníamos las mujeres que trabajábamos en un negocio tan humillante para nosotras. Para ellos solo éramos mercancía sustituible.

Mi destino era vivir en su casa hasta que se cansara de tenerme por allí y luego ser despachada con un tiro en la nuca, aunque estaba avisada y me revolvería. No había sobrevivido a todos los cerdos que me usaron a su conveniencia para morir a manos de otro por capricho.

La casa era, según lo esperado, una mansión a las afueras de Filadelfia, con terreno, amplios jardines y decoración interior espantosa. Los dorados y el cristal competían por el espacio, como si los moradores fuesen urracas atraídas por los brillos.

En el tiempo que llevaba ejerciendo, había conocido muchas de aquellas casas. El denominador común en todas ellas era la ostentación. Los dueños, rusos en su gran mayoría, eran incapaces de ocultar la satisfacción que les producía su riqueza.

El guardaespaldas llevó mi inútil maleta a una habitación y la descargó a un lado de la cama.

—Aquí se desayuna de siete a ocho —dijo, antes de salir y cerrar la puerta a su espalda.

Dormí poco y mal, pensando en lo fácil que era para algunos cambiar la vida de otros con solo unas palabras, como me había sucedido a mí. Me había encontrado tan cerca de conseguir la libertad, que todavía me resultaba más frustrante.

En unos meses me hubiera marchado, estaba pensando en cómo deshacerme del hombre que me acompañaba en mis salidas. Mi dinero estaba a buen recaudo en una cuenta en la red y guardaba el suficiente en efectivo para coger un taxi a la estación de tren y tomar el primero que saliera en cualquier dirección, pero cuanto más lejos, mejor.

La habitación contigua a la que me asignó el guardaespaldas estaba ocupada por otra chica a la que vi de refilón. Era una morena de grandes ojos verdes traslúcidos, cuyas escleróticas aparecían congestionadas. Conocía bien esos síntomas que, junto con el pañuelo al cuello, revelaban una asfixia erótica demasiado prolongada.

Imaginé que se había encaprichado de ella y la retendría hasta que la cambiara por otra igual o más joven. En el fondo, aquellos tipos eran pobres desgraciados, enfermos y predecibles, aunque su propia insatisfacción los volvía peligrosos.

Cuatro guardaespaldas se turnaban para proteger la casa y salir con el dueño. Vivían en el piso inferior, junto con dos empleadas a tiempo completo para tener la casa limpia y lista.

El otro habitante, al que tomé por el hijo de Viktor hasta que se presentó, era un atractivo hombre de cerca de cuarenta años. El pelo rubio oscuro contrastaba con su piel tostada por el sol, nunca sonreía y cojeaba de la pierna derecha. Parecía una herida antigua que no le molestaba, excepto en su orgullo, puesto que se cubrió con un albornoz cuando me vio salir al jardín, en el que destacaba la piscina de medidas olímpicas.

Enseguida caí en la cuenta de que era el que había estado hablando con Viktor por teléfono. Guardaba mucho parecido con el hombre cuya foto había visto en televisión.

—¿Quieres bañarte? —me preguntó

—No, solo estaba conociendo un poco la casa. ¿También eres un invitado?

—Invitado permanente, podría decirse.

Se me ocurrían muchas teorías sobre su presencia, aunque ninguna cuadraba con lo que se esperaba de mi anfitrión: los gerifaltes de la familia rusa que controlaban parte de los negocios de Atlantic City podían ser pederastas, puteros y maltratadores, pero jamás abiertamente homosexuales. Así que no era eso.

—Pero no te entretengo, por hoy he terminado mi entrenamiento en la piscina. Luego te veo para almorzar, a Viktor le gusta que le acompañemos.

Me despedí y di la vuelta a la casa, observando balcones, ventanas y la alta verja que rodeaba el perímetro. Localicé la ventana de la habitación que me habían asignado y torcí el gesto: sería peligroso descollarse hasta el suelo desde ella, no había salientes ni plantas a las que poder agarrarse.

Viktor se marchó en un reluciente coche blanco, conducido por uno de sus hombres y yo continué recorriendo el exterior.

—Me han dicho que necesitarás ropa.

La voz de mi compañera de penurias me sobresaltó. Miré hacia la ventana desde la que me hablaba y que debía ser la de su habitación.

—Sube.

Su dormitorio era una copia del mío, ambos bastante básicos, solo que el suyo tenía sobre el tocador un amplio surtido de maquillaje y perfumes. El armario, además, estaba atestado de ropa de todo tipo, desde monos de látex hasta elegantes trajes de noche, pasando por ropa básica de calle. La parte inferior contenía cajas llenas de zapatos de tallas diversas. Así que aquella era la habitación-ropero, supuse.

—Yo también llegué con lo puesto, aquí encontrarás lo que necesites —dijo ella—. Me llamo Nereida, por cierto.

—Venus.

Conocíamos las reglas. Cuanto menos contacto, mejor.

En nuestro trabajo el compañerismo no existía y pobre de la que lo olvidara. Sin embargo, Nereida parecía deseosa de compañía y mientras yo escogía la ropa para llevarme, intentó entablar conversación.

—¿Has conocido a Anton?

Asentí y busqué zapatillas de mi talla.

—Es simpático y amable.

—Espero que más que Viktor —dije, señalando el hematoma de su cuello desnudo.

Se llevó la mano a la boca como si las palabras hubieran salido de ella, en lugar de haberlas pronunciado yo.

—Si alguien te oye...

—Si alguien me oye, tendrá que darme la razón.

No solía mostrarme tan sincera, semejante lujo estaba fuera de mi alcance, pero esa mañana me podía el enfado. Viktor se había cargado los planes que llevaba tantos meses trazando.

Me levanté y le puse la mano en el hombro.

—Siento el aprieto, las dos tenemos que tener cuidado.

Ella afirmó con brusquedad. Bajo el apresurado maquillaje parecía muy joven y le temblaba la barbilla de contener las lágrimas. Me preguntaba cuántas de ellas habría domeñado para no delatar su miedo y cuántas habría vertido en soledad.

Le di un abrazo que ambas necesitábamos. Yo no era la única que había nacido en el lado equivocado.

—Sé qué estabas haciendo en el jardín porque yo llevo haciéndolo desde que llegué —dijo, después de secarse las mejillas—. A mí también quiere matarme.

Capítulo 13

Carol

—Resulta muy halagador, pero no sé si tenemos tanta confianza —dije, al despertarme con la erección de mi compañero de huida pegada al trasero.

A ver, que no es que me molestase, es que esas cosas resultaban más interesantes cuando ambas partes estaban despiertas y había alguna declaración de intenciones previa.

—Ay, perdona.

Sonó poco compungido y para demostrar cuánto lo sentía, me rodeó la cintura con un brazo.

—Dame un minuto y me levanto —dijo.

—No tengas prisa, hombre —contesté con ironía.

Pero yo tampoco me aparté. El caso es que la situación se estaba volviendo interesante por momentos, aunque resultaba menos excitante por estar ambos vestidos con la ropa de dos días atrás.

Bueno, obviando el detalle, aproveché para pegarme un poquito más a él, y dejar que la naturaleza siguiera su curso.

Y llegados a este punto, si alguien espera una escena erótica, ya puede ir cambiando de historia. Empezó como una buena, pero entre que no nos conocíamos y que había que sortear mucha ropa, pues la cosa quedó en un polvo satisfactorio, aunque sin momentos memorables, más bien, con alguno bastante ridículo.

Ya que Mihkel tenía la mano tan cerca de donde yo quería que la tuviera, le enseñé el camino para que no se perdiera en chorradas y caricias que ni fu ni fa. Ciertamente que a través del pantalón el asunto quedaba algo deslucido, pero tampoco íbamos a ponernos meticulosos, por algún lado había que empezar.

En fin, que como mal no me estaban sentando sus caricias, le provoqué un poco, frotando mi trasero contra su erección, que no se hizo de rogar, convirtiéndose en una barra de hierro.

Aquí voy a hacer uno de mis incisos. Siento cortar el rollo, pero mis pensamientos no son lineales: lo de excitar a la pareja, aunque sea una relación esporádica, se conseguía a base de prueba y error, puesto que nadie nacía aprendido y cada persona era un mundo. Según mi experiencia, había hombres a los que les gustaba un rato de besuqueo para ponerse a tono, otros preferían una sesión de seducción con miradas encendidas y todo eso... Inciso sobre inciso, esta parte a mí se me daba fatal, me daba la risa y terminaba con cualquier romanticismo ambiental. Nunca he sido serio. Por el contrario, cualquiera que se tomara demasiado en serio suscitaba mi hilaridad. Y por último estaban los «todoterreno», vamos, los que se excitaban e iban al grano.

Mihkel era de estos últimos.

Entre el roce de su mano y que me había empezado a besar la nuca, yo tenía suficientes prolegómenos, así que me incorporé y traté de quitarle la camiseta. Él me correspondió y el follón que armamos fue lamentable. Total, para no poder quitárnoslas y terminar consensuando que lo idóneo sería que cada uno se desnudara a sí mismo, si queríamos llegar a algún sitio antes de que las ranas criasen pelo.

Entonces llegó la hora de la verdad y descubrimos otro inconveniente: él no tenía preservativos.

—Llevaba una vida de ermitaño hasta que apareciste ¿para qué quería preservativos? —se

excusó.

—¡Que te zurzan, Mihkel!

¿Creéis que eso fue todo? Qué poco me conocéis aún.

Cualquier mujer de mi edad sabe que puede encontrarse con un desastre con patas como Mihkel, así que siempre lleva un preservativo en el bolso, por si las moscas y porque perder oportunidades es de idiotas. Yo también llevaba uno, aunque debía haber caducado después de estar dando vueltas al fondo del bolso tanto tiempo. Efectivamente, el envoltorio estaba tan rozado que apenas se distinguía el nombre del fabricante, pero tendría que valer porque era lo único que había.

Lo demás fue rodado y no pienso contarlo, cotillas.

Baste comentar que usamos la postura más clásica y que él sabía para qué servía lo que tenía entre las piernas. Los besos, en cambio, los veté por lo obvio: con el labio partido, cualquier conato de caricia se convertía en tortura.

—Me muero de hambre —dije, al cabo de un rato.

En realidad, no tenía hambre, empezaba a encontrarme algo incómoda. Él parecía a punto de volver a dormirse después del escarceo y yo quería aprovechar el día, además de que tampoco era muy proclive a abrazos larguísimos después de compartir un rato de sexo. Llamadme arisca, pero nunca confundiría echar un polvo con caer perdida de amor por un tío.

Desde luego, si alguno se enamoraba de mí, iba listo el pobre, a no ser que su vena romántica rozase la inexistencia, como la mía. Menudo partidazo era.

—Me ducho y voy a por...

—Después de lo que me contaste ayer, creo que será más seguro que salga yo —aseveré—. Mantendré la cabeza gacha y con la gorra nadie debería reconocerme.

Igual se trataba de la modorra, pero no estaba muy fino. Cualquiera con dos dedos de frente sabría que su rostro aparecería en todas las noticias. El mío, en cambio, no le importaba a nadie. Se suponía que me habían encerrado por atraco a mano armada, nada que ver con algo tan sensible como un acto terrorista en el que habían muerto muchas personas.

—¿Podrás comprar un móvil?

—¿Para qué?

—Para ponerme en contacto con alguien que me debe un favor y puede ayudarnos a desaparecer.

—¿Será seguro? Quiero decir ¿no te delatará?

Mihkel negó con la cabeza.

—No le interesa.

Casi fui al cuarto de baño a saltos. Olisqueaba algo de acción por fin. A su hermano no le interesaría delatarlo, por supuesto, también estaba buscado por el atentado.

Nada más salir de la habitación me puse el auricular y conecté la batería.

—¿Hay alguien por ahí o ya me habéis abandonado? —pregunté, mirando hacia todos los lados antes de cruzar la calle.

—Ve hacia el callejón de tu izquierda —dijo Kruger.

Nos encontrábamos a las afueras de Morristown, en Nueva Jersey, aún demasiado cerca de Nueva York para mi gusto.

El callejón que me indicó la agente especial se encontraba vacío, excepto por varios contenedores de basura, pertenecientes a los establecimientos ubicado en uno u otro lado, y por un coche de color plateado que reconocí al instante.

—¡No me jodas! —exclamé.

—Sube a la parte de atrás.

—¿A quién habéis dejado custodiando la entrada al inframundo? —rezongué.

Decir que me debatí entre hacerle caso o salir corriendo sería quedarse cortos. Había pasado más horas en ese coche que en mi apartamento y en peor compañía. En mi apartamento por lo menos estaba sola y a mi aire, en ese coche había tenido que sufrir un informativo tras otro a un volumen demencial y en peor compañía.

Me bastó un vistazo al asiento del conductor para que todos mis temores se hicieran realidad.

—Deberíamos hablar en privado, agente Kruger.

—No hay tiempo para eso, sube —repitió.

¡Su puta madre!

No había una corriente amistosa entre la agente y yo, pero eso era pasarse.

—La agente Fogel ayudará en las labores de seguimiento —dijo Kruger y juraría que de forma maliciosa—. Como habéis sido compañeras en varias ocasiones, habrá confianza entre vosotras.

—¡Ni te imaginas! —Solté con mordacidad.

«Lady Halcón» seguía con la vista al frente, como si aquello no fuese con ella, y me pregunté si sabría que no podría largarse a su casa todos los días a la hora habitual. Ya confiaba poco en Kruger, pero si surgía una emergencia, mi avinagrada compañera de plantones era lo peor que se me ocurría para esperar ayuda.

Además, ¿desde cuándo contaban con ella para un trabajo tan delicado como el que nos traíamos entre manos? Lo suyo eran las vigilancias en las que no había nada que hacer.

—Oye, mira, ahora mismo Mihkel está pensando en llamar a su hermano y quiere que compre un móvil. Si no voy a tener respaldo es mejor que...

«Lady Halcón» se giró en el asiento para mirarme de soslayo con algo parecido a preocupación en los ojos. Me froté los míos, segura de que estaba viendo visiones.

—Estaremos pendientes de ti las veinticuatro horas —dijo.

De verdad que me hubiese gustado confiar en sus palabras, pero empezaba a creer que este asunto no era tan importante para los jefes como había parecido en un principio. Claro que todos querían ponerse la medalla por atrapar a un par de terroristas y que deberían tener a un equipazo para que el asunto llegase a buen puerto, sin embargo, me daba la impresión de que no confiaban en que terminase la semana viva y mucho menos de que pudiese acercarme siquiera al hermano mayor de Mihkel.

En fin, yo me había metido, segura de que podía hacerlo sin contar con experiencia en el campo, así que más me valía espabilar y jugar con las cartas que me servían, aunque fueran las peores y tuviera que tirarme algún farol.

—Por cierto, tienes un aspecto lamentable.

Creo que ya comenté algo sobre la perspicacia de «Lady Halcón», aunque tendía a superarse por momentos. En otras circunstancias hasta me hubiera reído.

—Ya tengo ojos y un espejo en la habitación, gracias.

Mi exabrupto no provocó reacción alguna en ella.

—Le dieron una paliza el otro día —intervino Kruger.

La cabrona de mi antigua compañera de plantones gruñó algo parecido a «¿por qué no me extraña?» por lo bajo y yo miré a Kruger con alarma.

—Si esta es la ayuda que puedo esperar...

—Estaremos constantemente siguiéndoos y hay un equipo de asalto esperando para actuar

cuando sea conveniente —intentó tranquilizarme ella—. Continúa ganándote su confianza, más pronto que tarde tendrá que buscar ayuda.

—Para eso he salido, tengo que comprar un móvil, va a llamar a alguien. Y ayer me contó lo del atentado.

—¿Qué te contó?

Le reproduje la conversación, intentando no poner voces, misión harto difícil porque tenía la entonación y la cadencia en mi cabeza, como un archivo de audio.

—Bien, ya sabíamos que el cerebro del atentado había sido Anton, solo lo ha confirmado —dijo Kruger.

—En fin, no quiero fastidiar vuestras conclusiones, pero por muy hermano suyo que fuera, a mí me extraña que fabricara las bombas sin cerciorarse de que se usaban para lo que le habían dicho. Bueno, yo lo haría, claro que no me fio de mi hermana ni para dejar que me aparque el coche.

Como la relación entre mi hermana y yo no parecía interesar a nadie, me callé, pero seguía extrañándome tanta confianza cuando de explosivos se trataba.

—Céntrate, sigue con tu papel y procura escuchar sus conversaciones, pueden darnos pistas del paradero de Anton. Si oyes algo interesante, sal de la habitación y ponte en contacto, estaremos cerca.

—¿Si consigo el paradero de su hermano habremos terminado? —me parecía poco probable, pero debía preguntar.

—Depende...

Esas contestaciones lacónicas me escamaban. Con lo fácil que resultaba decir sí o no.

—¿De qué depende? —me obligué a preguntar, al no ver a Kruger con ganas de continuar.

—De dónde esté. Necesitamos una confirmación de que se trata de él para poder actuar.

¿Qué había sido de aquello de actuar en base a una sospecha de peso, entrando en los sitios a saco? Se estaban perdiendo las buenas formas en pro de la seguridad. Mi abuela hubiera dicho que la única seguridad era que empezabas a endeudarte en cuanto abrías una cuenta propia en el banco.

—A ver que me aclare... Yo me entero de dónde está, confirmáis que se trata de él, el equipo entra, le detiene y yo detengo a Mihkel. Punto final, ¿no es eso?

—Más o menos.

Otra respuesta directa, esa mujer iba al grano.

—En cuanto al móvil que ha pedido, ¿habrá forma de escuchar lo que habla? Quiero decir, ¿se puede pinchar?

—Llamaré enseguida al equipo de comunicaciones, a ver qué se puede hacer mientras pedimos la orden.

Vale, eso era otra negativa y yo me empezaba a preguntar si no estaría más sola en ese campo minado de lo que había imaginado en un principio.

—Pues agradecería que no me perdierais de vista. Voy a por el desayuno y el móvil.

—Ten cuidado —se despidió «Lady Halcón», dejándome un poco perpleja por su tono preocupado.

Kruger salió conmigo.

—Voy a mi coche —dijo—. Recuerda que siempre habrá alguien cerca, por si necesitas algo.

—Quiero que conste mi objeción sobre la agente —señalé a nuestra espalda—. He trabajado con ella y...

—Yo también he trabajado con ella. Hace años estuvo a punto de morir por protegerme en un tiroteo —me cortó—. Ha tenido una mala época y la han apartado de primera línea, pero créeme que, si alguien va a estar muy pendiente de que todo te vaya bien, es ella.

Se me alzó una ceja sola. No sabía si estábamos hablando de la misma persona que pasaba de mi culo un día sí y otro también. Kruger no pensaba dar más explicaciones y se adelantó a mi salida del callejón. Se dirigió a la calle principal, entró en una tienda y la perdí de vista, no obstante, escuché su última recomendación por el auricular:

—Debes estar preparada, forzaremos un poco más la mano.

Como sabía que no iba a tener respuesta sobre a qué se refería, pasé de preguntarle. Supongo que querían autenticidad en mis reacciones.

Caminé por la acera contraria y entré en una tienda de reparación y venta de telefonía móvil, de la que salí con un pequeño paquete. Luego entré en la misma tienda que Kruger, en la que ya no estaba, y compré unos bollos y café, antes de volver a la habitación compartida con un terrorista.

Mihkel me cogió de la mano para meterme en la cama y yo conseguí por las justas que el café no se nos cayera encima, dejando los vasos en la mesita de noche. Por lo demás, los bollos terminaron aplastados y él se clavó una esquina de la caja del móvil en el culo. En fin, cosas que pasan.

Con la cabeza puesta en otros menesteres, se me olvidó comprar preservativos, por si acaso, y ese era el momento de por si acaso con el que fui inflexible: no correría el riesgo por un calentón momentáneo. Ya estaba corriendo suficientes en el trabajo y acostándome con él. Además, se puede llegar a ser muy creativo con el estímulo adecuado.

A pesar de todo el jaleo que armamos en la cama, me percaté de que la mirada se le iba a la bolsa que contenía el móvil. Parecía algo ansioso, aunque nada comparado con el sonido de un frenazo en el aparcamiento que no presagiaba nada bueno.

Corrimos a la ventana y abrimos las persianas lo justo para ver un coche de policía en medio del aparcamiento. Uno de los agentes corría hacia la recepción y nosotros nos vestimos en tiempo record.

—No te separes de mí —me dijo, poco antes de entreabrir la puerta y atisbar en el exterior.

Estábamos en el primer piso y para acceder a la calle debíamos hacerlo por uno de los dos tramos de escaleras por las que se accedía al piso donde nos encontrábamos. Todas las habitaciones daban al aparcamiento y era inevitable que el agente del coche patrulla nos viera bajar.

—¡Corre! —exclamó Mihkel.

Por supuesto, el agente nos había visto y estaba saliendo del coche, mientras pulsaba el botón de la radio que llevaba al hombro para comunicarse con su compañero, su comisaría o con ambos.

Llegamos abajo y saltamos el bordillo que delimitaba el aparcamiento, ignorando la orden de detenernos que rugió el policía en voz alta.

Mihkel me cogió de la mano. Era casi una cabeza más alto que yo y sus piernas más largas, así que seguir su ritmo me costaba lo indecible. Hubo un momento que me llevó en volandas, por lo que casi me como la siguiente esquina que doblamos, enfilando un callejón entre dos edificios comerciales. Continuamos y cruzamos una calle ancha para internarnos en otra callejuela.

Detrás de nosotros, el policía seguía gritando, pero cada vez se oía más lejos.

Mis pulmones ardían, los músculos de mis piernas pedían clemencia, el bolso ondeaba detrás de mí como una bufanda al viento y olía a sexo, sudor y adrenalina.

De refilón vi el coche de «Lady Halcón» pasar por la calle que acabábamos de dejar atrás e imaginé que la persecución se había terminado, pero nada más lejos. El vehículo de la policía del motel frenó en medio de la calle por la que corríamos, esquivando peatones y tráfico. Mihkel cambió de dirección con tanta rapidez que me vi en el aire una vez más.

No soy demasiado corpulenta, por suerte, o hubiera ido a parar al suelo, arrastrándolo conmigo. Así era yo la arrastrada.

Un nuevo vehículo patrulla se unió a la fiesta y me pregunté hasta dónde dejarían mis compañeros que llegara esa persecución. Si nos cogían ahora, ya podíamos ir despidiéndonos del otro responsable del atentado.

—¡Al suelo! —gritó uno de los policías que nos seguía a pie.

Algunos peatones se echaron al suelo, otros, los que no se habían enterado del revuelo, miraron hacia todos sitios para localizar la voz alarmada.

Un nuevo vehículo policial pasó por delante. Vi a Kruger asomarse un segundo por una puerta a nuestra derecha y frené la carrera de Mihkel, tirando de su mano.

—¡Por ahí!

El sonido de un disparo a nuestra espalda me produjo un escalofrío. Esto se estaba saliendo de madre.

Hubo gritos, que se aplacaron al cerrar la puerta detrás de nosotros. Disponía de una cerradura endeble que detendría solo unos minutos a nuestros perseguidores.

Juré por lo bajo. La persecución tenía que ser creíble, pero no tanto para que la policía nos disparase. Podían haber herido a los transeúntes.

Atravesamos el edificio hasta dar con una salida de emergencia abierta, por la que un empleado estaba sacando unas cajas pesadas. Aparcada delante de la salida había una furgoneta con la trasera abierta. Me subí al asiento del conductor y Mihkel lo hizo por la parte trasera para cerrar las puertas de carga.

El empleado no salió detrás de nosotros gesticulando, como hubiera hecho cualquiera, así que supuse que Kruger había intervenido por fin.

Nos cruzamos con un coche de policía que se acercaba a la zona con las sirenas puestas y yo me contuve de pisar el acelerador, para no llamar la atención. En realidad, bastante ocupada estaba, intentando recuperar la respiración.

Me calé la gorra, que milagrosamente continuaba en mi cabeza tras la carrera, y salí por la interestatal 78, la primera que tuvimos a mano. Quería abandonar el núcleo en donde nos estarían buscando y rogaba por que no descubrieran nuestro medio de transporte demasiado pronto.

Tanto realismo era demasiado realismo.

Mihkel pasó al asiento del copiloto y soltó una risotada.

—No sé qué te hace tanta gracia, por poco me meo encima.

—Tú me haces gracia. —Me frotó el antebrazo con la mano—. Tienes el vello de punta.

—¿Eres imbécil o qué? ¡Nos han disparado!

—Han disparado al aire, había demasiada gente para arriesgarse a darle a alguien.

Le miré de reojo, parecía demasiado seguro. Yo no lo estaba tanto, conocía la opinión de los agentes de la ley sobre los terroristas: mejor uno muerto que herido.

Algo más de media hora después, aparqué en una calle muy transitada de Lebanon, todavía en Nueva Jersey, pero a suficiente distancia para que les costase localizarnos por las cámaras de tráfico, una vez que identificasen la furgoneta en la que nos habíamos largado.

—¿Y ahora qué? Estamos sin dinero y sin medio de transporte, por no hablar de que, si pasaban de mí porque tú eras un objetivo más interesante, las cosas acaban de cambiar.

Él sacó el teléfono que yo había comprado del bolsillo trasero del pantalón y me lo mostró.

—Me pondré en contacto con mi hermano.

¿En qué momento lo había sacado de la caja? ¡Más me valía ir afinando mis dotes de observación o podía tener un disgusto!

Capítulo 14

Kat

—Te ayudaré.

Ella negó con la cabeza, se sentó en el borde de la cama y me invitó a acompañarla.

—Esto me lo hizo cuando me pilló a punto de escapar. —Se tocó el cuello, frotando las marcas amoratadas—. En una fiesta bebí más de lo conveniente y le comenté a una chica que había oído hablar al hermano de Viktor sobre sus dificultades para follar sin una pastilla. La muy guarra le fue con el cuento, él me soltó un puñetazo en medio del salón y sus hombres me arrastraron hasta su coche. Estoy aquí desde entonces.

—¿Hace cuánto?

—Nueve días. Tiene que demostrarme y demostrarse que no necesita pastillas. Yo...

Movió la cabeza, a punto de llorar otra vez.

—Sé que cuando crea que ya no tiene nada que demostrar me matará, por eso quería escaparme, pero ahora...

—Podemos irnos las dos, ya encontraremos la forma.

No debería inmiscuirme, pero nuestra situación me parecía tan injusta que ni lo pensé. Las dos estábamos a punto de ser víctimas de un hombre acomplejado y deseoso de mostrar el poder que tenía para decidir sobre la vida o la muerte de una persona.

Le acaricié el pelo. Me producía una ternura inexplicable, quizá porque veía mi reflejo en ella: dos jóvenes que nunca pudimos ser adolescentes, que habíamos aprendido a sofocar los sentimientos, buenos y malos, a base de miedo.

Callaríamos para poder seguir vivas, pero nadie podía meterse en nuestra cabeza para extirpar el ansia de ser libres. Cuando solo te dejan seguir por un camino, sueñas con tomar el que está vetado.

Nereida apoyó la cabeza en mi hombro y suspiró, como si le hubiesen quitado un gran peso de encima. Yo suspiré también, aunque por lo contrario: acababa de darme cuenta de que, con solo un gesto de compasión, mi vida y la suya habían quedado ligadas. Si no llevábamos cuidado, Viktor nos mataría antes de que le diésemos problemas. Él quería chicas asustadas y sumisas, no a dos sumisas envalentonadas, complicándole la vida.

Nos separamos con rapidez al oír un ruido fuera de la habitación. Cogí en una brazada la ropa y el calzado escogidos y me marché a mi dormitorio. Contaba con que los hombres de Viktor y las mujeres que limpiaban la casa le avisarían de cualquier anomalía. Lo que no conseguía el dinero lo conseguía el miedo.

Durante los días siguientes asimilé la dinámica de la casa. Todo rodaba en torno al dueño de la misma. Si venía a cenar, todos cenábamos con él; si desaparecía la noche entera, suspirábamos de alivio y nos reuníamos para cenar, pero en un ambiente más relajado. Viktor inspiraba terror.

Anton también era una especie de preso con ciertas libertades que a nosotras nos eran negadas. Él no salía porque no quería salir. Siempre estaba dispuesto a hablar de asuntos sin importancia, evitando aludir a nuestra profesión y esquivando cualquier explicación que tuviera que ver con su cojera, por lo que supuse que era un tema tabú para él.

Según dijo, era ruso, pero yo sabía que mentía, había estado rodeada de rusos toda mi vida, conocía bien los diferentes acentos de las distintas provincias, por lo que supuse que procedía de

uno de los países desligados de la antigua República Soviética. Todavía persistían lazos familiares y nostálgicos entre sus pobladores.

El hombre, por mucho que simpatizase con nosotras, no nos ayudaría a escapar. Él también velaba por sus propios intereses y parecía esclavo de una forma distinta a la nuestra. Cuando aprendes a callar, la observación es un buen medio por el que conocer a las personas. Anton aguardaba algo.

Por mi parte, procuraba meterme en la habitación de Nereida cuando Viktor salía a trabajar o a atender sus negocios. Había registrado previamente tanto su habitación como la mía, centímetro a centímetro, buscando cámaras o micrófonos. No me hubiese extrañado que hubiera alguno, pero no parecía el caso, de lo contrario, hubiésemos sido castigadas.

Descontando que cuando estaba en casa acostumbraba a llamarnos para humillarnos de distintas formas, no parecía al tanto de que Nereida me estaba contando todo lo que sabía de la casa. Había memorizado los horarios de los guardaespaldas y la rutina de las limpiadoras, así como la del cocinero que venía solo una vez al día para preparar la comida para toda la jornada.

Me cercioré de que estaba en lo cierto y que, con una distracción adecuada, podríamos escapar. Pero largarnos sin más era arriesgado, necesitaríamos un vehículo para perdernos en Filadelfia. Y dinero para coger un tren que nos llevase lejos sin llamar la atención.

—Viktor tiene mucho dinero y joyas en su caja fuerte. Me llevó una vez a su despacho, me puso colgantes de diamantes, pulseras y dejó la caja abierta para alardear —dijo Nereida.

—Ya, pero no sabemos la combinación para abrirla.

Ella sonrió con comedimiento. Siempre intentaba hacerlo con la boca cerrada para ocultar uno de los premolares partido. Debía ser de un accidente reciente o el proxeneta que estuviese a cargo de ella la hubiera enviado al dentista. Los defectos reducían el valor de la mercancía.

—La tiene apuntada en la parte de abajo de su escritorio.

No le pregunté cómo lo sabía, podía imaginar un montón de escenarios en los que Nereida había terminado en el suelo.

—¿Seguro? Puede ser la contraseña del wi-fi.

—¿Y para qué iba a esconderla?

Parecía muy segura, sin embargo, yo lo estaba menos. En muchas de las novelas que atesoraba en mi habitación, la alarma de las casas podía saltarse conociendo la contraseña del wi-fi. Decidí tantear a Anton con discreción, quizá él supiera algo, aunque bastante suerte tendríamos si podíamos escapar. Hacerlo con el dinero de la caja fuerte era lo que menos me preocupaba.

De repente, Nereida me rodeó el cuello con los brazos.

—Sé que juntas vamos a poder escapar de aquí.

Ojalá hubiese estado tan segura y tenía razón al desconfiar, porque ese mismo día todo cambió. Llegaron nuevos guardaespaldas y los antiguos se marcharon. Las empleadas de la casa sufrieron la misma suerte, imaginaba, porque por la noche atendieron la mesa dos desconocidas.

—Mañana tendremos compañía y a vosotras dos os quiero fuera de la vista —dijo Viktor—. Saldréis de vuestras habitaciones solo a las horas de comer y cuando yo os mande llamar, ¿entendido?

Observé de reojo que Anton levantaba la vista de su plato.

—No deberías...

—¡Y tú no deberías decirme lo que puedo o no hacer en mi casa! —cortó el anfitrión—. Si no te parece bien, ahí está la puerta.

Anton siguió comiendo y Viktor rio por lo bajo.

—Lo imaginaba.

Lo dicho: él era tan prisionero como nosotras, aunque de otra forma, y tenía curiosidad por saber qué le impedía largarse lo más lejos posible de Viktor.

Capítulo 15

Carol

Ni qué decir tiene que se alejó de mí para hablar por teléfono, así que no supe si hablaba con su hermano o con su peluquero, el caso es que traía buenas noticias.

—Van a venir a buscarnos en un par de horas —dijo—. ¿Te apetece pasear por el parque?

—¿Crees que será seguro? ¿Y si nos reconoce alguien?

—Solo verán a una pareja haciéndose arrumacos.

Ese tío me confundía: tan pronto parecía un adolescente con las hormonas alborotadas y sin un gramo de seso en su cabeza, como un hombre calculador, al que no le alteraba ser perseguido por la policía de una población, seguro de que no le dispararían.

Llevaba el auricular conectado por si acaso sacaba alguna pista del lugar al que nos dirigíamos, aunque tenía poca fe.

—¿Has hablado con tu hermano?

Caminábamos cogidos de la mano por un gran parque, fuera de los senderos para paseantes de perros, deportistas y mamás tomando el sol con sus bebés en carritos multicolores. Yo seguía ocultando mi cara con la gorra, pero Mihkel parecía muy seguro de que nadie le reconocería.

—Me he asegurado de conseguir ayuda.

No parecía sensato seguir indagando, se suponía que yo tenía que dejarme llevar. Quería que él tomara las riendas y lo había hecho, ahora me tocaba aguardar acontecimientos.

—¿Qué problema tuviste con tu madre? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—Discrepancia de ideas, supongo.

Ante su mirada inquisitiva, aclaré:

—Imagino que seguirá viva. No he vuelto a saber de ella desde que me fui de casa.

—¿Hace mucho de eso?

—Varios años.

Improvisar se me daba de maravilla, pero debía mostrarme algo tensa al hablar de algo que tenía que dolerme. Si hablas demasiado, luego tienes mucho que recordar y hay más probabilidades de meter la pata.

—¿Es una situación reversible?

—No creo. Mal criterio y peores compañías consiguieron que la relación se viniese abajo.

Asintió como si comprendiera que no era mi tema de conversación favorito, me pasó el brazo por los hombros y me atrajo a su costado. Yo aproveché para meter la mano en el bolsillo trasero de su pantalón y propinarle un pellizco que le hizo reír.

—Llevas mejor la cara.

—Siempre me he recuperado rápido.

Nos sentamos en un banco, en lo alto de una suave loma desde la que se abarcaba el lago artificial del centro del parque y los alrededores. Varios ciclistas paseaban por el carril destinado a las bicicletas y una anciana distribuía migas de pan a los pájaros que se arremolinaban en torno a ella.

—Parece feliz —dijo Mihkel, observando a la mujer.

—¿A ti qué te haría feliz?

—Volver a la vida de antes de que mi hermano me metiera en la mierda en la que me metió.

—¿Le guardas rencor?

—¿Tú podrías perdonar algo así?

No, yo era rencorosa y mi orgullo me lo hubiera impedido.

—Sin embargo, has recurrido a él en busca de ayuda.

—En realidad, no le he llamado a él, sino a otra persona con medios para escondernos.

¡Mierda! No era eso lo que tenía que ocurrir. Si no llegábamos a su hermano, para lo único que serviría el trabajo era para adjuntar en mi hoja de servicio la detención de un terrorista.

Ni que decir tiene que yo quería el *pack* completo en el que Anton era el plato fuerte, el cabecilla del atentado y el que había engañado a Mihkel para recabar su ayuda. Al inicio de esto había imaginado una escena en la sala de interrogatorios en plan poli malo, sacándole a su hermano todos los pormenores, contactos, cómplices, financiación... En fin, una detención que me asegurase el estrellato en las oficinas y mi asignación a algún equipo de los buenos, en los que no hubiera ninguna «Lady Halcón».

—Y a ti ¿qué te haría feliz?

Anda que la pregunta se las traía.

En realidad, nunca lo había pensado. ¿Qué me haría feliz? En cuanto al trabajo, sabía que me haría feliz: entrar en un departamento en el que pudiera investigar pateando la calle, y hacer cosas como las que hacen los agentes del FBI de la tele. Esa vida de acción que cada vez encontraba más utópica.

Respecto a mi vida personal, supongo que me haría feliz lo que a todo el mundo: encontrar a esa persona especial destinada a mí, que tenía que estar en algún lugar, según todas las filosofías y los cuestionarios de las revistas de moda. Y ya puestos a pedir, pues sería todo un detalle que mi media naranja estuviese de buen ver, fuese simpático, inteligente, tuviese paciencia infinita para aguantarme y me trajese el desayuno a la cama. ¿No dicen que el cielo es el límite? Yo lo rozaba en mis deseos, pero es que lo valía.

Por si a alguien le ha quedado duda, tenía un gran concepto de mí misma, no necesitaba refuerzos emocionales. Si hubiese sabido que un año después... Pero bueno, no adelantemos acontecimientos que estamos en lo que estamos.

—De momento, sería feliz si mi cara desapareciera de la televisión. Tengo la impresión de que todo el mundo me mira.

—Nadie mira a una pareja de paseo por el parque, aquí todos van a lo suyo.

—Tienes que saberlo, llevas mucho escondiéndote.

—Nueva York es el mejor lugar para esconderse a plena vista, siempre que conozcas los lugares a evitar.

—Los que tienen más cámaras, supongo.

—Y los frecuentados por los que están en el país de forma irregular. Están más controlados que en cualquier otro lugar.

—Podías haber escogido para vivir cualquier edificio de apartamentos. Da la impresión de que son más anónimos que la comunidad donde vivías.

—Si te fijaste, ninguno de los inquilinos usaba la piscina, ni en pleno verano. Les gustaba vivir en un lugar original que recordase a una urbanización californiana, pero sin adoptar sus costumbres comunitarias. Iban y venían, probaban y rechazaban la experiencia porque en la ciudad se ajusta más a la normativa de vivir en uno de esos apartamentos anónimos de los que hablas.

—Así que te convenía el continuo trasiego de vecinos.

—Y su necesidad de privacidad. Hasta que apareciste.

Le sonreí porque no pensaba disculparme. Me había venido de perlas el equívoco que terminó descubriendo su identidad.

Para no aburrir al personal y como la conversación se volvió un poco íntima, desconecté el auricular y no la reproduzco aquí para proteger a las personas sensibles de palabras demasiado gráficas. Y que conste que no se trataba de pudor, es que me parecía que Mihkel se estaba tomando el polvo matinal como el principio de algo que no contemplaba la cárcel en su futuro.

Cuando llegó el momento, volvimos a la calle principal, que corría paralela a la autopista 22. Un coche negro, con los cristales tintados y aparcado frente a una tienda de electrónica, nos dio las largas y nos apresuramos a subir en la parte trasera. Yo con cierta reticencia, todo hay que decirlo.

El conductor arrancó de inmediato y volvimos hacia Nueva York. Ante mi mirada alarmada, Mihkel me cogió la mano y me guiñó el ojo con complicidad.

—Vamos a Filadelfia —dijo.

Hubiese jurado que el conductor era un autómatas y estuve un rato observando con fijeza sus hombros para percibir si respiraba porque no hablaba, llevaba el coche de forma precisa, sin las florituras en forma de gesticulación y tacos, propias de cualquier ser humano cuando el tráfico se hacía lento. Y se volvió lento y hubo retenciones importantes a la entrada de la ciudad, que sorteamos en su mayoría, ya que teníamos que llegar al otro lado y para eso estaban las circunvalaciones.

No tenía ni idea de dónde estábamos.

Una urbanización privada parecía, y una de lujo, según pude observar por numerosos detalles que lo pregonaban a gritos, y que no voy a enumerar porque conviene aligerar.

La casa a la que nos dirigimos era grande, bastante mazacote para mi gusto. Demasiada piedra desnuda por fuera, con lo alegre que hubiese quedado con unas coloridas buganvillas trepando hasta las ventanas. Pero claro, sobre gustos...

Para terminar de animar el ambiente, un par de hombres provistos de ametralladoras ligeras observaron el paso del coche por el jardín y se aseguraron de que la puerta maciza de entrada quedaba bien cerrada a nuestra espalda. Si me hubiesen dicho que se trataba de una prisión me lo hubiera creído.

Había una escalinata para acceder a la puerta principal, ¿os lo podéis creer? Pero eso era solo una mínima parte de lo que íbamos a encontrar en el interior: dorados y cristal por todos sitios, como si al decorador se le hubiera ido la pinza o fuese ciego de nacimiento. Era de día y todo refulgía por el sol que entraba por los altos ventanales. De noche, con las luces encendidas, habría que transitar con gafas de sol para no chocar con los muebles.

Otro hombre fornido, a juego con los de fuera, se acercó, inclinó la cabeza en mudo saludo y empezó a subir la gran escalera que, como debía parecerle al dueño algo desnuda, tenía al extremo de cada escalón, pegado a la pared, una imitación de huevo Fabergé con sus correspondientes filigranas de metales preciosos e incrustaciones de gemas, que debían costar más de lo que yo y mi posible descendencia ganaríamos en nuestra vida.

Mihkel y yo nos miramos, él se encogió de hombros, enlazó su brazo con el mío y lo seguimos.

—Oye, que a mí el ruido ambiental me molesta como a cualquiera —dije en voz baja solo para él—, pero esto parece un mausoleo egipcio. O griego —rectifiqué, señalando el querubín dorado que presidía lo alto de la escalera.

Cuando ya creía que los únicos habitantes de aquel mausoleo con ínfulas eran los fornidos

guardias de la entrada y el que nos acompañaba, se abrió una puerta y salió al pasillo alguien que no esperaba volver a encontrar en mi camino y que consiguió disipar cualquier sensación de que todo iba bien: Ekaterina, la chica a la que había dejado libre tiempo atrás.

Capítulo 16

Carol

Si no hubiese llevado pantalones, seguro que se me hubieran caído las bragas al suelo por la sorpresa.

Afortunada no era en mi vida normal, pero esto era el colmo de la mala suerte. Mira que conocía a poca gente en Nueva York, ¿cómo coño había ido a coincidir con una chica a la que había visto solo una vez y que me podía delatar con solo abrir la boca?

El reconocimiento fue mutuo e instantáneo y ya estaba pensando en sacar la Sig Sauer y pegarle un tiro allí mismo por inoportuna, cuando saludó con un alegre «¡Hola!» y siguió su camino sin girarse.

El matón abrió una de las puertas, nos invitó a pasar con un gesto y cerró, dejándonos a solas.

—¿De qué va esto? —pregunté, escamada por semejante recibimiento y el inoportuno encuentro—. ¿Tenemos que quedarnos aquí? ¿Podemos salir? Esto es muy raro.

—Espérame aquí, volveré enseguida.

—De eso nada, yo no me quedo sola.

Aquí una nota aclaratoria: me daba igual estar sola, sabía cuidarme y tenía mi Sig Sauer, que era la mejor compañía que pudiera desear, pero no quería perderme una conversación con nuestro anfitrión, de la que podía sacar alguna respuesta. Porque el tío que se había molestado en enviar a alguien a recogernos tenía que andar cerca.

Con la que pretendía no cruzarme, de momento, era con Ekaterina. Había visto de qué habitación salía y tendría que buscar la forma de mantener una conversación privada con ella.

Seguía siendo demasiado joven para estar metida en lo que yo estaba metida, pero tenía bastante buen aspecto y su falta de reacción había sido la de una actriz consumada.

No obstante, tenía que recordarle que yo seguía teniendo la sartén por el mango. Podía mandarla a la cárcel de cabeza. Aunque ella podía mandarme a la tumba si me delataba, porque los tíos que nos habían recibido no parecían de los que se andaban con paños calientes. En cuanto al anfitrión, si estaba dispuesto a acoger a un terrorista bajo su techo, tampoco se cortaría para proteger su feudo.

Si hubiese sido miedosa, ese hubiese sido el momento de recular o de intentarlo: me encontraba dentro de un recinto que parecía bien protegido. De necesitar ayuda, mis compañeros no podrían abrir la puerta de entrada con un ariete; necesitarían un camión lanzado a toda velocidad.

Mihkel, que parecía haberse erigido como mi protector, me cogió de la mano para bajar juntos las escaleras.

—Tendrás que quedarte al margen —dijo.

—Vale, solo quiero tenerte a la vista.

¡Y una mierda! Pensaba escuchar lo máximo posible, ya me encargaría de hacerme la tonta.

El hombre que nos había acompañado a la habitación nos interceptó al pie de las escaleras, como si hubiese estado aguardando. Echó a andar por el recibidor hasta una puerta que nos señaló. Me pregunté si sería mudo.

Mi compañero llamó con los nudillos y una voz dentro nos invitó a entrar.

¿No os ha pasado que una persona os da repelús solo con verla? No me refiero a un físico desagradable, sino a un aura extraña que emanase de ella, como si destilase maldad. Eso sentí al ver a Viktor la primera vez.

Me lo presentaron así, sin apellido, por lo que imaginé que había suficiente confianza entre Mihkel y él. Por supuesto, eso me dio en qué pensar, aunque pensé poco, asqueada por la mirada obscena que me echó el tío que, por cierto, era mucho mayor de lo que había imaginado. Saltaba a la vista que se cuidaba, pero los cincuenta ya no los cumplía.

—¿Tu amiga...?

—No —contestó Mihkel, categórico.

Yo me quedé con las ganas de escuchar la continuación de esa pregunta.

—De acuerdo, muchacho —dijo el otro, alzando las manos y soltando una risita de hiena—. Pero prefiero que salga.

—Le da miedo quedarse sola.

—Pues que te mire a través del ventanal —sentenció Viktor, señalando el jardín.

—¿Te importa esperar fuera? —me preguntó Mihkel, como si tuviera elección.

Viktor levantó su imponente físico de detrás de la mesa del despacho e intentó cogerme del brazo para acompañarme al jardín. Lo esquivé con un hábil quiebro. Si me ponía una mano encima le soltaría una hostia en todo su careto impecable, estropeando el último lifting al que se había sometido.

Para colmo, cuando el repelente anfitrión cerró el ventanal por el que me había invitado a largarme, me di cuenta de que el doble acristalamiento y la perfección con que encajaban las hojas, me impediría escuchar cualquier palabra que se pronunciase en el interior.

Cojonudo.

Esa parte del jardín era distinta a la de la entrada. Para empezar, los parterres de rosas competían con árboles ornamentales, cuyas copas estaban recortadas de forma esférica, como *chupachups* vegetales. Además, en el centro se abría una enorme piscina, que desentonaba del todo con el entorno, en cuyo borde se encontraba un desconocido, hablando en voz baja con Ekaterina.

Estupendo.

Agucé el oído, apoyándome en la pared pegada al ventanal. Nada. No podía oír ni un murmullo dentro. En cambio, los de la piscina parecían hablar de mí, pues me miraban de reojo. ¿Se estaría yendo de la lengua Ekaterina?

Debería haberme quedado al lado del despacho, pero la curiosidad me mataba. Me acerqué a la pareja de la piscina y ellos se pusieron de pie al verme llegar. Si Ekaterina me delataba, ya podía idear la forma de salir por piernas o pedir ayuda, y la única forma de cerciorarme era encarándome con ella.

Ahora entendía por qué los que se dedicaban a infiltrarse necesitaban continuos controles psicológicos y mucho tiempo de descanso: esto era un sinvivir. Tenía el estómago encogido y los músculos tan tensos que si alguien me tocaba el hombro saltaría hasta la estratosfera.

Sentía el tranquilizador contacto de mi Sig Sauer encajada en la cinturilla del pantalón, pero si ocurría algún imprevisto no sabía cómo iba a poder competir con las ametralladoras ligeras de los hombres del otro lado de la casa.

—Hola, soy Carol —me presenté.

Ekaterina me sonrió como si de verdad acabáramos de conocernos, lo cual reforzó mi idea de que era una actriz consumada y de que callaría mi relación con el FBI.

—Soy Venus —dijo, alargándome la mano—. Y este es Anton, que se prepara para las

próximas olimpiadas.

Ante mi ceja alzada, ella rio.

—Es broma, aunque no lo parezca. Hace tantos largos al día que me agota solo verlo.

Me interpretó mal, porque lo que me llamaba la atención no era su habilidad en el agua, sino su presencia. Mihkel no había mencionado que íbamos a estar bajo el mismo techo, aunque eso facilitaba mi trabajo.

Anton debía rondar los cuarenta y se notaba que nadaba de forma habitual; tenía un cuerpo flexible y estilizado, con hombros anchos y caderas estrechas. Por lo demás, su parentesco con Mihkel era evidente: ambos poseían unas facciones ligeramente redondeadas de pómulos sobresalientes, cabello rubio y ojos pequeños, claros y almendrados, propios del norte de Europa.

Después de darme la mano, se giró para coger el albornoz que había en una silla de jardín a su alcance, pero no antes de que viera las quemaduras en la parte derecha de su cuerpo que, junto con una depresión en el muslo, hablaban de un accidente muy feo. Me pregunté si tendría que ver con la manipulación de explosivos, porque eso sería el karma haciendo un buen trabajo.

—¿También nadas? —le pregunté a Ekaterina, centrando mi atención en ella.

—El agua empieza a estar fría para mí —contestó—. Prefiero dejarlo para el verano.

Ni por un momento creí que ese verano hubiera frecuentado muchas piscinas, tenía el tono de piel de una inglesa de la época victoriana que jamás se exponía al sol.

—¿Y tú? ¿Te apetece un baño? —me preguntó Anton.

—Soy más de carreras de competición. Además, en otoño ya no me apetece demasiado, soy friolera.

Vi que Ekaterina había pillado la referencia a las carreras por su conato de sonrisa y supe que no me delataría. Cualquiera que fuera su papel en esa casa, mi presencia también podía ponerla en un apuro, así que con una mirada pactamos un acuerdo de silencio.

Antes de continuar con la conversación de ascensor sobre el tiempo y el calor que hacía en esa época del año, decidí irme.

—Bueno, me alegro de conoceros, pero...

Cuando me giré para volver al lado del ventanal del despacho, Mihkel había salido y caminaba a nuestro encuentro.

Vi la cara de desagrado de su hermano, que se dejó abrazar, respondiendo con poca efusividad. Quizá fuese la sorpresa, pero yo encontré cierta aversión en su actitud.

Le presenté a Venus y caí en la cuenta de que era su nombre de guerra. Por fin parecía haber dado el paso entre timar a pederastas encubiertos, enfermos que necesitaban terapia urgente o una buena sesión de electroshock con el aparato a todo lo que diera de sí, y vender su cuerpo.

Me decepcionaba, pero no me extrañaba y no podía juzgarla.

Había personas que nacían sin oportunidades y tenían que servirse de lo único que poseían. Era muy fácil soltar frases sobre superación cuando habías nacido en el lado bueno; si nacías en el lado equivocado, tus opciones se reducían exponencialmente y cualquiera que lo negase era un iluso.

Inciso de los míos: se trataba de una realidad que nadie quería escuchar, porque era contraria al patriótico sueño americano. Los valores que me habían inculcado desde la infancia, se desmoronaron al entrar en la academia de las fuerzas armadas. El porcentaje de jóvenes sin otra salida superaba con creces a los que se alistaban llevados por el deseo de servir al país. Sin embargo, aquellos eran tratados con el mismo desdén sufrido por los combatientes afroamericanos durante la Segunda Guerra Mundial, pero como no era políticamente correcto mencionarlo, todo el mundo lo callaba.

—Te veo bien —le dijo Mihkel a su hermano.

—Yo te veo mejor a ti.

Por si me había quedado alguna duda sobre su tensa relación, la contestación estuvo cargada de sarcasmo, al señalarme.

—Hiciste tu elección —respondió Mihkel.

—¿Seguro? Te habrá llevado tiempo convencerte de...

—Me alegra ver a los hermanos juntos de nuevo —dijo el anfitrión, alcanzándonos. Luego, con una frialdad que superaba el tono de la «Lady Halcón» borde, se dirigió a Ekaterina—. ¿Eres dura de oído o corta de entendederas?

Ella bajó la cabeza y se fue hacia la casa sin despedirse.

Viktor cada vez me caía mejor, poseía la simpatía de una morena a punto de morder y ni su aire elegante le salvaba de parecerme un hombre con muchos complejos, que proyectaba en su forma de tratar a otras personas.

—Vamos dentro. Tomaremos algo suave mientras hablamos —dijo, como si permanecer al aire libre fuese un inconveniente capaz de mermar su capacidad dialéctica.

—Hablar ¿de qué?

Anton parecía aún más molesto.

—De tu futuro.

El anfitrión resultó cortante e inflexible, empezando a caminar de vuelta a la casa sin esperar a nadie.

Anton le siguió cojeando y nosotros poco después.

—¿También voy a quedar fuera de esa conversación? —pregunté a Mihkel—. Creo que me incumbe.

Él me obligó a detenerme y se inclinó para meter la nariz entre mi pelo y mi cuello de una forma demasiado íntima, como si quisiera compensarlo.

—Espérame en la habitación, no tardaré.

Me aparté de él.

—No tengo ni idea de qué pretende ese tío, pero sea lo que sea, me incumbe. Yo también estoy aquí, igual de atrapada que tú.

Se rindió, tampoco le estaba dando otra opción.

De verdad que quería saber qué pintaba Viktor en todo eso. Según parecía, llevaba acogiendo en su casa a Anton desde el atentado y Mihkel había recurrido a él en un momento de apuro, ¿por qué? Saltaba a la vista que poseía medios económicos, pero eso no podía ser todo, debía tener algún interés o no se hubiera ofrecido a acoger a los hermanos, buscados por las agencias de todo el país. Era un riesgo inasumible, a no ser...

A no ser que hubiera sido partícipe.

Esa línea de pensamientos abría muchas más opciones.

—¿Cómo se llama? —le pregunté a Mihkel.

—¿Quién?

Puse mala cara.

—Viktor Volkov.

—¿Y a qué se dedica?

—Negocios.

—Negocios turbios, imagino.

Él me detuvo y me cogió del brazo con demasiada brusquedad para mi gusto.

—Escucha, no me gusta tener que recurrir a Viktor, pero ahora mismo le necesitamos. Yo

no quiero terminar en la cárcel de por vida, ¿y tú?

Negué. Por supuesto, a la fugitiva a la que interpretaba no le gustaría acabar entre rejas, de ahí su necesidad de huir.

Con la delicadeza que le caracterizaba, el anfitrión me excluyó de la conversación por el expeditivo método de cerrarme la puerta en las narices. Decir que estaba enfadada era tan acertado como llamar brisa a un huracán, no obstante, tampoco podía deambular husmeando en la planta baja con el guardia apostado a los pies de la escalera siguiéndome con la vista.

Subí corriendo las escaleras. El corredor se encontraba vacío. Me metí en la habitación y conecté el auricular sin grandes expectativas. Aunque los agentes encargados de mi seguimiento se encontrasen justo al otro lado de los muros que rodeaban la propiedad, algo impensable por las cámaras que debía haber en el exterior, los de la casa también ofrecían una barrera difícil de atravesar para la tecnología.

Me disponía a salir al jardín en busca de cables que delataran la presencia de un *router*. Porque tenía que haber uno y cuanto más cerca estuviera, más probable era que pudiese aprovechar su señal, cuando Ekaterina reclamó mi atención, chistándome desde la puerta entreabierta de una habitación que no era la suya.

Llamadme desconfiada, pero a esas alturas no me fiaba de nada ni de nadie. Ella pareció entenderlo y juntó las manos en muda plegaria al tiempo que susurraba «por favor». Y como soy desconfiada, pero una blanda, entré.

—¿Sigues siendo policía?

Ante mi asentimiento se abrazó a mí, como si fuese su salvación. Prefería no tener que explicarle que en ese momento estábamos en el mismo e inseguro barco. Claro que yo tenía mi Sig Sauer para poder darle un disgusto a alguien y poseía entrenamiento para partir algún tobillo si llegaba la ocasión.

Ekaterina se separó de mí y cogió la mano de la muchacha que permanecía en silencio a su lado. Su rostro estaba demasiado demacrado y tenía signos de violencia.

Ambas eran demasiado jóvenes para estar en otro sitio que no fuese en un instituto. ¿Hacía cuánto había conocido a Ekaterina? ¿Un año? ¿Año y medio? Daba lo mismo, si entonces me había parecido una niña, ahora no era mucho mayor, igual que su compañera.

—Tienes que ayudarnos a salir de aquí, Viktor quiere matarnos —dijo la antigua estafadora de pederastas.

Capítulo 17

Kat

El nudo en el estómago nunca se disolvía. Estaba ahí como un tumor maligno, presionando, infectando, envenenando la sangre y los pensamientos.

Nereida me reveló su verdadero nombre: Olga. Correspondí a su confianza con cierta reticencia porque dolería más si sucedía algo malo. Ya era alarmante el vínculo que se había creado entre nosotras y que desde fuera hubiese podido confundirse con amor. Y quizá lo fuera; nunca me había enamorado, así que no tenía con qué compararlo. Sentía una inexplicable ternura hacia ella, me gustaba cuando nos abrazábamos, dándonos consuelo mutuo, calmando nuestro miedo y manteniendo a raya la ansiedad.

Con solo unas pinceladas, me di cuenta de que nuestras vidas habían sido similares, aunque ella no decidió prostituirse, lo decidió su madre al venderla a un proxeneta por un precio irrisorio. Desde entonces había sido una mercancía.

Había pasado de unas manos a otras hasta que cayó en las del hermano de Andrej, que gestionaba una agencia de citas para un solo hotel de Atlantic City. El hotel en el que se había celebrado la desafortunada fiesta en la que bebió más de lo recomendable.

Olga, además, había quedado estéril al dar a luz en unas condiciones deplorables hacía casi dos años, y estuvo a punto de morir. Se recuperó, y recobró su hermosura, por lo que continuó trabajando sin un respiro.

Cuando me dijo que sabía cómo salir de la finca, le pregunté, por supuesto. Había estado a punto de irse días atrás cuando la descubrió Viktor, que le tenía prohibido salir de su habitación si no era con un vestido corto, enseñando por completo sus hermosas piernas, y sin ropa interior. La medida tenía un doble objetivo: por una parte, alegrar la vista de sus hombres, aun sabiendo que jamás podrían tenerla, y por otra, humillarla a ella.

Las estrategias de dominación pasiva de Viktor eran innumerables y no solo se referían a nosotras. Sus hombres cobraban bien, pero no permanecían a su servicio solo por el dinero. Pertenecían a la familia Novikov, eran soldados habituados a obedecer y estaban acostumbrados a las excentricidades de los jefes. O deberían haberlo estado, pero siempre hay excepciones.

Olga encontró una de esas excepciones.

Ellos serían expertos en armas, pero nosotras lo éramos en el arte de la seducción y lo prohibido era lo más deseado.

Solo hubo besos y algún roce, según palabras de ella, lo suficiente para poner a uno de los hombres de su parte y que cuando Viktor salía de casa, pudiera deambular con libertad.

Así, pudo entablar una especie de relación amistosa con Anton, que también se sentía solo en aquella casa, con el agravante de que él llevaba mucho tiempo y con el alivio de saber que saldría vivo, no como Olga.

Por esa razón, y porque le caía bien, quiso ayudarla, revelándole un pasadizo creado por su anfitrión para casos de emergencia. El único inconveniente era que su acceso necesitaba contraseña y si se la proporcionaba, él quedaría en evidencia. La tenía porque a Viktor no le interesaba que lo encontrasen en su propiedad si la policía hacía algún registro por sorpresa, algo que podía ocurrir, debido a su conexión con la familia Novikov. Acoger a un fugitivo sería motivo suficiente para que los dos terminasen en la cárcel.

Ella buscó una alternativa, porque no deseaba que su huida le costara la vida a nadie y, con la complicidad del guardaespaldas, urdió un plan, que consistía en tener distraído al vigilante que quedaba cuando Viktor salía con los otros dos. Entonces él le abriría el portón blindado.

Nunca tenía que haber subestimado la crueldad de su carcelero, al corriente del plan, gracias al guardaespaldas en el que ella había depositado su confianza. Si la dejó vivir fue para que viera morir al hombre por el que se había dejado besar para conseguir su supuesta complicidad. Así era él: mató al hombre que le había sido leal solo para castigarla y la conservaba viva para aterrorizarla. Le había recalcado que solo saldría de esa casa envuelta en un plástico, por si le quedaba alguna duda.

La asfixia erótica que había imaginado al conocerla no fue tal. Estuvo a punto de matarla, pero debió pensarlo mejor. Era demasiado sádico para terminar con alguien sin haberlo asustado lo suficiente, iba en contra de su naturaleza.

—¿Y cómo propones escapar? —le pregunté.

—Por el lugar que me dijo Anton.

—Necesita una contraseña que no tenemos —le recordé.

—Él te la dará. Según me dijo, la ha probado y funciona.

—¿Crees que es sensato fiarnos tanto?

—Kat, no podemos hacerlo solas. El muro que rodea la finca es demasiado alto y solo existe una entrada. Ya has visto que se abre con un mando, pero sería imposible acceder a él y despistar a los hombres que la custodian. Nuestra única salida es ese sótano en el que se encuentran las bombas y filtros de la piscina.

En eso tenía razón, así que empecé a tantear a Anton.

Hubiese querido explorar ese sótano y asegurarme de que era de verdad una salida, pero las cosas se torcieron con la llegada de nuevos invitados, precedidos por el cambio de los hombres que custodiaban a Viktor.

Los nuevos guardias estaban tensos y ponían mucho cuidado en no perdernos de vista demasiado tiempo.

Capítulo 18

Carol

Ekaterina no quería escuchar que yo también era, en cierta forma, una prisionera. Al menos, hasta que hallase la forma de ponerme en contacto con mis compañeros del exterior. A no ser que hallara otra manera, solo podría salir si Viktor nos dejaba irnos y me daba en la nariz que aquello, de momento, estaba fuera de la mesa de negociación.

Pero claro, era un pálpito porque no tenía más que mi mala impresión del lugar y el anfitrión para hacerme una idea.

—¿Por qué os quiere matar? —les pregunté.

—Porque es un enfermo —contestó la amiga de Ekaterina.

—Eso no me tranquiliza.

—Pero tú eres policía, podrás llamar a alguien...

Sí, bueno, en eso estaba.

—De momento, vamos a contar con lo que tenemos. Contadme lo de esa salida.

Por si no lo había dicho antes, mi confianza en Kruger y su equipo, incluida «Lady Halcón», dejaba mucho que desear. No obstante, habían demostrado que podían seguirme sin hacerse notar y esperaba que estuviesen cerca, investigando al dueño de la casa y planeando un asalto para cuando tuvieran la confirmación de la presencia de Anton Gólubev. Viktor había construido una plaza fuerte allí dentro, con una salida de emergencia en plan narco de los años noventa.

—Viene alguien —susurró Ekaterina.

Sus ojos grandes y claros se abrieron más todavía. Estaba asustada, aunque lo disimulase muy bien.

Olga, que me pidió que la llamase Nereida delante de los demás, abrió el armario, cogió varias prendas y me las puso en los brazos. Cuando los nudillos hicieron resonar la madera en una llamada ominosa, abrió.

—Ya tienes ropa limpia —me dijo, y me invitó a salir, sin saludar al hombre que guardaba las escaleras, cuyos ojillos entrecerrados expresaban desconfianza.

—Tú, a tu habitación —le ordenó a Ekaterina con autoridad—. En una hora os esperan a todas abajo para cenar.

Ya me había dado cuenta de que todos dispensaban un trato distinto a las dos chicas, como si fuesen esclavas o menos dignas de confianza por tratarse de prostitutas.

Tiré la ropa encima de la cama y salí al jardín trasero, que se encontraba vacío. El hombre del pie de las escaleras salió a ver qué hacía y me puse a deambular alrededor de la piscina, como si estuviese valorando darme un chapuzón.

Soy friolera, no sé si lo he comentado, y la tarde estaba a punto de caer, pero quería algo de intimidad para comprobar que lo que contaba Olga se ajustaba a la realidad.

Vale, tampoco me fiaba demasiado de ella. En mi descargo diré que no me fiaba de ninguno de los que se encontraban en esa casa y me urgía ponerme en contacto con los de fuera para dar luz verde al asalto y terminar.

Me guardé con disimulo el auricular en el bolsillito del pantalón y dejé la Sig Sauer en una tumbona cercana, sobre la que amontoné mi ropa, excepto la interior, con la que me tiré de

cabeza al agua, que estaba, según lo esperado, fría de cojones.

El vigilante se marchó y me dispuse a salir. Por suerte, alguien había dejado una toalla en una de las tumbonas. Estaba húmeda, pero tibia de los últimos rayos de sol y me sirvió para arrebujarme en ella y entrar en calor.

Me puse las zapatillas, cogí la pistola y bajé las escaleras que daban al sótano, esperando que nadie estuviera observando desde la casa. La puerta enrejada se encontraba abierta y dentro se oía un gorgoteo y el rumor de los motores que filtraban el agua constantemente. Olía a productos químicos y a humedad.

Además del mantenimiento de la piscina, el sótano albergaba aperos para la jardinería: carretillas, palas, azadas y en un rincón, bien cerrados, varios sacos de fertilizante orgánico.

Detrás de tubos, tuberías y motores, estaba la puerta. Tenía pegada una advertencia de riesgo eléctrico y a un lado, en la pared, se encontraba la cerradura digital. Introduje el número que me había proporcionado Ekaterina y se desbloqueó con un zumbido eléctrico. Abrí con precaución, empuñando la Sig Sauer, un tranquilizante mejor que cualquiera comercializado por las farmacéuticas, y observé que el otro lado carecía de cerradura.

Corrí a coger una pala de jardinería y la coloqué de tope para evitar que la puerta se cerrase. Lo único que me faltaba era quedarme atrapada bajo tierra.

El corredor se iluminó con una fila de fluorescentes, distribuidos en el techo cada tres metros, por lo que no quedó recoveco en sombra. Tampoco es que hiciera falta tanto para iluminar un pasillo vacío, pero ¿quién era yo para ponerme quisquillosa por el derroche energético del dueño? Además del hormigón o cemento o lo que fuera el material con el que estaba construido, y los soportes para la luz, el corredor no tenía ni polvo.

A unos doscientos metros en línea recta se encontraba la puerta de salida. Corrí hacia ella, sujetándome la toalla alrededor del pecho, y vi que esta sí tenía teclado numérico por ese lado. La clave era la misma que la anterior, aunque el acceso al exterior estaba bien camuflado por una tapa de alcantarilla, a la que se accedía por una escalera metálica incrustada en la pared.

No quise entretenerme más, por si al vigilante le daba por salir, así que cerré la puerta y volví por el largo pasillo, aunque esta vez caminando y contando los pasos.

Mientras me encontraba bajo tierra, el sol se había ocultado del todo y el ambiente estaba más que fresco. Me puse la ropa tiritando y calculé la dirección en la que desembocaba el pasadizo. Debía abrirse en el jardín de la casa más cercana, o pasada esta.

Tenía que reconocer que era una buena salida y muy osada, al excavar por debajo de un lugar habitado. No se encontraba a tanta profundidad como para que unas obras o una avería en las tuberías de los vecinos lo hubieran puesto al descubierto. En todo caso, se encontraba bastante lejos para una huida sigilosa y seguro que en las cercanías había un coche preparado. Lo dicho: una medida de escape muy de narco y es que estaba todo inventado.

Entonces me di cuenta de que debía tener una pinta espantosa, con el pelo enmarañado, húmedo y apestando a cloro, y corrí hacia la casa.

La suerte era un factor que nadie debería dar por sentado, como acababa de hacer yo. En total, la escapada de la piscina no debía haberme llevado más de quince minutos, creí que suficiente para que el vigilante no se percatase de mi ausencia, pero no era eso lo que le había impedido salir a controlarme, sino mi eventual socia. Ekaterina coqueteaba con él de manera muy hábil, sin rozarle, solo hablándole con una sonrisa apenas esbozada en los labios, la cabeza ligeramente inclinada hacia el hombre y los ojos entornados en una mirada lánguida.

Me fascinaba su capacidad. Era muy joven para saber manejar tan bien a los hombres, tendría que pedirle alguna clase, porque mi sutileza consistía en aguantarme la risa cuando me

entraba alguno de forma torpe.

Ella me lanzó una mirada breve cuando pasé a su lado y continuó a lo suyo. Desde luego, era mucho mejor actriz que yo.

Me di una ducha rápida, me puse la misma ropa, por llevar la contraria al anfitrión al que, según Nereida, le gustaba que las mujeres acudiesen al comedor con vestido, y bajé corriendo las escaleras porque me había entretenido más de la cuenta.

Todos estaban sentados alrededor de una mesa para doce comensales. Viktor a la cabecera y los hermanos flanqueándolo. Junto a Anton estaban las dos chicas y yo me senté al lado de Mihkel, con el que no había vuelto a hablar.

—Ya veo que en tu conversación con estas no han salido a relucir las normas de la casa respecto a la vestimenta adecuada. —Viktor señaló a las dos chicas con algo de desprecio.

—Las mujeres tenemos otros temas de conversación, además de moda, maquillaje y complementos, aunque no lo creas.

Mihkel me dio un codazo y le contesté con otro. El anfitrión me caía como el culo y el sentimiento parecía mutuo. Quizá estuviese acostumbrado a que las mujeres a las que pagaba le rieran las gracias, yo no me encontraba entre ellas y no permitiría que me tratara con el mismo menosprecio. Aún estaba por nacer el hombre que me dijera cómo vestirme y cómo comportarme.

Aquí viene el inciso que estabais esperando: en general, solía ser educada, pero respondía mal al autoritarismo del que hacían gala algunas personas por su dinero, su cargo o por ambas cosas. Viktor, a mi modo de ver, necesitaba algo más que un tirón de orejas para revertir sus procesos mentales. A mí se me ocurrían un par de métodos, que me abstengo de exponer porque irían en contra de los derechos humanos elementales.

—Estás en mi casa.

—Algo que no dejas que nadie olvide, ¿verdad?

El ambiente tenso lo rompieron las dos mujeres que entraron empujando un carrito con la cena. Empezaron a servirnos y a llenar copas y vasos sin pronunciar palabra.

Entonces me di cuenta de que, excepto el anfitrión y yo, los demás tenían la vista baja. ¿Tanto miedo les daba? En el caso de las chicas, podía entenderlo: temían por sus vidas y creo que hacían bien. Viktor parecía muy capaz de cargarse a alguien en la intimidad de su casa. ¿Quién iba a oponerse o a denunciarlo? La gente que trabajaba para él no.

Sin embargo, Anton y Mihkel ¿qué tenían que temer y qué pintaban en casa de un mafioso ruso? Porque tenía pinta de ser eso.

Aquí viene otro inciso porque enseguida que lo pensé escuché la voz de pito de Kruger en mi cabeza, que ya me había corregido en alguna otra ocasión, la muy puñetera: «ya no son mafiosos, son miembros del crimen organizado». Como si el collar fuese a cambiar la raza del perro.

Tenía ciertas nociones de cómo funcionaba el crimen organizado, aunque en ese caso no veía la conexión. Que yo supiera, no necesitaban llamar la atención para solucionar problemas, y acoger a unos terroristas no era la mejor forma de pasar desapercibidos. Por tanto, algo se me escapaba y pretendía sacárselo a Mihkel cuando nos quedásemos a solas.

La conversación, a partir de ese momento, se hizo general, apartando temas personales y centrándose en política nacional y en otras cuestiones del interés de Viktor, ponente principal y casi único orador de la reunión. Los demás le daban la razón o comentaban algo en la misma línea para agradecerle. Las chicas se limitaban a asentir de vez en cuando, sin intervenir. Para el caso, igual hubiera dado que el dueño de la casa estuviera cenando solo. Quería público para

sentirse realizado.

Por supuesto, aunque solo para fastidiarle, expuse mi opinión sobre algo que dijo con lo que no estaba de acuerdo. Él también se lo tomó como algo personal porque lo era y los argumentos que esgrimió para rebatir los míos fueron de mal en peor hasta que se metió en una calzada de difícil tránsito.

—Las mujeres no deberían opinar sobre lo que no saben.

Yo estaba disfrutando lo indecible.

—¡Oh, fíjate! ¡Si las mujeres han aprendido a pensar! —me burlé, imitando su voz grave—. ¿Cuál será el siguiente invento?

Mi animadversión hacia él no hacía más que aumentar. A ese paso, amenazaba con romper límites y eso que había conocido a personas bastante despreciables por mi trabajo.

—Una cena realmente espléndida. Gracias, Viktor —intervino Mihkel—. Ha sido como las del hogar, ¡qué gratos recuerdos me ha traído el verivorst^[3]! Era como el que hacía nuestra madre, ¿verdad, Anton?

El comentario puso fin al enfrentamiento verbal entre el anfitrión y yo, aunque quise ver cierto alivio en su expresión. Estaba poco acostumbrado, por no decir nada acostumbrado, a tener conversaciones. Le gustaba más escucharse a sí mismo.

Esa fue la reunión memorable para cenar. Más tarde se sirvió el café en el salón habilitado como biblioteca, una copa para los que quisieron y el anfitrión dio por concluida la velada, saliendo del salón sin pronunciar palabra.

—Me encantan estas reuniones distendidas —dije.

—Buenas noches —desearon casi al unísono Ekaterina y su amiga, saliendo poco después.

Puse los ojos en blanco. Eran las ocho de la tarde; ni siendo niña me iba a dormir tan pronto. Allí, sin embargo, parecía que la salida de Viktor indicaba el final de la jornada, porque Anton nos dejó a solas apenas unos minutos más tarde.

—Esto se parece mucho a un colegio.

—Viktor es...

—¿Gilipollas integral? Gracias, ya lo había notado.

—Madruga mucho y no quiere ruidos cuando se va a dormir.

—¿Y para qué invita a nadie?

Mihkel parecía dispuesto a justificar su mala educación y le interrumpí, elevando una mano y acercándome al rincón donde reposaban las botellas de licor. Me serví dos dedos de un bourbon con pinta de ser muy caro y me giré.

—A ver, ya me estás contando qué hacemos aquí. Está claro que tu amigo es desagradable con todo el mundo, así que su intención no es ofenderme solo a mí. Pero no sé qué ayuda va a proporcionarnos y me da la impresión de que va a salir muy cara.

Se acercó, me cogió la cara con una mano y se inclinó para besarme. Me aparté porque mi labio seguía partido y en proceso de recuperación y porque no me pareció un gesto tierno, sino dominante. En cualquier caso, esperaba una respuesta, además de dejarle claro que con técnicas de machito de tres al cuarto lo único que conseguiría de mí era una patada en los huevos.

—No estaríamos aquí si pudiésemos acudir a otra persona —contestó, algo molesto—. Tú misma creaste esta situación y no has ofrecido una alternativa.

¡Vaya, vaya! Así que estaba resentido por haberle descubierto. Hasta el momento había sabido disimularlo con maestría, pero ahí estaba, agazapado, esperando para salir.

—Si piensas que vas a poder tratarme como Viktor trata a esas chicas, ve olvidándote. Nos hemos acostado un par de veces, pero eso no significa que sea de tu propiedad.

Tal vez me había pasado un poco. El ambiente y la inseguridad me estaban afectando, no obstante, tenía demasiado presente el miedo que su amigo provocaba a las dos chicas y quería actuar antes de que ocurriese algo lamentable.

Además, cuanto antes acabase con esa intimidación que yo misma había provocado con Mihkel, mejor.

Capítulo 19

Kat

Olga había cargado su seguridad sobre mis hombros y eso me daba miedo. ¿Cómo iba a velar por ella si no podía mantenerme a salvo a mí misma?

La presencia de la agente del FBI nos había tranquilizado algo, aunque no lo suficiente. Ella no era consciente de la crueldad de Viktor, ni había sido testigo del asesinato que nos obligó a presenciar poco antes de su llegada.

Sus hombres hicieron pasar a otro de mediana edad, vestido con un traje a medida y andares ufanos. Estuvieron en el despacho de la planta baja hablando durante un rato y, en un momento dado, se escuchó el estruendo del vidrio al romperse contra una de las paredes. Olga y yo estábamos juntas en su habitación, algo habitual ya, nos miramos con alarma y me fui a la mía, por si acaso.

Al poco, uno de los hombres llamó a nuestras puertas. Viktor nos quería a todos en el vestíbulo.

El recién llegado debía haberse marchado y estábamos los habituales en la casa: los cuatro hombres que la vigilaban, las dos mujeres que limpiaban y servían, Anton, Viktor y nosotras dos.

—¿Acaso sois idiotas y pensáis que no me entero de lo que hacéis cuando estáis fuera de esta casa? —bramó y nos miró a todos, uno por uno, con la furia ardiendo en sus ojos.

Una de las mujeres sollozó y Olga me cogió del brazo, tratando de que le infundiera fuerzas para no imitarla.

Viktor cogió la pistola de uno de los hombres, se acercó a la mujer que había perdido los nervios y se la puso en la sien.

—¿Pensabas que tu visita a la policía pasaría desapercibida?

—Fui a pagar la fianza de mi hijo —gimió.

Antes de que pudiese añadir algo más, Viktor le disparó, salpicándonos a todos con restos de sangre, masa encefálica y hueso. Yo grité y Olga sollozó de miedo. No vi la reacción de los demás porque estaba convencida de que seríamos las siguientes. A duras penas pude contener la orina. No quería morir.

Como si estuviese complacido por nuestra reacción, Viktor devolvió el arma a su propietario y le hizo un gesto con la cabeza. Él disparó al cuerpo de la mujer muerta y lo mismo hicieron los demás. Anton cogió el arma que le tendía uno de los vigilantes y los imitó, luego, me la puso en la mano.

Casi se me cae. Pesaba mucho y estaba caliente.

—Dispara, estúpida —me ordenó Viktor.

—¿Por qué? Ya está...

—Dispara o la acompañarás en el viaje.

Apreté el gatillo, aunque la detonación ya no me ensordeció como cuando Viktor había disparado. Después de cinco disparos más, mis tímpanos se habían acostumbrado al estruendo repentino.

Olga, con las manos tapando sus oídos, negó con la cabeza cuando le pasé el arma. La miré con dureza, no quería verla morir como a esa desdichada. Cogió la pistola, apartó el rostro, y disparó al cuerpo acribillado.

—Ahora todos sois cómplices de asesinato —exclamó Viktor con esa sonrisa que conseguía estremecerme.

Luego nos despidió a todos menos a dos hombres que sacarían el cuerpo y la otra mujer, que limpiaría los restos diseminados por todo el recibidor.

Yo estaba deseando meterme bajo el agua y quitarme la sangre de encima, pero Olga se abrazó a mí en el pasillo, con tanta fuerza y consternación que me dolí por ella. Estaba cayendo en la desesperación, que era lo peor que podía hacer.

—Lávate —le dije—. Yo voy a hacer lo mismo y pasaré por tu habitación enseguida.

Como no me soltaba, la aparté, intentando no ser brusca. Igual que ella, necesitaba el contacto humano que nos habíamos proporcionado la una a la otra los últimos días, pero no podíamos olvidarnos de nuestro objetivo principal: marcharnos pronto. Al menos, antes de servir de ejemplo a los empleados de Viktor de que podía disponer de las vidas ajenas a su antojo.

Cumplí mi palabra y poco después estaba en su habitación. Se acurrucó en la cama y me invitó a acompañarla.

No sé explicar nuestra relación. Lo que había entre nosotras era una conexión que no tenía nada que ver con el amor físico. Nos abrazábamos mucho, evitando cualquier connotación sexual. A esas alturas, ambas habíamos desarrollado aversión a todo lo relacionado con el sexo. Nos habíamos acostado con hombres, con mujeres, habíamos participado en orgías y en sesiones de todo tipo, en las que la tónica general era salir dañada física y emocionalmente, para las que no se nos había pedido consentimiento. Cuando la alternativa era la muerte, tragabas con todo, porque así era aquel mundo.

—Kat, tienes que prometerme algo...

Las circunstancias no eran las mejores para hacer promesas, pero accedí para tranquilizarla.

—No te vayas sin llevarte a mi hija —me pidió.

Había pocas cosas que logran sorprenderme, esa revelación fue una de ellas. Me había contado que había dado a luz y que casi le cuesta la vida, pero no había vuelto a pensar en eso.

Las chicas compradas a traficantes, que procedían de otros países o las que eran secuestradas siendo muy jóvenes, estaban destinadas a la esclavitud sexual toda la vida, por eso las esterilizaban a cierta edad. A todas, excepto a las más atractivas, el gancho perfecto para algunos clientes especiales.

El chantaje sexual era una opción de presión, pero era superada con creces por un embarazo.

Las actividades ilícitas de la familia se movían en un amplio círculo, pero todas tenían un fin: el poder. Y el poder se conseguía a base de dinero y relaciones. Dinero había de sobra, sin embargo, nadie quería relacionarse con una familia mafiosa rusa, así que había que forzar la mano, buscar las debilidades de los individuos interesantes y someterlos.

Una extorsión semejante solo podía llevarse a cabo con una prueba irrefutable, así que esos bebés nacían, pero las madres ya no tomaban parte en su cuidado, ellas se recuperaban y volvían al trabajo. La crianza quedaba en manos de padres de acogida que trabajaban para la familia y encima recibían ayudas del estado.

Los bebés eran un seguro hasta que el personaje público que era su padre se volvía irrelevante, entonces pasaban a otras casas de acogida secundarias. Si eran niños quedaban en manos de los Servicios Sociales, en cambio, las niñas se convertían en la cantera que sustituiría a sus madres en el futuro.

Así pues, nacían de esclavas y su futuro era la esclavitud.

A cualquiera le hubiera revuelto el estómago, a mí ya me extrañaba poco la bajeza del ser

humano.

Le hice a Olga la promesa que necesitaba, aun sabiendo que era poco probable que pudiera cumplirla.

En todo caso, saldríamos las dos de allí y ya nos ocuparíamos llegado el momento, aunque ahora veía que lo de coger el dinero de Viktor no era tan absurdo. ¿Qué sabíamos hacer ninguna de las dos, excepto ser putas? Si nos prostituíamos sería como claudicar al papel al que nos habían relegado, además de correr un tremendo riesgo porque cada lugar tenía su propia mafia y ellos su forma de tratar a las chicas que trabajaban por libre, robándoles clientela. Pero habría que comer, vivir en algún sitio y pasar lo más desapercibidas posible. Para eso hacía falta dinero.

Capítulo 20

Carol

Mihkel se fue a la habitación que compartiríamos y yo me negué a seguir el juego del mafioso, me puse algo más de licor y accedí al vestíbulo.

El vigilante de la escalera no era el mismo y ni se inmutó cuando salí al jardín. Quería tomar el aire y acercarme lo más posible a la parte delantera, por si podía contactar con mis compañeros. Había que terminar con el asunto.

Conecté el auricular y me puse a pasear. El jardín se encontraba iluminado por antorchas ornamentales clavadas en la tierra, en puntos estratégicos para que diesen luz sin resultar molestas. Así, algunas zonas quedaban en penumbra, como la que acababa de pasar.

—¿Hay alguien por ahí? —pregunté.

—¿Me has oído?

La voz de Anton, sentado en un rincón oscuro que había rebasado poco antes, casi me hace pegar un salto.

—Estoy aquí —contestó «Lady Halcón»—. ¿Estás bien?

No pude responderle, bastante suerte había tenido de que Anton no se hubiese dado cuenta de que mi pregunta iba dirigida a otra persona y no a él.

—Siéntate, aquí se está bien y los vigilantes no nos ven.

—¿Este es tu rincón de pensar?

—Es mi rincón de fumar.

Había oído el cigarrillo, pero creía que llegaba desde la parte delantera, donde se veía a los dos hombres apostados a ambos lados del portón de entrada. Parecían aburridos y era comprensible, ¿para qué tantas precauciones? Ni los bancos tenían puertas de un grosor parecido.

—¿Quieres?

Ahora que mi vista se había acostumbrado, podía verle con más claridad.

—No, gracias —respondí, sentándome a su lado en un murete ornamental que separaba un seto de hojas fragantes de un macizo de rosas.

—A Viktor no le gusta que fume en casa y, de hecho, no debería fumar en ningún sitio, pero bastante aburrida es la vida por aquí para no saltarse alguna regla de vez en cuando. Tú parece comprenderlo mejor que cualquiera de esos. —Señaló hacia la casa con un gesto casual.

—Pues tú parece de esos.

—La necesidad obliga, deberías saberlo, puesto que estás aquí. Aunque no me imagino de qué huyes tú.

—De nada tan grave como lo que hicisteis vosotros. Mihkel me lo contó, así que no hace falta que disimules.

—Sin embargo, estás con él, así que asumo que hay sentimientos y por eso no lo has dejado o le has delatado.

—Si le delato, hubiese terminado yo también en la cárcel —mentí—, y créeme que lo deseo menos que estar aquí.

Apagó el cigarrillo, presionándolo contra los ladrillos de pega y tiró la colilla por detrás.

—Abono para la tierra —dijo, disculpándose.

Por mí, como si le prendía fuego, pero me interesaba esa conversación, tenía curiosidad.

—¿Puedo preguntarte por qué hiciste algo tan...?

—¿Horrible? —Inspiró, antes de continuar—. Cuando te juntas con personas inestables, nunca sabes hasta donde llegarán.

—En este caso, hasta donde llegaste tú. Según tu hermano, las cámaras de seguridad del túnel te grabaron colocando los explosivos en los lugares oportunos.

—Te fías mucho de lo que dice mi hermano.

El comentario sonó mordaz. Anton parecía resentido con Mihkel e imaginé que era porque él había tenido que apartarse de la circulación, en una especie de cárcel sin barrotes, mientras que su hermano había estado viviendo fuera, aunque con discreción.

—Supongo que te cogieron por esas cámaras.

—En realidad fue por algo menos agradable para mí: resulta que tuve la suerte de estar demasiado cerca de la detonación, como habrás visto antes en la piscina. Sufrí quemaduras muy graves y un pedazo de hierro me atravesó el muslo y me rompió el fémur.

—¡Que te zurzan, tío! El que con fuego juega...

—No me quejo. Reconozco que puse el explosivo, pero no tenía que haber ocurrido nada de lo que pasó a continuación.

¡Vaya, qué raro! Otro desgraciado justificando un acto sangriento, como todos los terroristas que sobrevivían para contarlos.

—Y según tu versión, ¿qué tenía que haber pasado?

—La bomba debería haber producido solo daños estructurales, en cambio, provocó un derrumbe que aplastó numerosos vehículos. Después me di cuenta de que estaba planeado así desde el principio.

—¿Planeado por quién? A mí me suena a que estás intentando quitarte mérito —dije con ironía.

Apenas podía distinguir la expresión de Anton, aunque parecía apenado, como si recordar esa parte le produjese angustia. A mi modo de ver, solo había un asesino peor que el que mataba de forma gratuita: el que trataba de argumentarlo a su favor.

—Mira, no tienes que darme explicaciones.

Me levanté del murete. Tenía cosas más importantes que hacer, como ponerme de acuerdo con mis compañeros para que entraran en la casa y lo llevaran al agujero donde tenía que estar.

—Creo que tienes que oírlas porque estás con mi hermano y te conviene conocer su otra cara.

Vale, había conseguido mi atención de nuevo, aunque no por lo que él creía: yo consideraba a los dos hermanos culpables. Que uno culpase al otro era una táctica tan vieja que casi daba pena.

—Cuando estaba en la universidad entré en un grupo de los que hay en todas: mucho marxismo, doctrinas antisociales, tertulias interminables sobre discriminación y todo lo que puedas imaginar, dirigido a mentes inquietas, a jóvenes para los que llegar a cursar estudios universitarios había supuesto un gran coste a la familia. En fin, carne de cañón.

—Ya. Esa etapa rebelde la hemos sufrido todos, pero existe un antídoto universal: la edad.

—Depende...

Y ya estábamos con los «depende». A la gente le gustaba usar esa palabra comodín cuando quería decir otras cosas. Yo me preguntaba por qué no iban al grano en lugar de crear un suspense innecesario que hacía perder tiempo al interlocutor. Sí, de acuerdo, eso se llamaba conversación, aunque creo que tengo dicho que la paciencia no era mi fuerte.

—Si quieres decir algo, dilo ya —le pedí.

—Siéntate un momento.

—Entonces, va para largo —resoplé.

Estaba siendo una borde porque me olía que iba a contarme su versión edulcorada, como si me interesara. No obstante, tomé asiento a su lado de nuevo.

—Imagino que sabrás por qué los grupos de estudiantes, como el que frecuentaba yo, están tan vigilados por Seguridad Nacional y otras agencias...

Ante mi falta de contestación, ya que prefería no meter baza para aligerar, continuó:

—Al final, como bien dices, la gente se cansa de charlas y tonterías sobre un mundo utópico. Se largan y ya está. No obstante, siempre quedan los más ilusos, a la par que manejables, aprendices de justicieros, proclives a actuar y salvar el mundo.

Esta vez no había pregunta, pero él quedó en silencio.

—Vale, entiendo que eras uno de esos justicieros ilusos.

—Yo no.

Me estaba sacando un poco de mis casillas con tanto mutismo. Si me había hecho quedarme para contar sus batallitas, lo lógico es que espabilara.

—Oye, me lo cuentas o no me lo cuentas. Si vas a hacer pausas dramáticas cada dos palabras, quedamos en otro momento... Digamos el año que viene, cuando hayas conseguido juntarlas todas y decidirte.

—Estaba dejando que tú misma adivinases.

—Tonta del todo no soy —aseveré—. Dices que tú no te quedaste en el grupo, así que debo suponer que el que se quedó fue tu hermano, pero esa no es su versión.

—Ya sé lo que él dice a todo el que quiera escucharle. Solo te estoy poniendo en antecedentes. Es cosa tuya si quieres creer una cosa u otra.

—Sigue, por favor.

Aquello me parecía la típica riña de hermanos que habían roto un cristal y se culpaban mutuamente, esperando que la madre castigase al otro. Yo no iba a castigar a nadie, de eso se encargaría un jurado, después de que estuviesen los dos esposados en la parte de atrás de un coche del FBI que los llevase a la cárcel sin pasar por la casilla de salida.

—En realidad, continué en el grupo para intentar poner un poco de cordura. Como te digo, los residuos psicológicos que el machacón clima de descontento deja en ciertas personas es la base para que otros individuos aprovechen su rabia residual en beneficio propio. En nuestro grupo quedamos cinco dispuestos a continuar y, durante años, nos dedicamos a planear pequeños sabotajes para llamar la atención de las fuerzas de la ley, pero sin causar víctimas, solo daños materiales.

—Nueva York es la peor ciudad para esas cosas.

A pesar del tiempo transcurrido, después del 11S los neoyorkinos padecían una especie de psicosis colectiva, alimentada por las autoridades y el clima político mundial. Los teléfonos habilitados para denuncias ciudadanas estaban siempre colapsados de sospechas, avisos de paquetes abandonados, vecinos de extraño comportamiento... Desconfianza, en una palabra.

Los equipos antiterroristas de todas las fuerzas estaban sobrepasados y era habitual la llegada de refuerzos de otros estados para seguir las pistas buenas sin dejar al azar otras menos fiables. Ya había ocurrido y con resultados de sobra conocidos.

—Viktor estaba detrás de nuestro grupo, lo financiaba y marcaba objetivos interesantes.

Eso explicaba algunas cosas, pero no todas.

—¿Qué interés podía tener él?

—Él no, la familia a la que pertenece.

—Las mafias no necesitan intermediarios —aseveré.

Aquí el inciso: a pesar de lo políticamente incorrecta que resultase la palabra mafia, a mí me salía con más naturalidad que crimen organizado. Cosas de mis procesos mentales, que no sé si llegarían a cambiar en algún momento.

—La parte de los negocios ilegales la sacan adelante usando a sus propios hombres y la violencia necesaria —explicó Anton—. Pero luego está la vertiente política, los hombres a los que quieren colocar en lugares destacados y deben desligarse de cualquier actividad ilícita. Para eso estábamos nosotros.

De verdad que esperaba que «Lady Halcón» estuviese escuchando y tomando nota de todo lo que estaba contando, porque la estrangularía con mis propias manos de lo contrario.

Anton estaba trazando líneas hacia unos derroteros que nunca se me hubieran ocurrido. Quizá los de antiterrorismo conocieran esas conexiones con grupos ajenos a los candidatos a cargos públicos, pero yo no tenía ni idea. En mi defensa debo alegar falta de experiencia con personas retorcidas al extremo, algo de lo que me curaría pronto.

—Sigo sin ver la conexión, ¿cómo les beneficiaría un sabotaje en la línea de suministro de energía o en el metro?

—Los políticos recomiendan moderación a la hora de hacer valoraciones, pero la gente necesita alimentar sus miedos y, por ende, su nivel de alarma, que puede salvarles la vida. Los moderados evitan el tema; los alarmistas, en cambio, son más del gusto del público, al escuchar su propio temor expresado por uno de sus representantes.

—¿Se trata del nivel básico de psicología de masas? Ese no me lo enseñaron en el colegio.

A pesar de querer quitarle importancia al asunto con mis palabras, lo que contaba resultaba preocupante. Él encendió otro cigarrillo y percibí el aroma del tabaco en el ambiente.

—Vale, entonces Viktor os enviaba a sabotear cualquier objetivo y vosotros ibais de cabeza, ¿no?

—Se trataba de algo bastante más sutil, pero así era.

—¿Y la relación de tu hermano? Eras el cabecilla de ese grupo, si no he entendido mal.

—Has entendido muy mal. Yo no dirigía el grupo, él lo dirigía: tenía contacto con Viktor y arrastraba a los otros.

—Aún no te he oído decir que intentases disuadirlo.

—No quería ser disuadido, disfrutaba con el peligro y la creación de artefactos originales para corroer circuitos eléctricos o con los que inutilizar alguna vía del metro.

No había visto yo tan arrojado a Mihkel cuando salimos de la casa de la mantis. Pero también era cierto que, contra todo pronóstico, le había disparado sin inmutarse. Tal vez fuese un actor consumado y yo una pardilla de cuidado.

—Meses atrás habíamos volado un hangar en el que se guardaban tres helicópteros de la policía de tráfico. Estaban en mantenimiento y lo hicimos de noche, sin embargo, uno de los mecánicos que se había quedado a hacer horas extra resultó malherido y yo empecé a demostrar mi descontento. Una cosa eran los bienes públicos y otra las personas. Pasamos de ser saboteadores, con poca relevancia para las agencias, a terroristas.

—¿Y por qué no lo dejaste entonces?

—Porque necesitaba hacerle ver a Mihkel que Viktor nos estaba utilizando. Él me propuso un último trabajo, que sería el colofón del recorrido del grupo antes de separarnos. Lo haría yo en persona para asegurarme de que no había heridos. Estaba todo estudiado: el túnel se colapsaría y saldría en las noticias de todo el mundo. Nosotros dejaríamos nuestra marca y se acabó.

—Entonces, se torció todo.

Anton me lanzó una mirada de reojo.

—No se torció nada, salió como tenía que salir, excepto que yo debería haber muerto en la explosión.

Capítulo 21

Carol

¿Qué decir ante semejante demostración de amor fraternal?

Me llevaba fatal con mi hermana, pero ¡pobre del que se atreviera a tocarle un pelo! Si alguien tenía derecho a meterse con ella era yo, el resto de la humanidad ya se probaría.

—¿Tu hermano te quería muerto?

Asintió y dio una calada a su cigarrillo, lo apagó y lo tiró al mismo sitio que el anterior. Debía haber una buena colección ahí atrás si fumaba a ese ritmo.

—Sin embargo, llevas aquí desde...

—Nunca me fie de Viktor y él tampoco de mí. Me sacó del hospital en el que estaba custodiado por la policía, a instancias de la familia Novikov. Había recolectado grabaciones de encuentros y llamadas que delataban su intervención en el grupo. Se trataba de un seguro de vida para nosotros, porque nunca se me pasó por la cabeza que mi propio hermano... Viktor tiene prohibido hacerme daño, hasta que el hombre que se benefició del atentado en el túnel esté en un puesto lo suficientemente seguro para poder afrontar cualquier denuncia en su contra.

Debió notar mi desconcierto porque continuó:

—Si piensas que soy un invitado, no puedes estar más equivocada. A Viktor le gusta burlarse de mí, diciendo que puedo marcharme cuando quiera. Lo cierto es que no puedo. Soy un prisionero, igual que Venus y Nereida.

—Y me temo que yo también me he metido en esta trampa.

—Ya, pero tú puedes sacarnos de aquí a todos.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Te he visto. Sabes el código de la puerta de emergencia y, además, eres una policía lista. Tienes que serlo para haberte metido en la boca del lobo.

Quedarme sin palabras no estaba en mi menú principal, pero en ese momento, me quedé en blanco.

—No te preocupes, nadie sospecha. Lo sé porque te estaba observando antes de tirarte al agua esta tarde y he visto que te quitabas el comunicador del oído, no solo la pistola. Al principio no me he dado cuenta, pero te he observado a la hora de cenar. El auricular está muy logrado, hay que fijarse bien para distinguirlo.

Solté un juramento para mis adentros por lo que acababa de contarme y porque estaba oyendo con nitidez la risita en tono bajo de la jodida «Lady Halcón». ¡Que la zurcieran! Ahora que daba señales de vida era para burlarse de mí. Tendríamos una pequeña charla ella y yo si conseguía salir viva de allí.

Y para demostrar que mi cabeza tomaba su propio rumbo, entonces caí en la cuenta de la casualidad de encontrarnos vigilando el complejo en el que se escondía un buscado terrorista. Kruger me había dicho que la cabrona de mi compañera de guardias había sido una fenómeno en su trabajo y me preguntaba si no habría estado tomándome el pelo todo ese tiempo.

Vale que era una novata todavía, pero la burla sobraba.

Dejé los derroteros que me estaban poniendo de muy mala uva y me centré en la conversación que, desde hacía unos minutos era un soliloquio, porque yo no había metido baza.

—Si me sacas de aquí os daré todo lo que tengo sobre la familia y los trabajos que nos

encargaron, a quién perjudicaron y los contactos que teníamos. Quiero un trato.

—Acepta —susurró «Lady Halcón» en mi oído.

Hubiese querido discutirlo. Participar en tantos engaños me iba a costar una buena temporada de sesiones con el terapeuta del departamento.

—De acuerdo —dije.

—Supongo que acaban de decirte que lo aceptes por el auricular. Está bien, pero voy a quererlo por escrito, antes de desvelar lo que tengo para implicar a tantas personas.

—¿Lo habéis oído? —pregunté en voz alta.

Allí podíamos jugar todos a lanzarnos la pelota.

—Alto y claro —contestó «Lady Halcón» con la dulzura que la caracterizaba y que podía haber patentado como arma sónica.

—Pues vale.

—Agente Haynes, hablemos un momento en privado —me pidió Kruger.

—Me quedaré por aquí cerca, por si se aproxima algún vigilante —dijo Anton—. Habla tranquila y dime algo después.

Se lo agradecí con un meneo de cabeza, aunque me cercioré de que se alejaba para no oírnos.

—Estoy sola, Kruger.

—¿Crees que podrías sacar a Anton mañana por la noche por el pasadizo del que habéis hablado?

—En realidad, el asalto estaba organizado para detener a Anton, ¿qué ha pasado con eso?

—Tenemos que adaptarnos a las nuevas circunstancias. Detendremos a Anton cuando salga y negociaremos con él.

—Entonces, ¿a quién van a detener aquí dentro?

—A Mihkel por varios cargos de complicidad terrorista y a Viktor Volkov por secuestro, si las chicas lo denuncian.

Solté un bufido de disgusto. Ekaterina no accedería y me jodería tener que engañarla. Toda su vida se habían aprovechado de ella y la habían usado, yo no quería unirme a esa lista y, sin embargo, ahora no podía hacer otra cosa. A no ser...

—¿Haynes?

—De acuerdo, intentaré que salga hacia medianoche. Avisaré cuando esté de camino.

—Tendremos el dispositivo de asalto preparado para la madrugada. Intenta ponerte a cubierto por si hay resistencia.

Ya, bueno. Iba a haber resistencia. Los vigilantes estaban para eso, ¿no?

—Ah, Haynes, otra cosa... Según he oído, has explorado hasta dónde llega el corredor de emergencia...

Le di la ubicación de la entrada y la dirección que tomaba el pasillo con los pasos que había contado. Podían calcularlo mejor que yo con un dron desde el cielo.

En cualquier otro momento me hubiera quejado por la demora. Estaban todos allí, el asalto podía llevarse a cabo esa misma noche, pero yo me había hecho otro propósito y el día de ventaja me serviría para estropearle los planes a Kruger.

Quería ser buena agente, de verdad, y creía serlo, a pesar de estar calculando los tiempos para dejar a Ekaterina libre por segunda vez desde que nos habíamos conocido, aunque supusiera solo una acusación a Viktor de acoger a fugitivos en su domicilio.

Con un poco de suerte, de esa que yo no tenía, Anton podría implicarlo en los sabotajes y atentados para meterlo entre rejas de por vida. Por si no se notaba, me daba mucho asco el tipejo.

Llamé a Anton y le expliqué que debía estar preparado para la noche siguiente. Luego él mismo tendría que negociar con el FBI sobre esas pruebas que tenía. Yo podía decir misa, los jefes dirían amén, si convenía. Ellos decidirían si trasladar a la fiscalía su propuesta y el fiscal valoraría hasta qué punto merecía la pena lo que tuviera que aportar.

Mi trabajo terminaba cuando el equipo de asalto entrase. Kruger se haría cargo, yo redactaría un informe omitiendo mis escarceos sexuales con Mihkel, mi colaboración en la huida de las chicas, y cada uno por su lado.

Pero antes de que eso ocurriera tenía asuntos que tratar.

Podía haberme ido a la cama, estaba lo bastante cansada como para dormir varias horas del tirón, pero claro, ¡iba a dormir mucho con el runrún de mi cabeza! Tenía que quitármelo.

Llamé con dos toques discretos a la puerta de Ekaterina y abrí ante su falta de contestación. La madre que...

Toqué en la puerta de Nereida y cuando abrí me di cuenta de que esperaban otra visita menos deseada. Ambas estaban encima de la cama, abrazadas y mirando la puerta con ojos asustados.

—Soy yo, joder —dije, como si no fuera evidente.

Me di cuenta entonces de mi falta de tacto. Por lo visto, Viktor había estado haciendo otras cosas mientras yo hablaba en el jardín con Anton y la elegida había sido Ekaterina, por la brecha que tenía en el labio, que podía competir con la mía. La suya, sin embargo, parecía deberse a un mordisco nada cariñoso. La sangre me hervía al imaginar lo que tenía que ser vivir sometida a semejantes hijos de puta.

—Mañana os vais después de cenar. No recojáis nada. Actúad como todos los días.

—¿Y si Viktor nos llama? —objetó Ekaterina.

Una pregunta cojonuda, sí señor.

—¿Os llama todas las noches?

—No.

—Pues confiemos en que mañana sea una de esas.

Vale, yo tenía un problema añadido ahora. Si Viktor buscaba a una de las chicas y no aparecía... Joder, ¡qué difícil era contentar a todo el mundo!

—¿Cómo podría entretenerlo? —pregunté.

—Siempre se retira temprano. —Negó Nereida con la cabeza—. Al menos, desde que estoy aquí.

—Entonces, habrá que confiar en la suerte —dije.

«¿En esa suerte que nunca te acompaña, Carol?», me dijo la vocecita insidiosa de mi cabeza.

«Vete a joder a otra parte», le contesté.

«Tú misma».

Nadie mejor que mi voz interior para sabotearme.

—Distraeré al hombre del pie de la escalera, Ekaterina. Salid en cuanto podáis. Ya conoces la clave, la he probado y funciona —le dije—. Si alguien os da el alto, corred y no os detengáis.

—Llámame, Kat, por favor. ¿Habrá policía fuera?

Tenía el ceño fruncido y aun parecía más joven de lo que era.

—Puede ser. Por eso es necesario que os vayáis enseguida.

Ellas intercambiaron una mirada y vi que, a pesar de su miedo, lo harían. Querían escapar y

esa era su oportunidad.

—¿Vas a dormir aquí? —le pregunté a Kat, que asintió—. Entonces dormiré en tu cama, si no te importa.

No preguntó y lo agradecí. No quería dormir con Mihkel, el calentón inicial se me había pasado y tenía que centrarme en asuntos más importantes.

A ver, centrarme centrarme, no me centré, caí como una piedra en cuanto mi cara tocó la almohada.

Hay personas que pierden el sueño por cualquier contratiempo, no era mi caso, como podía comprobarse.

Durante mi estancia en el ejército, breve, todo hay que decirlo, la mayoría de la gente se quejaba de no pegar ojo debido al entorno, al colchón delgado como papel de fumar, a los ronquidos de los compañeros o a cualquier inconveniente. Nunca tuve queja. Terminaba tan cansada que me hubiera dormido sobre el barro, de ser necesario.

Dejando aparte las incomodidades físicas, tampoco los mentales me alteraban demasiado. Pensaba que lo que tuviera solución, podría arreglarse en unas horas. Lo que no la tuviera, no la tendría, durmiera yo o no.

Quizá mis visitas al terapeuta arreglasen otros asuntos, el de la falta de sueño por los problemas acumulados estaba descartado.

Era friolera, no insomne.

Me desperté con energía para derrochar. Mi cara había vuelto casi a su normalidad y solo persistía el corte del labio porque para eso debería haber estado varios días sin sonreír y eso se me hacía muy cuesta arriba.

Soy borde e irónica, pero también divertida. Me gusta reírme de mí misma, pienso que es muy sano para la salud mental, y si la ocasión requiere soltar alguna gracia yo me apunto enseguida.

Volví a la habitación que compartía con Mihkel solo para decirle que bajaba a desayunar. Seguía tan guapo como siempre, pero algo en él me atraía menos, quizá me había afectado la historia de su hermano, aunque en realidad no me creía la de ninguno de los dos. Puede que hubieran sido víctimas de unos desaprensivos que los usaron a su conveniencia, pero eran adultos y tenían criterio para discernir entre el bien y el mal. Si no lo habían puesto en práctica, tendrían que responder por ello.

El anfitrión se había ausentado, así que desayuné tranquila. Anton estaba taciturno y las chicas poco habladoras. A mí ya me valía. Quería paz, ya se complicaría todo a lo largo del día.

Comí con apetito y, cuando terminé, me fui a la piscina.

Hacía fresco, a pesar del sol. El ambiente ya no era veraniego, más bien había dado paso al otoño con todos los inconvenientes, incluido el viento. Anton, sin embargo, ya se había hecho sus largos matinales antes del desayuno, como anunciaba la toalla húmeda sobre una de las tumbonas.

Me eché en una y dejé que el sol me diese de lleno. No resultaba molesto, el viento fresco disipaba cualquier sensación de calor que me hubiese repelido en otro momento.

Y quizá penséis: ¿pero no eras friolera? Cierto, aunque todo tiene su explicación. Soy friolera, pero no soportaba tomar el sol sin más. Tenía que estar paseando o haciendo ejercicio. La inactividad no era mi fuerte, aunque la deseaba cuando no tenía ni un minuto para dedicarme a la gandulería pura y dura.

Contradicciones con las que convivía a diario.

El día, a partir de ese momento, se deslizó como aceite en un tobogán, lento y fluido. Confiaba en que los de fuera estuviesen listos porque yo lo estaba. De hecho, cuando llegó Viktor, poco antes del almuerzo, estaba pensando en su cara al ser esposado por alguno de los agentes de asalto. Quería hacerle una foto para solazarme en privado.

Quizá la familia a la que pertenecía fuera rica, pero el FBI cuando aferraba una presa entre los dientes era capaz de triturarla antes de soltarla y yo pensaba contribuir a consolidar ese agarre con mi informe. Viktor podría aterrorizar a niñas indefensas y a hombres con baja autoestima, pero era una persona y las personas tenían sus puntos débiles. Según creía, él era de los que no soportaban perder y a mí me encantaría ver su cara de perdedor.

Capítulo 22

Kat

Era un alivio contar con la complicidad de la agente.

Aun con todo, temía las siguientes horas. Olga apenas era capaz de disimular su ansiedad y eso no era bueno.

Estuve un rato conversando con Anton en la piscina. Había que aprovechar los momentos en los que Viktor se ausentaba para poder hablar con tranquilidad y él me había confiado su historia y mucho más. Supongo que tenía tanto miedo como yo y podía percibirlo, no obstante, creía que yo saldría de esa.

Ojalá hubiera tenido tanta confianza.

—Esta noche nos iremos los tres y quiero que recuerdes lo que te dije sobre el lugar en el que dejé las pruebas de las que hablamos, por si acaso.

—¿No te fías de la agente?

—No me fío de que no se vea coaccionada por sus jefes. Si las cosas se tuercen, solo tienes que coger el USB, ponerlo en un sobre y meterlo en un buzón. Por favor. A mí me detendrán, vosotras solo seréis testigos y tendréis libertad.

Se lo prometí, aunque tenía que callarme que nosotras nos iríamos antes de la medianoche.

El pecho me bullía de nervios y estuve todo el día despistada, ajena a lo que me rodeaba, con el punto de mira puesto únicamente en la hora de la cena y en que Olga estuviese tranquila porque no podía ocuparme de ella.

El enfrentamiento entre la agente y Viktor del día anterior parecía remorderle a él como si le hubiera insultado y se hubiera ido del encuentro sin consecuencias.

Carol carecía de nuestro dominio. Ella no tenía que contentar a nadie y podía permitirse mostrarse desafiante. Por el contrario, nosotras teníamos que ser sumisas. Cualquier conato de rebeldía hubiera sido castigado con desmesura.

Y lo fue. Un correctivo excesivo que cambió todo.

Como cada mediodía, nos reunimos en el comedor para el almuerzo, que debería haber transcurrido con normalidad, pero Viktor tenía ganas de provocar a Carol y lo hizo.

—Ponte debajo de la mesa, quiero tu boca —le dijo a Olga cuando llegó el postre.

El silencio que dominaba cada una de las comidas con Viktor se acentuó. Nadie respiraba siquiera.

Olga retiró su silla y se metió debajo de la mesa, según las instrucciones del déspota. Conocía esa sensación de humillación, pero aquella vez me pareció tan gratuita que dolía más. Él no buscaba satisfacción física, sino una reacción de Carol. Parecía como si entre ellos hubiera surgido una contienda en la que los demás solo actuábamos de testigos.

Intenté advertirle con la mirada, pero ella solo veía lo que quería ver: estaba furiosa y dispuesta a reaccionar.

Los demás guardamos silencio con cobardía, Carol, en cambio se levantó y empuñó su arma para apuntarle a la cabeza.

—No tienes vergüenza, cabrón —le dijo.

El rostro de Viktor era para enmarcar, hasta que el vigilante de la escalera, que pasaba a ser el del comedor en horas puntuales, apuntó a Carol a la cabeza con su arma.

—Suéltala —le dijo.

—Cuando ella salga de debajo de la mesa o decoraré la pared con los sesos de tu jefe —masculló Carol.

—¡Fuera! —exclamó Viktor, dirigiéndose a Olga.

Ella reapareció al lado de su silla con ojos llorosos.

Carol bajó el arma y el vigilante se la quitó de las manos.

—Sois unos jodidos incompetentes —gritó Viktor a su hombre, fuera de sí—. ¿No los registrasteis cuando llegaron, imbéciles? Debería pegaros un tiro a todos.

—Tienes suerte de que no quiero un muerto de postre —dijo Carol en voz baja, lanzándole una mirada retadora.

Cualquiera en esa mesa le hubiera podido decir que era la peor reacción que podía exhibir ante Viktor, pero estábamos todos paralizados por el momento tenso.

Él se levantó, guardando su miembro dentro del pantalón sin pudor y alargó la mano hacia el hombre que había desarmado a la agente, moviendo los dedos con impaciencia.

El vigilante le entregó la Sig Sauer por la culata y Viktor apuntó a Olga con ella.

—Te voy a complacer porque eres mi invitada, Carol: esta puta no me la chupará más.

Ni se inmutó al disparar ni yo reaccioné. Estaba paralizada, como si el frío de la Antártida me hubiese alcanzado el corazón, al mismo tiempo que a Olga la bala.

Carol tenía la mandíbula apretada, tampoco había esperado semejante desenlace y no podía culparla porque ni siquiera llegaba a sospechar cómo era ese tipo de vida. Su libertad le procuraba confianza en sí misma y derecho a rebelarse ante las injusticias. Al contrario que nosotras, era valorada y sus deseos respetados.

Viktor mandó venir al resto de los ocupantes de la casa e hizo igual que con la mujer de la limpieza, conseguir nuestra complicidad participando en su nuevo crimen.

El desconcierto de la agente era patente, y también su enfado, al ver que uno a uno íbamos desfilando ante el cuerpo de Olga para dispararle.

Llegado su turno, se negó y Viktor la apuntó a la cabeza.

—¿Qué crees que me impide matarte? —preguntó él.

Anton dio un paso al frente y le puso la mano en el brazo alzado con el que apuntaba a Carol.

—No es una de tus chicas, Viktor.

El anfitrión le dirigió una mirada de desprecio y Anton apartó la mano. Viktor volvió de nuevo la atención a Carol.

—Te doy cinco segundos para decidirte, u obligarás a todos a hacer otra ronda contigo como blanco.

Le lancé una mirada suplicante. Me negaba a perder otra aliada a manos de aquel psicópata vestido con trajes a la medida. Ella pareció comprender la necesidad de satisfacer su exigencia. Viktor mataría a cualquiera en ese momento porque estaba furioso. Nadie osaba llamarle la atención ni amenazarle.

—Eres un cabrón —espetó Carol.

Cogió su pistola de manos del hombre y disparó al pecho de Olga. Luego, salió sin mirar atrás. No obstante, Viktor hizo un gesto a uno de los hombres para que fuese a recuperar el arma.

Volví a mi habitación y sentí la soledad como un peso sobre los hombros, aunque también cierto alivio que me avergonzaba. De alguna forma, me había sentido responsable de Olga, aunque no estaba tan de acuerdo con sus planes de futuro, en los que siempre estábamos juntas. Si apenas sabía cuidar de mí misma, ¿cómo iba a responsabilizarme de las dos? De las tres,

contando con que pudiéramos encontrar a su hija.

Eso me recordó la promesa que le había hecho, como si ella supiera que no saldría viva de la casa y pasé un buen rato debatiéndome entre irme bien lejos o buscarla, hasta que el toque de unos nudillos en mi puerta cortó el derrotero de mis pensamientos.

Era Carol.

Capítulo 23

Carol

Viktor era el mayor hijo de puta con el que me había cruzado nunca. Me prometí que, ocurriese lo que ocurriese esa noche, él iría de cabeza a la cárcel, aunque para ello tuviera que explicar mi papel en el asesinato de Olga y me condenasen a unos meses por complicidad.

Cómplice forzosa, pero cómplice. La ley era así.

Lo único que lamentaría sería mi expulsión del FBI, pero estaba dispuesta, con tal de que ese hombre no volviera a pisar la calle en toda su vida.

Salí al jardín a llorar por Olga y por mí, por haber sido la responsable de su muerte. Como diría mi abuela, el camino del infierno estaba empedrado de buenas intenciones. ¡Y vaya si mi hubiera gustado que no tuviera siempre razón!

Por otra parte, la autocompasión solo servía para descentrarme y eso era lo que menos necesitaba en ese momento.

Mihkel, que se había mantenido todo el día a cierta distancia de mí, seguramente enfadado por la discusión y mi ausencia nocturna, se acercó y me dio un abrazo.

—Siento lo ocurrido.

Tenía un montón de reproches en la punta de la lengua, pero era yo la que había presionado para que me llevara al lugar en el que se escondía su hermano. En ninguno de esos escenarios había podido imaginar que estaba con el mayor psicópata que había conocido. Sin embargo, Anton había salido en mi defensa mientras que él se había quedado al margen de la disputa.

Seguía estando bueno, eso no se lo quitaba nadie, pero empezaba a verlo con los ojos con los que lo había retratado su hermano. Nos creemos inmunes a la sugestión y a la primera de cambio estamos cloqueando en un escenario para divertimento de los espectadores que han acudido, al igual que nosotros, al evento de hipnosis. Cada conversación, cada retazo de información nos hacía cambiar de opinión y marcaba cierta diferencia.

—¿Quieres que lo hablemos? —me preguntó.

Deshice el abrazo con delicadeza para evitar malos rollos y negué, dirigiéndome a la casa.

—Voy a ver si la otra chica está bien.

—Deberías haberme dicho que llevabas una pistola.

Me giré para mirarle a la cara y quizá para partírsela. ¿Por qué cuando decidía mostrarme delicada para no provocar una pelea, la otra persona se había dejado su consideración en los otros pantalones? Y luego la fama de peleona la tenía yo.

—Si hubiese estado acompañada por un tío con un par de huevos, no me hubiese hecho falta un arma —respondí.

Se acabó la consideración y la conversación.

Le volví a dar la espalda y me largué para no discutir. ¿En qué conversación civilizada se pasaba de preocuparse por uno a reprocharle algo a renglón seguido? Definitivamente, en la cama hacía un buen trabajo, sin embargo, como persona adolecía de una gran falta de tacto.

Anton acababa de zambullirse en la piscina y esperaba no encontrar a nadie más en mi camino. Evité mirar hacia el comedor y me metí en el baño de la planta baja para lavarme la cara. Tenía los párpados hinchados, los ojos brillantes y la nariz enrojecida.

Hace mucho que no hago un inciso y este va a ir sobre eso: me maravillaba ver en la tele a

personas llorando con esa gracia infinita que da una lágrima surcando una mejilla. Parece de lo más natural. Error. A la gran mayoría, llorar nos dejaba la cara hecha un Cristo. Un rostro así carecía del glamur del cine. A mí, en concreto, lo que más me mortificaba era que la nariz me quedaba como la de Rudolph, el reno de Papá Noel.

Kat estaba en su habitación y su reacción por fin me pareció la de una chica de su edad: se abrazó a mí, temblando, y lloró mucho rato en mi hombro. Quizá pareciese muy madura, y tal vez lo fuese, pero necesitaba el contacto humano para sentir que le importaba a alguien, porque Viktor era la clase de persona que conseguía el efecto contrario.

Me produjo una ternura inexplicable. Era tan joven y la veía tan frágil. Ninguna chica debería presenciar en toda su vida lo que ella acababa de ver y ninguna debería vivir con ese miedo agarrado a las entrañas, a merced de desaprensivos que aprovechaban su desamparo para enriquecerse o abusar de ellas.

Me quedé con ella casi hasta la hora de la cena y me contó lo del bebé de Olga.

—Tienes que decirme dónde está, quizá pueda dismantelar ese negocio cuando terminemos con esto —le dije.

—Voy a ir a por la niña. Luego te contaré lo que quieras.

—No vayas sola, es muy arriesgado.

—Se lo prometí.

Ahí iba, a meterme en otro jardín.

—Escóndete cuando te vayas y ponte en contacto conmigo. La recuperaremos juntas.

Le repetí mi número varias veces para que lo aprendiera.

—Si esa niña está ahí, la encontraremos, y luego os podéis ir bien lejos. No quiero volver a verte en mi vida.

Ella sonrió con cierta tristeza y creo que le correspondí de igual forma. Joder, parecía tonta. ¿Pues no le había cogido cariño? En verdad, me preocupaba. Ojalá pudiese llevar una vida normal, pero un bebé se la complicaría más.

Cuando salí de su dormitorio me fui al jardín, a la zona en la que había hablado con Anton la noche anterior, y contacté con el hombre que estaba de guardia y que no era «Lady Halcón». Kruger tampoco estaba. Imaginaba que ambas se ocupaban de los preparativos, aunque no sabía a qué venía tanto alboroto. Había cuatro guardaespaldas en la casa, no era una fuerza temible para un equipo de asalto. Una vez superada la puerta, el resto tenía que ser pan comido.

A mí me preocupaba haberme quedado sin mi Sig Sauer. No pensaba asomar durante el asalto, cualquier gilipollas sabía que las balas no distinguían a amigos de enemigos, pero si la hubiese tenido conmigo y hubiese visto la oportunidad de pegarle un tiro en el culo a Viktor, no la hubiese desperdiciado.

Inciso, por supuesto: en la academia fui la primera en mi promoción en destreza con armas de fuego. Mis siluetas volvían siempre con dos únicos agujeros, en pecho y cabeza, después de vaciar todo el cargador en la galería de tiro, así que no era una bravata lo de pegarle un tiro en el culo al indeseable de Viktor. Lo hubiese hecho con mucho gusto, proporcionándole un tema de conversación para la cárcel.

Y aunque no hubiese tenido ocasión, me hubiese gustado tener mi arma, por si acaso. Aquella casa era de todo menos segura para una mujer.

A la hora de cenar el ambiente estaba como para que hubiesen desalojado cualquier elemento inflamable. Saltaban chispas por todos lados, como si la tensión desbordase los cuerpos.

Cuando una de las mujeres que servía la cena dijo que Viktor no nos acompañaría, el

suspiro de alivio fue general. Los cuatro sentados a la mesa teníamos pocas ganas de comer. Aunque hubieran limpiado a fondo el comedor, todavía flotaba en el aire el olor a pólvora y en nuestra cabeza el asesinato a sangre fría.

—He terminado —dije, después de dar varias vueltas a la verdura en mi plato.

Como si los demás hubieran estado esperando que alguien se decidiera, se levantaron también sin probar bocado.

Me fui al jardín y Anton salió poco después con su cajetilla de tabaco en la mano. Me rebasó y se metió en su escondrijo.

Mihkel debió irse a su habitación, igual que Kat.

Esperé diez minutos. La tarde había caído y las antorchas del jardín se habían encendido. Era hora de que Kat se fuera.

El hombre que debería estar en las escaleras había desaparecido después del incidente de la mañana y eso, junto con que Viktor no hubiera aparecido a cenar, me dio mal pálpito. La rutina era tranquilizadora y aquel día había estado plagado de incertidumbre.

Subí corriendo la escalera y toqué en la puerta de Kat.

—Venga, vamos —le dije.

—Dame un minuto.

Salió de su habitación y, en vez de dirigirse a la escalera, tomó la dirección contraria.

Llevaba una bolsa de lona cruzada sobre el pecho y me asomé para ver dónde había entrado. Se trataba del despacho personal de Viktor, que se encontraba pegado a su dormitorio.

Le hice señas para que dejase lo que tuviera entre manos, que en este caso era un montón de pasta en efectivo, sacada de la caja fuerte. Entendí su propósito, pero era temerario.

Cuando vi que cerraba la bolsa cargada de dinero, me apresuré a las escaleras, por si el vigilante había vuelto. No era el caso, así que bajé y la avisé para que se diera prisa.

En ese momento, Viktor apareció por detrás de ella, le pasó un brazo entorno al cuello y le puso un arma, que no era la mía, contra la sien.

—¿Dónde se supone que vas con eso, puta?

Kat palideció al instante, como si toda la sangre de su rostro hubiese querido alejarse del contacto con él.

—¡Viktor! —le llamé, para alejar su atención de ella—. ¡Déjala! Estaba bajando para reunirse conmigo.

—Contigo tendré una charla después de que haya hablado con mi pequeña Venus.

No bromeaba, supe que iba a matarla y luego me mataría a mí. Y yo desarmada. Me cagué en todo, pero no pensaba aguardar a que matase a otra persona delante de mis narices por segunda vez en un día. Aprovechando que seguía con su atención centrada en Kat me agaché, cogí el pesado huevo, imitación de Fabergé, del primer escalón en el que me encontraba y lo lancé a su cabeza.

Ya he dicho que mi puntería con armas de fuego era excelente; esperaba ser igual de certera lanzando objetos o la aventura de esa noche se acabaría ahí.

Le di de lleno y entonces ocurrieron varias cosas en rápida sucesión: Viktor, con la cabeza abierta, cayó hacia adelante, empujando a Kat, que gritó al precipitarse ambos escaleras abajo, y en algún lugar del jardín escuché dispararse mi Sig Sauer. Hay dueños de perros capaces de reconocer el ladrido de su mascota entre un millón, yo podía distinguir el sonido de mi arma favorita como si tuviese voz propia.

El anfitrión y Kat, en un revoltillo de brazos, piernas, sangre, huevos decorativos y una bolsa llena de dinero, cayeron a mis pies.

Me desentendí de ella, Viktor aún tenía el arma en la mano, como si la llevara pegada a ella, y no volvería a subestimar la amenaza que suponía. Le pisé la muñeca de la mano armada y ante su amago de incorporarse para agarrarme, alcé el otro pie y lo dejé caer con fuerza sobre su cuello.

Fue una maniobra desesperada, él era mucho más fuerte y si me atrapaba, podía tirarme al suelo. Incluso con la cabeza sangrante y algo conmocionado, seguía siendo peligroso como una víbora enfurecida.

El chasquido de su cuello bajo mi pie me indicó que Viktor ya no se levantaría. Aún a día de hoy no sé si lo hice adrede o movida por el temor a que me matara él a mí. Como quiera que fuera, nunca me arrepentí.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté a Kat, cuya cabeza también sangraba.

—Solo es un golpe.

Le tendí la mano y la ayudé a levantarse. Conservaba la bolsa en bandolera y tenía las pupilas dilatadas por el chute de adrenalina que su organismo le había regalado en un momento de tensión.

—¡Venga, lárgate!

Temía que el disparo hubiese alertado al grupo de asalto y que adelantasen la entrada en la casa. Podían sorprender a Anton en el interior, pero ella debía estar lejos.

Me agaché a coger la pistola todavía aferrada con fuerza a la mano del muerto y la seguí al jardín. Observé que Kat cojeaba un poco, aunque no parecía grave.

—Vete.

La chica me dio un abrazo rápido y se dirigió a la piscina. Yo me encaminé al rincón de fumar de Anton, conecté el auricular para contar las novedades a mis compañeros y me quedé paralizada al ver al hermano de Mihkel muerto con un agujero en la frente.

Percibí una luz parpadeante en lo alto y supuse que era un dron de reconocimiento del equipo. Segundos después, escuché el atronador sonido de mi Sig Sauer, poco antes de que la bala me alcanzara.

Capítulo 24

Carol

Cuando te dedicabas a lo mío, uno de los requisitos indispensables era tener la cabeza dura, por dentro y por fuera.

Por suerte, estaba más que cualificada en ese aspecto, como demostraba el hecho de que me desperté en el hospital con la cabeza vendada y ganas de saber qué había pasado desde mi desconexión. Según la enfermera que revisaba mi vendaje, apenas habían transcurrido cuatro horas desde que me dispararon, lo suficiente para haberme perdido la acción.

—¿Hay algún teléfono que pueda usar?

—De momento, ni teléfono ni televisión —me dijo con severidad y dulzura, una mezcla que solo poseían los sanitarios vocacionales—. Su acompañante volverá enseguida y podrá preguntarle lo que desee.

Mi acompañante regresó en ese momento, descorrió la cortina y pasó sin pedir permiso. Otro comportamiento me hubiera sorprendido en «Lady Halcón», a la que por lo visto no podía quitarme de encima ni con agua caliente.

—Ya me encuentro bien, podemos irnos.

Las dos mujeres se miraron y ambas negaron con la cabeza. La enfermera como diciendo: «esto ya me lo conozco». Mi compañera de plantones, en cambio tenía una expresión de «¿te das cuenta de lo que tengo que aguantar todo el día con esta?».

—Avisaré al médico de que ha despertado —dijo la enfermera, dejándonos a solas.

—Tienes que quedarte hasta mañana en observación, por si surgen contratiempos —me explicó «Lady Halcón» como si fuese una niña—. Has estado inconsciente varias horas.

—Pero me encuentro bien y aquí estoy perdiendo el tiempo.

Ella suspiró y se sentó en una silla de respaldo recto, diseñada para espantar visitas.

—Te han disparado en la cabeza.

¡Vaya noticia! Como si no lo notase. Tenía un dolorcillo tolerable y machacón en el lado derecho del cráneo, así que el disparo solo debía haberme rozado. Veía bien, oía de maravilla y sentía que podía mover piernas y brazos. Para mí era suficiente.

—¿Qué ha pasado con el asalto?

—Ha salido bien, no hemos tenido que lamentar bajas.

—¿Y?

Me alteraba que fuera tan poco proclive a hablar. Igual que cuando estábamos de guardia en el coche. La única ventaja era que aquí no podía poner las noticias a todo volumen para silenciarme.

—Y nada. Cuando te den el alta te enterarás de todo y tendrás que redactar tu informe que, por cierto, estoy deseando leer.

¡Qué cabrona! Ahora me dejaba con la intriga y también con cierta preocupación.

El médico apareció en ese momento para hacerme unas pruebas rutinarias y descartar daños que yo había descartado ya en mi escáner interno. No obstante, pensaba someterme a su chequeo sin poner inconvenientes. Quería salir cuanto antes.

El hombre fue muy amable y me explicó que la herida era más aparatosa que grave. Lo único reseñable era que había perdido mucha sangre, pero como ya en la ambulancia que me

trasladó me habían metido unos chupitos de mi cosecha favorita y otros tantos mientras estaba dormida, pues la cosa quedaría en diez puntos de sutura y en tener que usar gorros una temporada, por coquetería. El consumo de analgésicos quedaba a mi elección.

Escuché fuera a «Lady Halcón» hablando con alguien y cuando el médico se marchó, ella asomó la cabeza e hizo pasar a dos hombres trajeados con corrección y gesto adusto que identifiqué de inmediato como agentes de asuntos internos.

Se detuvieron a los pies de la cama, como si mi cercanía fuese un riesgo para su salud y uno de ellos me explicó que habían abierto una investigación, debido a que en el lugar que estaba siendo procesado en ese momento, habían encontrado varias armas de fuego, una de las cuales estaba registrada a mi nombre.

Ese hecho no tendría mayor importancia si el arma no hubiera servido para matar a dos personas y si hubieran encontrado otras huellas en ella, aparte de las mías.

—Solo queríamos notificarle que se ha abierto una investigación interna en espera de su informe.

¡Pumba! Ahí quedaba la pelota en mi tejado. La agencia quería curarse en salud, por si se me había ido la mano. Y se me había ido, no la mano, sino el pie al cargarme a Viktor Volkov, algo de lo que, por cierto, no me arrepentía.

Se marcharon y «Lady Halcón» se asomó.

—¡Chica, lo tuyo no es pasar desapercibida!

Hice una mueca por el sarcasmo.

—Pero hiciste bien en llevar un arma diferente a la oficial.

—Es... Era mi favorita.

—Me temo que no volverás a verla —aseveró.

—Da lo mismo, ya me haré con otra igual.

—¿Por qué una Sig Sauer? Si no te importa que te pregunte.

—Aprendí con una. Era de mi padre y se la dejó a mi madre para protección de la familia. Ni qué decir tiene que nunca la sacaba de la caja fuerte, le dan miedo. Mi abuelo, sin embargo, cuando supo que me había alistado en el ejército, me enseñó a usarla en el bosque detrás de la casa. Insistió en que me la llevara, pero no quise, era de mi madre.

—Un asunto sentimental, entonces —asintió.

—Y que estaba cómoda con ella.

Sin embargo, «Lady Halcón» llevaba algo de razón. Ciertamente me gustaba el arma, pero había también cierta historia que me predisponía a sentirme arropada con ella, como cuando me encontraba en el bosque con el abuelo. Él se sentaba en un tocón a fumar y corregía mi postura o me hacía alguna observación. Cuando terminaba un cargador, me sentaba a su lado y él me preguntaba sobre los errores que había cometido para no abatir todas las botellas que servían de blanco.

Pensar demasiado mientras disparaba era el mayor de mis errores. Mi atención se dispersaba. Cuando lo corregí, todo fue rodado y el abuelo, poco dado a la cháchara intrascendente, me dio el mayor discurso que le había oído sobre responsabilidad.

Sí. La Sig Sauer era mi arma por muchas razones.

Al ver que me había quedado algo adormilada por la paz que me transmitía el recuerdo de mi familia, «Lady Halcón» se marchó, diciéndome que volvería para llevarme a Nueva York en cuanto me dieran el alta hospitalaria.

El viaje de vuelta a casa resultó tan ameno como todos los que habíamos compartido «Lady Halcón» y yo: la radio a toda pastilla, frustrando cualquier intento mío de entablar conversación.

Mi débil protesta, alegando un dolor de cabeza inexistente, solo sirvió para que bajase el volumen a niveles más soportables para el oído humano. Sin embargo, no me quejé porque tenía que pensar en lo que iba a encontrarme en la oficina, a la que iríamos sin pasar siquiera por mi apartamento, según palabras de mi chófer y compañera forzosa de viaje.

Así que el breve trayecto de Filadelfia a Nueva York lo pasé calculando hasta dónde convenía que contase. Desde luego, omitiría mi escarceo sexual con Mihkel, aunque él tenía que estar detenido y quizá pretendiera usarlo contra mí, pero como no estaba en mis manos lo que hicieran los demás, yo seguiría en mi línea.

Sobre lo que concernía a Kat, tampoco desvelaría que nos conocíamos con anterioridad y que la había ayudado a escapar de la casa. A no ser que la hubieran detenido y ella lo desvelara, cosa que dudaba. Si confiaba en alguien de ese entorno era en ella.

En cuanto a lo de Viktor, había sido en defensa propia.

Creía que lo tenía todo bastante atado porque, incluso con la reprimenda que me caería por el uso de un arma no reglamentaria, hasta el más cuadriculado comprendería que meterse en la boca del lobo con las manos desnudas era un riesgo inasumible.

Por mi parte, yo tenía una curiosidad desmedida por saber quién me había disparado con mi propia arma y había matado a Anton con ella. El dron de vigilancia que había visto poco antes de perder el conocimiento debía haberlo grabado y yo pretendía ver las imágenes, aunque en mi cabeza se perfilaba un ganador de esa carrera.

En su línea de cortesía, a la que ya me había acostumbrado, «Lady Halcón» salió del coche en el aparcamiento y echó a andar hacia el ascensor sin esperarme. Cualquier ilusión de que nuestra dinámica había cambiado, gracias a mi «ascenso», era tan utópica como las promesas sobre la igualdad económica de los políticos.

Alrededor de la gran mesa de la sala de reuniones, aguardaba gran parte del equipo que había participado en la operación. Otros esperaban fuera, incluido mi futuro compañero, Daniel Harris, del que me enamoraría como una colegiala. Pero eso es otra historia que ahora no viene al caso.

Kruger, que era la mandamás en esa reunión, me invitó a tomar asiento frente a ella y «Lady Halcón» cerró la puerta.

—Bien, antes de dedicarnos cada uno a redactar el informe de este caso, quiero proceder a aclarar algunos puntos —dijo Kruger, peinándose con los dedos el cabello corto de su nuca, como si el gesto ayudase a su dicción—. Durante el desarrollo de esta operación, han surgido tropiezos que hemos ido solventando, pero el objetivo final, que era atrapar a Anton Gólubev con ayuda de su hermano, se ha frustrado, debido a su asesinato.

—¿Qué? —interrumpí, pensando que la bala de mi Sig Sauer había afectado mi capacidad de comprensión—. ¿Cómo que atrapar a Anton con ayuda de su hermano?

La agente interrumpida me lanzó una mirada aviesa que a mí me importaba tres cojones. No estaba allí para hacer amigos, sino para enterarme de lo que había pasado durante el asalto y este giro me dejaba como la tonta de la película.

—Atenderé cualquier duda que tengas cuando termine...

—A ver, que no estoy pidiendo la solución de un problema de física cuántica, sino una simple explicación.

—¡Luego!

Fin de la discusión.

¿Os acordáis de la escena en la que Indiana Jones se pega una carrera en el interior de una cueva para no ser arrollado por una roca gigante? Pues todos los presentes estaban corriendo delante de la roca, pero a mí me había aplastado hacía rato, solo que acababa de caer en la cuenta.

Lo urgente, tal como entendí a medida que Kruger exponía la resolución del caso, era justificar la muerte de Anton y, por ende, eximir al FBI de cualquier responsabilidad.

El problema éramos yo y mi Sig Sauer, de cuyo cargador había salido la bala causante del problema.

—Sospechamos de la chica que se fugó por el túnel de emergencia, después de vaciar la caja fuerte de Viktor Volkov, así que nuestra prioridad ahora es buscarla.

Sin poder contenerme, resoplé, ganándome otra miradita especial de la agente al mando Kruger, que seguía mesándose el pelo como si temiese perderlo de repente.

—¿Alguna pregunta? ¿Dudas?

Levanté la mano como una chica aplicada en clase. Fui la única y a la única a la que ignoró la muy cabrona.

Tras un pequeño debate sobre algún detalle que a mí me pareció de lo más tonto, todos salieron contentos, como si hubiesen aprobado un examen sorpresa.

«Lady Halcón» pidió a los que esperaban fuera unos minutos y nos quedamos las tres a solas en la sala.

—Supongo que ya me tocan las explicaciones.

—Necesito un café —dijo Kruger, acercándose a una cafetera cuyo contenido parecía brea.

Levantó la jarra en muda pregunta y negué: mi idea era mantenerme fuera de los hospitales durante el mayor tiempo posible y aquel brebaje tenía pinta de proporcionar una buena ración de úlceras sangrantes al incauto que se le ocurriera probarlo.

Esperé con ilusión (solo un poco, que no soy tan mala) a que Kruger bebiese y terminase retorcida de dolor en su silla por haber sido tan cortante conmigo delante de todos.

—Bien, punto uno: ¿Mihkel estaba trabajando con vosotros? Punto dos: ¿qué hay de las imágenes del dron que había sobre el jardín de la casa en el momento en que me dispararon?

Enumeré lo que se me ocurría de inmediato, para que no se fueran por las ramas.

—Yo estaba vigilando a Mihkel Gólubev cuando me ordenaron llevarte conmigo —dijo «Lady Halcón»—. Según tu expediente, eres muy observadora y convenía que te fijases en él.

—¿Por qué? Según parece ya teníais un trato.

—Debía contactar con Viktor Volkov solo en caso de emergencia y tenía que ser todo casual y justificado —intervino Kruger—. El departamento de crimen organizado estaba vigilando a Volkov y sospechaban que había un topo de la familia entre ellos. Confiábamos en que reconocieras a Mihkel y te pusieras en contacto con la persona adecuada en la agencia, pero fuiste a fijarte en alguien que nos había pasado desapercibido...

—Haberme avisado —refunfuñé, algo picada.

—Casual y justificado, ¿recuerdas?

El tono condescendiente de Kruger me ponía de los nervios.

—Nunca se nos pasó por la cabeza que recurrirías a las redes sociales para que el FBI se fijara en la mujer y, de paso, en Mihkel. Pero vino de maravilla.

—Ya, por lo de casual y justificado, lo pillo.

—Chica, no te lo tomes como una crítica —dijo «Lady Halcón»—. Te desenvolviste muy bien, por eso te dejamos seguir.

Si había querido animarme, consiguió el efecto contrario al llamarme «chica». Sonaba

demasiado condescendiente para mi gusto. Además, ¿dónde había metido a la «Lady Halcón» que conocía? Esta mujer parecía mucho más interesante que la de las guardias eternas. Se había sentado con la soltura del que está acostumbrado a reuniones de equipo en las que se trataban temas peliagudos y parecía encontrarse al nivel de Kruger en cuanto a responsabilidad, por sus palabras.

—Vamos al grano —les pedí—. ¿Qué trato hicieron con Mihkel? Porque hubo un trato importante.

—Su libertad a cambio de que nos entregase a Anton.

—¿Libertad? Me consta que la agente escuchó la conversación que mantuvimos la otra noche. —Señalé a «Lady Halcón»—. Según él, había sido Mihkel el cerebro del atentado y el que le engañó para que pusiera el explosivo.

—Está muerto para desmentirlo y la fiscalía accedió al trato en el que se contemplaba la posibilidad de que pudiera morir al resistirse a ser capturado.

—¿Y también si lo habían asesinado antes? —Alcé una ceja con toda la ironía que pude concentrar en el gesto.

Su falta de respuesta fue contestación suficiente para esa pregunta y para la que no formulé, pero que estaba en la mente de las tres: Anton me había dicho la verdad, por eso su hermano no podía dejar que lo cogieran con vida.

Por otra parte, esa teoría ponía en sus manos mi Sig Sauer, con la que había intentado deshacerse de mí el muy cabrón.

—¿Y qué hay de las imágenes del dron? —pregunté, sin hacerme ilusiones.

—Corruptas —contestó «Lady Halcón» con un deje de rabia en su tono—. El dron solo transmitió interferencias.

—¡Oh, vaya! ¡Qué desafortunada coincidencia!

No pensaba moderarme, me parecía una absoluta cagada.

—Creía que tal vez su pareja de cama hubiera percibido mejor su nivel de culpabilidad.

Y hasta ahí llegó la tregua entre la agente Kruger y yo.

Capítulo 25

Carol

El panorama pintaba fatal, aunque no podía quejarme del todo: el dron no había recibido las imágenes que nos interesaban, pero tampoco las que no me interesaban a mí, como cuando había salido detrás de Kat, que llevaba una bolsa llena de dinero.

Según «Lady Halcón», la caja fuerte de Viktor Volkov contenía, además de dinero, joyas y documentos privados, que se había llevado la fugitiva. Yo me permitía dudarlo. A ella solo le interesaba el dinero en efectivo. Las joyas dejaban rastros y, ¿para qué iba a querer los documentos? Deseaba salir del entorno de la familia, no jugarse la vida chantajeándoles, si es que había material sensible para la familia Novikov.

A no ser...

Odiaba esos «a no ser...» que mi cabeza trazaba en mayúsculas, por si acaso me pasaba desapercibida la duda.

Bien: a no ser que Ekaterina me hubiese tenido tan engañada como me habían tenido Mihkel y el propio FBI.

A esas alturas ya no confiaba ni en mí misma.

—¿Alguna duda más, Haynes? —me preguntó Kruger.

«Uf, si yo te contara...» pensé. Sin embargo, negué con la cabeza, ya iría despejando incógnitas por mi cuenta, porque se había convertido en una necesidad.

—¿Dejamos que entre el resto del equipo? —preguntó «Lady Halcón» de forma retórica, porque estaba ya en la puerta.

El resto del equipo, que llevaba esperando un buen rato fuera de la sala de reuniones, lo componía el informático que me había ayudado a crear una cuenta en la red social, dos mujeres más que se presentaron como coordinadoras de nosequé y mi futuro compañero y amor platónico.

—Daniel Harris, delitos violentos.

—Carol Haynes, novata.

Sonrió y le correspondí.

Debía rondar la cuarentena y poseía atractivo para regalar. Tenía unos ojos grises penetrantes y el cabello oscuro, veteado de canas prematuras en las sienes y una barba corta sin un pelo más largo que otro. Me pregunté qué hacía en el FBI en lugar de estar posando para alguna revista de moda masculina, porque hasta trajeado estaba cañón.

Aquí el inciso: no me gustan los hombres con traje, ni las mujeres tampoco, a la mayoría le quedaba fatal. Y diréis, con toda la razón: pues lo llevas claro trabajando para el FBI. Pues sí.

—Parece que has tenido un percance —dijo él, señalando mi cabeza vendada.

—Es que hoy me apetecía ponerme turbante para destacar.

Kruger cortó el conato de flirteo por mi parte, obligando a tomar asiento a los recién llegados y contándoles parte de lo que habíamos hablado con el grupo mayor.

Su cometido era buscar a Venus, de la que no se sabía su nombre real. Se distribuyeron fotografías tomadas a cierta distancia y con mala resolución.

—¿Puedes proporcionarnos información adicional sobre ella? Mantuvisteis algunos encuentros.

La pregunta de Kruger me sacó un poco de mis ensoñaciones con Daniel Harris, en las que teníamos un encuentro muy subido de tono en el baño de esa misma planta.

—Las dos chicas que se encontraban en casa de Viktor Volkov eran prostitutas. Debían trabajar para la misma familia mafio... —rectifiqué de inmediato ante su mirada acerada. Esa mujer carecía de paciencia, al igual que yo, pero yo era más simpática—. Para la misma familia del crimen organizado de origen ruso que opera en Filadelfia y que tiene sucursales en Atlantic City. Nereida y Venus. Son alias, por supuesto, pero no dieron detalles que puedan servir para localizar a la última.

Después de capear el temporal durante media hora más, Kruger nos despidió a todos, recordándome que hasta que no se cerrara la actual investigación debería mantenerme a disposición de los agentes de asuntos internos y que «Lady Halcón» me acompañaría en todo momento.

Pregunté si «en todo momento» significaba que la tendría metida hasta en mi cama y me despidieron con cajas destempladas. Definitivamente, no estábamos en la misma onda.

—Te estás callando mucho.

Le lancé una mirada interrogante a «Lady Halcón». Estábamos con dos personas más en el ascensor, bajando al garaje.

—Vosotras os estáis callando más. Aún no me ha contado nadie qué pasó cuando el equipo asaltó la casa.

—Ya conoces la historia a grandes rasgos.

—Me gustaría conocerla a pequeños rasgos. Resulta que mi Sig Sauer causó dos muertes y casi la mía. ¿Dónde se encontraba Mihkel? ¿Cuánta resistencia ofrecieron los vigilantes del jardín? ¿Dónde hallaron mi pistola?

Levantó una mano, pidiéndome un poco de paciencia. No era conversación para mantener con oídos ajenos atentos, así que continuó cuando llegamos al garaje.

—Mihkel estaba, según lo acordado, en su habitación. Los vigilantes se rindieron enseguida y nos encontramos todo el pastel nada más pisar el jardín. Tu arma estaba en tu mano.

—Con mis huellas solo.

Ella asintió y abrió el coche con el mando a distancia.

—¿Y nadie logró sumar dos más dos?

—No te ofendas, pero ni somos tan incompetentes y crédulos como parece pensar, ni tú tan lista. Eres joven e impaciente, Carol, las cosas tienen que seguir un orden.

Me extrañé porque nunca se había dirigido a mí llamándome por mi nombre, ni me había dirigido tantas palabras seguidas. Las frases cortas y cortantes eran su fuerte. Y claro que me ofendí, aunque no por las razones que ella creía, sino porque Mihkel quedaría libre.

—Detuvimos a los dos hombres que se rindieron y también a Mihkel al entrar en la casa. A todos se les hizo la prueba de pólvora en las manos para verificar que hubieran disparado un arma. Él no tenía rastros. Ni su ropa. —Se detuvo antes de subir al coche—. Y ya sabemos que para eso están los guantes y que le hubiera sido fácil cambiarse de ropa en los minutos previos al asalto. No obstante, los disparos con tu arma pueden achacarse a cualquiera de los otros dos. No hay ni una prueba contra él —añadió—. Sube, te llevo a casa.

Estuve a punto de decirle que me iría en metro, me apetecía tanto escuchar la radio a todo volumen como que me pegasen otro tiro en la cabeza, pero subí.

Para mi sorpresa, al arrancar fue ella la que acalló la voz insidiosa que salía por los

altavoces.

—Tengo la sensación de que tu relación con esas chicas fue más estrecha de lo que dices, por la declaración de Mihkel, que contó lo ocurrido en el comedor la mañana antes del asalto. Descubriste tu arma para defender a la que Viktor Volkov mató poco después del incidente en el que te desarmaron.

Me fastidiaba mucho tener que cambiar de opinión sobre las personas a las que les había colgado un cartel, pero lo de «Lady Halcón» estaba siendo toda una revelación. Eso sí, el apodo se lo quedaba, resultaba mucho más interesante que su apellido.

—Si insinúas que sé dónde está la fugitiva...

—No insinúo nada. Sé que la ayudaste a salir por donde tenía que haberse marchado con Anton horas después. Estaba allí, esperándolo a él, y la vi irse.

—No la detuviste.

—No.

A ver si iba a tener corazoncito también, después de todo.

—No la detuve y quizá debería haberlo hecho. Declaré que nadie había salido por la abertura de la alcantarilla porque solo me interesaba Anton, pero si se llevó documentación de la caja fuerte, sería interesante encontrarla.

—Yo no sé dónde está, aunque dudo que se llevase ningún documento, solo le interesaba el dinero para empezar una vida nueva lejos de aquí.

—Según Mihkel, Volkov tenía cantidad de documentos en esa caja fuerte —rebatíó.

—Y Mihkel es una fuente muy fiable...

Me lanzó una ojeada, aprovechando un semáforo en rojo.

—¿Sabes lo que dicen sobre las mentiras? —preguntó, aunque no esperó contestación—. Las mejores se sustentan sobre pequeñas verdades. Yo creo que Volkov tenía algo más que dinero y joyas en esa caja.

—Pues si Venus no se los llevó y Mihkel tampoco, solo queda una posibilidad: alguno del equipo de asalto se hizo con los documentos.

Si me decía que no, le arañaría los ojos.

—¿Y cómo sugieres que los sacó? ¿Debajo de la ropa?

Me volví a mirarla. La muy cabrona estaba sonriendo.

—Desconocía tu faceta graciosa —le dije.

—Soy una caja de sorpresas.

Con esa afirmación tenía que estar de acuerdo.

—Pudieron sacarlos con los otros documentos encontrados en su despacho —sugerí—. Kruger dijo que se habían llevado varias cajas con todo lo encontrado en el escritorio y los armarios, que crimen organizado estaba revisando.

—Los de crimen organizado no entraron por lo del topo, así que lo que sugieres es que uno de antiterrorismo pudo llevarse esos papeles, pero a nosotros solo nos interesaba Viktor Volkov por la relación que tenía con los hermanos.

—Escuchaste mi conversación con Anton. Según él, el atentado había servido a los intereses de la familia de Volkov.

—Lo sé. La esposa de uno de los dos candidatos a la fiscalía murió en ese atentado el día anterior a las elecciones, lo que provocó la retirada del candidato por razones personales.

—Luego fue extorsión.

—Pura y dura. Como si hubiésemos vuelto a los años dorados de la mafia italiana —dijo con sorna—. Imagino que como las amenazas no funcionaron, pasaron a la acción y supongo que

los siguientes amenazados serían los tres hijos del matrimonio.

—Así que el actual fiscal de ese distrito...

Ella asintió.

—Prácticamente se ha vuelto intocable. Además, no hay evidencia alguna que pueda ligarlo con el atentado, no tiene relación con Viktor Volkov ni con ninguno de la familia que pudiera contaminar su imagen. Se gastan muchos millones para promocionar a alguien limpio, al que no se le pueda reprochar ni una multa de aparcamiento, porque es una inversión.

—¿Y suponiendo que Volkov tuviera pruebas de esa conexión en su caja fuerte? ¿Cuánto valdría eso?

—Para él sería un riesgo. Las traiciones a la familia se pagan con una muerte lenta y dolorosa.

—A no ser...

Me estaba convirtiendo en una experta en buscar otras posibilidades, pero es que iba como una moto. Los últimos calmantes que me habían chutado en el hospital hacía rato que habían perdido eficacia y, aunque notaba cierto dolor en la herida, me encontraba muy despejada.

—¿Sería una locura suponer que Volkov disponía de un tercero para chantajear al político?

—¿Para conseguir qué? —preguntó «Lady Halcón», alzando una ceja con incredulidad.

—¿Más peso específico en la familia?

—Eso se consigue sirviendo a la familia, no chantajeándola. Con eso solo se ganaría una tumba de cemento.

Pues no se me ocurrían más posibilidades, excepto que Mihkel hubiese mentido sobre la presencia de esos documentos en la caja fuerte.

—Anton dijo que tenía pruebas del contacto de Volkov con el grupo disidente al que pertenecía.

—Pero no te dijo dónde tenía esas pruebas.

Resoplé, lo de llegar a callejones sin salida fastidiaba cualquier nivel de entusiasmo previo.

—Tranquila, buscaremos a la chica y nos aclarará si había documentos de la caja fuerte o Mihkel nos está tomando el pelo también con eso. Todavía podemos retenerlo un día para interrogarle, algo sacaremos.

Yo lo dudaba. Mihkel había jugado muy bien esa partida y había conseguido lo que buscaba: inmunidad por el atentado y cerrarle la boca a los que pudieran contradecir su versión. Tenía, por otra parte, un testigo con credibilidad ante un tribunal, una agente del FBI novata con muchas ganas de probarse y demostrar su valía. Y sin más pruebas que una conversación con Anton, el juez no tendría más remedio que respetar el trato firmado por la fiscalía.

—Descansa, mañana nos veremos en las oficinas —se despidió «Lady Halcón» al dejarme frente al edificio de apartamentos.

Subí al mío y al entrar fue como cuando vuelves de un largo viaje, que, en este caso, solo había durado unos días. Me parecía todo extraño, hasta el olor.

Hubiese dado cualquier cosa por tener una bañera en la que sumergirme, pero me conformé con una ducha y con quitarme por fin el aparatoso turbante de vendas. El médico había dicho que dejara la herida al aire y eso pensaba hacer, aunque durante un tiempo tendría que peinarme con raya a un lado para tapar la brecha y los puntos, que empezaban a tirar.

En la mesita de noche seguía mi teléfono, apagado y cargado. El que había dejado en el motel era el que me había proporcionado el informático de la agencia, con el que había accedido a la red social para subir la foto de la mantis y el amigo terrorista. También parecía que hubieran trascurrido años desde entonces.

Las llamadas habrían ido a mi buzón de voz, excepto las insistentes, que las atendería un agente del FBI para explicar que me pondría en contacto cuando me fuera posible. Eso solo hizo falta en el caso de mi madre, con la que hablaba un día a la semana fijo y ese día lo pasé en la cama con Mihkel.

Encendí el móvil y la llamé para asegurarle que seguía viva y comunicarle que por fin había superado el nivel de novata. Mi madre se alegró, por supuesto, pero su forma de expresar su contento era por la sonrisa que se le traslucía en la voz.

Muchas veces me preguntaba cómo podíamos ser tan distintas. A mí se me notaba el entusiasmo enseguida y si no daba botes de alegría en público, porque una ya está crecida para hacer el ridículo, lo hacía en privado. Me ponía música a todo volumen y me desfogaba durante un rato bailando, gritando y riendo, luego mi parte madura tomaba el control.

Cené los restos del frigorífico que habían sobrevivido a mi ausencia, tiré los que no y me fui a la cama a «meditar» sobre los hechos del día. En medio minuto roncaba como un leño.

Capítulo 26

Carol

Madrugué mucho y me fui a ver a Molina, de crimen organizado, responsable de la investigación de la familia rusa que nos ocupaba, para exponerle mis dudas.

No había empezado a exponérselas cuando se presentó «Lady Halcón» en su despacho, como si hubiera estado espionando mis movimientos.

—Estamos juntas en esto hasta que lo demos por terminado —dijo, sirviéndose un café del termo de Molina como si estuviera en su casa—. Por cierto, buenos días, Frank.

El de crimen organizado le guiñó un ojo y ella se sentó con su vaso de plástico entre las manos. A mí seguía maravillándome esa faceta suya que todos parecían conocer menos yo. Trataba a la gente con familiaridad y era correspondida de la misma forma. No había visto yo eso mientras estuvimos vigilando juntas en el coche. Conmigo había sido borde y desagradable hasta hacerme dudar de querer seguir en la agencia.

—Viktor Volkov —asintió Molina—. Buena pieza. No se conoce su papel en la familia, pero creemos que era una especie de solucionador de problemas. Ignorábamos la presencia de Anton Gólubev en su casa, pero si estaba allí era porque esperaba sacarle rendimiento en algún momento.

—¿Puede ser que lo protegiera por imposición de la familia?

«Lady Halcón» se adelantó a mi pregunta, pero no me importó, solo me interesaba la contestación.

—Lo veo improbable. La familia usa a las personas y luego se deshace de ellas para que no hablen. No corren riesgos innecesarios y más tratándose de un atentado que podría exponerlos.

—Entonces, la explicación que me dio Anton es la más viable: tenía pruebas de su participación en el atentado que podía perjudicarles si se hacía pública —dije yo—. Viktor lo protegía para salvaguardar a la familia.

Molina elevó el pulgar para mostrar su conformidad.

—Esa sería la única razón. Lo sacó del hospital y salvó su vida para evitar que trascendiera la información.

—Pero ahora está muerto ¿qué impedirá que trascienda su seguro de vida? Habría confiado en alguien que publicase las pruebas si moría —alegó mi actual compañera.

—Solo cabe esperar —concordó Molina—. Si organizó algo en torno a eso, pronto lo sabremos.

Le agradecemos su colaboración y nos marchamos derechas al garaje, para variar.

—¿Puedo saber a dónde vamos? ¿No tienes despacho, oficina o algo así? —le pregunté a «Lady Halcón».

—Yo trabajo en la calle y mis informes los mando desde casa. ¿Para qué quiero una silla que calentar en la oficina? Ya hay demasiados que no hacen otra cosa.

Me encantaba esta nueva «Lady Halcón». Me atraía mucho trabajar con aquel adonis personificado que era Daniel Harris, pero en ese momento me sentía muy cercana a la bruja que me había martirizado durante horas y días.

—Oye, ¿con todos los novatos eres tan borde?

—Solo con los que prometen.

Inciso: yo era prometedora, qué duda cabía, además de seguir teniendo la autoestima por las nubes, porque si no creía en mí misma ¿quién lo iba a hacer? Aunque no esperaba que me regalara la oreja. Bueno, sí, pero no. Lo que necesitaba era alguna explicación algo más elaborada por su parte. Me había puteado mucho.

—Mira, chica, soy más vieja que la tos y tengo mis métodos para dilucidar si un novato tiene madera o solo va a ser otro inútil delante de un ordenador. Si vas a ponerte intensa sobre eso, lo dejamos aquí. Nunca he necesitado compañeros para investigar y ahora no va a ser distinto.

Había dos personas en el garaje a punto de coger sus coches que se nos quedaron mirando tras oír su contestación.

—¡Oye, que yo solo me pongo intensa en la cama!

—Es un alivio, las ñoñerías me superan. —Me lanzó las llaves del coche—. Ale, guapa, empieza a ganarte el sueldo que te paga el gobierno y que no da para tener chofer permanente.

—Eso me temía... Por cierto, ¿a qué venían esos paseos por la ciudad al principio de coincidir como compañeras?

—A veces conviene no hacer nada, dejar que los acontecimientos sigan su curso y eso se te daba fatal. Y se te sigue dando mal, por lo que veo. Eres demasiado impaciente.

—Recuerdo que durante las guardias frente a la casa de Mihkel no dejabas de frotarte las manos, me ponías de los nervios, así que no soy la única impaciente.

Me miró como entonces, como si fuera tonta.

—Me dispararon y me recuperé, pero me enganché a los calmantes. Estaba pasando el mono.

Ni por un momento dudé de su sinceridad y sentía haber sacado el tema, que no tenía que ser agradable para ella.

—¿Lo has superado?

—Con ayuda. Acudía a reuniones en cuanto salía del trabajo.

¡No había acertado ni una con ella! Ahora dudaba de que me hubiese ganado ese lugar entre los investigadores.

—Algún día serás una buena agente —dijo, como si me hubiera leído el pensamiento.

—¿Algo más, maestro Yoda?

—Sí, que mires el tráfico o tendremos un accidente.

Que me dejara conducir era todo un avance en nuestra dinámica, y al que no se lo parezca que se baje de la novela, por favor.

—¿A dónde vamos?

Ella puso la radio al volumen acostumbrado, conectó el GPS e introdujo una dirección de Atlantic City en vez de contestar. Yo contuve un resoplido de exasperación: perderíamos todo el día.

Mientras salíamos de la ciudad, me debatía entre contarle que Kat me llamaría o callarme, hacer el viaje en balde y perder todo el día.

A mí me parecía más provechoso centrar nuestros esfuerzos en seguir los pasos de Anton los días previos al atentado del túnel. Si había escondido algo, tenía que ser en un lugar que frecuentase y si se lo había entregado a una persona, tenía que haber ido a visitarla. Por supuesto, todo eran suposiciones, pero prefería eso a perder un día entero y dejar a Mihkel salirse con la suya.

Mi compañera bajó el volumen de repente y dijo:

—Te estás callando algo.

—Eso ya lo comentamos ayer.

—Ayer te lo estabas guardando y hoy también —repitió—. Detente ahí mismo.

Señaló una cafetería, situada en un desvío y publicitada con un gran letrero de neón ahora apagado, pero que por la noche debía parecer a los conductores que se acercaban a Las Vegas.

Ahora sí que resoplé.

—Vamos a perder más tiempo.

—Entonces, empieza a hablar. Te recuerdo que ahora somos compañeras y lo que hagas o dejes de hacer repercute en el trabajo de las dos.

—De acuerdo.

Tomé el desvío para contarle lo de Kat. Se lo resumí, pero no me dejé los detalles importantes.

—Memorizó mi número de teléfono para llamarme.

—Y estás segura de que lo hará...

Asentí.

La verdad es que, pensándolo con frialdad, estaba confiando demasiado en su palabra. ¿Qué le impedía haberse largado ya a la otra punta del país? Nada. Tenía dinero, la familia aún no la buscaba y el FBI desconocía su identidad. Había dispuesto de muchas horas de margen y era espabilada.

«Lady Halcón» pensó lo mismo y lo dijo.

—Voy a responderte de la misma forma en la que lo hiciste tú ayer: tengo la impresión de que hará lo correcto —dije.

—¿A lo correcto te refieres con que irá a buscar a esa niña?

—Creo que lo intentará y me ofrecí a ayudarla.

—¿Y cómo pensabas hacerlo? ¿Entrando en la casa de acogida y llevándotela? ¿Estará registrada acaso?

Debió verme cara de que no había pensado en ello porque meneó la cabeza, suspirando.

—Vamos por partes. Hasta que no te llame, si lo hace, tenemos que seguir con lo nuestro.

—Entonces, ¿volvemos?

—No. Ahora es más importante todavía ir a Atlantic City. Después de saber lo de Volkov, ellos la estarán buscando, pero queremos que sepan que nosotros también. Si sospechan que vigilamos sus negocios con más celo, durante un tiempo se tomarán todo con tranquilidad, incluso la búsqueda de la fugada.

Me gustaba cómo pensaba y, sobre todo, que no diera muestras de encontrarse molesta por haberme callado lo de Kat.

—Cuando sea mayor, quiero ser como tú —le dije.

—Tendrás suerte si eres la mitad de buena.

Ella tampoco iba corta de autoestima y me reí a carcajadas, algo que hubiera creído imposible poco tiempo atrás.

La conversación, que había tenido lugar dentro del coche, terminó cuando «Lady Halcón» me preguntó cómo quería el café y se apeó a buscar las bebidas. ¡En persona! Si me hubieran dicho que la había abducido un ovni y le habían cambiado el cerebro, no me hubiese extrañado tanto.

En cuanto volvió, nos pusimos en marcha y ella volvió a subir el volumen a niveles exasperantes. Lo bajé y le pregunté:

—Esto lo haces para joder, ¿verdad?

—Ponte auriculares —contestó con una carcajada.

Así que sabía reír. A ver si tenía que ir asimilando que lo del ovni no era una idea tan descabellada...

El «negocio» de Andrej Melnikov ocupaba parte de una planta en uno de los hoteles casino de la ciudad, gestionado por la familia a la que pertenecía.

La tapadera era la de un negocio normal de citas telefónicas, con su licencia en orden y sus impuestos al día. Una parte sustancial del mismo estaba dedicado a una agencia de compañía, que hasta disponía de recepcionista.

Andrej debía tener cerca de cincuenta años y era delgado, muy delgado, como si algo lo consumiese por dentro. A mí me hubiese encantado enterarme de que una tenía^[4] le estaba comiendo las entrañas poco a poco, pero sospechaba que la droga era la que no le permitía engordar. Sus pupilas dilatadas indicaban que saldría mal parado en un control. Aun con todo, vestía un traje que le quedaba demasiado holgado, como si lo hubiera comprado antes de que la coca y él hubiesen formalizado su relación.

Salió a nuestro encuentro con la calma del que está acostumbrado a recibir visitas similares.

—¿A qué debo el honor? —preguntó, con una sonrisa amarillenta, que evidenciaba sus malos hábitos sobre higiene dental.

Siempre había odiado a los proxenetas. Sí, odiado era la palabra correcta. Traficaban con personas desesperadas y les arrebataban la dignidad, entregándolas a indeseables como Viktor, para enriquecerse. Si de verdad hubiera justicia en el mundo, deberían encerrarlos con tíos enormes que los violasen cinco veces al día. Esa sería una medida justa.

Mi compañera se adelantó a la contestación desagradable que tenía en la punta de la lengua, mostrándole las credenciales e identificándonos a ambas.

Andrej Melnikov era un jugador profesional de esa liga, se le notaba a la legua la comodidad con la que se movía y nos mostraba la habitación de Venus, previamente registrada por él mismo o por alguno de sus empleados.

Como era de prever, no había nada que nos sirviera para localizar a Kat, aunque Andrej se mostró de lo más complaciente, llevándonos a su despacho en el que tenía una copia del contrato con Venus Smith, trabajadora independiente de veinte años, cuya firma y fotocopia de identificación eran tan falsas como el rostro de preocupación del proxeneta.

—¿Y no la echaron de menos en tantos días? —preguntó «Lady Halcón» por compromiso.

—Las señoritas que se alojan aquí son libres de ir y venir. No es raro que pasen varios días fuera —contestó él con su sonrisa amarillenta, que no había decaído ni un segundo—. Son jóvenes, ya sabe. Conocen al amor de su vida y ya no vuelven.

—¿Ni siquiera a recoger sus efectos personales? —pregunté, con el escepticismo trasluciéndose en mi tono.

—Hay algunas que lo hacen, otras no. Así como hay unas que tienen sus propias casas y solo aparecen para liquidar cuentas a fin de mes por los servicios prestados; en cambio, otras prefieren vivir aquí y ahorrar, como Venus.

—¿Y siempre son tan rápidos en suponer que ya no van a volver? Lo digo porque han vaciado su habitación y según usted, la señorita no ha llamado para darse de baja en el servicio de acompañantes, ¿no?

Mi pregunta no le gustó e inclinó la cabeza sin contestar.

—Por cierto, el cometido de esas señoritas es...

Era una pregunta ingenua por mi parte, lo sé, pero quería escucharlo de sus labios.

—Tenemos clientes que vienen a jugar a la ciudad, algunos de ellos asiduos. A muchos les gusta ir acompañados de una mujer joven y bella, lo contrario de lo que tienen en casa. Además, según ellos, les dan suerte. —Se encogió de hombros en un gesto medido—. Nosotros les proporcionamos compañía, cobramos una tarifa fija y pagamos a las señoritas. Este es un negocio legal.

Por supuesto no iba a confesar que esas acompañantes estaban obligadas a satisfacer cualquier deseo del cliente.

—Cena, casino y copas —enumeró «Lady Halcón», sin inmutarse, en su estilo témpano de hielo, al contrario que yo, que me estaba congestionando y lo notaba.

—Eso es. Cualquier otra relación es cosa de las señoritas y los caballeros con los que salen. Pero si necesitan información adicional, el abogado estará encantado de responder a sus dudas.

Era una despedida o una patada en el culo, según como quisiera interpretarse esa referencia a su abogado, que seguro tenía el guion tan bien aprendido como él.

Me hubiera encantado poder sacarle una foto para pegarla en mi saco de boxeo, aunque disfrutaría mucho más teniéndolo a él de saco, todo hay que decirlo. Le arreglaría la cara, sin coste alguno.

Quizá no hubiésemos impresionado mucho al chulo, pero sí a su personal, que había desaparecido de la vista, incluso la recepcionista. A nadie le apetecía estar en el punto de mira de la policía, no digamos ya del FBI. Muchos suscribían el comentario de un acérrimo detractor de la agencia, al compararnos con el efecto del napalm en la población vietnamita durante la guerra.

Para gustos, los colores. Ya se sabe.

Yo pagaría por poder torturar a Andrej hasta hacerle llorar, grabarlo y enviarlo a cada una de las chicas que habían pasado por sus manos. Arreglar, no hubiese arreglado nada, cierto, pero las satisfacciones se obtenían de pequeñas victorias.

Capítulo 27

Carol

El viaje de vuelta lo hicimos en silencio. En silencio entre nosotras, por supuesto. Los locutores parecían tener siempre noticias en el candelero, aunque esa vez me abstuve de reprochar a «Lady Halcón» la sempiterna cantinela sobre el volumen.

Quizá ella tuviera razón y nuestra visita refrenase las ansias de Andrej de salir a la caza de Kat, ya que no había servido para otra cosa.

Según nos contó Molina esa mañana, la chica era un quebradero de cabeza para la familia. Por una parte, había escapado de sus redes y lo había hecho llevándose el dinero, algo a lo que no le concedían importancia, salvo porque le sería más fácil ocultarse. Lo que les preocupaba era el contenido documental que Viktor Volkov hubiera podido tener en la caja fuerte. Quizá información sensible sobre los negocios familiares. En todo caso, por cualquiera de las dos infracciones, había firmado su sentencia de muerte, pero claro, querían que esos documentos no cayeran en malas manos.

Suponía que cuando decía malas manos, Molina se refería a nosotros, así que me aclaró que nosotros éramos la menor de sus preocupaciones. En cambio, tenían rivales que estarían encantados de ocuparse de sus negocios. En concreto, una familia encabezada por Vladimir «Vova» Kahn, primo disidente de la que nos ocupaba, cuyos negocios empezaban a competir con los suyos.

Molina alzó una ceja cuando le hice la siguiente pregunta:

—¿Y por qué querría guardar esa información Volkov? Era muy arriesgado. Además, nadie nos asegura que contenga lo que estamos suponiendo, es solo la afirmación de un terrorista.

—Llevo dieciséis años dedicado a esto y, créeme, todos quieren cubrirse las espaldas por si caen en desgracia dentro de la familia. En estas componendas no te llevas una reprimenda y un tirón de orejas de propina, aquí terminas bajo tierra. Tener una baza para negociar te puede proporcionar tiempo para desaparecer, porque te van a buscar y te encontrarán, tarde o temprano.

—Entonces, ¿para qué retrasar lo inevitable?

—Porque todos queremos vivir —dijo «Lady Halcón», con el asentimiento de Molina—. Hay pocos que han conseguido escapar a semejantes situaciones, pero los hay.

Aquella conversación me había puesto mal cuerpo. La única manera de que se olvidasen de Kat era demostrando que ella no se había llevado los documentos de la caja fuerte de Viktor. Si se los había llevado...

En todo caso, la única forma de demostrar que no se los había llevado era encontrando al verdadero culpable, algo chungo de verdad por la cantidad de personas que había pasado por la casa de Viktor Volkov después del asalto. No obstante, durante el mismo y según «Lady Halcón», solo Kruger y su compañero entraron para comprobar que estaba despejado, sacar a Mihkel y fotografiar cada habitación, antes de que llegasen los investigadores científicos y empezasen a recoger pruebas.

Mi compañera parecía absorta en sus pensamientos desde que habíamos salido de Atlantic City. Estaba silenciosa, pero no por escuchar las noticias, se encontraba en otro sitio.

—Tengo que volver a la oficina —le dije cuando entramos en Nueva York—. Puedo coger el metro si prefieres dar el día por terminado.

—¿Para qué vas a volver? —preguntó, bajando por fin el volumen de la radio.

—Kruger quiere un informe diario en su mesa. Supongo que para asegurarse de que no se ha equivocado al promocionarme.

—Hoy estará ocupada —repuso ella—. Ya no puede retener a Mihkel más tiempo. Se hará efectivo el acuerdo con la fiscalía.

—Cojonudo.

—Es lo que hay, nos guste más o menos.

—Pues me gusta menos. No sé si Anton mentía o si lo hace su hermano, pero los dos participaron en el atentado del túnel. A mi modo de ver, usar a uno para atrapar a otro fue un error.

—Si cuestionas las decisiones de los jefes, es mejor que vayas preparando tu renuncia.

Lo dicho, quizá hacerme justiciera no resultase tan mala idea. Claro que tenía una pega importante que debía tener en cuenta: los justicieros no cobraban un sueldo y yo tenía la mala costumbre de comer a diario.

Subí a la planta en la que me habían asignado una mesa para que no estuviese todo el día de acá para allá y abrí el documento oficial en el ordenador. «Lady Halcón», que tampoco tenía mesa fija, se instaló en otra vacía cercana a la mía, solo que ella se sentó, encendió su ordenador y se fue a la sala de descanso a por un café.

Kruger apareció por un pasillo lateral, acompañada de un hombre con maletín y traje castaño oscuro. Tenía pinta de abogado de los caros. Se detuvieron a hablar en la puerta de la oficina de la agente al mando y se despidieron al cabo de cinco minutos.

«Lady Halcón» también los había visto desde la puerta de la sala de descanso y me acerqué a por un café y a preguntarle. ¡A chismosa no me ganaba nadie!

—Es el abogado de Mihkel. Eso quiere decir que el trato con la fiscalía es firme y está libre.

Como si lo hubiésemos invocado, el atractivo terrorista se encaminaba a los ascensores, por lo que debía pasar delante de nosotras. Al verme, me dedicó una sonrisa algo maliciosa.

—Aguarda —le dije.

Entré al fondo de la sala de descanso, cogí uno de los recipientes en el que alguno de los compañeros había llevado su comida, ahora vacío, y se lo entregué.

—¿Y esto? —Mihkel frunció el ceño.

—Es para que puedas llevarte todos los dientes, a no ser que borres esa sonrisita de tu cara de gilipollas y te largues de aquí.

Él continuó su camino riendo y a mí se me llevaban los demonios, porque podía haber cumplido mi amenaza de encontrarnos a solas, sin testigos incómodos.

—¡Que te zurzan! —mascullé.

No abro inciso porque a estas alturas ya sabéis que lo es: así como tenía un talento natural para manejar armas de fuego con destreza, a lo que había que añadirle el tiro con huevos de Fabergé, adquirido recientemente, mi rechazazo era demoledor, dada mi constitución. En la academia había descubierto la razón de que muchos compañeros pasaran horas golpeando un saco de boxeo y me entregué a fondo. ¡Mano de santo para soltar presión! Por eso, la amenaza de hacerle saltar los dientes no era vana.

—Fue una mala decisión —comentó «Lady Halcón»—. Aunque reconozco que hubiera hecho lo mismo.

—¿Qué? ¿Acostarme con él? No fue buena decisión, lo reconozco. Y más con lo que sé ahora.

—Él lo hubiera usado en tu contra de haber insistido la fiscalía en vetar el acuerdo previo

que tenían. Por suerte, Mihkel conocía tu condición de agente del FBI, así que vuestro escarceo ha quedado en una mera anécdota.

—Soy fan de los deportes de riesgo.

Qué poco me gustaba que me recordasen mis errores, ¡como si yo no les diese suficientes vueltas! En su momento, no se me ocurrió que pudieran acusarme de coacción, y total ¿para qué? El sexo ni siquiera fue tan memorable.

—Acompáñame —me pidió mi compañera, dejando su vaso de papel a un lado—. Voy a presentarte a alguien.

Ese alguien tenía un despacho dos plantas por encima de la que acabábamos de dejar. «Lady Halcón» saludó a algunos de los agentes que trabajaban en sus mesas y llamó a la puerta.

—Vic, te traigo algo que te va a gustar.

El hombre, sentado tras el escritorio, alzó la mirada y dejó el bolígrafo con el que estaba subrayando algo en un papel. Se encontraba en mangas de camisa, pero enseguida se levantó, cogió la chaqueta colgada en el respaldo de su sillón y se la puso con un movimiento fluido.

—Me alegra que hayas venido a salvarme del terror burocrático. Es lo que peor llevo.

—Eso te pasa por ser jefe.

—Bueno, no seas maleducada y preséntanos.

Mi compañera hizo las presentaciones. Vic McPherson era jefe de los grupos especiales, además de un hombre muy amable, que sabía dar un apretón de manos. Debía tener la edad de «Lady Halcón», lustro arriba, lustro abajo. Con lo de echar años a la gente siempre había sido malísima y no iba a intentar atinar ahora. Pero, al contrario que mi compañera, parecía cuidarse mucho. Vestía de forma impecable y, a pesar de ser un tío grandote, solo se le notaba cierta redondez alrededor de la cintura.

—Sentaos. ¿Un café?

—¿Del bueno o del de las visitas que te quieres quitar de encima a toda costa?

Mi compañera parecía relajada, mucho más de lo que la había visto nunca.

—Para vosotras, del bueno.

Llamó por la línea interna y pidió café para los tres.

—Carol es la novata con la que llevo un año lidiando —dijo ella, como introducción.

Yo debí poner los ojos en blanco porque ¿quién había lidiado con quién? En esa relación, yo había sido la ofendida.

—¿Te das cuenta? —le preguntó a él, que sonreía divertido.

Había vuelto a sentarse en su sillón y atendía a sus explicaciones. En el despacho reinaba un discreto caos de papeles, aunque resultaba acogedor.

—Quería presentártela porque va a dar mucho que hablar y se va a meter en asuntos que le irán grandes. De hecho, ya está en uno de ellos, pero no se trata de eso. Debe saber con quién puede contar si las cosas se tuercen.

—Tu novata es mi novata —contestó McPherson.

—Ya lo sé, pero quiero que ella lo sepa.

—¡Oye, que ya no soy una novata! —protesté.

—Hasta que no lles diez años aquí, no dejarás de serlo —aseveró mi compañera.

—No le hagas caso, no todo es tan malo —intervino él—. Sophy es una alarmista.

Elevé las cejas en muda pregunta. ¿Sophy? ¡No me jodas! ¿«Lady Halcón» se llamaba Sophy? Si hubiese tenido que escoger un nombre para ella, jamás hubiera acertado. Era la Sophia menos Sophia que había conocido nunca.

—¿Qué? —me preguntó Sophy, alias «Lady Halcón», que se había dado cuenta de mi

sorpresa.

—Nada, nada.

—Tú no me llames Sophy —me advirtió.

Me llevé la mano a la sien, en socarrón saludo militar.

Llegaron los cafés y la charla se volvió más ligera. Se olvidaron un poco de mí y lo agradecí.

Poco después, nos despedimos y abandonamos el despacho del jefe de equipos especiales.

—Si no me tienes a mano, siempre podrás acudir a él —me dijo, mientras bajábamos en el ascensor—. Aquí hay mucho politiquero y es necesario que sepas en quién puedes confiar de verdad. Ya te iré presentado a alguna otra persona, pero de Vic McPherson puedes fiarte por completo.

Volvimos a nuestras respectivas mesas y me enfrasqué en el informe, que quería entregar antes de que Kruger se fuera. «Lady Halcón» buscaba algo en su ordenador y, en un momento dado, se levantó, dirigiéndose a la oficina de la responsable y entrando sin pedir permiso.

Ese exceso de confianza pareció molestar a Kruger. Bueno, en honor a la verdad, lo que pareció molestarle fue lo que le dijo mi inestimable compañera de guardias, carente de delicadeza verbal. Mano derecha tenía la justa, todo había que decirlo.

Las vi discutir a través del cristal y hasta pasé cerca a ver si pillaba el motivo, pero nada, así que volví a mi mesa y cuando «Lady Halcón» salió y se marchó de la oficina, me quedé algo confusa, me cambié a la mesa que había abandonado ella y cuyo ordenador seguía encendido y consulté sus últimas búsquedas.

Los terminales se apagaban al cabo de quince minutos si no había movimiento y había que volver a meter la clave. La discusión duró menos, por lo que su clave seguía activa. «Lady Halcón» había estado consultando los informes del día del caso que llevábamos. De las diecisiete personas dedicadas a la investigación, solo había cuatro informes. El mío sería el quinto.

Me pregunté por qué eso había mosqueado a mi compañera.

Luego caí en la cuenta de que la urgencia por buscar a Kat parecía haberse diluido. Solo nosotras nos habíamos dedicado a esa labor. Tres de los agentes habían registrado de nuevo la base desde la que operaba el grupo terrorista, dirigido, en teoría, por Anton, y el cuarto había pasado el día en la sala de pruebas, tomando notas de todo lo hallado en casa de Viktor.

Por tanto, la mitad del equipo había permanecido ocioso.

Una cosa era dividir esfuerzos para buscar pruebas en base a las nuevas pistas, como la conversación que Anton y yo habíamos mantenido y que indicaba la existencia de pruebas sobre la relación del atentado con la familia de Viktor o sobre el paradero de Kat, y otra era tomarse un descanso ahora.

Volví a mi mesa y terminé el informe a toda prisa. Al fin y al cabo, nadie esperaba leer un superventas de mi autoría. Lo adjunté a la documentación del caso y me marché, saludando a alguno que levantó la cabeza de su propio trabajo, tan poco concentrado como había estado yo poco antes.

Salí por la puerta de peatones tras pasar el torno con mi tarjeta. ¿Puedo decir que me encantaba hacerlo? Pues sí, era como proclamar a todos los que andaban por allí y a los que no les importaba un pimiento, que era agente especial del FBI acreditada. Nuestra tarjeta difería en color de la de los que hacían trabajo de oficina y decir que me pavoneaba, llevándola colgada bien a la vista, sería quedarse cortos.

Era probable que en unos meses no me hiciera tanta ilusión, pero en ese momento lo disfrutaba como si fuese una estrella de cine desfilando por la alfombra roja, o como yo me

imaginaba que debía sentirse una.

Me había mirado en la pared cubierta de espejo del ascensor y me pareció que no tenía tan mal aspecto, aunque me sentía rara con el pelo peinado de aquella forma para cubrir la herida y el labio partido, así que decidí tomar una copa en un bar que me gustaba mucho y que frecuentaba menos de lo que hubiera querido. Era demasiado temprano para que estuviera por allí Bruno, uno de los analistas del departamento de delitos violentos, pero le esperaba para decirle que pronto trabajaríamos juntos.

Bruno era un tipo feo a rabiar, pero genial persona, que comprendía mi sentido del humor, lo veía y subía la apuesta.

Cuando estaba a punto de llegar, recibí la llamada de un número desconocido y contesté enseguida. Era Kat. Por fin.

—¿Carol?

—Soy yo. ¿Estás bien?

—Me muero de miedo, pero sigo aquí.

—¿Dónde es aquí? Puedo coger el coche...

—Mejor que no. Por esta zona llamarías la atención de noche y me gustaría quedarme hasta que haya encontrado a la niña. No se me ocurre otro lugar en el que esconderme.

A todo esto, había girado en redondo para volver a las oficinas y al garaje, donde estaba aparcada mi antigualla desteñida.

—De acuerdo, quedamos mañana. Esperaré tu llamada para que me digas dónde tengo que ir.

—Conoces el sitio: el hotel donde casi me detienes. El recepcionista es el mismo de entonces y sobornarlo es fácil, pero no quiero quedarme demasiado.

—No te fíes de él.

—No me fio, tranquila. Hoy he ido a la dirección que me dio Olga y no sé cómo voy a saber qué niña es la suya. Quizá tú...

—¿Qué sabes de ella?

—Solo su fecha de nacimiento, la dirección y el nombre de los padres de acogida que la cuidan.

—Dame esos datos.

Me proporcionó su nombre y su dirección en Brooklyn y le rogué que tuviera cuidado, había mucha gente buscándola.

—No me dejes ver más que lo imprescindible, pierde cuidado. ¿Nos vemos mañana?

Noté el anhelo en su voz. Debía ser terrible estar en su situación, pero estaba viva, cosa que Olga no podía decir.

—Lláname.

Subí a la planta que ya conocía, saqué un refresco de la máquina del pasillo y me asomé a la sala en la que trabajaba Devlin con una sonrisa y la lata en alto.

Capítulo 28

Carol

Hubiese podido acceder a la información por mi cuenta, pero no tenía razón alguna para hacerlo sin dar explicaciones.

—¿Qué pasa, infiltrada novata? ¿Ya te has cansado de las correrías del trabajo de campo?

Devlin abrió la lata de refresco con maestría y se tragó el contenido casi del tirón. Luego, eructó sin intentar disimularlo, ganándose el abucheo de dos de sus compañeros, a los que dedicó un saludo con el dedo medio alzado en su puño cerrado.

—Es un asunto delicado —dije, refiriéndome a sus compañeros, que tenían un ojo puesto en su trabajo y el otro en nosotros.

—A ver, me quedan... —Consultó una de sus pantallas—. Dieciséis minutos. Si me esperas delante de los ascensores, te doy el tiempo que me cueste llegar al coche para que me lo cuentes y me convenzas de volver a ayudarte.

—¡Te he traído un refresco! —protesté.

—Tengo alma de camello: te invito al primer viaje y te engancho. Luego te diré mi precio, si es que me interesa.

—Eres una rata.

—No eres la primera que me lo dice.

A pesar de que podía parecer una negociación, sabía que no lo era. Devlin iba de tío duro y le salía solo regular. Según «Lady Halcón», desde que le habían encargado las comunicaciones del equipo mientras estuve con Mihkel, dormía en la furgoneta habilitada que nos seguía y solo horas sueltas.

Terminé el relato justo delante de su coche, y fui sincera. Le conté incluso que había sido en parte responsable de la muerte de Olga y quería librar a su hija de una suerte parecida.

Devlin, solo un poco más alto que yo, me miró a los ojos.

—Me dices que la chica, contra la que hay una orden de búsqueda, se quiere llevar lejos a esa niña para que no sea otra víctima, como ella y su madre. Eso es secuestro.

—Las dos merecen otra oportunidad —afirmé.

—Sube.

—¿Qué?

—Sube al coche, no vamos a ir en procesión.

—¿Para ir a dónde?

—¿Quieres ayuda o me voy a cenar tranquilamente con mi familia? —preguntó.

Subí al asiento del copiloto y él arrancó.

Aquí tengo que hacer uno de mis famosos incisos: el interior del coche de Devlin era como el de la *SS Enterprise*, la nave de *Star Trek*. Si hubiésemos despegado en vez de arrancado, no me hubiera extrañado lo más mínimo. Luces y conmutadores competían por el espacio, los asientos se adaptaban a tu cuerpo y los cinturones de seguridad se ajustaban solos. Comparado con mi coche viejo y deslucido, el vehículo reflejaba el salto evolutivo de la tecnología en el último cuarto de siglo. El mío lo más moderno que tenía era la polarización en el espejo retrovisor, si es que encontraba la pestaña para cambiarlo cuando lo necesitaba, y en el panel de mandos la única luz parpadeante era la del combustible, porque demoraba demasiado las visitas a

la gasolinera.

Mientras salíamos del garaje, pulsó un botón del volante y su esposa contestó a la llamada con voz cantarina.

—Cariño, me llevo trabajo a casa. ¿Quieres que pase a por algo para cenar?

—Tráete a ti mismo y ya cenaremos cuando termine contigo.

Devlin carraspeó y me miró sonriente.

—El trabajo que llevo a casa es una agente novata con un problema gordo. ¿Tenemos algo para darle de cenar o le digo que se coja un perrito caliente de camino?

Su mujer soltó una carcajada.

—Estás con el manos libres y nos está oyendo, ¿verdad?

—Afirmativo —contesté yo—. Soy Carol y prometo que entretendré a tu marido el menor tiempo posible.

Resultó que el friki informático vivía en un pisazo del carajo en la 74 con Broadway, tenía una esposa simpática, además de guapísima, y dos niños pequeños que le adoraban. Las personas no dejaban de sorprenderme.

—Eres la chica del trabajo de estos días atrás, ¿no?

Kim me había invitado a pasar a su casa después de darme un beso en la mejilla. Tenía esa hermosura de las mujeres después de ser madres, cuando las curvas se definían y destilaban luz por cada poro de su cuerpo.

Ahora que lo pensaba, nunca había percibido semejantes cambios en mi hermana después de tener a sus hijos o quizá ni me había fijado. Tenía que ser más observadora con los míos.

Los pequeños de la pareja, el menor de los cuales gateaba, se lanzaron en brazos de su padre y él los acompañó a sus camas. Kim me llevó a la cocina.

—Prefiero que termine su jornada y vuelva a casa —dijo, mientras me pasaba los platos para que pusiera en la barra en la que cenaríamos—, pero entiendo que a veces surgen emergencias.

—Si pudiera hacerlo sola, no hubiese recurrido a él —aseguré—. Hay niños que corren peligro, igual que una chica muy valiente, pero con poca suerte en la vida.

Y así, sin proponérmelo, me encontré contándole a Kim toda la historia. Para ser algo que debería permanecer en secreto, se me estaba dando bastante mal.

—Si necesitas refuerzos, mi cuñado es agente del FBI también, trabaja con los grupos especiales y siempre está para echar una mano.

—No quiero meter en esto a nadie más —le dije.

—Pues no sé si será posible. Acaba de llegar y es muy curioso: si no le cuentas tú esto, se lo contará Dev. Mi marido es incapaz de negarle nada.

Debía tener un oído extraordinario porque yo no había escuchado la puerta, pero sí la voz que saludaba desde la entrada:

—¡Hola, familia política!

El tío que asomó a la cocina podía haber salido de mis sueños más tórridos. Si Mihkel me había parecido que estaba buenorro, este era GUAPO, con mayúsculas, negrita, doble exclamación y subrayado varias veces.

¡Joder con el cuñado!

—¡Anda, si tenéis compañía! ¿Molesto?

A mí lo único que me molestaba era saber que estaba casado, como proclamaba el anillo que llevaba en el dedo.

Kim hizo las presentaciones y yo prometí no volver a lavarme jamás la mano que me había

estrechado Josh Carter. Por lo visto, estaba casado con la hermana de ella y vivían en el piso inferior, así que moverse de una casa a otra era tan natural para la familia como para mí rascarme cuando me picaba.

—Carol está con un tema delicado y necesita la ayuda de Dev —explicó Kim.

—Delicado y que quieres ocultar al FBI, de lo contrario no estarías aquí —sugirió él—. Dev no suele traerse trabajo a casa.

Guapo y espabilado. En fin, mejor que me centrara o empezaría a babear, quedando como una loca.

Dev se unió a nosotros y cenamos los cuatro en la cocina, mientras le contaba al agente especial el tema en el que andaba metida y mi propósito de quitármelo de encima cuanto antes.

Demasiada gente estaba al tanto de mi propósito de ayudar a Kat y a la hija de Olga, entre ellas, «Lady Halcón», que me llamó cuando estábamos a punto de terminar la cena para preguntarme si había recibido noticias de la muchacha. Le mentí. Necesitaba centrarme; ya se lo contaría en persona al día siguiente. Ella se había largado sin despedirse, así que tendría que esperar.

—Conozco casos así, que han salido a la luz por otras investigaciones en las que se toparon con semejante despropósito —dijo Josh—. Esos niños están fuera de cualquier control, no existen para el sistema, no hay forma de detectarlos y, por tanto, de librarlos del futuro que les espera.

—Según la chica a la que estoy ayudando, las que interesan son las niñas, que sustituyan a sus madres en los prostíbulos cuando crecen.

Josh negó con la cabeza.

—Tanto los niños como las niñas son un negocio de lo más lucrativo. Sirven para chantajear a los padres, pero hay un mercado en alza para ambos sexos, que empieza mucho antes de que los niños alcancen la edad de entrar en la dinámica de la venta por horas. ¿Crees que van a desaprovecharlo?

—¿Pederastas?

—Hay subastas en la red. Dev lo sabe muy bien, ha podido rastrear una cuantas.

El interpelado asintió, torciendo el gesto.

—Y el mercado está en alza —confirmó.

Kim y yo debimos dejar traslucir el horror en nuestras expresiones, porque Josh continuó, frotándose las manos:

—¡Venga! Entonces, ¿a quién vamos a aplastarle la cara contra el suelo? Porque me apunto, por si no ha quedado claro.

A pesar de la gravedad del asunto que estábamos tratando, a mí debían salirme corazoncitos por los ojos. ¿Por qué no tenía a un hombre así en mi vida y en mi cama?

Devlin y Josh se levantaron para ir a la habitación en la que el primero tenía sus trastos de trabajo, léase ordenadores, y Kim me soltó un codazo para hacerme volver a la realidad.

—Sé lo que estás pensando: mi cuñado está como un queso, pero solo tiene ojos para mi hermana, Charlie, que tiene un genio de todos los demonios —me señaló su nariz torcida.

Debí ponerme colorada como una amapola porque soltó una carcajada divertida.

—¿Eso te lo hizo tu hermana?

—Es una larga historia. Igual te la cuento un día si vienes a tomar un café sin prisa.

Kim era simpática, por lo que no deseché la invitación. Pero ahora, estaba en lo que estaba y me reuní con ellos para pasar a lo importante.

El informático obró su magia y me presentó a los Orlov, un matrimonio de origen

bielorruso, que llevaba en el programa de acogida más de veinte años. Ambos superaban la cincuentena y tenían gran reputación en los Servicios Sociales, que desconocían su doble contabilidad en cuanto a niños.

Los Orlov tenían niños de acogida legales, conviviendo con otros que no habían sido registrados siquiera al nacer. Y no eran los únicos, por lo visto. Desde hacía unos años habían descubierto y clausurado varios hogares de acogida similares, pero las oficinas de protección al menor estaban desbordadas y preferían tener a un puñado de niños colocados a meterlos de nuevo en el sistema, sumados a los recién aparecidos.

La omisión por comodidad administrativa era un salvoconducto para esa gente que, según Kat, cuidaban de los bebés hasta que podían darles uso.

—Si no están en ningún registro, ¿cómo voy a saber a qué niña buscamos? —me desesperé.

Devlin negó con la cabeza.

—En eso no puedo ayudarte, lo siento.

Más lo sentía yo. Aquel maldito lío cada vez se embrollaba más y mi promesa de ayuda a Kat empezaba a perder fuelle.

Josh me dio su número de teléfono.

—Lláname cuando vayáis a por la niña. Mi compañero y yo estaremos cerca para daros cobertura y para asegurarnos de que todos los niños sigan en la casa hasta que se haga cargo la agencia de protección del menor.

Me despedí de ellos agradecida y negándome a su ofrecimiento de llevarme de vuelta a Federal Plaza, donde estaba mi coche. Estaba más cerca de mi casa y prefería coger un taxi.

En lugar de eso, caminé. Me ayudaba a pensar y tenía que darle vueltas al problema de la identidad de la niña. Con un poco de suerte, habría solo una niña de alrededor de dos años, pero no podía contar con eso. La suerte y yo jugábamos en equipos distintos.

Tras recorrer varias manzanas sin encontrar una salida, me arriesgué a llamar a «Lady Halcón». Vista su experiencia, que no hubiera creído en otro momento, quizá se le ocurriera algo mejor que poner a los padres de acogida el cañón de la pistola en la boca para hacerles hablar. A mí me parecía la única solución.

O convencer a Kat para que se largase bien lejos sola, algo que se me atragantaba a mí también.

Vale que no estaba en mi mano solucionar todas las injusticias que veía a lo largo del día, pero me tomaba muy en serio mi cometido como agente de la ley y el destino de esa niña desconocida me perseguiría el resto de mi vida.

Mi madre tenía razón al llamarme cabezota y obstinada.

Le conté por encima el asunto a «Lady Halcón». Mi intención era que pensara en ello y lo hablásemos por la mañana.

—¿Estás en casa? —me preguntó.

—¡Qué va! Estoy en la calle, pensando.

—Eres muy rara.

—Me lo dicen mucho —dije, con fastidio.

—Tengo delante una botella de whisky, por si quieres ayudarme a terminarla.

—Eso son palabras mayores. Mis resacas son malísimas y mañana debería estar en forma.

Me dio una dirección y prometí acudir, aunque no pensaba tomar más de un par de copas. Era cierto que quería la cabeza despejada. Lo de la niña estaba sobre la mesa y era urgente solucionarlo de una forma u otra para que Kat saliera de mi vida de una vez.

Para mi sorpresa, la dirección no era la de su casa, sino la de un bar rarísimo en la 11 este

con Bleecker. La decoración consistía en una mezcla de taberna tradicional con toques creativos al gusto de la dueña, Debra. «Lady Halcón» me la presentó en cuanto se acercó a la mesa apartada, en la que me senté con mi compañera, para preguntarme qué quería tomar.

—Lo mismo que ella estará bien, gracias —le dije, y cuando se alejó bajé la voz—. No sé si deberíamos hablar aquí de estas cuestiones, son delicadas y yo pensaba que estabas en tu casa.

—Beber en casa es para alcohólicos —sentenció, antes de soltar una carcajada por mi cara de pasmo.

De verdad que no podía haberme equivocado más con ella.

—Tranquila, este es un bar para parroquianos habituales, ya ves que hay muy poca gente y no va a oírnos nadie. Además, Debra es la pareja de Vic McPherson, al que igual tenemos que recurrir para decantar el *statu quo* en el que nos encontramos.

—¿Es sensato meter en este lío a más gente?

¿Lo había preguntado yo, que acababa de decírselo a tres personas ajenas al asunto? No me contestéis, ya me callo.

La dueña del local se acercó con un vaso para mí y mi compañera le preguntó por Vic.

—Vendrá luego a recogerme. ¿Lo necesitas para algo?

—Quizá.

Cuando nos quedamos solas, le pedí explicaciones.

—Debra es igual de discreta que Vic, no seríamos amigas de lo contrario. Y a él lo necesitaremos para lo que tengo en mente —contestó—. ¡A ver si crees que eres la única que se salta las reglas cuando la ocasión lo requiere!

—¡Pues no me pasabas una cuando estábamos de vigilancia!

—Puedes llegar a ser una agente muy buena, Carol. Eres observadora, voluntariosa y protectora. Lo único que te falta es trabajar la paciencia. Las horas de plantón, además de para vigilar, servían para dominar esa necesidad de echar a correr que tienen todos los agentes nuevos. Yo también la sufrí.

—¡Nadie lo diría! Parecía muy a gusto perdiendo el tiempo.

Su boca de labios finos esbozó un amago de sonrisa, acentuando sus patas de gallo y confiriéndole cierto atractivo que nunca había percibido en ella.

El inciso que estabais esperando: a medida que me hacía mayor, las personas me sorprendían más. La que nunca me había dado sorpresas era mi hermana, era tan tonta con treinta años como con quince. Estuvo una temporada dándome el follón con la frase de un libro de temática erótica solo para sacarme de mis casillas, aludiendo en todo momento «a la diosa que todas llevábamos dentro». A ver, quitando las connotaciones sexuales implícitas y que ella debía llevar a la diosa más pelma en su interior, estaba de acuerdo en que los entresijos de cada persona podían ser fascinantes, aunque a veces no te sorprendían ni un poquito. A Viktor lo había calado enseguida como uno de «lo que ves es lo que hay»; no así a Mihkel. En cuanto a «Lady Halcón», ya sabéis.

—Por cierto, esa chica debería estar muy lejos. Cada minuto en la ciudad la coloca un minuto más cerca del hijoputa de Andrej Melnikov —dijo mi compañera, apurando su vaso de un trago.

—Le prometió a la otra chica cuidar de su hija y quiere cumplir su palabra. Dejarla donde está es condenarla a ...

—¡Pamplinas de crías! —masculló.

—Pues yo lo veo muy valiente. Esa niña terminará en un prostíbulo, como ellas.

—Tú también eres muy joven. Las dos necesitáis una dosis de realidad, pero ya iréis

aprendiendo.

—¿A ser como tú? —rezongué, tomando un sorbo.

Me fastidiaba que sacaran mi juventud a relucir como si fuera una debilidad.

—Espero que no, a mí me costó mucho aprender. Me costó mi matrimonio y mucho más de lo que podré recuperar. En nuestro caso, el trabajo es absorbente, pero no lo antepongas a todo, porque entonces sí que te convertirás en mí y terminarás todas las noches en un lugar como este para sentirte acompañada.

No había esperado esa contestación. Me quedé sin saber qué decir y eso era raro en mí.

«Lady Halcón» sirvió en ambos vasos y brindó, chocando el suyo con el mío.

—¿Ves? Eres demasiado impresionable —rio.

Por alguna razón pretendía quitarle hierro al asunto y no me lo creí. Siempre me había parecido huraña, pero quizá no era antipatía, sino tristeza lo que destilaba.

—Venga, cuéntame con detenimiento todo lo que sabes de esa chica...

—Ekaterina.

—Ekaterina. Y lo que pasó en casa de Volkov. Si te callas los detalles, no puedo comprender a qué viene tanto alboroto.

El alcohol y las ganas de desahogarme me impelieron a no dejarme nada, ni siquiera que había disparado al cuerpo de Olga y que ese acto, que había silenciado en mi informe, junto con la sesión de cama con Mihkel, me pesaba más de lo esperado.

—Estaba muerta y no podías hacer otra cosa para no ser la siguiente. Volkov era un sádico y cuando esas chicas cayeron en sus manos, su futuro era bastante predecible. Ellas lo sabían porque esas cosas se saben.

—Tendríamos que haberlo detenido.

Seguir por esos derroteros no era conveniente o me pondría a llorar y no estaba yo para perder más puntos.

—¿Cómo? La ley es muy clara a ese respecto y él sabía que nadie de su entorno hablaría, porque los había convertido en cómplices. Además, sin cuerpo ni testigos no hay crimen. Pero comprendo que te sientas responsable.

—No estuve a la altura de lo que se esperaba de mí.

—Solo tú esperabas tanto y superaste las expectativas de Kruger, que nunca pensó que estuvieses preparada, a pesar de mi valoración sobre tus capacidades.

Me quedé con la boca abierta, tan sorprendida que era incapaz de agradecersele. ¿De verdad había tenido tanta confianza en mí? Quizá fuese el alcohol, pero tenía ganas de abrazarla.

—¡Joder, todo el día rodeado de agentes y llego aquí y hay más! ¿Acaso os multiplicáis?

La voz a mi espalda me hizo dar un respingo.

Capítulo 29

Carol

—¡Anda, mira lo que ha traído el gato! —exclamó mi compañera con una sonrisa resplandeciente, como si hubiera un foco iluminando su rostro.

El recién llegado se sentó a la mesa después de desabotonarse la chaqueta del traje.

—Me alegro de verte por aquí, Carol. Con suerte, se te pegarán las buenas costumbres de Sophy. Por cierto, ¿qué celebramos?

A mí lo de Sophy todavía me hacía gracia. Imposible conciliar a mi compañera con ese nombre.

—Que por fin vas a tener que sacar el culo de tu oficina, si es que no estás demasiado oxidado.

Debra se acercó con un vaso, que colocó delante del recién llegado e, inclinándose un poco, le dio un beso en los labios.

—Estás más guapa que esta mañana ¿cómo es posible? —le dijo él cuando se separaron—. Tenemos que vernos más a menudo para no asombrarme todas las noches por la suerte que tengo.

Ella se alejó hacia la barra riendo y yo me enamoré de la pareja. Parecían tan felices que daban envidia. Entonces me di cuenta de que no era la única que lo pensaba. Mi compañera parecía estar haciendo un gran esfuerzo para seguir sonriendo.

Soy cotilla, lo confieso. Siempre me ha parecido un buen rasgo, en especial si te dedicabas a lo que yo, pero en ese momento tuve una clara percepción de que para «Lady Halcón», Vic no era solo un amigo, que ella hubiese deseado que fuera algo más, aunque vista su relación con Debra, eso no pasaba de ser un deseo.

Dejé que ella se lo contara porque yo empezaba a estar un poco amodorrada por el alcohol y por el cansancio.

—Me suena lo que dices. Hace un momento, Josh me ha llamado para consultarme...

«Lady Halcón» se giró para mirarme.

—¿Has hablado de esto con Josh Carter? —me preguntó—. ¿Cuándo?

—El informático al que le pedí ayuda con las redes sociales me iba a echar una mano también con esto y me ha invitado a su casa para no dejar rastro de la consulta en la agencia.

McPherson soltó una carcajada.

—¡Hay que joderse lo pequeño que es el mundo!

—Supongo que Josh Carter trabaja en tu división —adiviné.

Acababa de caer en la cuenta de que Vic McPherson era el jefe de los equipos especiales.

Si cuando yo decía que estaba espesa...

—Josh trabaja conmigo y, además, somos amigos, por eso me ha consultado sobre las repercusiones para la división, de descubrirse que estaba metido en un asunto ajeno a la misma.

—Oye, que yo solo he ido a pedirle a Devlin alguna información sobre esos padres de acogida —me defendí.

—Ya, pero Josh, igual que tú, según Sophy, tiene una rara habilidad para meter la cabeza en asuntos peliagudos.

El jefe de la división de equipos especiales se inclinó hacia adelante y me guiñó un ojo.

—¡Pero oye, eso que adelantamos! —continuó—. Ya no tengo que preguntarle si quiere echar una mano con esto, así que pasemos a la parte práctica. Lo único fiable para dar con la niña sería haciéndole una prueba de ADN. Según creo, están con la autopsia de la madre.

—Si tuviésemos una semana o más y acceso al ADN de las niñas de la casa de acogida... —rebatí «Lady Halcón».

Vic McPherson se recostó en su silla.

—¿Tienes otra cosa en mente? —le preguntó.

—Extorsionarlos.

Me despejé de golpe.

—¿Cómo? —pregunté.

—Déjalo de nuestra cuenta y vete a dormir, pareces cansada.

Mi compañera parecía más animada que antes y me pregunté si la presencia del hombre no tendría ese efecto en ella, pero ¿quién era yo para juzgar?

Pedí un Uber y los dejé tramando lo que fuera. Yo necesitaba un analgésico y dormir varias horas o al día siguiente iría desmayándome por las esquinas. Pretendía estar en forma, pero la pulsión en la brecha de mi cabeza me avisaba de que era hora de medicarse. Además, el brillo en los ojos de mi compañera me indicaba que yo había dejado de existir para ella, así que retirarme a descansar era la mejor opción.

¿Qué decía antes sobre lo de que el interior de las personas era una incógnita? Pues eso. Acababa de descubrir que «Lady Halcón» tenía su corazoncito, aunque herido de gravedad.

Kat estaba nerviosa. Me despertó antes que la alarma del teléfono, con cierta ansiedad en la voz.

Me duché, me vestí, e iba a desayunar cuando recibí la llamada de «Lady Halcón» para avisarme de que me esperaba en la puerta de los apartamentos.

—Baja, tengo *bagels* de jamón y café caliente.

—¿Acaso has puesto una cámara en mi casa?

—Te leo la mente. Baja, anda.

Además del desayuno, me tendió una caja.

—¿Qué es?

—Joder, no recibes muchos regalos, ¿verdad? Ábrela.

La caja contenía una Sig Sauer plateada, idéntica a la mía, pero nueva. Olía a aceite y su tacto era suave.

—Está registrada a tu nombre, así que no te metas en líos con ella —dijo mientras arrancaba.

Debí balbucear para darle las gracias, porque ni yo misma me creía que semejante detalle hubiera partido de ella.

—Me pareció, por lo que contaste, que tienes buena relación con este tipo de arma. Cada uno tenemos nuestro gusto y sé que la seguridad depende de nuestras preferencias personales. Yo llevo una Smith & Wesson como arma principal. Es más vieja que yo y confío en ella más que en la reglamentaria.

—Pero...

—Ya, te dijeron que te la devolverían cuando terminase la investigación. Eso quiere decir que no volverás a verla. La habrán medido, pesado, le habrán sacado huellas, hecho un informe balístico exhaustivo, pero no te la devolverán. Lo sé por experiencia.

En ese momento se convirtió en mi compañera de verdad, a la que no cambiaría por aquel bombón que me habían asignado.

—Te agradezco el detalle y no te doy un beso porque te lo tomarías a mal.

—Ya te digo. Pásame un *bagel*, me muero de hambre.

Cogí uno con una servilleta y se lo di. Le hubiera dado mi alma en ese momento.

Yo no desayuné más que unos sorbos de café; estuve bastante ocupada rellenando los dos cargadores con las balas que adjuntaba el paquete y acariciando a mi nueva amiga, cuyo tacto me resultaba familiar y tranquilizador. Cualquiera diría que un arma es un arma. Pues no. Cualquier profesional que tenga que usar herramientas para su trabajo tiene una favorita. La mía era la Sig Sauer. Me sentía cómoda con ella.

«Lady Halcón» y yo nos presentamos en la sala donde Kruger repartiría los trabajos diarios al equipo. Solo nosotras nos encargaríamos de buscar a Venus, igual que el día anterior, y teníamos un tope de plazo, que expiraría junto con la presente jornada laboral. Tras la muerte de Anton y la puesta en libertad de Mihkel, el caso se daría por cerrado en cuanto los últimos informes se metieran en el sistema.

Puesto que era probable que los documentos sustraídos de la caja fuerte de Viktor tuviesen que ver con la familia que investigaba el equipo de crimen organizado, ellos se encargarían de buscarlos. Eso era todo.

Hasta cierto punto era lógico, aunque mi compañera no lo veía tan claro, según pude adivinar por la cara de vinagre con la que abandonó la sala.

Corrí tras ella. Para ser tan fornida, se movía con rapidez y me costó alcanzarla.

—¿Se puede saber a dónde vas? Hemos quedado con Kat.

—Espérame en el garaje, te alcanzaré en unos minutos.

Me dejó plantada la muy simpática.

Al final, tardó casi media hora y yo me comía los puños. Esperar se me daba fatal.

—Debía de ser un apretón de los buenos.

Ella me miró y soltó una carcajada.

—Yo vengo a trabajar sin deberes pendientes —contestó.

—Entonces, ¿qué has ido a hacer?

—Asegurarme de que todo está bien por aquí.

—Preferiría jugar a las adivinanzas en otro momento.

—Esperemos a ver qué tiene que decirnos Ekaterina.

Tenía cara de que, por mucha que fuera mi insistencia, se explicaría cuando le diera la gana. Al igual que yo, respondía mal a la presión, así que lo dejé estar, pero no pensaba olvidarlo.

Aún nos entretuvimos casi hora y media más en una cita preparada por mi compañera, en la que tuvimos que esperar para recoger dos pasaportes recién sacados del horno, una partida de nacimiento y documentos de identidad para Kat.

—No llegarán muy lejos sin documentos —dijo.

Volvimos al coche, ella caminando de forma enérgica, para variar, y yo detrás, conteniendo las ganas de darle un abrazo y recriminándome por haber creído que era una hija de puta insensible. Había pensado en todo y debía haber pensado mucho en Kat y la niña para haberse molestado en conseguir documentación para las dos. Y pagarla de su bolsillo.

Llamé a Kat cuando estábamos cerca del hotel para que saliera. La recogeríamos en la esquina, lejos de ojos indiscretos y le presenté a «Lady Halcón»:

—La agente Sophia Fogel.

Mi compañera, girada en el asiento para ver a la recién llegada, instalada en el de atrás, me

lanzó una mirada asesina y yo le devolví una sonrisa de cocodrilo.

—Encantada... —dijo Kat.

—A ver, muchacha, ¿qué te llevaste de la caja fuerte?

Kat me miró alarmada y sujetó con más fuerza la bolsa de la que nunca se separaba y que reconocí al instante.

—Lo tuyo es mano izquierda y lo demás tonterías —le recriminé a mi compañera.

—Necesito saberlo porque si me confundo en mis suposiciones, terminaré teniendo que esconderme como ella y ya estoy mayor para andarme con tonterías —me dijo, y luego se volvió de nuevo hacia Ekaterina—. Responde.

—Dinero.

—¿Qué había en la caja fuerte?

—Joyas en cajas y varias carpetas. Pero solo me llevé el dinero. Las joyas hay que empeñarlas y en las casas de empeño hay cámaras. Los papeles no me interesaban.

—¡Te lo dije! —exclamé.

Me encantaba tener razón.

—Toma. —Mi compañera le alargó los documentos por encima del hombro y yo me carcajeé porque no me engañaba su frialdad—. Me debes setecientos pavos.

Cruzamos el puente para llegar a Brooklyn sin demora. El tráfico para salir de Manhattan era mucho más fluido que para entrar y el GPS de «Lady Halcón» estaba calibrado para buscar rutas alternativas y evitar atascos en vías principales.

En el asiento de atrás, Kat había abierto la bolsa y contaba el dinero, con el rostro algo congestionado por los nervios.

—Deja eso para luego, muchacha —dijo mi compañera—. No pienso ir por ahí con tanto dinero encima. A ver si crees que soy tan inconsciente como tú.

—Cuando sea mayor... —empecé a decir y ella me cortó con una mirada airada.

—Tú no llegarás a mayor si no espabilas —sentenció.

En ese momento decidí que, aunque me apeteciera un montón trabajar con Daniel Harris, tocaría todas las teclas posibles para quedarme con «Lady Halcón». Y yo podía ser muy insistente y pesada si se daba la ocasión.

La casa que buscábamos estaba en la avenida Dumont, en la frontera entre Brooklyn y Queens. Tenía dos plantas y se encontraba al extremo de un grupo de adosados familiares con un pequeño jardín en la entrada y otro más amplio en la parte trasera.

Pasamos por delante para echar un vistazo. Habían unido dos casas para convertirla en un hogar mayor. Debía tener unas diez habitaciones, sin contar con las de la planta inferior.

Creo que las tres pensamos lo mismo: muchas habitaciones equivalía a muchos niños. En el sistema constaban ocho y si tenían lleno, como parecía por el movimiento del jardín, en el que habíamos visto corretear a varios de corta edad, pues aquello iba a ser como buscar un pedazo entre todos los de una ventana rota.

Pasamos de largo, sin dejar la avenida.

Aquí el inciso: coincidiendo con el desplome de la economía, muchos proyectos de urbanización y construcción de viviendas asequibles se abandonaron. En apenas cien metros, siguiendo la avenida Dumont, las residencias modestas daban paso a los solares invadidos por malas hierbas, con proyectos a medias que nadie se molestó en terminar ni en derruir. Ahora eran el hogar de personas sin techo y de drogadictos discretos, que no querían problemas con la ley. Llamar la atención en ese entorno hubiese provocado redadas y desalojos, con la consiguiente necesidad de buscar otro lugar donde vivir. De esta forma, llevaban una vida casi «normal».

Salían a por dinero, drogas o comida y volvían al caer la tarde, como cualquier persona volvía a su hogar tras la jornada de trabajo.

«Lady Halcón» detuvo el coche cerca de la abertura en la valla de uno de aquellos solares.

—Baja y espéranos aquí —le dijo a Kat.

—Pensaba que entraríamos juntas...

—Esa gente trabaja para la familia que te está buscando y puede que hayan distribuido una fotografía tuya —le contesté—. Déjanos a nosotras. Volveremos a por ti.

—Y sal de la calle. Tocaremos el claxon un par de veces cuando volvamos —le advirtió mi compañera.

Kat y su bolsa de dinero desaparecieron por la abertura de la valla y nosotras dimos una vuelta por la zona hasta regresar a la casa de acogida. Aparcamos en la parte de atrás, frente a la puerta del jardín donde jugaban los niños, y dimos la vuelta a la esquina paseando y observando.

—Sígueme la corriente y mantente atenta —me dijo—. Puede que tengamos poco tiempo.

—¿Por qué?

—Despierta, Carol. Esta gente no son hermanitas de la caridad y puede que tengan un botón de emergencias —gruñó—. ¿Estás preparada?

Abrí mi chaqueta para enseñarle la Glock reglamentaria. La Sig Sauer iba en la funda del cinturón, junto con las esposas. Me palpé el bolsillo en el que llevaba los cargadores de repuesto, con munición para haber empezado una guerra yo sola, y asentí.

¡Qué distinta aquella visita de las que habíamos hecho juntas en el pasado, cuando me recitaba las reglas hasta la extenuación y me pedía calma! Esa vez no ocurrió ni una cosa ni otra y yo me sentía cargada de energía. Se me había acelerado el pulso como si fuese un corredor a punto de iniciar una competición importante.

En ese momento no me preocupaba mi carrera en el FBI, que se acabaría de inmediato, ya que estábamos a punto de cometer varios delitos, el más leve de los cuales sería allanamiento. Me sentía con todos los sentidos alerta y más viva que nunca.

Igual me había equivocado de profesión.

Capítulo 30

Carol

Mi compañera empujó la cancela de entrada al jardín delantero y llamó con la palma de la mano a la puerta. Desprendía tal agresividad que a mí me hubiese acojonado de encontrarme en el interior de la casa.

El muchacho de unos diez años que abrió tenía los ojos muy abiertos y cuando «Lady Halcón» le dijo que buscaba a los dueños de la casa, miró hacia el interior, sin saber qué hacer. Ella lo sacó de su indecisión, empujando la puerta, apartándolo a un lado y colándose dentro.

—¡Eh, oiga...! —exclamó un hombre al que identifiqué enseguida, ya que había visto su foto en el ordenador de Devlin.

Llevaba un rollo de papel de cocina entre las manos e iba en chándal y descalzo.

—Agente Fogel, ACF^[5] —dijo mi compañera, enseñando su identificación en un visto y no visto—. ¿Siempre deja que los niños atiendan la puerta? Eso es una grave negligencia.

Juro que la cara del hombre estaba a la altura de la situación. «Lady Halcón» cabreada daba miedo.

—¿Dónde está su esposa?

Él la llamó. La mujer lucía un *look* muy de los sesenta, con un vestido floreado y el cabello recogido en un aparatoso moño, envuelto en una nube de laca para que no se desmoronase.

—¿Qué pasa?

—Pasa que hemos recibido una denuncia por malos tratos a los niños acogidos en esta casa y debo pedirles que se sienten aquí. —Señaló un sillón bajo la ventana que daba a la calle—. Tenemos que hacer nuestro trabajo de inspección.

—¡Esto es inaudito! Nuestros niños están bien cuidados, una trabajadora social viene cada mes a comprobarlo —se quejó ella, menos impresionada que su marido.

«Lady Halcón» la miró de arriba abajo con desprecio.

—Y supongo que esa trabajadora es tan amable como para avisar antes de presentarse aquí, ¿no es así? Me parece muy conveniente, pero yo soy menos delicada: me alimento de las caras de susto de los abnegados padres de acogida.

—¡Nunca hemos tenido ningún...!

—Señora, se sienta o la siento yo y la esposo a la mesa.

Parecía claro quién llevaba las riendas de la relación, ya que la mujer asintió hacia su marido y los dos se apresuraron a tomar asiento, tras lanzarse una breve mirada que me gustó poco.

—Deberíamos esposarlos —susurré a mi compañera.

—Date prisa, sube al piso superior y trae aquí a las niñas más pequeñas. La única forma de acertar es que estos nos lo digan.

Dudaba de esa afirmación, la pareja no tenía por qué conocer detalles de los niños que cuidaban por cuenta de la familia Novikov, pero corrí escaleras arriba y abrí las puertas de las habitaciones.

La mayoría estaban amuebladas con literas, vacías en ese momento. En dos encontré a sendos niños que casi se mean del susto. Estaban acostados y parecían griposos.

Según pude imaginar, por el material escolar diseminado aquí y allá, los que tenían edad

debían estar en el colegio. Los más pequeños, a los que había visto a través de la valla trasera y como comprobé, asomándome a una ventana, se encontraban jugando en el jardín, ajenos a lo que ocurría dentro.

Bajé corriendo y no por gusto. Las prisas que me había metido mi compañera estaban justificadas: había dado aviso de irregularidades a la ACF y los auténticos agentes podían presentarse en cualquier momento. El tiempo estimado de respuesta de su oficina oscilaba entre cinco minutos y una semana, pero mejor no tentar a la suerte.

El niño que nos había abierto la puerta estaba en un rincón de la cocina hablando por teléfono. Nos miramos y lo soltó como si quemase. El ruido atrajo la atención de «Lady Halcón», que vigilaba al matrimonio. Le expliqué con un gesto lo que había y ella giró el dedo en el aire, pidiéndome premura.

Salí al jardín de atrás y el alma se me cayó a los pies. Había al menos cuatro niñas que podían encajar en la edad. Ya he comentado que calcular la edad de las personas se me daba así así. Calcular la de los niños era todo un desafío.

Cogí de la mano a dos que creí se encontraban en el rango de edad para llevarlas al interior de la casa.

—¡Hola, soy Carol! ¿Queréis que juguemos a...?

No coló. Se retorcieron para soltarse y una de ellas empezó a hacer pucheros. Madre mía, eso no era lo mío. Carecía de instinto maternal y dudaba que fuera a desarrollarlo nunca.

De pronto, escuché el frenazo de neumáticos al otro lado de la casa y «Lady Halcón» salió al jardín con prisas.

—¡Coge a cualquiera de ellas! —exclamó.

Bien, habíamos quedado en que una mejor que ninguna, pero ¿cómo decidirme?

Miré alrededor. Estaba tan apurada que se me había pasado la presencia de dos niñas en una zona desprovista de césped. Ambas jugaban a hacer «comiditas», amasando agua y tierra. Una era rubia, como casi todos los niños de la casa, pero la otra tenía el cabello oscuro, que contrastaba con sus ojos claros, de un verde traslúcido. Era la viva imagen de su madre y si no era hija de Olga, pues ese día le había tocado la lotería.

Mientras mi compañera abría la puerta trasera del jardín, corrí hacia la niña y la alcé en brazos, sin hacer caso a sus berridos de protesta ni a los de los otros niños. Genial, ahora para ellos sería la representación del coco: «niño, pórtate bien o vendrá Carol, que se lleva a los niños malos».

Subí al asiento del copiloto con la niña bien agarrada entre mis brazos, como un trofeo y «Lady Halcón» arrancó antes de que hubiera tenido tiempo de cerrar la puerta.

—¡Joder, por qué poco! —exclamó.

No parecíamos secuestradoras; lo éramos.

Ya pensaría más tarde en eso, porque por el momento, los acontecimientos me superaban. Lo único que esperaba era haber acertado en la elección y con mi decisión. Si esa niña estaba dentro del sistema, la habría cagado a lo grande.

Al poco empezamos a escuchar disparos y me giré. Nadie nos disparaba a nosotras. Interrogué con la mirada a la conductora.

—Vic nos cubre el culo —dijo—. Aunque si son hombres enviados por la familia no deberían haber llegado tan pronto.

—El niño acababa de llamarlos —confirmé.

—Eso es que nos esperaban.

—¿Te refieres a que alguien sabía que íbamos a venir?

Ella suspiró y le lanzó una ojeada a la niña, que seguía berreando y no solo me había manchado el traje de barro, sino de mocos y lágrimas. Lo dicho: instinto maternal cero.

Nos detuvimos delante de la valla por la que había desaparecido Kat y le hizo gestos apremiantes para que subiese al coche cuando un disparo alcanzó nuestra ventanilla trasera.

—¡Mierda! —exclamé.

—¡Baja y protege a la niña! —gritó «Lady Halcón», bajando a su vez, sacando su arma y disparando al coche que se acercaba y del que había partido el disparo.

Me apeé del vehículo agachada y corrí con la niña berreante bien sujeta contra mi pecho para colarme por la abertura de la valla, por la que Kat había vuelto a desaparecer. Se la puse en brazos y desenfundé mi Sig Sauer.

—Escóndete —le dije, señalando la edificación a medio construir a nuestra espalda.

Estaba pálida y asustada, pero echó a correr con la niña en su regazo y la bolsa del dinero rebotando contra su cadera.

Estaba a punto de salir cuando «Lady Halcón» se refugió conmigo, huyendo de las balas que pulverizaban las enredaderas de la valla, buscando hacer blanco en ella.

—Ahí. —Señalé unos sacos amontonados de cemento que el tiempo y la humedad habían convertido en una pared sólida.

Alguna bala mordió el muro tras el que nos encontrábamos, sin traspasarlo, y ambas apuntamos a la abertura de la valla, dispuestas a freír el culo a cualquiera tan inconsciente como para pasar al otro lado sin tener visibilidad. Las enredaderas, en ese momento, jugaban a nuestro favor.

—Venusssssss, te he visto —canturreó una voz conocida en la calle—. Sal con la niña ahora mismo y te prometo no hacerte demasiado daño.

Andrej Melnikov.

«Lady Halcón» y yo nos miramos pensando lo mismo: imposible que hubiera acudido con semejante rapidez al aviso telefónico del niño, así que el muy cabrón estaba al acecho.

Solo teníamos que aguantar la posición sin dejar que nadie traspasara la valla. Vic McPherson y su equipo habrían escuchado los disparos y se encontraban cerca y, a una mala, el tiroteo atraería a la policía. Esos tíos, por muy sicarios de la familia que fuesen, no querían encontrarse en medio de un fuego cruzado. La estupidez humana, hasta la más grave, tenía sus límites.

—¡Su puta madre! —exclamé, sorprendida por la bala que pasó rozando mi oreja.

El disparo partió de algún punto a nuestra espalda, así que uno de aquellos hombres debía haber saltado la valla por otro sitio, fuera de la vista. Quizá por donde habían salido los sintecho que vivían por allí al oír los disparos, porque no vi a nadie correr para ponerse a cubierto.

Tiré de la manga de mi compañera y nos apresuramos al interior de la edificación a medio construir, compuesta de vigas y paredes en mal estado, con algún trozo de techo que se había derruido hacía tiempo.

—¿Lo has visto? —preguntó «Lady Halcón».

—No, lo he sentido.

Me señaló con la mano en una dirección mientras ella tomaba la contraria. Íbamos de caza a intentar atraparlo entre las dos. Con suerte, delataría su posición volviendo a disparar. Y lo hizo, aunque no solo él. Había dos más.

Me moví a una esquina y asomé la nariz. Menos mal que no andaban finos de puntería porque me podían haber hecho una cirugía poco delicada, aunque debió servir para que «Lady Halcón» alcanzase a uno porque se escuchó un grito, seguido de lamentos poco viriles de un

hombre adulto llamando a su mamá.

Hubiera resultado más satisfactorios si hubieran sido los únicos. La niña se unió a ellos, a pesar del esfuerzo de Kat, que intentaba tenerla tranquila. Las localicé debajo de un trozo de techo caído sobre un muro bajo, que había formado una especie de cueva. Pero si yo las había localizado, los hombres también podían hacerlo. Me llevé un dedo a los labios para indicarle que debía hacerla callar y ella acunó a la pequeña, asustada por el ruido y por encontrarse fuera de su ambiente hogareño.

Mi compañera señaló a nuestra espalda. Nadie había entrado, pero se escuchaban disparos e imaginé que la caballería, léase Vic, había llegado. O tal vez la policía.

«¡Nah! Demasiado pronto para ellos», pensé.

Sí, se me había pegado el paternalismo con el que el FBI trataba a la policía, como a hermanos pequeños tocapelotas. Ya tendría tiempo de cambiar de opinión, pero esa era otra historia y ahora estábamos en esta.

Tras asegurarme de que Kat y la niña estaban fuera de la línea de fuego, me moví con rapidez a otra posición. Me gané unos disparos de prueba, a los que respondí con la puntería acostumbrada, aprovechando que el tirador era un optimista, al imaginar que unos centímetros de su cabeza al descubierto no era blanco suficiente para mí.

No es por alardear, ya os he hablado de mi puntería, así que suponéis bien: el tío se quedó sin saber quién ganaría la Super Bowl ese año.

—¡Que te zurzan! —espeté, para acompañarle en el viaje.

—¡Fogel, aquí está despejado! —gritó Kruger desde el otro lado de valla.

¿Qué hacía Kruger ahí? Según mi compañera, debía ser Vic y alguno de sus hombres los que nos cubrieran.

Como no era momento de reclamar explicaciones, corrí hacia otra columna de cemento rajada por la intemperie, esperando algún disparo del último hombre. Mi compañera apretó el gatillo de su arma tres veces seguidas sin alcanzar el blanco. Cambié de posición, el tirador estaba fuera de mi alcance, solo tenía una visión de su mano cuando la asomaba para disparar. Me preparé, la próxima vez sería la última que lo haría, pero «Lady Halcón» fue certera y el hombre no volvió a asomar nada más.

Nos buscamos con la mirada y se acercó con premura. Ya se escuchaban las sirenas de los coches de policía acercándose.

—¡Fogel, voy a entrar! —gritó de nuevo Kruger—. ¿Está despejado por ahí?

—¡Deja que me asegure! —gritó mi compañera a su vez.

—¿Qué pinta Kruger aquí? —le pregunté a «Lady Halcón».

—Caer en la trampa —contestó, con algo de tristeza—. Llevaba tiempo sospechando que el trato que había hecho con Mihkel era demasiado beneficioso para él. Lo negoció sola, sin apoyo. Según dijo, era una exigencia del terrorista, pero...

—¡Fogel! ¿Dónde estás?

«Lady Halcón» me empujó para que saliera de la vista de la recién llegada y descubrió el escondrijo de Kat y la niña, que parecía haberse dormido sobre su hombro.

—Escóndete con ellas y no salgas. Tú no estás aquí.

Calló mi conato de protesta, levantando un dedo de forma admonitoria y mientras me agachaba vi un movimiento a un lado. Quise advertirle de que podía quedar otro tirador, pero me empujó con la rodilla y se alejó para que Kruger no nos viera.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo, Fogel? ¿Cómo se te ocurre llevarte un niño de la casa de acogida? ¿Y por qué has metido en esto a Vic McPherson?

—¿Y tú, Kruger? ¿Por qué has venido sola?

—Para evitar que cometieras un error.

—¿Por eso el arma que llevas no es la reglamentaria?

—¿Todo bien, Fogel? —preguntó McPherson desde el exterior, elevando la voz.

—¡Todo bien por aquí, Vic! —contestó mi compañera al mismo volumen.

Podía ver a las dos por un hueco entre los escombros. Kat observaba también y temblaba un poco, asustada por los últimos acontecimientos. Debía estar tan agotada como la niña. Su rostro era fantasmagórico y debajo de sus ojos habían aparecido semicírculos purpúreos. Le puse una mano en el hombro y se lo apreté, rogándole que guardara silencio un poco más. Cuando las mujeres se hubiesen ido, nosotras buscaríamos otro sitio por el que salir y las metería en el primer bus que saliera de la ciudad.

Kruger todavía llevaba el arma en la mano y la alzó, mostrándola a mi compañera.

—Acababa de salir de servicio —dijo.

«Lady Halcón» chasqueó la lengua con disgusto.

—Siempre has sido una agente íntegra, ¿qué te ha empujado a aliarte con un terrorista? ¿Dinero? ¿Es lo que esperas que te proporcionen los documentos que os llevasteis de la casa?

—Ella no quería los papeles, quería las joyas.

La voz de Mihkel salía desde un lugar que no podía ver y me moví un poco, aunque seguía fuera de mi campo visual. Así que él era la sombra aparecida entre los escombros.

—Los papeles eran para mí —aseveró—. Pero yo no podía salir con ellos y ella no podía salir con las joyas.

Mi compañera le lanzó una mirada de desprecio.

—Entonces, tú tenías que ocultar las dos cosas antes de que el equipo entrase en la casa...

—Ella salió con los documentos ocultos entre otros y yo escondí las joyas para hacer el intercambio.

—Tu hermano llevaba razón. Tener tratos contigo es tan ingenuo como querer abrazar a un oso hambriento sin consecuencias.

—A la hora de ser confiada, tampoco tú has sido demasiado precavida. ¿Crees que la agente Kruger está aquí para sacarte del lío? La has descubierto y se juega su carrera y su libertad.

Kruger se sonrojó y levantó la pistola para apuntar con ella a «Lady Halcón» de nuevo.

—No es personal... —murmuró.

—¿No lo es? Ten valor para confesar que has avisado a este desgraciado y que has venido a cerrarme la boca, cobarde.

La agente inclinó la cabeza. Parecía menos decidida.

—Os he visto a Carol y a ti salir con esa niña —intervino Mihkel—. ¿Para qué la queréis y dónde están?

«Lady Halcón» esbozó una sonrisa irónica con sus finos labios y le sacó el dedo medio por toda contestación.

Los frenazos en la calle indicaban que la policía había llegado. Se oyeron voces al otro lado de la valla.

—Esto se está animando —dijo mi compañera.

—McPherson no les dejará entrar —aseguró Kruger.

—No voy a quedarme a comprobarlo, solo me he acercado a asegurarme de que todo está en orden —concluyó Mihkel.

Los disparos con silenciador tenían que haber resultado inaudibles para los de fuera. Yo los oí y traté de salir de mi escondite, cuando Kat me detuvo del brazo y negó con la cabeza,

lanzándome una mirada suplicante.

Si Mihkel me mataba, posiblemente las descubriera y no quedarían vivas para testificar contra él.

Tenía una mano férrea estrujando mi estómago y temblaba de rabia. El muy hijo de puta había matado a «Lady Halcón» delante de mis narices y no podía hacer nada.

Conté mentalmente hasta cincuenta y salí de debajo del montón de escombros. Miré alrededor. Como suponía, Mihkel se había largado y nosotras teníamos que hacer lo mismo.

Capítulo 31

Kat

La constante en mi vida había sido el miedo y temía que eso no fuera a cambiar.

Podía parecer valiente y madura, pero la realidad era incuestionable y contar con la complicidad de la agente del FBI me daba cierta tranquilidad.

Desde que salí de la casa de Viktor, todo parecía haber tomado otra dimensión, un ritmo vertiginoso que me revolvía el estómago o quizá solo era el efecto del golpe en la cabeza.

Carol me hizo salir a toda prisa y corrí por el pasadizo sin sentir el peso de la bolsa cargada de dinero que golpeaba contra mi cadera. Solo podía escuchar el latido de mi corazón reverberando en mis oídos. Estaba tan cerca de poder escapar...

Viktor ya no era una amenaza, Carol se había encargado de él, pero Andrej no cesaría de buscarme para matarme después de lo ocurrido en la casa.

Abrí la tapa de la alcantarilla con esfuerzo. Estaba cansada y me dolía la cabeza, de la que me resbalaba un reguero de sangre.

Continué corriendo hasta que me fallaron las piernas. Entonces caí sentada entre dos vehículos aparcados. No tenía ni idea de dónde estaba, pero mi instinto me decía que debía salir de la zona sin tardanza, así que me levanté y caminé hasta divisar una gasolinera abierta las 24 horas.

Entré y fui directa al baño para restañarme la sangre con papel higiénico y adecentarme en lo posible. No convenía llamar demasiado la atención.

Me daba un miedo terrible abrir la bolsa. No tenía ni idea de cuánto dinero contenía, debía ser muchísimo porque pesaba una barbaridad y la mayoría de los fajos de billetes eran de cien. Pero quedarme paralizada había dejado de ser una opción, así que abrí la cremallera y metí la mano para coger un par de ellos y guardarlos en mi bolsillo.

Luego salí, busqué en los estantes de la tienda vendas, esparadrapo, un móvil de prepago y una gorra de los Giants.

—Me he caído de la bici y se me ha roto el teléfono —le dije al chico que estaba en el mostrador.

Él se encogió de hombros, como si le importase una mierda, siempre que pagase lo que había cogido.

Me metí de nuevo en el baño, me puse unas vendas en el corte de la frente, sujetándolas con trozos de esparadrapo, y me calé la gorra. Después abrí la caja del móvil e introduje la tarjeta. Aguardé hasta que se cargaron los datos, llamé a un Uber y salí a esperarlo a la tienda.

—¿No te importa que aguarde aquí al Uber que viene a recogerme? —le pregunté al empleado, que volvió a encogerse de hombros, como si fuese su fórmula universal para contestar a todo.

Durante la espera vi pasar varios coches de policía con las luces encendidas. Miré de reojo al empleado. Estaba demasiado enfrascado en su móvil para prestar atención a nada que no fuese la pantalla. Le agradecí su falta de curiosidad porque yo tenía un debate interno que me impedía quedarme quieta.

Por fin era libre y tenía dinero, ¿qué me impedía largarme en ese momento tan lejos como pudiera? A Alaska, por ejemplo. La promesa a Olga había prescrito con su muerte, ¿no?

No.

A pesar de las ganas que tenía de huir, nunca podría dejar atrás esa traición. Durante toda nuestra vida nos habían traicionado y usado. Yo no podía corresponder de la misma forma, por mucho que mi instinto me gritase que era cuestión de supervivencia. Por eso subí al Uber y le dije que me llevara a Nueva York, sin proporcionarle una dirección. No tenía amigos ni familia, pero tenía dinero y se me ocurrió el destino cuando estábamos a mitad de camino: el hotel en el que extorsionábamos a pederastas.

El recepcionista, si es que era el mismo, aceptaría dinero a cambio de no registrarme y de silencio. Se llevaba cien dólares cada vez que timábamos a uno de aquellos asquerosos, tendrían que bastarle trescientos por noche para mantenerlo callado.

Y pensaba quedarme solo lo necesario.

Tardé en llamar a la agente del FBI porque vi las noticias en la televisión de mi habitación y se me encogió el corazón al saber que estaba herida.

Pasé un día acurrucada en la cama, temiendo escuchar unos nudillos en mi puerta que pusieran término a mi breve periodo de libertad. Andrej me mataría por haberlo intentado. Era rencoroso y vengativo. Lo único que conseguía levantar mi ánimo era que le costaría encontrarme en una ciudad tan grande como Nueva York, pero quedarme demasiado sería una temeridad.

El segundo día me levanté a la caída de la tarde y salí a comprar ropa. La luz del alumbrado público en esa zona dejaba mucho que desear y me convenía que nadie se fijara en las manchas de sangre de mi camiseta. Entré en una tienda de saldos con la gorra bien calada, atrapé al vuelo varias prendas que podían servirme y pasé a uno de los probadores.

Salí con mi ropa en la mano y le pedí a la dependienta que me cobró, poniendo mala cara porque le había obligado a quitar los seguros antirrobo con la ropa puesta, una bolsa de basura.

—Mi bebé me ha vomitado de arriba abajo —me excusé.

Ella puso mala cara y me alargó la bolsa desde una distancia prudente. Luego, se desentendió de mí.

Di un paseo por la calle principal, me colé en un callejón y tiré la bolsa. Antes de volver al hotel me asomé a la ventanilla para vehículos de una hamburguesería y pedí dos, con patatas y agua.

Tenía un nudo en el estómago por los nervios, que me había impedido darme cuenta de que estaba hambrienta, pero al ver el letrero de neón del restaurante fui consciente de mi debilidad. Necesitaba comer e hidratarme.

Volví, me di un atracón y me tumbé en la cama con la televisión sintonizada en un programa de noticias en bucle. La había tenido conectada desde que había llegado a la habitación, incluso mientras dormitaba. Necesitaba estar al tanto de lo que ocurría. Lo malo era que para los informativos lo ocurrido en casa de Viktor Volkov había perdido relevancia. La última nota informativa se refería a la puesta en libertad por la fiscalía de Mihkel Gólubev y la salida del hospital de la agente herida.

Con eso me valía.

Por la mañana me dirigí a la dirección que me había proporcionado Olga. Creo que aún tenía la esperanza de que la hubiera tomado mal para verme liberada de mi promesa. Odiaba pensar eso, me sentía cobarde, pero no podía evitarlo. Caminé por los alrededores, sin acercarme, solo comprobando que, en efecto, se trataba de una casa grande y que en el jardín había varios niños jugando. La algarabía se oía en los alrededores y no hacía falta asomarse para saber que provenía de niños pequeños.

Llamé al teléfono de Carol con cierta aprensión. Quizá se hubiese olvidado de la promesa de ayudarme a encontrar a la hija de Olga o estuviera convaleciente.

Para mi alivio, respondió enseguida. Había estado esperando mi llamada y quedamos al día siguiente. En ese momento, era la única persona del mundo de la que me fiaba, incluso me resultó más fiable que yo misma. Mi decisión sobre la niña iba y venía, al igual que mi supuesta valentía.

Su compañera conducía y apenas me echó una ojeada a través del espejo retrovisor. Tenía aspecto de ir a morder a alguien de un momento a otro y me intimidó enseguida. No obstante, debajo de aquella capa de dureza pude captar su calidez.

Había estado rodeada de gente mala y peligrosa siempre, así que percibía la diferencia entre los que esgrimían una coraza de dureza y los que gustaban de hacer daño. Con Viktor no lo había dudado ni un segundo, ni me había equivocado al ver en Carol a una aliada. En realidad, más que una aliada, una amiga porque nadie en su sano juicio se hubiera ofrecido a ayudarme y convertirse en blanco de delincuentes sin escrúpulos, para los que la vida no significaba nada.

Su compañera, bajo esa fachada, era igual que Carol. Y hasta a ella le sorprendió que me hubiera conseguido documentación. Yo no sabía cómo agradecerse. Era algo en lo que no había pensado y que necesitaría, fuera a donde fuera.

No debían haber transcurrido ni quince minutos desde que me dejaron en el solar, cuando regresaron, perseguidas por alguien que me hubiera gustado no volver a ver en toda mi vida: Andrej.

Nuestras miradas se cruzaron y me apuntó con su arma.

—Escóndete, conejita, voy a por ti —gritó.

El miedo bullía dentro de mí, pero también la rabia. ¿Me habrían seguido todo el tiempo solo para jugar conmigo?

Volví al interior del solar al ver que Carol corría hacia mí. Llevaba una niña pequeña en brazos que lloraba, asustada por el tiroteo. La agente me la dio y se apresuró a defender a su compañera, sacando su arma.

Le obedecí cuando me conminó a esconderme en las ruinas del edificio, que tenía rastros de estar habitado, por las mantas diseminadas en los rincones, restos de comida y utensilios en cualquier recoveco. No me extrañó ver a varios de los inquilinos dispersándose, huyendo del tiroteo.

Me metí en un hueco formado por escombros y habitado, a juzgar por el olor que desprendía un saco de dormir lleno de manchas, y traté de calmar a la niña, apretándole la cabeza contra mi pecho y tapándole los oídos. Tenía tantas ganas de acurrucarme y ponerme a llorar como ella, pero yo era la que debía cuidarla.

Por fin, el tiroteo a nuestro alrededor cesó. La niña había dejado de llorar y se había dormido, agotada, aterrorizada, y Carol se metió con nosotras en el escondite, pidiéndome silencio.

No entendía muy bien lo que ocurría y qué pintaba el hermano de Anton allí, pero la vi palidecer cuando mató a su compañera y a la otra mujer. Pretendía salir y enfrentarse a él, pero la detuve, temiendo que la matase también a ella. Si me quedaba sola, no podría seguir adelante.

La muerte planeaba a nuestro alrededor como niebla espesa, metiéndose en todos los recovecos, buscando la forma de llevarse el mayor número de trofeos posible.

Aguardamos unos momentos y nos marchamos del solar, saliendo por la abertura de la valla que daba a otro, igual de desolado. Lo atravesamos y vimos la salida a una calle paralela, que los habitantes del lugar debían usar de forma habitual, puesto que el suelo estaba libre de malas

hierbas.

Carol guardó su arma y me cogió de la mano, tirando de mí para que me apresurase.

Al salir a la calle, un hombre llamó nuestra atención y yo me encogí con temor de que nos hubieran descubierto.

—Tranquila, es Josh, un amigo —me dijo Carol.

Nos acercamos a él sin demora.

—Ya veo que tenéis a la niña —dijo—. ¿Y Fogel?

La agente tragó saliva, negó con la cabeza y Josh frunció el entrecejo, pero no perdió tiempo, no lo había para condolencias. Corrió hacia un vehículo aparcado a cincuenta metros, rompió la ventanilla y nos hizo señas para que nos diésemos prisa en llegar hasta él.

—Venga, rápido. Nos vamos.

Las dos subimos en la parte de atrás con la niña y salimos de la zona, mientras Josh llamaba a alguien.

Mi amiga, porque ya sabía que lo era, se limpió alguna lagrima de las mejillas y me sonrió con tristeza. Yo le apreté el brazo. No sabía de qué otra forma mostrarle mi pena por la muerte de su compañera. Ella alargó la mano y le retiró el pelo de la frente sudorosa a la niña, que dormía profundamente.

—Es preciosa —dijo.

Asentí. Ojalá ella no recordara nada de ese día tan espantoso. Casi conseguimos que la mataran por intentar ponerla a salvo de los depredadores que la consideraban una inversión de futuro.

—¿A dónde vamos, Josh? —le preguntó al conductor.

—Os llevo al bar de Debra. McPherson me ha dicho que a esta hora aún no ha abierto al público y ella os espera.

—Deberíamos coger un tren o un autobús para salir de la ciudad —dije, buscando la conformidad en Carol.

—Llévanos a mi casa, por favor —le pidió a Josh y le dio su dirección—. Y vuelve, que no te echen de menos.

—Mi compañero me cubre, pero sí que debo volver. Acaba de decirme que ha impedido que los padres de acogida salgan con los niños sin identificar y la policía ha llegado enseguida pidiendo explicaciones. McPherson se encuentra en el solar, esperando refuerzos, así que...

—Déjanos a dos calles y continúa, yo me encargo.

Josh nos dejó en una calle muy transitada y se despidió de mí con una sonrisa y de Carol con un apretón en el hombro, transmitiéndole sus condolencias.

La agente me indicó que fuera detrás de ella, a unos metros de distancia. Caminamos durante diez minutos. Creo que estaba tan afectada que no se dio cuenta de que llamaba la atención de la gente con la que nos cruzábamos. Llevaba el traje sucio de polvo y de barro por la parte delantera.

—Espérame aquí, volveré en un momento —me dijo.

Me quedé en una esquina, observando que cruzaba la calle para internarse en un edificio. La espera fue breve.

Ella se había quitado la chaqueta y llevaba una camiseta básica, aunque conservaba el pantalón, así que se había dado cuenta de que llamaba la atención. Me indicó que subiera en el coche que conducía, uno tan viejo que daba lástima.

Puse a la niña en el asiento trasero y la tapé con mi chaqueta. Dejé la bolsa entre los asientos y me acomodé al lado de Carol.

Creí que nos llevaría a alguna estación de tren o de autobús en las afueras, pero no tan en las afueras, así que cuando nos desviamos por el Lincoln Tunnel le pregunté.

—Es preferible que nos marchemos más lejos. Si te buscan, será por las inmediaciones de la ciudad. ¿Sabes conducir?

Negué con la cabeza. Nadie me había enseñado y nunca tuve tiempo para aprender.

—Es algo que deberás hacer cuando te instales.

—Tengo muchas cosas pendientes por hacer.

—¿Por ejemplo...?

—Estudiar mientras ella está en la guardería o en el colegio. Ahora mismo solo podría conseguir un trabajo de subsistencia y quiero que tengamos una vida de verdad.

La vi asentir y sonreírme.

—Os irá bien.

Nos detuvimos en una población a dos horas de Nueva York. El motel en el que cogió habitación estaba al lado de un parque con columpios y zonas de recreo para los más pequeños. Agradecí el detalle porque la niña y yo tendríamos que conocernos. Aun no se había despertado, pero no tardaría en hacerlo para encontrarse en un lugar desconocido y con una persona extraña.

Después de acostar a la niña y dejar la bolsa de dinero en un rincón, salimos a la puerta de la habitación.

—He visto un centro comercial a un par de kilómetros, volveré enseguida —me dijo.

Cuando regresó, traía un montón de bolsas con ropa para la niña y para mí, pañales, comida y un oso de peluche. Al igual que yo, se había dado cuenta de que la pequeña tenía los pantalones húmedos. Debía estar dejando los pañales y lo ocurrido esa mañana había detenido el proceso de aprendizaje.

—Quedaos aquí unos días, hasta que se acostumbre a ti. Llamaríais la atención si se pone a llorar en un autobús. Salid de paseo y de compras cuando tengáis más confianza —me recomendó.

—No lo había pensado, gracias.

—Por cierto, tienes que ponerle nombre. Es mejor que olvide el que tenía cuanto antes.

—Se llama Olga, como su madre.

—A partir de ahora, tú eres su madre. Cuida de ella.

Sentí un gran nudo en la garganta cuando la acompañé fuera.

—Llámame siempre que te apetezca —me dijo.

—Me hubiese gustado tener una hermana mayor como tú.

Creo que se lo había dicho otra vez, pero era cierto. Estaba acostumbrada a las miradas interesadas; solo ella había visto en mí a una persona acorralada y había puesto mucho de su parte para ayudarme a salir de las sombras en las que me hallaba inmersa.

Le di un abrazo, sin contener las lágrimas que me quemaban tras los párpados desde hacía rato y la saludé con la mano cuando salió del aparcamiento del motel con su viejo coche.

Luego, entré en la habitación para empezar mi nueva vida en el lado correcto, al que todos teníamos derecho.

Capítulo 32

Carol

Ni recuerdo cómo llegué a mi apartamento.

Después de dejar a Kat y a Olga, el peso de la pena me aplastó y tuve que parar varias veces en el arcén, porque las lágrimas me impedían ver la carretera.

En otro momento, la información que me había proporcionado Kat antes de dejarlas me hubiera tenido dando botes de alegría todo el camino. Ahora solo podía pensar en «Lady Halcón» y en que había tendido una trampa a Kruger, sin sospechar que Mihkel estaba dispuesto a proteger a cualquier precio su reciente libertad.

Tenía muchas llamadas en mi teléfono y sabía que debería aparecer para dar explicaciones, pero en ese momento lo único que me apetecía era dormir, así que la presencia de Vic McPherson en mi apartamento por poco me provoca un infarto. Si hubiese sido Mihkel, ahora estaría haciendo compañía a «Lady Halcón». Me había quedado sin energía.

En vez de enfadarme por su intromisión, me puse a llorar otra vez, como si no hubiese tenido bastante con lo de la carretera.

Él se acercó en dos zancadas y me envolvió en un abrazo.

—Joder, muchacha, ¿por qué no contestabas al teléfono?

Debía parecer patética en ese momento, era incapaz de pronunciar palabra y cuando lo intenté solo conseguí balbucear.

No sé cuánto rato debimos estar así, de pie, abrazados en medio de mi salón, pero debió ser mucho porque nos quedamos a oscuras. Por el ventanal se filtraba la luz de las farolas de la calle y el resto estaba en penumbra.

—Necesito sonarme —dije, como si no fuera evidente.

Cuando encendí la luz y me apoderé de la caja de pañuelos que tenía sobre una mesita, al lado del sofá, me di cuenta de que le había dejado la chaqueta llena de mocos, igual que había hecho la niña con la mía esa mañana.

—Lo siento, te he manchado.

Él le restó importancia con un gesto.

—¿Tienes té?

Asentí y se dirigió a la cocina. Lo escuché buscar en todos los armarios, poner el microondas y salir al cabo de unos minutos con sendas tazas humeantes.

—Nada como un té caliente para templar los ánimos.

Mi abuela podía haber dicho lo mismo en circunstancias similares, aunque me alegré de que ella no estuviera porque me reñiría por desmoronarme antes de terminar con mi trabajo. Y el trabajo no terminaría hasta que Mihkel estuviera donde le correspondía: una cárcel de máxima seguridad o un agujero en la tierra a dos metros de profundidad, o más, si dependiera de mí. Me vendría bien cualquiera de las dos opciones.

Cogí la taza y me senté.

—He tenido que llevarme a Kat y a la niña —dije.

—Lo he imaginado por lo que Josh me ha dicho.

Sopló la superficie humeante y tomó un sorbo. Yo aguardaba preguntas, sin embargo, se concentró en beber el té, sin mirarme.

—Sé que ahora no tienes ánimos para presentarte en Federal Plaza, pero cuanto más tiempo lo demores será peor —dijo, al cabo de un momento, como si hubiese tenido que escoger las palabras—. Prefiero ponerte en antecedentes de la declaración que hemos presentado mis hombres y yo para que decidas cuál va a ser la tuya.

—Lo siento, no era lo que debería haber pasado...

—Si los planes salieran rodados, perderían emoción, ¿no? Por mis hombres y por mí no te preocupes; teníamos una excusa para estar en Brooklyn y nuestra intervención en el tiroteo está justificada. Tú, en cambio, debes elegir lo que quieres contar y lo que deseas callar cuando te interroguen. Lo único que te pido es que me digas qué ocurrió de verdad. Sophy era una gran amiga.

—Te contó más a ti que a mí, según veo.

—Tenía sospechas de que el trato que se hizo con un terrorista contenía mucho trasfondo. Elena Kruger había llevado el caso en persona y convenció a sus superiores de que Mihkel Gólubev solo había sido un peón para su hermano: el auténtico cerebro del atentado en el túnel. Consiguió un trato bastante irregular a cambio de su colaboración y cuando ocurrió lo de la casa, pasaste a ser un incordio al cuestionarlo todo.

—Porque Kat quería el dinero de la caja fuerte, las joyas y los documentos solo le traerían complicaciones. Estaba desesperada, pero no es tonta. Creo que Kruger camufló los documentos entre otros que se llevaron de la casa y los debió sacar cuando llegaron a la oficina que se encargaría de procesarlos. En cuanto a las joyas...

—Las joyas han aparecido esta mañana —aportó McPherson—. Habían puesto patas arriba la casa del mafioso varias veces sin encontrar más que algún escondrijo que contenía dinero, pero ante la insistencia de Sophy, volvieron a revisarla y al fondo del túnel que daba a la alcantarilla de escape han visto un resalte sospechoso en el suelo. Dentro había más dinero, guantes, ropa y una bolsa con las joyas desaparecidas. Una auténtica fortuna en diamantes y piedras preciosas.

—Según Mihkel, Kruger quería esas joyas. Creo que se metió en esto tentada por él. Cada uno conseguía lo que quería y luego a otra cosa. Supongo que él tendrá ya los documentos. Las joyas eran más difíciles de sacar sin levantar sospechas, así que debían esperar a que la oficina científica dejara la casa.

El jefe de los grupos especiales estuvo de acuerdo y asintió, al tiempo que se desabrochaba el primer botón de la camisa y se aflojaba la corbata.

—¿No te importa?

—Estás en tu casa. —Le invité a ponerse cómodo con un gesto—. En todo caso, lo de las joyas confirma la participación de Mihkel: él mató a su hermano para cerrarle la boca y estuvo a punto de matarme a mí por haber escuchado su versión de la historia. Luego saqueó lo que quedaba en la caja fuerte y lo escondió antes de que el equipo de asalto llegase a su habitación.

—Eso va a ser difícil de probar. Aunque Mihkel hubiese llevado esa ropa y contenga rastros de pólvora, puede alegar que alguien se la quitó para incriminarle. —Me recordó McPherson.

—¡Menudo cabrón escurridizo!

Di un trago al té, ya solo tibio, recogí la taza de él, vacía, y entré en la cocina para dejar las dos.

—¿Quieres agua? —le pregunté.

Sin esperar respuesta, cogí una botella del frigorífico y dos vasos de un armario y los puse en la mesita baja. Luego lo pensé y añadí la botella de whisky que atesoraba en un estante.

—Ahora tienes que contarme lo que ocurrió detrás de la valla desde que entró Kruger —me

pidió—. Como agente encargada de la investigación, nos pidió que custodiásemos el perímetro y que cuando llegase la policía se encargaran de acordonar la zona y no dejaran pasar a nadie, ya que existía el riesgo de que quedase algún tirador en el interior. Fue muy lista al identificarse y alegar que había gente suya dentro, por lo que era lógico que tomara las riendas. Mis hombres y yo quedamos relegados de inmediato, pero mandé a Josh a vigilar los alrededores y os vio salir a ti y a Ekaterina con la niña, sanas y salvas. Mientras os traía a Manhattan, me puso al corriente del asesinato de Sophy. Solo había muertos dentro, así que sobraban las prisas y aguardamos a que la policía se decidiese a entrar en el solar para descubrirlo.

Serví licor en los vasos, ante su afirmación al ofrecimiento, y me bebí el mío de un trago. Me apetecía poco, tirando a nada, repasar lo ocurrido esa misma mañana, pero tampoco serviría posponerlo. McPherson no había mencionado que el FBI me buscaba, ni falta que hacía, tenía llamadas perdidas en el móvil para aburrir.

Querrían interrogarme, porque seguro que habían comprobado todas las cámaras de los alrededores, así que quedaba explicar el motivo de mi ausencia, pero era algo que tendría que pensar con detenimiento para no incriminarme. Joder, estaba un poco harta de tener que justificar mi actuación en todo momento.

A McPherson le conté con pelos y señales lo ocurrido. Resultó un alivio poder soltarlo todo, incluso las ganas que tenía de aplastarle el cráneo a Mihkel.

Decían que la venganza no compensaba, y yo no pensaba refutar semejante afirmación, siempre que tuviera la oportunidad de encontrarme con él en privado. Me ganaría en peso y fuerza, pero no en ganas de desquitarme, y estaba segura de poder encajarle ese puñetazo que le había prometido en las oficinas.

—¿Saben que nos llevamos a la niña? —le pregunté.

—No lo han denunciado, por lo que se trataba de una tutela ilegal. Nadie os vio con ella, pero sí con Ekaterina en el coche, aunque no han podido identificarla.

Suspiré.

Los padres de acogida no podían denunciar el secuestro, así que la niña no debería haber estado allí y yo no me había equivocado al escogerla.

Los servicios sociales anunciaban sus visitas y les habría sido muy fácil sacar a los niños indocumentados de casa durante unas horas. Esa vez, sin embargo, McPherson se había encargado de que el compañero de Josh vigilase para impedir que trasladasen a los niños indocumentados mientras llegaba la policía. El resultado había sido el esperado: el matrimonio fue detenido y los niños reubicados en centros para menores.

—¿Podrás arreglártelas con esa información? —me preguntó y asentí.

—Diré que el nombre de los padres de acogida salió a relucir en casa de Viktor Volkov y nos acercamos a preguntar cuando nos tendieron la emboscada. Ya inventaré algo sobre Kat.

En realidad, esa excusa la había pensado ya. Sería una informante de «Lady Halcón» que no figuraba en el sistema. Muchos agentes los tenían.

—Venga, te llevo a Federal Plaza, me pillas de camino.

—¿Hacemos una paradita en el gimnasio? —le propuse.

Me miró como si hubiese enloquecido de repente. Normal. Llevaba yo un día como para desquiciarse a cualquiera, pero si Mihkel creía que iba a tener algún tipo de tregua conmigo es que se había equivocado de adversaria. En ese momento funcionaba a base de odio y tenía combustible para llegar a los confines del Sistema Solar y volver.

—Anton le dijo a Kat dónde se hallaban las pruebas de la relación del grupo terrorista con la familia Novikov y de que su hermano era el responsable de los atentados. Están en un

gimnasio del Bowery, especializado en lesiones deportivas, que abre hasta las doce de la noche.

—¿Se curó en salud?

—En la única conversación que tuvimos al respecto, dejó ver que no se fiaba de ninguno, ni siquiera de su hermano, y con razón. Mihkel le ocultó la verdadera potencia del explosivo, esperando que no saliera del túnel, porque sus recelos podían llevarlo a conseguir pruebas que acabasen con él y dieran en la línea de flotación a los Novikov.

—A la familia tampoco le interesaba que pudieran relacionarlos, lo querrían muerto, no bajo la custodia de uno de ellos —refutó McPherson.

—Anton se curó en salud, como dices, y recopiló pruebas de la relación. Usó esa baza para continuar con vida, esperando la oportunidad de escapar o de poder entregarse y facilitarlas a la policía. En cualquiera de los casos, estaba condenado.

—Y crees que su hermano tenía planeada esa visita para deshacerse de él, para que no hablase.

—Estoy segura. Tentó a Kruger con la promesa de hacerla rica, pero para eso tenía que llegar a casa de Viktor Volkov con una excusa plausible. Yo aceleré el proceso, sin proponérmelo, y sus planes apenas se vieron trastocados, solo había que deshacerse de una persona más.

—De ti —afirmó él.

—Además, lo intentó con mi propia pistola, el muy cabrón.

—Pero si Anton hubiera dispuesto de verdad que alguien sacase a la luz las pruebas, el trato de Mihkel con la fiscalía hubiese quedado anulado.

—Estoy de acuerdo con que es un riesgo, y tengo una teoría al respecto desde que me has dicho que las joyas estaban todavía escondidas en la casa.

—Desembucha.

—Creo que el objetivo de Mihkel siempre fue quedarse con las joyas y los documentos de Viktor, además de matar a su hermano y a la agente Kruger, porque no pensaba compartirlas, sino largarse lejos. Para eso le servirían los papeles, para negociar con los Novikov y quitárselos de encima. Libre de los cargos del FBI, de la amenaza de la familia y con una fortuna entre manos, no tenía nada que temer.

—¡Pues menuda jugada arriesgada que se montó! —silbó McPherson—. Solo queda un cabo suelto...

—Ya. El cabo que se le anudará al cuello, porque voy a por esas pruebas de Anton y volverá a ser uno de los más buscados por la agencia y por la familia. Y esta vez, no le valdrá ocultarse a plena vista en un edificio de apartamentos.

McPherson me palmeó la espalda.

—Pues cuenta conmigo para lo que necesites.

Salimos a la calle, que olía a humo de algún incendio cercano y el jefe de equipos especiales me precedió hasta su coche, un Chevrolet Suburban negro en el que yo hubiera podido vivir feliz, sin necesidad de apartamento.

—¿Estás pluriempleado en el Servicio Secreto?

Él soltó una carcajada.

—Es el único capricho que me he dado en muchos años. Me lo merezco, aunque me temo que mis hijos hereden las letras que me faltarán por pagar cuando muera de viejo.

Me gustaba McPherson. Era amable y divertido, además de buena gente. No me extrañaba que «Lady Halcón» hubiese estado coladita por él, porque había personas que seducían sin resultar atractivas físicamente y él era uno de esos.

Me lanzó las llaves y estuvieron a punto de ir a parar al suelo porque no lo esperaba.

—Llévanos, pero no te acostumbres. A la única que se lo dejo es a Debra y porque la quiero.

Valoré darle otro abrazo, pero por un día ya había superado el cupo y no quería resultar agobiante. Me fastidiaban las personas agobiantes como a la que más.

—Te advierto que conducir esto para mí es como pasar del buga de los picapiedra a una nave interestelar. Solo se parece a mi coche en que tiene volante y cuatro ruedas.

—Como se te ocurra rayarlo, hablaré con el jefe para que te trasladen a mi departamento y pienso putearte mucho. Quedas advertida, agente.

Pareció complacido al oírme reír y yo también me animé. Me esperaban largas horas de explicaciones en el Federal Plaza y no creía que hubiera margen para muchas bromas, así que mejor aprovechar los momentos que se ofrecían.

Apreté el botón del encendido y le lancé las llaves de vuelta.

—¿Pensabas que iba a buscar dónde encajarlas? Soy pobre, pero espabilada y he visto muchas películas.

Le tocó reír.

—Por cierto... ¿Eres buen jefe? —le pregunté.

—El mejor, ¿por qué? ¿Te lo pensarías si te quisiera en mi departamento?

—No si tuviese que hacer algo parecido a lo que hice para Kruger. Me falta autocontrol o la otra chica de la casa estaría viva.

—Reconocerlo es un paso para remediarlo. Todo se aprende con el tiempo y tú eres muy joven.

Me gustaba la actitud de McPherson, pero no todo era remediable. La muerte no lo era y dudaba de que mi temperamento fuera a dar un giro tan importante como para insensibilizarme ante cosas como las ocurridas en la casa de Viktor Volkov.

—Antes de tomar cualquier decisión voy a salir de este atolladero, que no es poca cosa.

—Respetaré cualquier decisión que tomes. En todo caso, mi puerta siempre estará abierta si quieres tomarte un café o para reunirte con Debra y conmigo en su bar. Sophy no llevaba allí a cualquiera, debía apreciarte y creer que tenías mucho potencial. Era la peor pesadilla de los novatos.

—Fue mi peor pesadilla —confirmé—. La llamaba «Lady Halcón» porque parecía ir a saltar sobre mí desde lo alto cada vez que abría la boca.

—Además de por algún detalle de su anatomía, supongo. —Se perfiló exageradamente la nariz con el dedo y me guiñó un ojo.

—Y por su mirada gélida. Daba miedo.

Sonreímos con cierta tristeza los dos. La echaríamos de menos, aunque supongo que él más. Habían sido amigos durante muchos años.

El GPS me indicaba salidas y desvíos que yo ignoraba sistemáticamente. Sabía por dónde quería ir y aunque no conocía bien la ciudad, prefería seguir mi criterio.

¿He comentado que soy bastante cabezota?

Capítulo 33

Carol

Consulté la hora después de aparcar a cien metros de la entrada del gimnasio. Las doce de la noche no era una hora intempestiva en la ciudad que nunca descansaba.

Le dije a McPherson que me esperase, no pensaba demorarme. Era entrar y salir.

—Te aguardaré con el motor en marcha para la huida.

Hace un ratito que no meto un inciso y creo que es el momento: una de las cosas que más me gustaba de ser agente del FBI era que las credenciales tenían capacidad para abrir cualquier puerta. Hubiese jurado que hasta Moisés las usó para abrir el océano cuando los judíos huían de un faraón o algo así. Mis conocimientos sobre religión se limitaban a algunas citas bíblicas usadas hasta la saciedad y a dibujos animados que había visto por televisión de niña, y de no tan niña, si recordamos los personajes amarillos que todos tenemos en mente.

Bien, a lo que iba... El recepcionista se mostró encantado de ayudar a los agentes de la ley y me dejó pasar el turno, que solo se desbloqueaba con la pulsera de los abonados.

—Deben quedar pocos clientes, estamos a punto de cerrar —me dijo con cierto tono anhelante. Supongo que estaría deseando echar el cierre e irse a su casa.

El vestuario masculino estaba separado del femenino por una pared de cristal opaco, sustituyendo a una normal. Me pregunté a qué lumbrera se le habría ocurrido, porque las siluetas del otro lado eran perceptibles. ¿Acaso tendrían un estudio que avalara aquel experimento para incitar a los usuarios a continuar sus entrenamientos y ligarse a alguna de aquellas sombras percibidas a través de un cristal e idealizadas? No lo descarté, vivíamos en una sociedad diseñada por y para gilipollas.

Un chaval de no más de veinte años se tapó cuando me vio entrar, en cambio, el treintañero que se ponía desodorante delante de su taquilla se giró para enseñarme lo bien que entrenaba.

—¿Te gusta lo que ves?

Gilipollas hay en todos sitios, pero un gimnasio es el lugar indicado para encontrar el mayor porcentaje por metro cuadrado. El fenómeno merecería un estudio a fondo.

—No me impresionas, la verdad. Tienes que ser muy malo en la cama si estás aquí a las doce de la noche en vez de estar echando un polvo.

Supongo que no esperaba la réplica y abrió la boca sin encontrar palabras, así que se apresuró a vestirse, igual que el veintañero, por si acaso le caía alguna lindeza a él.

Ignoré a ambos y seguí la numeración de las taquillas. Escuché las puertas de las tuyas cerrándose poco después y su salida apresurada. Esperaba que no hubiera más trasnochadores entrometidos con curiosidad por mi presencia en el vestuario masculino.

Según Kat, Anton había pagado el alquiler de la taquilla por dos años, ya que acudía de forma regular a las instalaciones para recuperar la movilidad de la cadera, dañada en un accidente de tráfico. Quería haber puesto el lápiz de memoria en algún lugar más seguro, pero después del atentado no había vuelto a salir de casa de Viktor y no confiaba en nadie para el encargo.

Abrí la cerradura digital después de introducir la clave de cuatro cifras. Me llegó una vaharada de olor a humedad: las dos toallas dobladas en el fondo tenían una capa de moho gris. Sobre ellas, reposaban un pantalón corto y una camiseta, tirados de cualquier manera y

contagiados del mismo mal. Los botes de desodorante, champú y gel se habían librado al no estar en contacto con la ropa, pero eso no duraría mucho.

Saqué la Glock de la funda y usé el cañón para revolver entre la ropa. No pensaba tocarla ni por el premio que esperaba encontrar, porque a esas alturas tenía intención de presentarme en Federal Plaza con una historia y con una bomba distinta de las que acostumbraba a fabricar Mihkel. Quería demostrar mi valía como agente; ya no era una novata.

Cegada con mi ensoñación sobre las palmaditas en la espalda que recibiría de los jefes, lo que ocurrió a continuación me pilló desprevenida como a la novata arrogante que era.

—Tenía que haber caído en que Anton carecía de imaginación para esconder algo —rio Mihkel a mi espalda.

Literalmente pegué un bote del susto.

—Suelta la pistola y gírate, Carol. No quiero matarte.

—Te resultaría fácil. Tienes una puntería de mierda, excepto cuando disparas a bocajarro, como hiciste con tu hermano.

—Suéltala, no me hagas repetirlo.

No estaba en posición de negarme ni tenía una sola oportunidad, así que dejé caer la Glock al suelo, forrado de algún material plástico especial para gimnasios, que absorbió el impacto del metal sin emitir más que un sonido sordo.

—Date la vuelta, quiero ver tu cara.

—¿Antes de matarme? —dije con ironía, girándome para quedar frente a él—. Podrías haber disparado por la espalda, me da la impresión de que es tu estilo.

—No tengo que matarte, solo coger lo que has venido a buscar y marcharme, así que apártate a un lado.

—No me has matado porque te gusta alardear. Necesitas público para reafirmar tus actos, porque en el fondo eres un cobarde. Y lo sabes. Tu hermano lo sabía...

—Apártate de la taquilla, Carol.

—¿Acaso me tienes miedo?

Me aparté dos pasos, que no debieron parecerle suficientes porque me hizo un gesto imperioso con la pistola. Me desplazé otros dos y él se acercó a la taquilla.

—¡Qué asco! —exclamó, sacando la ropa enmohecida con la mano libre y tirándola al suelo.

—Ojalá se te gangrene la mano.

Mi boca no tenía sentido de la conservación. En realidad, toda yo estaba deseando una confrontación, porque que me hubiera engañado no pesaba tanto en la balanza como que hubiera matado a «Lady Halcón» delante de mis narices y tener que quedarme quieta para proteger a Kat y a la niña.

La falta de acción no era mi especialidad.

Mihkel encontró el pequeño dispositivo USB, no más grande que mi dedo pulgar, y me lo enseñó con una sonrisa de triunfo.

Aproveché para lanzar la pierna y darle una patada en la mano que sostenía la pistola, al tiempo que llevaba la mía a mi espalda y extraía mi Sig Sauer de la funda.

Su reacción, como había esperado, fue tardía y se vio comprometida al notar que yo había retrocedido, poniéndome fuera de su alcance.

—No te lo esperabas, ¿eh, campeón?

Otro de mis defectos puestos en evidencia: era muy chula.

—Esta no es la Sig Sauer con la que me disparaste, es su gemela —le aclaré—. Deja el USB

en la taquilla. Voy a proponerte algo parecido a lo que me has ofrecido tú, pero esto te gustará más.

Alzó las cejas e inclinó la cabeza con cierta socarronería, aunque interesado. Lo tenía cogido por las pelotas, así que más le valía escuchar y aprovechar la ocasión.

—Has amenazado a una agente del FBI, podría pegarte un tiro aquí y ahora. Al contrario que tú, tengo una puntería que te cagas y basta tu presencia armada para justificar mi actuación. Defensa propia —continuó—. No obstante, me pillas de buenas, así que haz lo que te digo y tendrás la oportunidad de largarte de aquí con el USB y tu libertad.

Aquí el inciso: tenía que practicar la humildad. Fin del inciso. Siento la brevedad.

Dejó el chisme en la taquilla mohosa, me miró y levantó las manos, esperando que continuara con las instrucciones.

—Sin armas. El que quede en pie se lleva el USB —le ilustré para que quedase claro.

Juro que vi en sus ojos un destello incrédulo, que se convirtió en esperanza cuando solté la Sig Sauer sobre un banco, por el que debían haber pasado muchos traseros masculinos. Tendría que desinfectarla, si es que salía viva de allí.

Y ya podéis llevaros las manos a la cabeza. Pues sí, estaba desarmada, desafiando a un hombre que me aventajaba en kilos y en fuerza, aunque no en mala leche.

—¿Qué se supone...?

Le solté un puñetazo en el pecho que le hizo tambalearse hacia atrás y cerrar la boca.

—¡Adivina, Mihkel! Algunas mujeres sabemos pegar.

Tras la sorpresa, dio un paso hacia mí y me soltó una bofetada con la mano abierta que me obligó a volver la cara. ¿Os lo podéis creer? ¡Una bofetada!

Callé la burla que tenía en la punta de la lengua y retrocedí, como si me hubiera hecho daño. Mihkel avanzó entre las taquillas, dispuesto a disculparse.

—Oye, esto no es necesario...

Le lancé otro puñetazo al pecho.

¡Sería gilipollas! ¿Había intentado matarme y ahora se iba a disculpar por haberme soltado un guantazo? Jamás entendería a algunas personas. Claro que este había realizado una actuación memorable jugando con todos, pero si se le había pasado por la cabeza que podría hacerse la víctima conmigo, lo llevaba claro. Era tan sádico como Viktor: mataba sin inmutarse, con el agravante de que sus víctimas no lo esperaban.

Y yo no me estaba empleando a fondo, solo quería ver hasta dónde estaba dispuesto a llegar. Tenía mi táctica, tomada en préstamo de mi sabia abuela que siempre decía: mide dos veces antes de cortar. Me costó comprender qué quería decir y, cuando caí en la cuenta, vi que más me valía prestar oídos a sus consejos.

Estaba midiendo, sin emplearme a fondo. Como he dicho más arriba, mi relación con el saco de boxeo se consolidó cuando un instructor de Quántico me enseñó a desfogarme sin dejarme los nudillos ni hacerme un daño irreversible en las muñecas.

Mihkel debió pensar en darme algo más que una bofetada, aunque vi su puño llegar con siglos de antelación. Me agaché para esquivarlo y le solté otro puñetazo en la barbilla que le obligó a retroceder casi hasta el cristal opaco de separación de los vestuarios femenino y masculino.

No cayó, pero por fin empezó a calarle la idea de que yo iba en serio. No obstante, seguía subestimándome y yo midiendo.

—Esto es una tontería. No quiero hacerte daño, Carol. Si lo piensas, tenemos mucho en común...

—¿Cómo qué? ¿Que a los dos nos gusta respirar?

—Que a los dos nos gusta vivir bien. Sé dónde están las joyas de Viktor y podríamos repartírnoslas.

Así que era eso... Aún creía que podía manipularme como había manipulado a Kruger, apelando a mi codicia. Él no podría acercarse a las inmediaciones de la casa de Viktor, yo, sin embargo, tenía acceso, ya que estaba en el caso.

Por supuesto, Mihkel desconocía el dato de que las joyas habían sido halladas y estaban bajo custodia. Por eso no me había matado enseguida.

Sin aguardar a que se recuperase del anterior golpe, lancé el puño a su mentón de nuevo y esta vez sí que dio contra el cristal, que emitió un crujido profundo, pero no se rompió. Él cayó sentado y me miró con incredulidad.

—No me gusta pelear con mujeres.

—Ya veo por qué, gilipollas.

Sonreí de medio lado y le tendí la mano para ayudarle a levantarse, no por lástima, sino porque quería hacerle morder el polvo alguna vez más. Se comportaba como si fuésemos amigos dirimiendo alguna tonta disputa, que intercambiaríamos un par de disculpas cruzadas y luego nos marcharíamos de copas.

Mientras se ponía en pie con mi ayuda, el cabrón dejó ver la víbora que llevaba en su interior. Había comprendido que era mucho menos ágil que yo y que le costaría ponerme la mano encima, así que, ni corto ni perezoso, me agarró de la manga para impedirme retroceder, poniéndome fuera de su alcance. y me lanzó un puñetazo al pómulo que me tiró de culo, donde, por cierto, también me hice daño.

Ambos vimos las estrellas. Él se agarró la mano dolorida con la que me había pegado y yo sacudí la cabeza para despejarme. Mihkel sabía mucho sobre explosivos, pero no tenía ni idea sobre la forma correcta de alinear la muñeca y apretar el puño para que los nudillos tuviesen la potencia de una bola de demolición.

Me tendió la mano para ayudarme a ponerme en pie, correspondiendo a mi gesto anterior, aunque se echó atrás enseguida, temiendo que aprovechara para encajarle un buen golpe, igual que había hecho él.

Yo seguía midiendo y Mihkel debió pensar que estaba a punto de rendirme porque el muy imbécil se acercó con intención de darme un abrazo o algo parecido.

—Venga, ya está. Siento haberte...

Había tomado medidas suficientes, era hora de cortar.

Imprimí potencia a mi puño y lo lancé contra su boca. Los martillos pequeños también hacen daño. Sentí partirse la piel de sus labios bajo mis nudillos y un crujido delator que indicaba la rotura de algún diente.

—No sé en qué momento me has catalogado como una delicada flor. Por si ese diente roto no te ha dado una pista, te informo de que soy delicada, pero como la nitroglicerina.

Se tambaleó hacia atrás y no aguardé a que saliera de su estupor, alcé la pierna, flexioné la rodilla y le pateé el estómago para derribarlo. Ya me había cansado y quería reventarle la cara. Sin embargo, lo que ocurrió a continuación no lo esperaba: Mihkel volvió a dar contra el cristal de separación de vestuarios, que esta vez se rompió en grandes trozos. La mayoría cayeron al vestuario femenino, pero algunos quedaron pegados al marco del suelo, para su desgracia, porque se le clavaron en la espalda.

Me acerqué para ver si tenía suficiente o necesitaba algún golpe más, porque mi intención era llevármelo esposado, cuando escuché el gorgoteo que hacía la sangre en su garganta,

mientras intentaba respirar, al tiempo que procuraba contener la hemorragia del corte profundo de su cuello con las dos manos. Alguno de los cristales le había producido un corte profundo en el cuello y tenía muy mala pinta.

Entonces el muy hijo de puta se incorporó y me lanzó una mirada de odio tan intensa que sobraban las palabras amenazantes. Era él en toda su esencia, diciéndome con los ojos que no se le había pasado por la cabeza en ningún momento dejarme vivir y que tomaría las medidas oportunas, si salía de esa, para matarme, así que tomé la única decisión posible.

A la velocidad con la que perdía sangre, solo se salvaría si una ambulancia llegaba en los próximos minutos, pero no pensaba arriesgarme: dar la espalda a según qué enemigos era un suicidio.

Nacer en el lado equivocado era inevitable, pero tomar las decisiones adecuadas cuando se trata de tu vida era la ley de la selva. En esa selva, yo era la depredadora.

—Te voy a decir un par de cosas más para que no te queden dudas: el FBI ha encontrado las joyas esta mañana, te he visto matar a tu socia y a mi compañera y, por último, pero no menos importante, vas a morir ahora.

Volví a la taquilla de Anton y recogí mi Sig Sauer del banco, quité el seguro y le devolví la mirada de odio. Había conseguido sentarse y la sangre chorreaba entre sus dedos.

—Esto es de parte de «Lady Halcón». ¡Que te zurzan!

Alcé la Sig Sauer que me había regalado mi compañera y disparé. Luego la guardé en su funda y me apresuré a recoger la pistola de Mihkel del suelo. Me acerqué y vi que la bala le había atravesado el cráneo, entrándole por la frente. Limpié mis huellas con el faldón de la camiseta, cogí su mano izquierda, ya que era zurdo y le puse el arma en ella con la mía encima. Disparé dos veces hacia las taquillas y liberé su mano, que cayó inerte al suelo, soltando la pistola.

Me había puesto hecha un cristo con su sangre, pero eso también tenía explicación: me había apresurado a contener la hemorragia cuando cayó sobre el cristal mientras nos peleábamos. Luego él había cogido su arma para intentar matarme y yo le había metido una bala en los sesos. Defensa propia.

Los vestuarios carecían de cámaras y estaba bastante segura de poder salir bien librada. Después de todo, él era un terrorista que había matado a dos agentes del FBI, ¿no? Yo tendría otra vez a los de asuntos internos dándome la lata sobre un arma no reglamentaria, pero me había parecido justicia poética usar la Sig Sauer en lugar de la Glock.

Y esa vez presionaría para que me la devolviesen, era un regalo que no quería perder.

Recogí la Glock, el USB y salí de los vestuarios.

McPherson estaba tomando el pulso al recepcionista con una mano, en la otra llevaba su arma, con la que me apuntó antes de reconocerme.

—¿Qué ha pasado?

—¿Está...? —pregunté, señalando al recepcionista.

—Tiene un corte feo en la cabeza, pero está vivo. ¿Y tú? ¿Estás herida?

—La sangre es del terrorista que mató a «Lady Halcón».

Pareció comprenderlo y se limitó a asentir. En la recepción había cámaras que seguramente nos estarían grabando.

Nos acercamos a la entrada, donde habíamos escuchado los coches frenar con largos chirridos de neumáticos. McPherson, al oír los disparos había pedido refuerzos.

—¿Preparada? —me preguntó.

—¡Que empiece la fiesta!

Capítulo 34

Carol

La fiesta fue larga. Duró más de tres meses, hasta que antiterrorismo archivó el caso. Pasaron la información relevante al departamento de crimen organizado y a mí me devolvieron la Sig Sauer de «Lady Halcón» limpia y recién aceiteada.

Pero antes de eso, pasaba más de seis horas todos los días respondiendo a preguntas y ayudando a rellenar lagunas, porque los implicados directamente estaban muertos y los detalles se habían ido con ellos a la tumba.

Despedazaron la vida de Kruger y lo único que descubrieron fue un móvil de prepago, con el que hacía y recibía llamadas de otro similar. Sin embargo, el día de su muerte habló unos minutos con el teléfono que encontraron en uno de los bolsillos de Mihkel, por lo que se pudo establecer la conexión entre ellos.

«Lady Halcón» había sospechado siempre que la agente hubiese sido la única con la que quería tratar el terrorista; ahora se sabía por qué. Después de lo de la casa de Viktor, vio la oportunidad de tenderle una trampa para que se descubriese y esa llamada a Mihkel la delató. Él había hecho enseguida otra llamada a un número que también conocíamos: el de Andrej, que se presentó para impedir que nos lleváramos a la niña de la casa de acogida y acabó abatido por los hombres de McPherson. Un cabrón menos en el mundo al que nadie echaría de menos.

Los documentos de Viktor Volkov no se encontraron, pero la familia Novikov quedó muy tocada por el material que Anton había grabado. Había colocado una cámara oculta en una lámpara de techo, que registraba casi todo el espacio y otra que enfocaba a la puerta de entrada. El USB contenía semanas de grabación.

Los de la división de crimen organizado se frotaron las manos. Tenían mucho trabajo por delante y muchas detenciones que hacer, aunque lo que disfrutaron más fue tener en el punto de mira a todo un fiscal de distrito.

En el tintero quedaron cuestiones que nadie podría aclarar, solo suponer, como el protagonismo de Viktor. Era un personaje muy turbio, aunque como estaba muerto, nadie se molestó en ahondar en su vida. Las chicas que llevaba a su casa solían desaparecer y a nadie le importaba porque se trataba de prostitutas y él era uno de los peces gordos de la familia Novikov.

Kat me llamó una semana después de despedirnos en el motel. No me dijo dónde estaban, su cháchara giraba en torno a la niña y su relación, que parecía ir viento en popa. A partir de ese momento recibía todas las semanas una llamada suya. Que yo supiera, no tenía a nadie más con quién hablar y no me importaba ejercer de hermana mayor para insuflarle confianza. Nunca hablábamos de cuestiones que todavía le resultaban difíciles de abordar y que deseaba olvidar.

La familia Novikov estaba demasiado ocupada con todo lo que le estaba cayendo, así nadie se preocuparía de buscarlas.

Comprendí que de verdad habían iniciado una nueva vida cuando sus llamadas empezaron a espaciarse. Estaba haciendo amistades, llevaba a la pequeña a una guardería y ella trabajaba en una cafetería media jornada. Se había comprado un ordenador y trataba de ponerse al día con los estudios, con la ayuda de un profesor particular por internet. Avanzaba despacio, aunque estaba contenta, se le notaba en el tono, que se asemejaba más al de la joven que era.

Ojalá le fuera bien, lo merecía.

El final del caso dio término también a mis visitas al loquero, obligatorias cuando había bajas de compañeros o un tiroteo con resultado de muerte. Podía habérmelas ahorrado: nunca olvidaría la muerte de «Lady Halcón», que fue dolorosa para mí, porque había empezado a conocerla y apreciarla, en cambio, la de Mihkel no me quitó ni un minuto de sueño.

McPherson, Debra y yo fuimos juntos al funeral tardío de Sophia Fogel, que estuvo muy concurrido. Nadie se presentó como familiar suyo y recordé lo que me había dicho sobre el exceso de dedicación al trabajo. «Lady Halcón» tal vez no hubiese sido el alma de la fiesta, pero era recordada con cariño por muchos compañeros, incluso por varios que, igual que yo, fueron sus sufridos novatos.

Como nota personal, añadiré que esa noche me bebí hasta el agua de la fuente ornamental. Y es literal porque después de liquidar sola casi una botella entera de whisky, me di un baño en la que había a la entrada del edificio donde celebramos la vida de nuestra compañera. Me sentía con derecho.

Después de dos días de resaca, en los que juré que jamás volvería a probar una gota de alcohol y que incumplí a la primera de cambio, porque me acostumbré a pasar por el bar de Debra a tomar algo con ella y con McPherson, empecé mi andadura en un departamento distinto, como agente especial y con mi guapísimo y casadísimo compañero Daniel Harris.

Ya he dicho que sentía debilidad por los hombres guapos ¡qué le vamos a hacer!

Por fin podía ir por ahí investigando, enseñando credenciales y todo eso. Ya no era novata, sino agente especial. Sí, se me llenaba la boca y hasta me dormía pensando en ello.

La relación con Devlin, McPherson y Josh Carter se convirtió en amistad. Conocí a la hija y a la esposa del agente, Charlie que, por cierto, era gemela de Kim y una tía sin pelos en la lengua. Ni qué decir tiene que enseguida congeniamos. Lo único que no me gustaba de ella era que me soltaba una colleja cada vez que se me iban los ojos a su marido.

—¡Solo admiraba tu buen gusto! —me quejaba.

—También tengo buen gusto con las armas de fuego.

Este toma y daca era habitual, aunque siempre en tono de broma, porque jamás, ni aun teniendo ocasión, hubiera intentado nada con Josh. No pensaba cargarme nuestra amistad por una tontería. Pero a una le gusta alegrarse la vista. ¡A quién no!

En Navidad me tomé unos días para visitar a la familia. Se me había olvidado el frío que hacía por aquellos lares y pasé la mitad del tiempo acurrucada en el sofá con una manta encima. La otra mitad la invertí en discutir con mi hermana, ignorar al imbécil de mi cuñado y sus hijos, y en fumar con mi abuelo en el bosque de detrás de la casa. A mi madre y a mi abuela les puse la cabeza como un bombo, contándoles detalles de investigaciones que a ellas ni fu ni fa, pero que escucharon con la paciencia de los que te quieren. Para eso estaba la familia y yo no los hubiera cambiado por nada del mundo, ni siquiera por mis credenciales.

Aun con todo, volver a Nueva York supuso un alivio. Para empezar, había siete u ocho grados más de media y me encantaba la actividad constante que exigían los expedientes que nos habían endilgado a mi compañero y a mí. En ese momento teníamos siete encima de la mesa y había que hacer seguimiento de todos.

De todas formas, no abandoné mis hábitos, adquiridos a lo largo de los meses, así que seguía quedando con Bruno en el bar de costumbre. ¿Os acordáis de Bruno? Sí, ese mismo en el que estáis pensando, el feo gracioso.

Y si se os ha pasado por la cabeza que quedábamos allí por ser un lugar de moda, os equivocáis de lleno. El local tenía sus adeptos, los hartos de cambiar de uno a otro, según la volatilidad de unos pocos que marcaban el mejor sitio para tomarse una copa y que terminaban

siendo un agobio. Además, ese contaba con un añadido interesante: un camarero buenorro, al que le gustaba más follar que respirar.

Y en este punto podéis recriminarme: Carol, deberías ser más selectiva, ya no eres una cría de instituto.

Vale, en mi defensa diré que no le dejaba hablar, porque cuando abría la boca para otra cosa que no fuera besar, subía el precio del crudo, pero tenía unas manos divinas y lo que no eran las manos. Además, echar un polvo en el almacén resultaba tan sórdido como excitante. El clásico empotramiento cargado de pasión fugaz, orgasmo asegurado y cada uno por su lado. Por supuesto, siempre había un preservativo de por medio y ningún sentimiento. Era lo que era: sexo.

—Tienes un brillo postcoital en el rostro, ¿qué has estado haciendo, guarra?

—¿A ti qué te parece?

No sé si he comentado que Bruno tenía más éxito que cualquier persona que hubiera conocido, aunque nadie lo entendía, dada su falta de atractivo físico. Según él, los feos estaban de moda y pensaba aprovechar cada segundo.

Había tenido tres amores de su vida, hombres que le habían durado una semana, que yo hubiera conocido esos meses, porque en lo de los enamoramientos fugaces me ganaba por goleada.

—¿Ha sido con tu compañero? Yo me lo tiraría.

—¡Que te zurzan, Bruno!

El teléfono cortó aquella línea de conversación.

—Trabajo. Tengo que irme, parece que es urgente —dije, recogiendo mis cosas y levantándome.

Lo era. Un caso jugoso y mi primera toma de contacto con un personaje que se convertiría en mi Némesis particular.

Pero esa es otra historia.

Fin

-
- [1] Película estadounidense de 1989 producida por la Warner Brothers y adaptación de la obra de Alfred Uhry que trata de las charlas de una señora de cierta edad y carácter agrio con su chófer, un hombre muy paciente.
- [2] El Colegio Hogwarts de Magia y Hechicería es una escuela de magia perteneciente al universo de la saga de libros de Harry Potter.
- [3] El verivorst es una morcilla tradicional muy apreciada en Estonia que está compuesta de sangre, mejorana, ajo y pimienta de Jamaica.
- [4] La tenia es un parásito que puede vivir y alimentarse en los intestinos de los seres humanos. Esto se conoce como infección por tenia.
- [5] La Administración de Asuntos de Niños y Familias (ACF, sigla en inglés) es responsable por programas federales que promueven la economía y el bienestar de familias, niños, individuos y comunidades. La Administración ofrece programas para adopción, prevención de abuso y negligencia infantil, y cuidado de niños, entre otros.

¿Me ayudas con una reseña?

Si la novela ha sido de tu gusto, te agradecería que escribieras una breve reseña en Amazon. No te llevará más de dos minutos y ayudarás a otros lectores potenciales a saber qué pueden esperar de ella.

¡Muchas gracias!

Agradecimientos, ¡y muchos!

A mis hijos, **Aisha y Pepe**. Su humor ácido viene reflejado en estas páginas y ¡ni qué decir tiene que me encanta!

La labor de los lectores cero es encomiable. Me riñen, me aconsejan, me sugieren y, sobre todo, me animan a seguir.

Marga González Benavides. Me vuelve loca, así, sin más. Desde que le paso el manuscrito hasta que estoy a punto de darle al botón de subir archivo. Siempre quiere saber más de los personajes, así que si las novelas se alargan más de la cuenta es, en parte, culpa suya.

Andreu Purroy Giribet. El hombre de los detalles. No se le pasa una y, además, comenta cualquier error con una ironía elegante que me encanta. Esta vez me ha recordado que empezamos la manada juntos y es verdad. Parece que ha transcurrido una eternidad desde entonces. Desde luego, tiene una paciencia infinita conmigo.

Elena de la Cruz. Es una prolífica novelista y lectora empedernida, que siempre acoge mis novelas con entusiasmo. Desde el año pasado nos mantiene enganchados a una serie de thriller romántico titulada Intrépidos. La recomiendo, así como todas sus novelas, a cuál mejor.

Esther Sierra F. Una escritora de suspense romántico y fantasía, que demuestra una capacidad imaginativa inigualable en la serie La leyenda de los doce espejos, en proceso y de la que ya ha publicado dos novelas. También tiene un radar para las faltas de ortografía y yo se le agradezco infinitamente.

Mili Gallardo es una autora con muchas inquietudes y con varios libros autopublicados, detallista y observadora. En esta novela me ha planteado un par de asuntos importantes que han resultado decisivos para que la resolución de la misma sea más clara para los lectores. Por ello y por el tiempo que me ha dedicado, tengo que darle unas gracias especiales. ¡Echad un vistazo a sus novelas en Amazon, os gustarán!

Mis agradecimientos siempre se quedan cortos con los conejillos de indias que son los primeros lectores. Ellos hacen un trabajo voluntario e impecable, los fallos son solo míos.

Y, por último, agradezco al que me ha acompañado mientras escribía cada una de las palabras de mis novelas: Sawyer, el gato de la familia. No es cariñoso y no soy su favorita, pero siempre se echa a dormir cerca de donde estoy escribiendo. El resto del tiempo lo dedica al *parkour* extremo, provocando a las golondrinas de todo el vecindario en primavera, y a pedir chuches de gato durante todo el año. Es un bicho de ideas fijas y por eso un protagonista de mi próxima historia.

Sobre la autora

MariaL. Pardos es aragonesa de nacimiento y de corazón. Lleva más de media vida fuera de su tierra, pero siempre la echa de menos.

Ávida lectora de cualquier género desde que tiene memoria, un día probó a poner por escrito sus «películas mentales», dando a luz varias novelas de acción con trasfondo romántico, que han cosechado muy buenas críticas entre sus lectores.

Contacto

[Amazon](#)

[Instagram](#)

[Facebook](#)

Correo: erethcl@gmail.com

Instinto de manada

Una serie de libros es una secuencia de historias que presentan ciertas características en común y que se identifican juntos formalmente como un grupo.

En cada volumen de Instinto de manada hay una historia distinta, si bien muchos de los personajes son recurrentes.

En todas ellas hay investigación, acción, camaradería, amistad, amor y situaciones arriesgadas a mansalva.

Pueden leerse por separado.

Hipoxia

La de esa mañana tendría que haber sido una visita más a la cárcel de la bióloga Kelly Darnell, pero no contaba con que las situaciones complicadas tienden a agravarse de forma sorpresiva.

Empeñada en poner en evidencia el sistema corrupto culpable de la encarcelación de su hermana, pide la colaboración de Ryan, un detective de homicidios que pronto se dará cuenta del avispero que han pisado, y de que no solo deberán enfrentarse a un fiscal sin escrúpulos, sino a sus peligrosos socios.

Mafias, pandilleros, políticos y policías corruptos, drogas, armas y secretos, dejarán a Kelly sin aliento, y obligarán al detective a buscar la ayuda de sus dos mejores amigos para salir del apuro.

Perder los papeles

Todos perdemos los papeles, literal o figuradamente, muchas veces en la vida. Sachi los perdió antes de terminar la universidad, una simple anécdota que iba a traer consecuencias años después, cuando acusan a Zimmer, el mejor amigo de su hermano, de su asesinato.

John Ryan, detective de homicidios, se dispone a investigarlo, sin sospechar los detalles escabrosos de su familia que destapará por el camino. Ese pasado, del que se cree ajeno, se le enredará en las piernas, intentando derribarlo y hacerle perder los papeles a su vez.

Tatuaje blanco

Richie vuelve a su hogar de infancia, el lugar en el que fue feliz y que terminó odiando. Los bosques, el murmullo de las hojas, el canto del riachuelo..., parajes y sensaciones que le recuerdan a su madre. En su memoria luce el único tatuaje que adorna su piel, un tatuaje blanco, de luz.

Su intención de retomar el contacto con su hermano después de quince años de ausencia, se ve truncado y se encuentra, en cambio, inmerso en una trama de ambiciones, poder y drogas, además de toparse con su pasado y su futuro.

Verano austral

¿Quieres saber cómo acaba la científica más friolera del mundo en la Antártida por tercera vez consecutiva?

Alex había jurado no regresar al continente blanco, pero una llamada de madrugada le hace cambiar de idea: la proposición es inmejorable y, pese a su aversión al frío, acepta incorporarse a la expedición de investigación durante los tres meses de verano austral.

Este solo es el principio de una aventura que llevará a la doctora Alex Jordan a embarcarse en numerosos vuelos internacionales, a sufrir turbulencias físicas y personales, y a ponerse en el punto de mira de personas muy poderosas. Por suerte, las circunstancias se confabulan para que no se encuentre sola.

Aventuras, acción, romance y un complot en las sombras. ¿Te apetece un paseo por cuatro continentes? Nos aguardan grandes maravillas y paisajes extraordinarios, no todo va a ser pasar frío y correr para salvar el pellejo ¿no?

Gali, la loba solitaria

Gali Stern, entrenada por las mejores agencias de inteligencia y tras varios años de trabajo en la CIA, decide abandonar esa vida: busca de algo de paz y dejar atrás conflictos, mentiras e intrigas. Su antiguo entrenador del Mosad, sin embargo, le pide la devolución de un antiguo favor, situándola de nuevo en el centro de un tablero de juego complejo y peligroso, cuyo fin es detener la provocación inminente de una guerra.

Durante sus indagaciones, rememorará episodios cruciales del pasado que la han convertido en una loba solitaria y viajará de un lado a otro del mundo para saltarse su recién adquirida regla de no volver a matar.

De luz y oscuridad

La lucha entre la luz y la oscuridad es tan antigua como la vida.

Gali Stern cree que perdió su luz hace mucho, cuando un suceso traumático la llenó de oscuridad. Piensa, en cambio, que Mitchell está dotado de esa luz que le falta y que, aunque sus posiciones parecen irreconciliables, quizá el trabajo en equipo consiga limar las asperezas de su relación.

La protección de una familia amenazada por la Tríada les obligará a reencontrarse, a aunar esfuerzos para capear situaciones peligrosas. Juntos y por separado deberán lidiar con amenazas del pasado y con el pasado mismo, capaz de hundir su futuro en la oscuridad.

Lo mejor es que ya no tienen que enfrentarlo a solas, porque tienen a la manada detrás. Y la manada entiende que la mezcla de luz y oscuridad es lo que nos hace humanos, además de vulnerables y temibles.

Juez y parte

Las personas heridas son las más peligrosas, las que saben causar mayor dolor, en especial si, como Celia Cárdenas, desean justicia a cualquier precio.

Sayra Norton, analista de la DEA un tanto atípica y bastante curiosa, se verá envuelta en su búsqueda a petición del agente Dennis Miller. La información de Celia es crucial para la lucha contra el narcotráfico, sin embargo, el interés del agente trasciende lo profesional.

Durante la investigación, llevada a cabo en Centroamérica, no solo descubrirán el pasado de la

mujer, sino sus motivos para haberse convertido en sujeto de interés entre varias agencias federales.

Entre sombras y balas

Me llamo Carol y soy una agente del FBI novata y cabreada. Tras un año en Federal Plaza, sigo en el banquillo, soportando interminables vigilancias con «Lady Halcón», una compañera antipática y sorda, experta en recordarme las normas a diario y en amargarme la existencia.

¿Qué ha pasado con esa vida llena de acción, investigaciones interesantes y detenciones sonadas con la que soñaba en la academia? A mi Sig Sauer le están saliendo telarañas y yo estoy cansada de planchar el culo dentro de un vehículo.

En fin, habrá que esperar la intervención del destino, porque ya os adelanto que cuando me aburro tiendo a meter las narices donde no me llaman y esta vez se me ha ido un poco de las manos: crimen organizado y terrorismo.

¿Me acompañáis a ver si consigo salir de una pieza?

Libros de este autor

Génesers

El planeta se perdió tiempo atrás, tanto como el que aquella especie agresiva llevaba desarrollándose en un mundo que le era ajeno, y que había conquistado a fuerza de adaptarse para sobrevivir en él.

Génesers los llamaron, por razones ya olvidadas. Y es que, cuando queda tan poco de una civilización, la forma de designar a los conquistadores apenas tiene importancia.

La raza humana resistía en pequeños reductos que llamaban colonias, gobernadas por un Consejo encargado de organizar la vida en la comunidad y la defensa de su perímetro.

En la colonia Tres, Nasirah, hija de uno de los cazadores más admirados –incluso tras su muerte– se verá forzada a rebelarse a su destino, dar un paso adelante, e intentar sobrevivir a humanos y a génesers.

Latentes

Charlie es dinámica y divertida, con gran personalidad, y un punto de locura. Aficionada a las películas de misterio y acción, pronto se verá sumergida en una al más puro estilo Indiana Jones, y no por su condición de arqueóloga, sino porque tiene un talento inquietante para meterse de cabeza en situaciones peligrosas.

Josh es un cazarrecompensas descarado y atractivo, que se cruza en su camino sin sospechar que acaba de toparse con el que se convertirá en su mayor dolor de cabeza.

El padre de ella fue asesinado en su laboratorio, a causa de uno de sus inventos «adquirido» y desechado por Inteligencia Militar. El programa consistía en implantar a varios voluntarios un dispositivo neural con el que mejorar problemas conductuales, pero, como todo buen invento, hay quien descubre la forma de convertirlo en pesadilla.

Latentes, llamaron a los implantados. Eran 12, y Charlie la encargada de sacarlos de circulación por el peligro que suponen, algo que no puede hacer sin Josh, y sin alguna «ayudita» extra.

Calles sin almas

Siria, un país asolado por la guerra, es un destino deseado por los reporteros de guerra y corresponsales más avezados. Ninguno de ellos hubiese rechazado la propuesta que le hicieron a Grace, sería el reportaje de la década y daría un buen empujón a su vida profesional.

La aventura, plagada de traiciones, rencores, ambiciones y secretos del pasado y del presente, la llevará a una catarsis personal, a replantearse sus valores, y decidir lo que de verdad merece la pena y requiere valor en la vida.

Las guerras crean monstruos y situaciones de extrema crueldad y violencia, como las que encontrarás en estas páginas. Pero la oscuridad no es permanente y, tras una noche tenebrosa, el amanecer resulta más brillante y esperanzador.

Magia en la sangre

El reloj biológico de los descendientes de una antigua raza se detiene a los 25 años. Pocos conocen la razón y menos aún son los que desean dejar de ser inmortales.

Druidas, vates y bardos... Protectores todos y, junto con el Guardián del Bosque Antiguo, custodios del gran secreto del Naturalismo.

Aine es naturalista y no tiene elección. Tiene, en cambio, muchas preguntas. Las respuestas generarán nuevas inquietudes en ella y le desvelarán un futuro sorprendente del que no sabe si quiere tomar parte. Un viaje iniciático, la revelación de los rituales de sangre que darán una nueva dimensión a su universo y la sensación de que el tiempo transcurre de forma distinta para los descendientes de los celtas.